



se

J.R.
WARD

Escrito como Jessica Bird

CORAZONES
DESBOCADOS

Lectulandia

A. J. Sutherland se conoce a sí misma. Y también sabe reconocer a un campeón cuando lo ve.

A veces la recompensa merece el riesgo.

Todo el mundo piensa que la joven A. J. Sutherland se ha vuelto loca por gastar una pequeña fortuna en un caballo que se ha ganado a pulso la fama de indomable. Pero si alguien tiene el coraje necesario para lograrlo es A. J. Para ello necesitará la ayuda de Devlin McCloud, una auténtica leyenda de los circuitos hípicas con una pierna lesionada y un carácter endemoniado.

Su ascendente carrera se vio truncada por un terrible accidente, pero Devlin reconoce a un luchador cuando lo ve y ese caballo es casi tan salvaje como él. Antes de darse cuenta tendrá a un semental intratable en su establo y a una impetuosa amazona con un cuerpo maravilloso durmiendo en su sofá. Lo que comenzó como una simple relación de negocios poco a poco se irá transformando en algo mucho más profundo. Ahora, A. J. y Devlin deberán aprender que en el deporte, igual que en la vida, hace falta entregar el corazón para alzarse con el triunfo.

Lectulandia

Jessica Bird

Corazones desbocados

ePub r1.0
fenikz 11.08.16

Título original: *Leaping Hearts*

Jessica Bird, 2012

Traducción: Laura Vidal

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi marido, a mi madre y a mi padre, pero también a Ben.

Querido lector:

Corazones desbocados es el primer libro que publiqué, por ello le tengo un cariño especial y siempre se lo tendré. Aquí fue donde todo empezó para mí: recibí «la llamada» de un editor interesado en mi manuscrito; un corrector profesional editó un texto mío por primera vez; recibí unas galeradas encuadernadas con mis palabras también por vez primera y más tarde visité una librería de Quincy (Massachusetts), donde mi libro ya estaba a la venta.

Todo lo que se cuenta en esta historia nace en gran medida de dos pasiones juveniles: cerca de seis cajas de madera llenas de unas quinientas novelas de la colección Harlequin Bianca y el hecho de que, como todas las chicas de la zona de Nueva York de donde procedo, me encantaba montar a caballo. Ambas cosas han quedado ya, claro, en el pasado. Aquellas novelas maravillosas de cubiertas color blanco las regalé hace tiempo y ya no monto (la fuerza de la gravedad parece aumentar a medida que una cumple años)..., pero esa intersección entre el amor y los purasangres fue lo que produjo este maravilloso libro.

Así es como ocurrió todo. Cuando estudiaba en el instituto, en la universidad y en la facultad de Derecho siempre escribía historias. Algunas las terminé, otras las abandoné, pero todo lo que redactaba trataba siempre de dos personas que se enamoraban. Es lo que me salía de forma natural..., algo comprensible, considerando la cantidad de novelas Harlequin que devoraba. Cuando terminé de estudiar y empecé a trabajar en el mundo empresarial estadounidense, continué dándole vueltas a ideas, escribiéndolas a máquina e inventando historias hasta que al final, después de muchos años de pasos en falso y material más bien mediocre, logré escribir un «Fin» que de verdad funcionaba.

Quiso el destino que por aquel entonces mi novio (hoy maravilloso marido) y yo nos fuéramos a Cabo Cod a pasar el fin de semana con mi madre. La carretera que tomamos una vez dejamos la autopista 66 pasaba por un prado cercado en el que había caballos. Por alguna razón, aquel día miré a mi derecha y vi a un purasangre a medio galope y... ¡pum!, se me ocurrió la historia que luego se convertiría en *Corazones desbocados*.

Entonces yo era una escritora que improvisaba sobre la marcha (ahora planifico mucho más mis libros); sin embargo, apunté unas cuantas ideas sobre la historia en lugar de lanzarme directamente a escribir el primer capítulo sin tener ni idea de lo que hacía. También me llevé una máquina estenográfica (aún la tengo) a una exhibición ecuestre y tomé notas para refrescar mis recuerdos sobre competiciones de caballos de salto y cazadores. Luego empecé a ir a las carreras o, mejor dicho, a las competiciones de saltos. Escribí el libro bastante deprisa y para cuando lo terminé ya tenía concertada una entrevista en Nueva York para conocer a mi primera agente.

Mientras comíamos en un bistró francés, le comenté que tenía algo mejor que el

manuscrito que estaba encima de la mesa y accedió a esperar a ver mi nuevo proyecto antes de enviar nada a las editoriales. Cerca de un mes más tarde se lo mandé por FedEx y a continuación emprendí un viaje para conocer a la que después sería mi familia política (entonces ninguno de los dos lo sabíamos a ciencia cierta).

Y entonces apareció Sue Grafton. Sí, señores, nada menos que Sue Grafton. Mientras estábamos de visita, el padre de mi marido se enteró de mis pinitos como escritora y se ofreció a presentármela (sabe mucho de armas y munición y cosas así, y la había asesorado al respecto para una de sus novelas). Nunca olvidaré la primera vez que entré en la casa de Sue. Ella y su encantador marido acababan de comprar aquella casa antigua y maravillosa y estaban redecorándola. Lo primero que me preguntó fue qué me parecía una muestra para moqueta que me enseñó.

Estuvimos charlando (mientras yo me esforzaba por mantenerme serena...; a ver, no solo era «una escritora de verdad», es que era Sue Grafton, por el amor de Dios). Se ofreció a leer las cincuenta primeras páginas de mi manuscrito, pero me advirtió de que era muy severa y brutalmente franca. Yo le dije: «Sí, por favor, muchas gracias» (y también me entraron ganas de vomitar). Dos días más tarde me llamó y me dio, en solo dos minutos, una serie de consejos que hoy doy yo a todos los novatos que vienen a mí con sus manuscritos (no leo los manuscritos de otra gente, pero estas tres reglas siempre han demostrado ser infalibles): 1) Elimina los dichosos adverbios (lo de «dichosos» es mío, no de Sue). Literalmente, haz una búsqueda de palabras acabadas en -mente y elimínalas. La mayoría de novatos se esfuerzan demasiado en asegurarse de que ponen por escrito todos los matices, no confían en que sus diálogos o descripciones sean bastante para los lectores; 2) Deshazte de esos verbos dialógicos del género bobo (de nuevo, lo de «género bobo» es aportación mía). Nada de «exclamó ella», «se burló él», «objetó ella», «entonó él». «Dijo» y punto; 3) No te pases de melodramático, puñeta (sí, el «puñeta» también es mío). La mayoría de las personas no reaccionan ante las cosas agitando los brazos y dando saltos como si fueran chimpancés. Sí, esto es ficción y por lo tanto no todos se van a portar como inspectores de Hacienda, pero tampoco es una película muda.

Fue como si alguien me hubiera mostrado el camino de salida de la jungla (Sue también me dijo que yo «sabía escribir», algo que parecía sorprenderla un tanto. La verdad, a mí también. A pesar de todas mis horas de trabajo, no estaba convencida de ser capaz). En cuanto colgué el teléfono llamé a mi agente en Nueva York y le dije que lo parara todo.

La cuestión era que a mi agente le había gustado *Corazones desbocados* mucho más que el otro manuscrito y se disponía a enviarlo a las grandes editoriales. Ya había hecho copias, escrito la carta de presentación y llamado por teléfono a gente. Vamos, que estaba todo a punto y entonces venía yo, una tonta autora inédita (por el momento y quizá para siempre) diciéndole cómo tenía que hacer su trabajo. Pero entonces le conté que Sue Grafton había leído parte del libro. «¿Se puede saber cómo lo has conseguido?». «Es una larga historia. Pero de momento, por favor, no mandes

nada».

(Me viene a la cabeza esa escena de la película *Wall Street* en la que Bud Fox recibe la llamada del pez gordo al que ha estado cortejando y el tipo sentado a su lado susurra, atónito: «Gekkkkkkkko». Imaginad «Graffffffton» y os haréis una idea de la reacción de mi agente durante aquella conversación).

Mientras aún estaba «de vacaciones» repasé el manuscrito de principio a fin siguiendo todos los consejos de Sue. Fue increíble, entendí a la perfección lo que me quería decir. La historia estaba ahí, pero mis elecciones léxicas y mis inseguridades la ocultaban, el pesado velo de adverbios, frases hechas, gritos y exclamaciones separaban al lector de los personajes.

En fin, para no alargar el cuento: compraron el manuscrito, lo publicaron y escribí otros tres más (y mi vida cambió para siempre). Devlin McCloud es un héroe romántico clásico, con su oscuro pasado, su dolor, su apariencia hosca. Y A. J. Sutherland se parece mucho a mí, obsesionada por sus metas en la vida a expensas de (casi) todo lo demás. Y Sabbath..., bueno, es el caballo que me habría gustado tener cuando era adolescente, para montarlo y ganar competiciones con él.

Espero que los tres os gusten tanto como a mí. Este libro fue para mí el principio de una larga marcha y en muchos sentidos, junto con *Amante oscuro*, una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Gracias, gracias y gracias otra vez por vuestro apoyo y, como siempre...

¡Feliz lectura!

J. R. Ward
Diciembre de 2011



Capítulo 1

A. J. Sutherland quedó cautivada por el semental desde el momento en que lo vio. Y no fue la única. Igual que los espectadores de primera fila en una sesión de hipnosis, el público al completo parecía hechizado y tenía la mirada sugestionada propia de los zombis. Cuando el director de la subasta los conminó a acercarse más, avanzaron en bloque hacia su estrado como si fueran un glaciar y rebosaron la zona acordonada donde se exhibía el caballo.

A. J. hizo cuanto pudo por avanzar entre la muchedumbre, pero había muchos con la misma intención. Se formó un cuello de botella y la gente usaba los hombros como palos de *hockey* para abrirse paso. Como era bastante espabilada, sobre todo cuando se trataba de conseguir algo que quería, A. J. empezó a repartir codazos hasta conseguir colocarse en primera fila. Cuando vio en primer plano el semental negro se quedó sin respiración.

Había visto muchos purasangres en Virginia, pero ninguno como aquel.

Con la cabeza erguida, el caballo miraba al público con desinterés hostil. Era el rey; gobernaba el mundo. Los demás no hacían más que ocupar espacio.

Bajo los focos su pelo brillaba con destellos de negro y azul y balanceaba la cola atrás y adelante con impaciencia. Sus cascos oscuros golpeaban el suelo de tierra mientras echaba la cabeza atrás, hacia la cabezada y el ramal que lo unían a sus adiestradores. Con su poderoso cuerpo empujando a los hombres que lo rodeaban, era el que tenía el control, a pesar de encontrarse en inferioridad numérica frente a los cinco mozos encargados de sujetarlo. Estos caminaban en círculos, tensos. Al igual que el público, conocían la reputación del caballo. Y no era buena.

A. J. examinó el semental fascinada. Cada movimiento que hacía encerraba una promesa de fuerza y agilidad, atlética y poética al mismo tiempo. Y bajo su altivez se adivinaban una inteligencia poderosa y una voluntad de hierro.

Allí, en primera fila de la multitud, A. J. tomó una decisión. Aquel caballo era la cosa más magnífica que había visto en su vida. Iba a ser suyo.

—Abriremos la puja en diez mil dólares —anunció el subastador.

A. J. levantó la mano.

El precio de salida era escandalosamente bajo, considerando la pureza de sangre

del caballo, pero alto si se tenía en cuenta su fama de problemático.

—Diez mil dólares. ¿Alguien da más?

Alguien en la multitud levantó la mano y una oleada de expectación recorrió la pista de arena. Muchos habían acudido para verlo de cerca; muy pocos con la idea de comprarlo. Y todos querían saber quién terminaría por llevárselo.

—Once mil dólares. ¿Alguien ha dicho doce mil?

A. J. asintió.

El otro pujador ofreció trece mil y ella subió inmediatamente a catorce. Hubo una pausa y para cuando terminó, el precio era de quince mil dólares.

—¿Alguien ofrece dieciséis mil?

El pujador miraba hacia donde estaba A. J., quien levantó el brazo sin dudar.

Justo entonces se lo sujetó su hermanastro.

—¿Qué haces? —Peter Conrad tenía los ojos desorbitados.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que estás tomando otra de tus decisiones precipitadas. Metiéndote en otro lío innecesario que luego me tocará pagar a mí. —A medida que subía el precio del caballo también lo hacían sus reproches—. ¿Has oído hablar de una cosa llamada reputación?

—Perdona, ¿me dejas? —dijo A. J. mientras intentaba ponerse delante de él y los dos dibujaron un torpe paso de baile mientras intercambiaban sitios.

—Estamos en veintidós mil dólares —dijo el subastador.

A. J. restableció contacto visual con el hombre del martillo. Estaba pendiente del otro pujador. Igual que un tren aflojando la marcha, este empezaba a perder fuelle, pero aún no había desistido del todo. Hubo una larga pausa y entonces el precio volvió a subir. Sin pestañear, A. J. ofreció mil dólares más.

—¡No te atrevas a comprar ese animal! —exigió Peter.

Se volvió hacia el subastador y empezó a negar con la cabeza y a llevarse la mano al cuello en un gesto para desautorizar a A. J.

Cuando se igualó la puja, A. J. taladró a su hermanastro con sus ojos azul intenso y se hizo oír por encima de la gente.

—Ofrezco treinta mil dólares.

El público murmuró sorprendido y el subastador parecía atónito ante su buena suerte. Por su parte, Peter echaba chispas abrumado por la temeridad de su hermanastra.

—Bien... Treinta mil dólares —dijo el subastador mirando a la multitud, hacia el otro pujador—. Treinta mil dólares a la una...

—¡Estás loca! —dijo Peter e intentó por todos los medios detener al subastador, pero el hombre reaccionó a sus gestos moviendo la cabeza. Era una puja válida y todos lo sabían.

—Treinta mil dólares a las dos...

Ofendido, Peter cerró los puños con impotencia y a continuación probó con una

táctica distinta, asumiendo un aire de altivo desprecio.

—No pienso hacerme responsable de este desaguisado —le dijo a A. J.—. Ya he tenido que pagar los platos rotos de tu entusiasmo demasiadas veces. Si haces esto, estás sola.

Se estiró la chaqueta de cachemira con un brusco tirón de los puños. El color tostado hacía juego con sus pantalones de seda y su jersey crema de cuello alto, pero no favorecía su tez clara. Todo él era un estudio en tonos beis. El único detalle alegre en su atuendo era el rojo de un pañuelo que asomaba del bolsillo del pecho. Como un pimientito que se hubiera caído en un cuenco de gachas.

A. J. miró su propia indumentaria. Pantalones vaqueros desaliñados pero limpios, un polo y una chaqueta campera, unas botas de cuero. Se había puesto una gorra de béisbol de las caballerizas Sutherland que mantenía a raya la mitad superior de su melena de rizos castaño rojizo. La mitad inferior estaba sujeta con un lazo en la nuca. Práctica, cómoda. Normal y corriente.

—A la de tres.

—Te vas a arrepentir de esto —anunció Peter.

Era una promesa que A. J. ya le había escuchado antes. Lo que quería decir era que, si algo no salía naturalmente mal como resultado de su impulso, Peter se aseguraría de que así fuera.

—De lo único que podría arrepentirme es de haberme quedado sin él —murmuró.

—Vendido —dijo el subastador—. Lote número 421, semental purasangre de cuatro años, Sabbath, a las caballerizas Sutherland.

La furia de Peter se reavivó en cuanto el martillo tocó la madera.

—¿Se puede saber cuándo va a terminar esto? ¿Cuándo vas a crecer y a dejar de hacer locuras?

A. J. observó cómo se le tensaba el rostro de ira a medida que daba rienda suelta a su irritación.

Sin embargo, aquella iba más allá de la irritación parcial, reflexionó, en la que por lo general Peter se limitaba a dar patadas al suelo y a resoplar, o de la irritación a medias, que venía acompañada de refuerzo verbal. Vio cómo las perlas de sudor, características del enfado completo, se formaban en las sienes y la frente de Peter. Con una indiferencia que le resultaba divertida, reparó en que la frente de su hermanastro parecía más pronunciada cada año, cortesía de una incipiente calvicie.

—Peter, respira, por favor —le dijo—. Todo va a salir bien.

—¿Bien? ¡Acabas de pagar treinta mil dólares por un caballo que nadie es capaz de montar!

—Es magnífico. Incluso tú deberías darte de cuenta de ello. Y su linaje es impecable.

—Ser pariente lejano de la nobleza no lo ha convertido en un caballero.

—Puede saltar cualquier obstáculo que le pongas delante.

—¡Y por lo general sin el jinete! Esa personalidad encaja mejor en el rodeo que

en una exhibición de saltos. O se me ocurre algo mejor: podrían ponerlo en un ruedo con una capa roja y seguro que hacía ganarse un dinero a algún torero.

La gente empezaba a arremolinarse a su alrededor, fascinada por la escandalosa puja de A. J. y por la discusión que esta parecía haber suscitado. A ella no le importó, pero le irritaba ver a Peter ponerse estupendo a medida que su público también lo hacía. Le encantaba ser el centro de atención y verlo crecerse a los ojos de extraños le recordaba aquel anuncio de dentífrico que había hecho siendo niño. Estuvo meses presumiendo de ello, como si hubiera ganado un Óscar, y aquella aparición de treinta segundos en la televisión lo había convencido de que estaba destinado al estrellato. La euforia provocada por decir delante de una cámara las palabras «¡Mamá, sabe a menta!» le había durado veinte años.

—Estás exagerando —le dijo mientras trataba de echar un último vistazo al caballo antes de que los mozos de cuadra se lo llevaran.

—¡Y tú estás descontrolada! Dirijo un establo de caballos ganadores. Algunos de los mejores linajes de purasangres de este país están bajo nuestro techo y no pienso dejar que traigas a esa bestia a vivir con ellos.

—No es ninguna bestia...

—Esa fiera tiró al jinete, se salió de la pista y pisoteó a medio público en la competición de saltos de Oak Bluff.

—Eso fue en el pasado.

—Eso fue hace una semana.

—Va a ser un campeón. Ya lo verás.

—Ese semental es peligroso e impredecible. ¿Qué te hace pensar que de repente se va a convertir en un campeón?

—Que lo voy a montar yo.

Peter bufó.

—Dudo que consigas mantenerte encima de él lo bastante como para poner los dos pies en los estribos.

Una mezcla de arrogancia e irritación hizo a A. J. hablar más alto de lo que habría sido su intención cuando contestó:

—Ya verás. Dentro de dos meses lo voy a llevar al Clasificatorio.

Se escuchó un murmullo de sorpresa.

En aquel momento llegó un grito de alarma desde la primera fila de espectadores. Cuando A. J. se volvió vio a varios mozos de cuadra corriendo despeditados en varias direcciones buscando ponerse a cubierto. Entonces, también de repente, hubo una estampida de gente. El caballo se había soltado, había saltado a la zona acordonada donde se encontraba el público y se había internado entre los espectadores, dispersándolos igual que canicas por el suelo.

«Vaya por Dios», pensó A. J., evitando mirar a Peter mientras los dos echaban a correr. La expresión de él estaba a medio en camino entre el «te lo dije» y el pavor a secas mientras el caballo galopaba hacia ellos con gran estruendo de cascos.

La mayoría de las personas, las más sensatas, salieron de la arena, pero unos cuantos valientes corrieron hacia delante y formaron un semicírculo alrededor del animal. Querían intentar acorralarlo para que entrara por una cerca que daba a un *paddock* vacío, pero el caballo parecía conocer sus intenciones. En lugar de caer en su trampa, se dirigió en línea recta hacia ellos, que terminaron tirándose al suelo para evitar ser pisoteados.

Cumplida su misión, el semental siguió galopando, preparado para más acción, ondeando la cola detrás de él como un estandarte. El caos fue completo cuando el público empezó a gritar y a maldecir y A. J. cayó en la cuenta de que el caballo parecía encantado con los problemas que estaba causando. Se había liberado de sus captores, había aterrorizado a la muchedumbre y lo estaba pasando en grande persiguiendo a los rezagados.

«Si fuera humano se estaría riendo», pensó.

La voz de Peter sonó furiosa en su oído.

—¡No me puedo creer que quieras traerte a ese demonio a casa!

A. J. sonrió mientras el caballo regresaba galopando, como un borrón negro. Era ágil y elegante, con la fuerza del acero en los músculos.

—Mira cómo corre.

—Por mí puede correr hasta el infierno y quedarse allí.

Después de diez minutos más en los que varias personas intentaron controlar al caballo y fracasaron, A. J. se caló con fuerza la gorra de béisbol y entró en la arena. Enseguida estableció contacto visual con el animal, que le devolvió una oscura mirada, corrió a su encuentro y se detuvo bruscamente a solo unos pocos metros cuando A. J. se negó a apartarse. Una vez allí, el animal empezó a patear el suelo impaciente levantando nubes de polvo en señal de advertencia mientras cabeceaba con ímpetu.

En lugar de mostrarse asustada, A. J. se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Entre el público se hizo el silencio.

Saltaba a la vista que el caballo estaba sopesando sus opciones. Tener a alguien delante defendiendo su territorio era una experiencia nueva para él y parecía confuso.

—Vale, ya te has divertido un rato —le dijo A. J. en voz baja—. Ahora tienes que portarte bien.

Como si la hubiera entendido, el caballo movió su magnífica cabeza y relincho que no. Respiraba pesadamente con los ollares ensanchados, pero A. J. sabía que era más teatro que otra cosa y que no estaba cansado. Incluso después de correr por la arena igual que un loco huido del manicomio, no había sudor en su pelaje negro brillante.

Mientras medían mutuamente sus fuerzas, A. J. lo miró con tranquilo desinterés, como si fuera un niño de dos años en plena rabieta. Por dentro, sin embargo, estaba de lo más alerta. Seguía cada movimiento que hacía el animal, reparando en la suave contracción del tejido muscular de su pecho amplio y fuerte y el latir de su corazón

en las venas justo debajo de la piel. Buscaba cualquier señal de aviso de que fuera a embestirla, algún indicio de cuál sería su siguiente movimiento.

Después de todo, puede que fuera osada, pero no tonta. Todos sus años de experiencia con caballos le habían enseñado que había que ser muy cauteloso cuando se miraba fijamente a un animal como Sabbath. Media tonelada de semental con la personalidad de un luchador profesional no era precisamente sinónimo de seguridad. Aquella era sin duda una situación peligrosa. Y también muy emocionante.

—Estoy pensando que igual te has equivocado de vocación —dijo un paso al frente mientras hablaba—. Habrías sido una estupenda apisonadora.

Sabbath bufó y se levantó sobre sus patas traseras a modo de alarde.

—Te propongo un trato —dijo A. J. y se detuvo a menos de un metro de él—. Si te tranquilizas, te llevo conmigo y te enseño a usar toda esa energía de una manera más constructiva.

Sonrió al oír sus propias palabras, pensando que aquello era como pedirle a un jugador de *rugby* que cambiara sus botas por unos zapatos de claqué.

Mientras el caballo parecía evaluar su proposición, A. J. se imaginó ensillándolo y montándolo por primera vez.

—Si me tiras, voy a tardar mucho en llegar al suelo —dijo con suavidad—. Por suerte suelo rebotar.

Sabbath emitió otro relincho furioso.

—¿Eso es un sí? ¿Estás preparado para un poco de claqué?

Desconfiado, el caballo cabeceó y acercó su oscuro hocico a la cara de A. J. Tomó aire profundamente, aspirando su perfume, y a continuación lo expulsó, haciendo volar la gorra de béisbol.

A. J. negó con la cabeza.

—Si quieres impresionarme, vas a tener que hacer algo más que jugar a los bolos con un grupo de gente o tirarme la gorra.

Sabbath se levantó de nuevo sobre las patas traseras, su crin rasgando el aire y los cascos dando zarpazos en el espacio entre los dos. Luego pareció aburrido y dejó caer el cuello bruscamente, agachando la cabeza.

Después de un momento A. J. alargó un brazo con cautela y cogió la brida con su mano esbelta. Cuando el semental toleró este gesto con solo una contracción rápida de las orejas, A. J. se hizo a un lado y empezó a avanzar. Juntos se dirigieron hacia la salida de la arena.

Uno de los mozos de establo se acercó temeroso. Sin palabras señaló hacia donde había estado guardado el caballo cuando se escapó, pero sin hacer ademán de ayudar a A. J. Esta condujo al caballo hacia la zona de establos y fue hasta el box que le correspondía.

—Esto no lo sabes todavía —le susurró mientras lo conducía adentro—, pero tú y yo vamos a hacer un gran equipo.

Sin dejar de mirarlo con atención le quitó el ronزال, cerró el paño inferior de la

puerta del box y a continuación se inclinó sobre el mismo.

Cuando el caballo bajó la cabeza y se puso a mordisquear la paja que había en un rincón, A. J. suspiró.

—Eso sí, primero voy a tener que enseñarte algo de modales.

• • •

Desde los límites de la multitud, Devlin McCloud observó la escena con ojos cínicos. Había sabido el momento exacto en que el caballo se iba a desbocar. Sus enormes ancas se habían tensado con fuerza antes de que el animal echara a correr y había escogido el momento perfecto para hacerlo. Justo entonces el mozo que sujetaba el ramal se había despistado un momento, mirado en dirección opuesta y reído con lo que alguien decía a su espalda. Igual que un rayo, el caballo había echado a correr y, debido a la distracción, había arrastrado con él la mano del joven por el suelo y estado a punto de pisotearla. Para cuando el muchacho soltó el ramal estaba rebozado como una croqueta.

A su alrededor la gente echó a correr para quitarse de en medio pero Devlin, debido a su pierna, no podía moverse tan deprisa como los demás. Ayudado de un bastón, avanzó hasta el extremo de la arena con aquella cojera torpe que tanto lo irritaba sin apartar en ningún momento los ojos del caballo.

No lo miraba solo porque quisiera evitar que lo arrollara. Estaba fascinado. El animal se movía con una gracia y una fuerza que Devlin no había visto en mucho tiempo. Le recordaban a...

Ahuyentó el recuerdo de Mercy. Había transcurrido casi un año desde el accidente, desde que tuvo que sacrificarla, pero el dolor seguía siendo insoportable. Una vez más se preguntó cuánto tardaría en recuperarse de la pérdida y temió que el dolor que sentía en el pecho, igual que el de la pierna, no fuera a desaparecer nunca.

Cuando por fin llegó a la cerca se agachó para salir y después se dedicó a observar el caos reinante. La gente seguía dando vueltas aturullada igual que hámsteres en una jaula y miró divertido cómo varios hombres trataban de acorralar al caballo.

«Ese semental es demasiado listo para dejarse engañar por ese truco», pensó, y no le sorprendió lo más mínimo cuando el animal arremetió contra los hombres.

Devlin negó con la cabeza.

Si alguien pudiera hacerse cargo de ese caballo y canalizar toda esa energía, tendría una mina de oro, decidió. Sería como intentar controlar una fisión nuclear, pero el potencial de aquel animal hacía que mereciera la pena arriesgarse.

El semental pasó a su lado con la cabeza bien alta y la cola erguida y ondeando como una estela.

Devlin pensó en los nuevos propietarios del caballo. Esperaba que las caballerizas Sutherland supieran dónde se habían metido, pero dudaba de que estuvieran a la

altura de la tarea. Las caballerizas tenían mucho dinero, espléndidas instalaciones y hasta una piscina, pero eran más famosas por sus amplios recursos que por sus hazañas en la doma de caballos. Devlin tenía la sensación de que aquel semental iba a ser para ellos una prueba de fuego.

En un arranque de nostalgia de su vieja profesión, pensó en cómo le gustaría ocuparse él de aquel caballo. La envidia le quemó en las venas, pero entonces bajó la vista y se miró asqueado la pierna. Estaba acostumbrado a estar dentro del picadero, no fuera. La distancia entre ambos puntos era enorme, y un año después todavía le resultaba muy duro recorrer el espacio vacío que separaba el lugar donde había estado y aquel en el que se encontraba ahora.

Volvió a mirar hacia el caos y entonces su mirada se detuvo en una joven mujer que entraba en el picadero y se acercaba al caballo. Era alta y delgada, pero con un cuerpo fuerte, y Devlin se olvidó inmediatamente del animal. No podía verle la cara, así que se acercó. Se preguntó quién sería. ¿Una empleada de los establos? ¿De la casa de subastas? Sabía que, de haberla visto antes, la recordaría. Había algo en su manera de moverse que resultaba imposible de olvidar.

«Así se hace», pensó con aprobación. Con mucho cuidado. Sin movimientos bruscos.

Miró al caballo y a la mujer medir sus respectivas fuerzas. El contraste entre ambos era llamativo. El animal, oscuro y amenazador. La mujer, esbelta y serena. Y sin embargo, cuando le hablaba al animal saltaba a la vista que algo especial estaba ocurriendo entre los dos. Justo entonces el caballo le tiró la gorra de un resoplido, claramente buscando algún tipo de reacción y, cuando no obtuvo ninguna, bajó la cabeza. No fue una rendición, sino más bien un gesto de resignación tomado libremente, pero irrevocable. En el instante mismo en que la mano de la mujer cogió el ramal, Devlin, al igual que el resto de espectadores, dejó escapar un suspiro de alivio.

Estaba verdaderamente impresionado. Al igual que todas las acciones temerarias, acercarse a semejante caballo de aquella manera había sido valeroso y estúpido a la vez. De acuerdo, la mujer lo había hecho muy bien y demostrado un aplomo que solo se adquiere después de haber pasado toda una vida tratando con animales impredecibles. Pero el peligro había estado ahí, y Devlin se alegraba de que no hubiera resultado herida.

Y entonces ocurrió el verdadero milagro.

El semental dejó a la mujer que lo guiara. Simulando aburrimiento, de forma que no pareciera que se había rendido, el gigantesco caballo le permitió sacarlo del picadero. Era todo un gesto de confianza.

A medida que la multitud se dispersaba, Devlin cojeó hasta el centro del picadero. Se agachó y cogió la gorra de la mujer. El majestuoso anagrama de las caballerizas Sutherland, dos eses entrelazadas con ramas de hiedra, estaba bordado en la parte frontal.

Fue en busca de la mujer.

• • •

—No pienso dejar que lo traigas a los establos —le decía Peter a A. J. junto a la puerta del box del semental.

Mientras su hermano continuaba gritándole, ella solo tenía ojos para Sabbath, que sacaba la cabeza por la portezuela. El caballo parecía mirar a Peter con el mismo grado de interés que ella. El cual no era mucho.

—Por el amor de Dios —interrumpió por fin—. Sabbath se viene con nosotros y no va a haber ningún problema en cuanto dejes de decir tonterías y te quites de en medio.

—Ese caballo no va a vivir en nuestros establos.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que lo lleve a la casa? A tu madre no le va a gustar nada ver huellas de cascos en todas esas alfombras persas que se empeñó en comprar. Y además no creo que fabriquen el equivalente equino a una gatera.

A. J. y Peter vivían en la mansión del padre de la primera desde que terminaron la universidad. Era una situación incómoda debido a la tensión que había entre los dos, pero la casa estaba lo bastante cerca de las caballerizas para resultarle cómoda a A. J. y era lo suficientemente lujosa para las exigencias de Peter. Sabía que su padre los quería a los dos en casa; su segunda mujer, en cambio, no era tan magnánima. Regina Conrad, madre de Peter y esposa de Garrett Sutherland durante los últimos dieciocho años, siempre quería tener cerca a su hijo, pero no se mostraba tan entusiasta respecto a la presencia de A. J. en la lujosa residencia.

Peter sacó la mandíbula.

—No tengo ninguna intención de discutir. Te advertí que no lo compraras. He intentado ser razonable contigo, pero, como de costumbre, no me está sirviendo de nada.

A. J. empezaba a perder la compostura a medida que crecía su irritación. Haciendo un esfuerzo por no perder los estribos, se llevó una mano a la garganta, donde un solitario de diamante colgaba de una delgada cadena. Era la única cosa que conservaba de su madre y se puso a acariciar la piedra brillante entre los dedos pulgar e índice en un intento por serenarse.

—Peter, confía en mí. Puedo domarlo. Voy a trabajar con él todos los días, de manera individualizada.

—No si me niego a pagar por él.

A. J. le miró.

—Estás de broma.

—Una llamada a las oficinas y te desautorizo de la cuenta corriente.

—No puedes hacer eso.

—Ponme a prueba.

—Bueno, pues entonces pagaré con un cheque de mi dinero.

Peter hizo una pausa mientras decidía su siguiente movimiento.

—Tu padre no te va a dejar montar ese caballo.

—Nunca se entromete en mis entrenamientos.

—Te apuesto lo que quieras a que lo hace en cuanto le hable de la reputación de aquí tu amiguito de tirar a sus jinetes. Por no hablar de su talento para controlar multitudes.

—Oye, tampoco hay que sacar las cosas de quicio. —A. J. dejó caer el diamante sobre su garganta—. Va a ser un caballo más de los cincuenta que tenemos en los establos. Ni te vas a dar cuenta de que está.

—No me preocupa la proporción. Ese animal es peligroso y tiene mala intención. No quiero tener un éxodo en masa de clientes en las caballerizas. Tengo que proteger mi negocio.

—Perdona que te lo recuerde, pero las caballerizas Sutherland también son mías.

—Tú te ocupas de la equitación, pero yo llevo el negocio. Y estamos hablando de treinta mil dólares del dinero que yo manejo y que acabas de tirar por la ventana.

—Comparados con lo que podemos sacar de este semental solo en tarifas de cubrición, los treinta mil dólares son calderilla.

—¿Tarifas de cubrición? ¿Por el dudoso placer de su compañía? Me parece que no.

—Cuando sea un campeón, te aseguro que saldrá rentable.

—No tienes manera de saber si ese caballo va a poder competir en nada que no sean partidas de bolos. Su fuerte parece ser derribar a la gente, no saltar vallas.

—Ya ha competido antes.

—Y ha sido el terror de los hipódromos. No me parece una buena carta de presentación para un supuesto semental.

—Ese caballo tiene potencial.

—Ella tiene razón.

A. J. se volvió para ver quién estaba de acuerdo con ella y se encontró mirando a una leyenda viva.

Se quedó sin aliento y la temperatura corporal se le disparó. Detrás de ella y con su gorra en una mano, estaba Devlin McCloud, lo bastante cerca como para que A. J. pudiera distinguir las motas verdes en sus ojos color avellana. Cuando él le devolvió la mirada, una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo y el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

Aunque conocía su cara de todas las veces que había salido en la prensa a lo largo de su carrera, era la primera vez que lo veía de cerca y físicamente, y estaba maravillada. Aquel hombre ya era guapo hasta reventar en las portadas de las revistas, pero en persona resultaba directamente cautivador. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

«Madre mía, pero qué guapo es», pensó.

Mediría algo más de uno ochenta y tenía hombros anchos, brazos fuertes y una actitud firme y segura de sí misma. Observaba el mundo desde un par de ojos profundos y muy inteligentes que en aquel instante recorrían a A. J. como dos linternas. Tenía el pelo oscuro y retirado de la frente gracias a un mechón rebelde situado en el lugar exacto, y la piel tostada por haber pasado tiempo al sol. A diferencia de Peter, vestía como A. J., con pantalones vaqueros y una camisa de cuadros, pero dado su aplomo podría haber llevado un trapo de cocina y habría seguido pareciendo el amo y señor del lugar.

Era Devlin McCloud, el único e inimitable.

Había pocos en el mundo ecuestre que no lo conocieran. Era un inconformista, una estrella del deporte nacional. Antiguo capitán del equipo ecuestre olímpico, ganador de múltiples medallas y uno de los mejores saltadores de competición de la historia del país. Y de no haber sido conocido por sus logros profesionales, sería igualmente famoso debido a su tragedia. A. J. le miró de reojo las piernas y reparó en la expresión irritada de él al darse cuenta.

—Creo que esto es tuyo —dijo Devlin, y le alargó la gorra.

Tenía una voz profunda y sensual, con una cierta aspereza que reverberó en los oídos de A. J. y le recorrió la espina dorsal. Aunque lo habían entrevistado muchas veces en la televisión y en la radio, era la primera vez que le oía hablar en vivo y en directo. Sabía muchas cosas sobre él, y sus establos privados no estaban lejos del complejo Sutherland, pero nunca habían hablado. Aquello no era extraño, pues McCloud era un hombre que mantenía las distancias.

Consciente de que le estaba mirando fijamente, A. J. cogió la gorra y se volvió hacia Peter.

—¿Lo ves? Si hay alguien capaz de identificar a un campeón, es él.

—Yo no he dicho que vaya a ser un campeón.

A. J. se volvió sorprendida.

—Pero estabas de acuerdo conmigo.

—Creo que lo de saltar lo lleva en la sangre. Pero ser un campeón es una cosa muy distinta.

La voz de McCloud sonaba deliciosa y A. J. se sorprendió a sí misma pendiente de cómo movía los labios al pronunciar cada palabra. Eran unos labios perfectos, decidió, el inferior más carnoso y el superior ligeramente levantado sobre unos dientes blancos y bien alineados. Hizo un esfuerzo por recuperar el hilo de sus pensamientos.

—Pero... Pero si tiene talento innato, entonces puede ganar.

—¿Qué sentido tiene hacer los mejores cimientos del mundo si luego no puedes poner el tejado porque las paredes no están firmes?

—Exactamente lo que yo digo —acordó Peter.

—Bueno, pues estáis los dos equivocados. Voy a convertirlo en un campeón —dijo A. J.

—Te iría mejor si lo convirtieras en comida para perros —musitó Peter.

Devlin cambió el peso de una pierna a otra y movió el bastón, nervioso en presencia de aquella mujer que lo había cautivado. Reparó en que los ojos de ella seguían sus movimientos y odió que su flaqueza física resultara tan obvia.

Ahora que la veía de cerca se daba cuenta de que sabía quién era. La hija de Garrett Sutherland, un ingeniero increíblemente rico, nueva en el circuito hípico profesional. Con solo veintitantos años estaba empezando a abrirse camino en la alta competición, pero parecía tener madera de campeona. El tipo que estaba con ella debía de ser Peter Conrad, el que llevaba las caballerizas.

Devlin ignoró a Peter y siguió mirando a la mujer hasta decidir que era guapa de narices. Tenía facciones marcadas, una barbilla que indicaba determinación y unos preciosos ojos azules que lo miraban sin pestañear. Le gustaba todo eso. También tenía ese brillo de las personas que pasan mucho tiempo al aire libre y se movía con la seguridad que da ser una atleta. El hecho de que los vaqueros le sentaran igual que un examen del que se sabía todas las respuestas también ayudaba. Se encontró a sí mismo preguntándose qué aspecto tendría con todo ese pelo castaño rojizo suelto sobre los hombros.

—Tengo fe en él —estaba diciendo A. J.— y voy a empezar por montarlo en el Clasificatorio.

—Pues vas a ser el hazmerreír del circuito profesional —replicó su hermano.

—O a lo mejor ganamos.

En dos meses, los mejores saltadores del país estarían compitiendo por un puesto en el equipo destinado a enfrentarse a los mejores jinetes de Europa. Al final de la competición, quien hubiera obtenido mayor puntuación sería capitán del equipo que cruzaría el charco y, puesto que solo faltaba otro año para los juegos olímpicos, ese jinete sería el heredero obvio para dirigir el equipo estadounidense que habría de competir por el oro. El Clasificatorio era un acontecimiento importante que se celebraba en el incomparable club de caza y polo Borealis, y las listas abiertas querían decir que cualquier podía competir aunque no estuviera en un *ranking* oficial.

Era una competición que Devlin conocía muy bien. La había ganado muchas veces. También le había costado su carrera.

—No puedes hacer una cosa así. —Peter caminaba de atrás hacia delante con sus mocasines italianos igual que un metrónomo nervioso—. No puedes. Nos vas a dejar en ridículo.

—Gracias por tu apoyo —respondió A. J. con sequedad y a continuación miró a Devlin a los ojos.

Al sostenerle la mirada, este percibió la inseguridad que ella trataba de ocultar.

«Tiene motivos para estar preocupada», decidió. «Ese caballo va a requerir muchas horas de preparación, e incluso así no hay garantías de que la inversión dé resultados». El tiempo y la inexperiencia de A. J. también iban en su contra. Dos meses eran poco tiempo incluso para un jinete con muchos años de experiencia y que

trabajara con un caballo dócil.

—Te lo advierto —dijo Peter antes de girarse para marcharse—. No intentes traer ese caballo a mis caballerizas.

—*Nuestras* caballerizas —le corrigió A. J.

Pero Peter ya se alejaba, con cuidado de no pisar los montones de heno apilados frente a los boxes y gritando asustado cuando un enorme hocico intentó acercarse a él.

—Dichosos animales —murmuró.

A. J. se volvió hacia Devlin y, mientras sus ojos recorrían sus anchos hombros, olvidó por un momento su enfado. Reparó en que el pelo le llegaba justo hasta el borde del cuello de la camisa, las ondas sedosas rompiéndose contra la franela, y se preguntó cómo sería al tacto. El corazón se le desbocó solo de imaginarlo e hizo una pelota con la gorra de béisbol.

Consciente de que se estaba ruborizando, carraspeó y dijo:

—¿Crees que se puede hacer?

Devlin observó la mirada de esperanza en su cara con nostalgia. Si echaba la vista atrás era capaz, aunque con dificultad, de evocar esa misma ilusión. Tenía apenas diez años más que A. J., pero mirando aquel azul cristalino de sus ojos se sentía muy viejo.

«¿Qué color será ese?», se preguntó. «¿Azul cielo?».

Algo empezó a bullir en su interior y tuvo que apartar los ojos de la cara de A. J. y fijarlos en algo menos peligroso. Luego, al verla jugar con la gorra, atisbó parte del anagrama y frunció el ceño.

Devlin siempre había sentido aversión por esas personas acaudaladas e impacientes que en ocasiones se sienten atraídas por el mundo de los caballos. Aunque no todos los miembros de las élites económicas eran malos, no soportaba a aquellos que practicaban la hípica solo porque les parecía un deporte glamuroso. Así era como los caballos terminaban maltratados o heridos.

Y por modesta que pareciera la mujer que tenía delante, con sus pantalones vaqueros y su chaqueta campera, de momento era más conocida por el dinero que tenía su familia que por sus dotes de amazona. Al ver aquel logo que retorció entre las manos, Devlin sintió la tentación de decirle algo desagradable y marcharse. Al margen de lo rico que fuera su padre, lo último que le apetecía era ponerse a comentar los sueños y esperanzas de otro jinete. Ya lo había pasado bastante mal aquel año tratando de olvidar los suyos propios.

Al final, sin embargo, se vio atrapado por sus ojos y no fue capaz de negarle una respuesta. Mirando aquel azul descubrió que le sobrevenía algo inexplicable. Se sentía, de alguna manera, purificado. Menos cínico, menos cansado de todo. Aquel azul lo reconciliaba con el mundo.

—No conozco el caballo lo bastante como para saberlo —contestó cauteloso—. Con trabajo duro y adiestramiento probablemente saltará las vallas, suponiendo que

no te tire al suelo solo para divertirse un rato. Pero ¿ganar? Eso requiere un trabajo de equipo y no es algo que se pueda enseñar. Ni a los caballos ni a las personas.

La cara de A. J. expresó inquietud, pero acto seguido optimismo.

—Necesito un preparador —declaró.

Devlin se estremeció al presentir sus intenciones.

—Con tu presupuesto lo encontrarás. Estoy seguro.

—Te quiero a ti.

—De eso nada.

—Pero tú eres el mejor y yo quiero...

—Tú lo que quieres es alguien que haga milagros. Y a mí se me agotaron en el Clasificatorio del año pasado.

A. J. le tocó un brazo y Devlin quedó atónito por cuánto le afectaba aquel simple roce. Era como si le quemaran, solo que de manera agradable. Se apartó bruscamente, aunque lo cierto era que la sensación le había despertado curiosidad.

—Por favor, puedo pagarte...

—El dinero no lo soluciona todo —dijo Devlin.

Y antes de que aquella mujer le hiciera perder la cabeza, se dio la vuelta y se alejó, cojeando más de lo normal.

Inmóvil delante del box de Sabbath, A. J. lo dejó marchar sintiéndose mal. Era evidente que lo había ofendido, cuando no había sido su intención en absoluto. Pero es que le había parecido una buena idea. ¿Quién mejor que él para ayudarla a convertir a aquel caballo en un campeón?

Se reclinó contra la puerta del box y recordó la historia de McCloud. Alrededor de diez años atrás y como salido de ninguna parte, había irrumpido en la escena de los saltos de competición con un éxito fulgurante. Aunque tenía poco más de veinte años, enseguida cobró fama de competidor duro e imperturbable con un instinto imbatible para los caballos. Después de ganar una retahíla de premios con caballos que daban buenos resultados montados por otros pero espectaculares con él, había encontrado su pareja perfecta, una yegua moteada de color gris pálido. Él y su montura, Mercy, habían dominado el mundo de la competición ecuestre durante tanto tiempo que la mayoría de los aficionados no recordaba un tiempo en que no hubiera sido así.

Ya fuera en carreras clásicas o campo a través, eran invencibles, y el público los adoraba. No era solo porque ganaran siempre. Formaban una bella estampa juntos, moviéndose como uno solo, conectados —no separados— por la silla. Con su yegua mágica y su talento a raudales, el reinado de Devlin McCloud en el deporte de reyes parecía destinado a durar para siempre.

Pero, trágicamente, no fue así.

En los saltos de competición había jinetes que resultaban heridos. También caballos. Era el lado peligroso del deporte y, para algunos, quizá parte de la emoción. En la mayoría de los casos, los que se caían terminaban solo con unas cuantas

magulladuras, pero no todos. Por desgracia, Devlin y Mercy no tuvieron suerte en los entrenamientos de primera hora antes del Clasificatorio. A Devlin tuvieron que sacarlo de la pista en camilla. A Mercy hubo que sacrificarla allí mismo.

La noticia del accidente se extendió por toda la comunidad ecuestre en menos de una hora. De inmediato el mundo del caballo se puso de luto y se apresuró a mostrar su solidaridad hacia Devlin. Pero aunque fueron muchos los que intentaron acercarse, él rechazó toda muestra de simpatía. Dada su reputación de solitario, que se retirara de la escena pública no sorprendió a nadie. Después de rechazar el apoyo de la comunidad hípica, se hundió en su dolor y cerró la puerta al mundo. Se rumoreaba que había abandonado la zona, que se había mudado a Virginia y que nunca se lo volvería a ver, pero A. J. sabía que no era cierto. De vez en cuando, al salir o entrar de las caballerizas Sutherland, lo había visto al volante de su camioneta, con semblante sombrío y ausente.

Suspiró resignada, sintiéndose triste por todo lo que había perdido aquel hombre. Era un enigma. Un hombre increíblemente guapo y sexy que con solo cinco minutos de conversación la había hecho sentir como si se hubiera bebido un vaso de luz de luna. Y esa voz... Se sorprendió a sí misma preguntándose cómo sería notar sus labios contra la suyos.

—Igual es mejor así —se dijo en voz alta al tiempo que se ruborizaba.

Se llevó las manos a la cara, estaban heladas.

Después de todo, ¿quería un preparador que la trastornara tanto como lo hacía Devlin McCloud? Apenas podía permanecer a su lado dos segundos sin tener la sensación de estar perdiendo la compostura. Teniendo en cuenta el comportamiento del caballo, ya iba a ser bastante difícil llegar al Clasificatorio sin necesidad de complicarse más todavía con un preparador que le inspiraba tanto deseo.

—¿Así que eres tú la del caballo, *non*? —Una voz de marcado acento la sacó de su ensueño.

A. J. se giró y tuvo que suprimir una mueca al ver acercarse a Philippe Marceau. La reputación de este como jinete era bastante superior a su reputación como ser humano, y cuando A. J. lo vio le dieron ganas de huir de él como de la peste.

Lo miró recorrer el pasillo y pensó que se parecía mucho a Peter. Igual que este, Marceau iba demasiado arreglado, con un traje de seda pálido, una camisa color pastel y una corbata rosa chillón. Cuando llegó hasta donde estaban A. J. y el caballo se estiró la corbata con un gesto exagerado, los dedos meñiques tiesos como el martillo de una pistola. A. J. decidió que parecía un cantante de Las Vegas que se había perdido de camino al escenario y que estaría encantada de redirigirlo hacia cualquier otro punto del planeta.

—Es una buena adquisición —dijo Marceau—. Para montar en un rodeo.

—Bonito traje. ¿Vas a actuar en algún sitio esta noche?

—Tú siempre tan aguda. Es una pena que una mujer tan guapa desperdicie sus encantos vistiendo ropas de chico y haciendo esas muecas tan feas con los labios.

Sabbath, que se había puesto a comer de nuevo después de que Devlin se marchara, levantó la cabeza al percibir un olor nuevo. Después de mirar a Philippe, agachó las orejas.

—Entonces, dime —dijo Philippe acercándose a A. J. y envolviéndola en su olor a colonia—. ¿Cuándo vamos a salir tú y yo a cenar? Una cena francesa de verdad, con su vino, su poco de conversación. Y quizá algo más...

A. J. pensó que preferiría comer del mismo cubo con un macho cabrío. Y, en cuanto al «algo más»..., las maneras de donjuán de Marceau la dejaban fría. Sabía que prodigaba sus atenciones con la misma arbitrariedad que alguien sembrando césped y, aunque le gustaban los hombres no demasiado altos pero seguros de sí mismos, no tenía ninguna intención de añadir su nombre a la sorprendentemente larga lista de las conquistas de aquel en concreto.

—Gracias por la invitación, Philippe, pero no me gustan las citas.

—Eso he oído. La reina de los hielos que vive en el castillo de papá.

—Mejor sola que mal acompañada.

—*C'est vrai*, cuando no puedes aspirar a buena compañía.

A. J. se contuvo antes de recordarle que era él el que le había propuesto salir y no ella. En lugar de eso dijo:

—Voy a estar demasiado ocupada preparando a Sabbath para el Clasificatorio.

—¿Vas a montar eso en el Clasificatorio? ¿Es que te has olvidado? Es dentro de dos meses, *cherie*. Vas a necesitar otro caballo o una eternidad para poder competir a ese nivel.

—Bueno, entonces ya comprendes por qué no puedo ir a cenar contigo.

—*C'est dommage* —dijo Philippe recorriéndola con la mirada—. Cometes una tontería presentándose al Clasificatorio con ese caballo inútil, pero, claro, tampoco es que nadie espere que ganes. Cuando fracasas no habrá sorpresas y por lo tanto no tienes nada que perder. En eso tienes suerte, mira.

A. J. se dispuso a decirle unas cuantas cosas sobre lo en serio que se tomaba la competición, pero Philippe ya se había lanzado a su tema de conversación favorito. Su suspiro teatral sonó igual que una cantante calentando las cuerdas vocales.

—No te haces idea de lo duro que es ser un campeón. La presión para rendir al máximo, para sobresalir. Me enfrento a ello cada vez que me subo a un caballo, aunque solo sea para entrenar.

Le decía lo mismo a cualquiera que tuviera la mala fortuna de caer en las redes de su conversación. Se conocían casos de personas que se habían dejado caer de espaldas sobre rastrillos con tal de escapar, y A. J., que se había visto en el brete unas cuantas veces, estaba dispuesta a apostar que un martillazo en la cabeza era menos doloroso que escuchar la perorata de aquel hombre.

Mientras este seguía hablando, A. J. miró a Sabbath sacar la cabeza de su casilla. Marceau, sin embargo, estaba demasiado absorto para darse cuenta de que el caballo había alargado el hocico. A. J. tuvo el presentimiento de que no iba a hacer nada

bueno, pero le concedió el beneficio de la duda. Había tiempo de sobra para intervenir, se dijo para acallar su conciencia, mientras veía a Sabbath acercarse cada vez más al francés. Sin duda el caballo ya se había divertido bastante por un día.

Resultó que ambas suposiciones eran equivocadas. Como un rayo negro, el semental se adelantó, agarró la solapa de Philippe y tiró con fuerza de ella. Philippe se tambaleó sobre sus zapatos de plataforma y se desplomó igual que un saco de heno contra la puerta del box.

Su cara se tiñó de un rojo indignado y se sacudió el traje con manos temblonas. A. J. dedujo que el torrente de palabras que salieron de sus labios eran insultos. Aunque las decía en francés y ella no entendía nada, tenía la sensación de que Philippe no estaba recitando precisamente las bondades de caerse de culo.

Cuando se hubo recuperado un poco, volvió a hablar en inglés.

—Este caballo no será jamás un campeón. Tiene los modales de un asno y las mismas posibilidades de saltar una valla que de galopar sobre dos patas. Es estúpido, y tú también por haber pagado un dineral por él.

La palabra «estúpido» la pronunció con el acento en la o: *estupidó*.

Y con un bufido de indignación, Philippe se marchó mientras seguía intentando sacudirse el traje.

A. J. se volvió hacia Sabbath y lo miró con severidad.

—Eso no ha estado bien. Aunque tengo que decir que todos hemos tenido ganas alguna vez de bajarlo de su pedestal.



Capítulo 2

Para cuando A. J. reunió los escasos arcos del antiguo establo de Sabbath, empezaba a anochecer. Su conversación con el último propietario del caballo había sido breve, como si a este le preocupara que pudiera cambiar de idea sobre la compra, y al terminar le había alargado la documentación como si fuera un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

Lo último que le quedaba por hacer antes de marcharse era pagar lo que debía en las oficinas de la casa de subastas. Mientras caminaba entre la gente recordó las palabras de su hermanastro. Oírlo referirse a las caballerizas Sutherland como suyas la hizo pararse a pensar. Siempre había estado tan ocupada adiestrando caballos que nunca había pensado demasiado en el lado comercial del negocio.

Aparte de los caballos que ella adiestraba, el complejo Sutherland albergaba a unos cincuenta saltadores, cuyo alojamiento pagaban sus dueños o entrenadores. Gracias a las sustanciosas tarifas que cobraban, las caballerizas disponían de todas las instalaciones imaginables para la doma de caballos, incluida una piscina para entrenamiento. También contaban con varios picaderos, pistas de *cross* y mangas para saltos, además de múltiples *paddocks* y pistas de trabajo. Era un negocio grande que generaba ingresos sustanciales.

No siempre había sido así. Cuando la madre de A. J. y su padre se instalaron en el estado, nada más casarse, Garrett construyó un establo y un picadero para los queridos caballos de su mujer. Los recuerdos más preciados que conservaba A. J. de su madre eran de las dos trabajando con los animales, y después de que esta muriera, su amor por la equitación aumentó. A medida que crecían su destreza y su interés, también lo hizo el complejo, y A. J. sabía que su padre había derivado un placer especial de verla prosperar. Desde luego ella había disfrutado de ver erigirse las nuevas instalaciones, dar la bienvenida a caras nuevas y trabajar con quienes pronto se convertirían en casi miembros de su familia. En su corazón, Sutherland era más que un negocio; era el legado de su madre, así como un lugar en el que A. J. se sentía aceptada. Más acogedor que la mansión en la que vivía.

Su hermanastro tenía una visión diferente del asunto. Peter había empezado a participar en el negocio de los establos al terminar la universidad porque su madre le

exigió hacer algo útil mientras trataba de convertirse en actor. Convencido de que no tardarían en llegarle las ofertas y de que pronto sería una estrella de Hollywood, Peter accedió a llevar los libros de contabilidad y enseguida demostró una gran habilidad para las finanzas. Por desgracia, sus logros fiscales no lo satisfacían y veía el tiempo que dedicaba a las caballerizas como un amargo recordatorio de su fracaso como actor. Después de muchos años de presentarse a audiciones, todo apuntaba a que el culmen de su carrera iba a quedarse en aquel anuncio de dentífrico.

Aunque discutían por dinero... y por casi todo, A. J. tenía que reconocer que Peter hacía un buen trabajo gestionando el lugar. Se le daban bien los números, no así tratar con la gente, y A. J. sabía que el éxito de Sutherland no sería el mismo sin él. La pena era que a Peter no le gustaba trabajar en las caballerizas y se aseguraba de que todo el mundo lo supiera. No le gustaba el olor del lugar ni tener siempre paja pegada a la ropa. Odiaba el barro en primavera, los insectos en verano y el frío en otoño e invierno. Y con independencia de la estación, detestaba su despacho. Originalmente la habitación había sido un almacén de grano y todavía olía a heno viejo cuando llovía, por muchas veces que Peter hiciera limpiar la moqueta nueva.

La única cosa que le gustaba era ganar dinero, en especial verlo acumularse en las cuentas bancarias. Cada vez que A. J. quería comprar algo tenía que acudir a él como una mendiga y suplicarle. Para ella, el dinero era una cuestión de utilidad. Le daba a las personas la capacidad de hacer realidad sus sueños, y los suyos eran caros. Nunca le había interesado de dónde procedía. Siempre estaba demasiado ocupada limpiándoles las pezuñas a los caballos, acarreando balas de heno y sacos de grano o poniendo inyecciones antiparásitos. Perder un solo momento preocupándose en cuánto dinero estaba gastando en algo que necesitaba o esperar a ver si lo conseguía a un precio mejor le parecían actividades por completo inútiles.

Debido a las dos filosofías de vida que coexistían en el negocio, había habido muchas disputas, que no se limitaban al ámbito de las caballerizas. Puesto que vivían en la misma casa, cualquier discusión iniciada en los establos los seguía colina arriba hasta la mansión y se servía de acompañamiento a la cena. Regina siempre se ponía del lado de Peter y el padre de A. J., a quien el más mínimo conflicto le producía ardor de estómago, pedía a todo el mundo que se tranquilizara y midiera sus palabras.

Garrett tomaba muchos antiácidos.

Tanto A. J. como Peter tenían veintitantos años, y A. J. era consciente de que deberían haberse marchado hacía tiempo del hogar paterno, pero siempre estaba demasiado ocupada con los caballos para buscarse una casa y sabía que Peter disfrutaba con las comodidades que le brindaba la mansión. También sospechaba que sería necesario emplear la cirugía para separarlo de su madre. Regina Conrad, ahora Sutherland, era una mujer dominante con una necesidad insaciable de tener siempre la aprobación de los demás. Como consecuencia de ello necesitaba estar demostrando constantemente que todo lo relativo a su hijo y a ella era superlativo. Aquel constante aluvión propagandístico le resultaba a A. J. una verdadera cruz, y no entendía cómo

Peter era capaz de soportar tanto empalago.

Claro que tenía un complejo de Edipo como una catedral.

A ella la pareja que formaban madre e hijo le recordaba a dos maletas caras desperejadas, pero Garrett parecía contento. Su felicidad era la razón por la que A. J. seguía intentando llevarse bien con su hermanastro y con Regina. No era fácil.

Al llegar a la oficina de la casa de subastas abrió la puerta, que crujió de esa manera amistosa en que lo hacen las puertas de campo, y entró. Margaret Mead, una viuda irlandesa de sesenta años, levantó la vista detrás del mostrador y le sonrió. Se conocían desde hacía años.

—Oye, A. J., hoy deberías estar más contenta.

—Me parece que no te has enterado del lío en que me he metido.

—Pues claro que me he enterado.

—¿Y no vas a hacer como los demás? ¿No vas a decirme que estoy loca?

Dejó la mochila sobre el mostrador y se inclinó hacia delante.

—¿Es eso lo que te dicen? —preguntó Margaret.

A. J. la miró, sarcástica.

—Pues ignóralos —dijo Margaret sacando una carpeta—. Con ese caballo has seguido tu instinto. La gente solo se mete en problemas cuando presta más atención a la opinión de los demás que a la suya propia. Ese caballo es tuyo ahora y la página está en blanco. Puedes empezar de cero.

Margaret empujó algunos papeles sobre el mostrador y cogió un bolígrafo de una taza llena de varios y diversos útiles de escritura. A. J. revisó los documentos, cogió el Bic y se disponía a garabatear su nombre en la parte inferior de la página cuando su vista se detuvo en la factura. Decía: CABALLERIZAS SUTHERLAND, A LA ATENCIÓN DE PETER CONRAD.

Llevada por un impulso, rompió la hoja.

—Voy a pagar con un cheque a mi nombre —dijo sacando su cartera.

No estaba segura de lo que hacía, pero la decisión procedía del mismo lugar que la había impulsado a pujar por el caballo. Escribió una fecha posterior en el talón para que le diera tiempo a meter suficiente dinero en la cuenta antes de que lo cobraran y estuvo a punto de atragantarse con tantos ceros. Aquella cantidad suponía una parte considerable de sus ahorros, pero su instinto le decía que era mejor hacer la inversión que arriesgarse a que Peter se negara a efectuar el pago hasta que hubieran decidido si A. J. tenía o no derecho a comprar el caballo.

Cuando arrancó el cheque y se lo dio a Margaret se preguntó si no habría perdido la cabeza. Con los años había conseguido hacerse un colchón económico con el sobrante del dinero que le daba su padre. Era un símbolo de independencia y nunca había tenido la necesidad de recurrir a él. En cambio ahora se lo estaba puliendo.

Igual Peter tenía razón en lo de la prudencia en el gastar, pensó, entendiendo por primera vez hasta qué punto el dinero era finito. Le costaba trabajo creer que acabara de invertir todo su capital en un ser descerebrado con cuatro patas y muy malos

modales.

Margaret cogió el cheque.

—No pongas esa cara de preocupación. Ese hormigueo en el estómago no son más que los remordimientos típicos del comprador. Un par de inspiraciones profundas y se te habrá pasado, te lo aseguro.

A. J. trató de disimular su sorpresa. Siempre había tenido dinero cuando lo había necesitado y habrá más, se dijo. Y si Sabbath resultaba ser un campeón, seguramente podría vender participaciones de él a las caballerizas y recuperar liquidez, pero sin perder el caballo.

Para cuando regresó al box de Sabbath se sentía algo mejor. El hecho de que el semental pareciera contento de verla ayudó. En cuando percibió su olor, relinchó suavemente y acercó la cabeza, dejando que le acariciara el hocico aterciopelado.

—Bueno, pues ya es oficial. Somos un equipo —le dijo—. ¿Qué te parece? ¿Nos largamos de aquí?

Le llevó media hora prepararlo para recorrer los ciento cincuenta kilómetros que había hasta las caballerizas Sutherland. Le vendó las piernas, le colocó una manta de viaje sobre el sedoso lomo y a continuación lo llevó hasta la puerta trasera del camión que formaba parte de la flota de las caballerizas. Cuando guió al caballo a la rampa estuvo atenta por si decidía salir en estampida, pero el animal no parecía interesado en montar ningún número.

«Sin escenario no hay representación», pensó A. J. mientras lo guiaba al interior de uno de los apretados boxes. Una vez segura de que estaba todo bien, cerró las puertas, trepó a la cabina y puso en marcha el gigantesco motor diésel con solo girar una llave diminuta. Mientras abandonaba el recinto empezó a pensar, ilusionada, en todas las posibilidades que tenía por delante.

A medida que recorría kilómetros y empezaba a caer la noche le vino de nuevo a la cabeza Devlin McCloud. Evocó el tono áspero de su voz, su atractivo rostro visto de cerca, cada destello de sus ojos avellana. Su cuerpo respondió como si lo tuviera sentado a su lado y la temperatura corporal le subió varios grados.

¿Qué era lo que le resultaba tan embriagador de aquel hombre? Había algo en su seguridad en sí mismo y su inteligencia, en aquellos ojos entornados, en esa autoridad que desprendían sus gestos, en ese cuerpo...

—Ya vale —se dijo en voz alta—. Es un hombre, no una fantasía.

Pero continuó soñando. Mientras recorría la carretera llana entre la casa de subastas y las caballerizas fantaseó sobre posibles excusas para verlo otra vez. Eran de lo más enrevesadas, teniendo en cuenta que McCloud vivía en práctica reclusión, pero la favorita de A. J., y la única que resultaba remotamente verosímil, era una en la que se le pinchaba una rueda en el tramo de carretera situado justo frente la casa de McCloud. Él acudía entonces en su ayuda con la camioneta y empezaban a hablar mientras aflojaba tuercas. Quizá hasta quedarían para ir a cenar. Luego la llevaría a casa y la besaría en la oscuridad...

Claro que eran todo puras fabulaciones. A. J. no era de la clase de mujeres a las que los hombres piden una cita y le costaba trabajo imaginarse en una situación tipo necesito-a-un-hombre-que-me-ayude. Y en todo caso, Devlin McCloud no le parecía de ese tipo de hombres que pierden el tiempo con películas románticas.

¿Qué hará entonces con una mujer?, se preguntó. ¿Será de los que le gusta quedarse en casa y cocinar? Desde luego no le pegaba ser aficionado a las carreras de camiones. ¿Cena elegante en un restaurante de cinco tenedores? ¿Almuerzo campestre? ¿Montar a caballo por senderos boscosos intercambiando miradas lánguidas con su pareja? Aunque lo que de verdad interesaba a A. J. era lo que vendría después de la cita. ¿Qué clase de amante sería? ¿Cariñoso y pausado? ¿O de lujuria desenfrenada? Decidió que probablemente dependería de con qué mujer estuviera y cuánto la deseara.

Frunció el ceño, perturbada por sus pensamientos. Por lo general tendía a ensimismarse en cosas prácticas, no románticas. Y desde luego no eróticas. Estaba más acostumbrada a perderse en ensoñaciones sobre encontrar el perfecto herrador o un veterinario dispuesto a acudir de buena gana a las caballerizas a las dos de la madrugada. Pero también era cierto que no había conocido a nadie como Devlin McCloud, y no lograba decidir si se moría de ganas de verlo o se sentía agradecida por que las posibilidades de que ello ocurriera fueran escasas. La había afectado profundamente y, por emocionante que hubiera resultado la experiencia, también intuía que pisaba terreno peligroso.

Volvió a la realidad al darse cuenta de que había llegado a los establos Sutherland y entonces se acordó del caballo. Mientras aparcaba entre las dos majestuosas columnas que señalaban el camino de entrada al complejo, se preguntó si a Sabbath le gustaría su nuevo hogar.

Pero resultó que el caballo no tuvo siquiera la oportunidad de poner un casco en el suelo.

Cuando A. J. detuvo el camión delante de la construcción de madera, el edificio principal de las caballerizas, Peter y su padre salieron de las oficinas. Por la expresión de sus caras A. J. supo que la cosa no pintaba bien. Peter estaba serio y en el rostro de su padre se dibujaba esa mueca dolorida que anunciaba que estaba a punto de decirle que no a algo.

Sin detenerse a saludarlos, bajó de la cabina y abrió la puerta que daba al remolque para ver cómo estaba el caballo. Peter y su padre la siguieron.

—Ese caballo tiene que irse —dijo Peter—. Tu padre está de acuerdo conmigo.

—Arlington, cariño —le apremió Garrett—, por favor, sé sensata.

A. J. suspiró, exasperada.

—Mirad, no tengo tiempo de ponerme a discutir. Mi prioridad es sacar a este pobre caballo de la caja de zapatos donde lleva metido una hora y media.

—Ese semental no va a entrar en nuestros establos —dijo Peter.

—No me parece que tengas mucha elección, la verdad.

—Tú eres la que no tiene elección. Le he encontrado un comprador.

—¿Cómo? —A. J. se giró por completo para mirarlo—. ¡No tienes derecho a vender ninguno de nuestros caballos sin mi consentimiento!

—Díselo, Garrett.

—¿Que me diga qué? —Los dedos de A. J., temblorosos de furia, buscaron el diamante que colgaba de su cuello.

—Pues, cariño...

—Hemos hecho un pequeño cambio en la documentación —dijo Peter—. Gracias a tu numerito, ahora yo soy presidente de la corporación propietaria de las caballerizas Sutherland.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—Pues que ahora puedo llevar el negocio sin tener que preocuparme de tu costumbre de malgastar dinero. Tengo poder de veto. Puedo optimizar las operaciones, incluso diversificar. Y puedo sacar de aquí a esta fiera corrupta en cuanto me dé la gana.

—¡No es ninguna fiera!

—Entonces es que tu definición de la palabra y la mía son distintas. Yo lo que sé es que comprar ese semental no es más que otro ejemplo de tu incapacidad para actuar de manera reflexiva o tener en consideración la realidad económica.

—¡La realidad económica! Estoy hablando de un campeón. Estoy hablando de ganar. Lo que necesitamos en este establo son campeones, no peseteros.

—Has pagado por él un precio muy por encima del que tiene en el mercado.

—Y vale hasta el último centavo.

—Vale exactamente la mitad de lo que has pagado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque es por lo que lo he vendido.

A. J. miró a Garrett atónita.

—No estás hablando en serio.

—Peter tiene razón —dijo su padre en tono conciliador—. El caballo es peligroso y probablemente has pagado demasiado por él.

—¿Así que le das las caballerizas a Peter?

—Peter nunca abusaría de su...

—¿Y cómo llamas tú a decidir de forma unilateral vender un caballo con el que yo tengo intención de competir? —A. J. miró a su padre mientras este rebuscaba antiácidos en sus bolsillos. Después de verlo meterse dos en la boca y masticarlos con desesperación, A. J. dijo—: Esto es ridículo. E innecesario.

—Arlington, me preocupa tu seguridad.

—Y lo entiendo, pero para ganar hay que asumir riesgos.

—Riesgos calculados —apuntó Peter.

—He hecho los cálculos. Voy a asumir el riesgo.

—Pero tienes que aprender a aceptar la autoridad —le explicó Garrett—. No

puedes seguir así, tomando decisiones impulsivas y explicándolas luego. Esto es un negocio importante ahora, en el que participan otras personas. Ya no es un entretenimiento familiar.

A. J. se puso a comprobar los arneses de Sabbath. Tenía todo el cuerpo en tensión.
—Todo eso ya lo sé.

—No te molestes en sacarlo del remolque —le dijo Peter—. Su nuevo propietario quiere que se lo llevemos esta misma noche.

A. J. se disponía a replicar a su hermano cuando recordó todos los ceros que había escrito en aquel talón. Lo que había empezado como un mero impulso ahora se antojaba una idea genial y cuando se volvió a mirar a Peter, sonreía.

—La tienes delante. A su nueva propietaria.

—No digas tonterías —dijo Peter dándole la espalda—. Déjalo ahí en el remolque...

—Yo soy su propietaria, no las caballerizas. Así que puedes coger tu nuevo cargo corporativo y metértelo...

—Estás mintiendo.

A. J. sacó el recibo.

—Tengo aquí los papeles.

Peter le quitó los documentos y los leyó con labios apretados.

—Bueno, pues me alegro por ti. Pero no puedes alojarlo aquí.

—¿Qué quieres decir?

A. J. miró a su padre en busca de ayuda.

—A ver, Peter —intervino Garrett—. No podemos...

—Aquí mando yo ahora, y nos hemos quedado sin cuadras libres.

A. J. le arrebató los papeles.

—Muy bien. Entonces, salid del remolque. Me marcho ahora mismo.

Los dos hombres la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué pasa? Me habéis dejado muy claro que ni mi caballo ni yo somos bienvenidos, así que nos vamos a otra parte. Os pagaré el alquiler del remolque y lo devolveré por la mañana, cuando venga a buscar mis cosas.

—Pero, vamos a ver, espera un momento... —empezó a decir su padre.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Peter.

—No es asunto tuyo.

«Y además —pensó—, no lo tengo demasiado claro».

—Cariño, somos tu familia —dijo Garrett—. Estas caballerizas están aquí para ti.

—Pero de ahora en adelante no tengo la misma participación que Peter en ellas, ¿verdad?

—Ven a casa y lo hablamos —le suplicó su padre.

—No pienso ir a casa.

—¿No te parece que estás siendo un poco dura?

—¿Dura? ¿Y qué me dices de tu nuevo presidente? Me acaba de echar de mis

propios establos. Si tienes algún problema con cómo se están llevando las cosas, concierta una cita para discutirlo con él.

Peter negó con la cabeza.

—Por esto precisamente no se te dan bien los negocios. Te dejas llevar por las emociones.

A. J. ignoró la pulla. Estaba cansada de discutir y necesitaba concentrarse en su siguiente paso. Tenía un animal del tamaño de un minibús y ningún sitio donde guardarlo, se hacía tarde y ahora tampoco ella tenía dónde quedarse. Necesitaba idear un plan y rápido. Pero para ello precisaba librarse de Peter y de su padre e ir a alguna parte donde pudiera pensar con tranquilidad.

Sabía que ninguno bajaría del remolque si no lo hacía ella primero, así que fue hasta la puerta y saltó al suelo. Los hombres la siguieron de cerca. Antes de que pudieran detenerla, cerró la puerta y subió de un salto a la cabina. Estaba metiendo la primera cuando su padre se colocó delante del camión.

—¿Adónde vas? —Su voz denotaba alarma y extendió las manos como si estuviera dispuesto a bloquear el paso al vehículo. Estaba ridículo con su traje de *tweed* a medida y su corbata estampada allí plantado.

Peter, por su parte, negaba con la cabeza e intentaba sacar a su padre de delante del camión.

—Garrett, deja que se vaya. Es mejor que se tranquilice en otra parte. Mañana por la mañana estará de vuelta.

A. J. sacó la cabeza por la ventanilla abierta.

—Cambiar de paisaje no me va a tranquilizar.

Y dicho esto pisó el acelerador y el camión se puso en marcha. No sabía qué hacer si su padre no se quitaba de en medio.

Peter tiró de Garrett y lo sacó del camino.

—¡Volverás! —le gritó a A. J. mientras esta se alejaba.

Peter se equivocaba al respecto, pero, después de conducir sin rumbo durante más de una hora, A. J. empezaba a desesperarse. Abrumada, redujo la marcha y detuvo el camión con un traqueteo en el aparcamiento de una cafetería abierta las veinticuatro horas situada junto a una carretera secundaria. La mayoría de los clientes eran rancheros de la zona y A. J. era visitante habitual, pero no quería entrar, por mucho que el ambiente dentro pareciera animado. Le sería complicado explicar qué hacía sola con un camión por la noche sin explicar la ruptura con su familia.

De modo que se quedó sentada en la cabina mirando el salpicadero iluminado y acariciando el solitario que llevaba al cuello. En su fuero interno llevaba años pensando que era hora de ganarse la vida por sí misma. Lo que no había imaginado es que su declaración de independencia se produciría de una manera tan dramática, y no podía evitar sentirse sola y preocupada. Al margen de lo agobiantes que le resultaran Peter y su padre, también le brindaban protección y seguridad. Ahora, sola, la elección que había hecho y la responsabilidad que había asumido se le antojaban

abrumadoras.

Era la primera vez que se sentía así. Siempre había sido impulsiva y, cuando las cosas no salían exactamente como las había planeado, por lo general era capaz de improvisar algo en el último minuto. Pero ahora parecía haberse quedado sin ideas. No se le ocurría nada allí sentada en el camión y sin un lugar a donde ir. Lo único que sabía era que volver no era una opción.

Consultó de nuevo el reloj e intentó concentrarse. Las otras caballerizas importantes estarían cerradas a aquella hora, pero aun así repasó mentalmente las más cercanas, una a una. Nada. No había encontrado una solución en su lista mental de opciones antes, y tampoco ahora.

Al alargar el cuello, que tenía rígido por la tensión, vio su gorra de béisbol. La cogió y en ese instante se le ocurrió una idea disparatada. Le vinieron a la cabeza unos seductores ojos castaños.

¿Se atrevería?

Un momento más tarde estaba de nuevo en la carretera volviendo por donde había venido. Al pasar de largo junto a las caballerizas Sutherland sintió una inquietante mezcla de furia, remordimiento y añoranza. Siguió adelante.

A unos cuantos kilómetros a la izquierda vio la diminuta indicación que estaba buscando. A diferencia del amplio arco que marcaba la entrada al complejo Sutherland, aquí había un sencillo letrero de madera clavado en un poste. Ponía MCCLOUD.

Enfiló un camino de tierra de superficie ancha y uniforme, ideal para remolques de caballos y maquinaria agrícola, y atravesó una extensión boscosa que desembocaba en un conjunto de prados atravesados por vallas negras. La luz de la luna bañaba el paisaje y le daba un brillo sobrenatural, onírico.

Más adelante había edificios. Dos establos. Pequeños, comparados con los de Sutherland, pero A. J. calculó que cada uno tenía capacidad para seis caballos. A la izquierda había una pista de trabajo y adiestramiento y a la derecha varios *paddocks* de suelo de tierra. Más allá, a lo lejos, atisbó una casa de una de cuyas ventanas salía una luz tenue.

Detuvo el camión delante del edificio de los establos, respiró hondo y bajó de la cabina. Sin detenerse a pensar, fue hasta la parte trasera para ver cómo estaba Sabbath. Para su alivio, parecía contento. Tenía la cabeza inclinada y una de las patas traseras dobladas, descansando sobre el borde del casco. Parecía estar medio dormido. A. J. comprobó que tenía agua, que el cabestro estaba bien sujeto y el ronzal amarrado a la parte delantera del box. No le gustaba dejarlo solo, pero sabía que no estaría lejos mucho tiempo. Había dos contestaciones posibles a lo que iba a pedir y, por lo poco que sabía de Devlin McCloud, no tardaría mucho en darle una.

Se disponía a salir por la puerta lateral del remolque cuando se detuvo al ver su reflejo en el espejo de cuerpo entero que usan los jinetes para vestirse antes de las competiciones. Tenía la melena castaño cobrizo hecha un completo desastre. Llevaba

los vaqueros manchados de barro y paja y con aspecto de no haber conocido nunca el interior de una lavadora. La camisa de franela estaba toda arrugada y por fuera de los pantalones y la cazadora campera no ayudaba tampoco, ya que le colgaba como un gran saco marrón a ambos lados del cuerpo.

Parecía una mendiga. Algo que, por otra parte, no se alejaba demasiado de la realidad.

Pero no quería que Devlin McCloud la viera así. En todas aquellas fantasías que había fabricado en su imaginación ella siempre tenía un aspecto medianamente decente cuando se encontraban por casualidad. En sus ensoñaciones siempre tenía al menos alguna posibilidad de que él la viera como una mujer, no una simple moza de cuadra y, en su corazón, por algún estúpido motivo, quería que la encontrara hermosa. Que la viera como objeto de misterio y deseo. Quería ser algo que él quisiera tocar y besar y abrazar con todo su cuerpo.

Adoptó una pose seductora frente al espejo, haciendo un mohín con los labios y apoyando el peso del cuerpo en una cadera.

«Como si tuviera alguna posibilidad».

Tratando de no sentirse derrotada, alargó una mano y se recogió con ella el pelo, alisándose los mechones desordenados. A continuación se quitó toda la porquería que pudo de los pantalones y se metió la camisa por dentro. Después de limpiarse una mancha de barro de la mejilla se miró por última vez en el espejo y decidió que tendría suerte si Devlin no llamaba a la policía para que se la llevaran de allí por la fuerza.

Bajó del remolque y tomó aire aspirando el aroma fragante a hierba y a tierra. Era una noche de otoño fresca, pero no demasiado fría, y majestuosamente despejada. Mientras se encaminaba hacia la casa levantó la vista y contempló la vasta extensión de la Vía Láctea en lo alto, olas de estrellas brillando trémulas en un mar de terciopelo negro.

Cuando los tacones de sus botas tocaron el camino de baldosas aminoró el paso en un intento por aproximarse a la casa de la manera más silenciosa posible. Era una residencia antigua de dos plantas de líneas acogedoras y con ventanas de cuatro paños en la fachada. El tejado era negro y de ángulos redondeados, con varias chimeneas asomando entre sus picos y valles. De la parte posterior salía otra ala, detrás de la cual había un jardín.

Tenía que ser la granja original, se maravilló A. J., reparando en que alguien había tenido buen cuidado de mantener el lugar en perfecto estado. La casa, al igual que el resto de las construcciones, estaba en perfectas condiciones, reluciente por una capa de pintura recién aplicada y por el mimo de su propietario.

Cuando llegó a la puerta principal no vio timbre ni llamador alguno. Trató de no interpretarlo como una señal y tocó con los nudillos en la madera barnizada. Hubo un largo silencio y a continuación pisadas irregulares.

A medida que estas se acercaban, la envergadura de lo que estaba haciendo se le

fue imponiendo con terrible claridad. Había gastado sus ahorros en un caballo indisciplinado, abandonado las caballerizas y a su familia, y ahora estaba a punto de ponerse a merced de un hombre con fama de llevarse mal consigo mismo y peor aún con los demás.

Cuando Devlin McCloud abrió la puerta A. J. notó su presencia física como un puñetazo. El efecto que le produjo verlo de nuevo era algo para lo que no se había preparado, a pesar de sus muchas ensoñaciones, y mirarlo a los ojos era igual que ser engullida por un torbellino y sentir ganas de ahogarse en él. Sus ojos castaños habrían bastado para conmocionarla, pero entonces reparó en que solo llevaba puesto un pantalón de pijama.

Era imposible no mirar.

La luz de la luna iluminaba el pecho y los brazos de Devlin en una caricia que resaltaba aún más los músculos bajo su tersa piel. Tenía un cuerpo esculpido y poderoso, el ejemplo perfecto de un hombre en su plenitud, desde los imponentes hombros a los abdominales que marcaban su estómago y el atisbo de las caderas que asomaba de la cintura del pijama. Con la boca seca, A. J. se preguntó cómo sería la mitad inferior de aquel cuerpo.

Notó su mirada recorriéndola y cuando levantó la vista adivinó algo en los ojos de él, una reacción salida de las profundidades de alguna parte que se apresuró a disimular. Pensó que se había dado cuenta de lo colorada que se estaba poniendo y resistió el impulso de llevarse las manos a las mejillas. Decidió que seguramente estaba molesto por su inspección visual y se esforzó por pensar en algo inteligente que decir cuando él habló primero.

—Suponía que no era una *girl scout* vendiendo galletas. Pero tampoco te esperaba a ti.

«Pues espera a ver lo que traigo en el remolque», pensó A. J.

Y antes de que le diera tiempo a ponerse nerviosa, le espetó:

—Necesito tu ayuda.

Al instante la cara de McCloud se tensó.

—Ya te he dado mi contestación esta tarde. Y aunque tu interés me halaga, no tengo intención de seguir hablando del tema. Sobre todo aquí de pie en la puerta de mi casa, en mitad de la noche y en pijama.

No hacía falta que le recordara que estaba medio desnudo, pensó A. J.

—Pero es que...

—No voy a ser tu preparador. Así que vuelve a las caballerizas Sutherland y sigue con tu vida de lujo y comodidades. Yo tengo que dormir.

Se giró para marcharse.

—No puedo.

La suavidad del tono de voz de A. J. hizo detenerse a Devlin, que se volvió para mirarla.

—¿Qué quieres decir con eso de que no puedes?

—Ya no soy socia de las caballerizas Sutherland.

La mirada de él se detuvo en los ojos color avellana.

—¿Has renunciado a tu patrimonio, o algo así?

—Más o menos.

—¿Y por qué?

—Bueno, digamos que por diferencias de opinión con la dirección.

—Por Sabbath.

—Parece que nos hemos quedado huérfanos los dos.

Devlin exhaló, irritado.

—¿Y qué pinto yo en todo eso? ¿Es que tengo aspecto de madre superiora? No dirijo un albergue para niños descarriados y sus mascotas.

—Pero necesito un sitio para adiestrar y tener a Sabbath.

—No soy adiestrador y no hospedo caballos.

—Puedo pagarte.

A. J. no estaba segura de eso, pero aquel no era el momento de entrar en detalles.

—Eso no lo dudo —dijo Devlin con sequedad.

—Mira, por lo menos deja que se quede esta noche.

—¿Todavía lo tienes en el remolque?

—Sí, pero...

—¿Te has vuelto loca o qué?

—Este no era el plan.

—Eso salta a la vista —dijo Devlin volviéndose—. Estoy seguro de que planear no es lo tuyo.

—¡Eso no es verdad!

«Al menos en líneas generales», pensó A. J., y decidió que aquella noche no había sido precisamente un monumento al pensamiento racional.

—¿Dónde vas? —le llamó.

—No me interesan tus dramas familiares —dijo Devlin volviendo un poco la cabeza—, pero desde luego no me voy a quedar parado mientras un animal paga por las tonterías de los humanos.

Desapareció en el interior de la casa dejando a A. J. sin palabras en la puerta de entrada. Reparó distraída en que de espaldas resultaba tan atractivo como de frente.

Quería decirle que estaba equivocado. Por mucho que diera esa impresión, jamás pondría en peligro la seguridad o el bienestar de un caballo, pero se temía que no podía permitirse el lujo de explicárselo. Parecía que Sabbath tenía un establo donde pasar la noche y a cambio de ello estaba dispuesta a ser malinterpretada.

En lugar de esperar a Devlin, suprimió un bostezo y volvió a las caballerizas preguntándose dónde pasaría la noche. Desde luego, no en la mansión. Cuando se acercaba al camión miró la cabina con resignación y decidió que era lo bastante espaciosa como para tumbarse dentro. Confort cero claro, pero al menos podría estar horizontal.

Con la precisión de movimientos de quien ha hecho algo así mil veces, bajó la rampa, desató a Sabbath y lo guio fuera del remolque. El caballo se dejó sujetar y la siguió dócilmente cuando lo llevó a estirar un poco las patas mientras esperaban a McCloud. Cuando Devlin salió de la casa, el semental lamía satisfecho la hierba.

Mientras lo veía acercarse A. J. notó cómo una descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Era cálida y apremiante, como un relámpago, y tuvo la sensación de que su cuerpo se estaba comunicando con el de él en alguna clase de lenguaje secreto. Ahuyentó la sensación y se centró en el roncal que sujetaba en la mano, pero no pudo evitar preguntarse si él sentiría lo mismo.

Devlin pasó en silencio a su lado y quitó el pestillo a las puertas corredizas del establo. Estas se deslizaron sin ruido sobre el raíl bien engrasado y entonces Devlin alargó un brazo y encendió las luces. A. J. echó un vistazo al interior y vio seis amplios boxes, tres en cada lado y separados por un generoso pasillo. A la izquierda estaba el guadarnés y, a la derecha, una pequeña oficina. El lugar estaba immaculado y equipado con todo lo que caballo y jinete podían necesitar, pero en cuanto A. J. condujo a Sabbath dentro se dio cuenta de que faltaba algo.

El silencio era abrumador. Todo ese bullicio de fondo que estaba acostumbrada a oír en sitios con caballos estaba ausente. No había ruido de cascos contra el suelo, relinchos de curiosidad o bienvenida, ni entrechocar del metal de ronzales. Aquel lugar era una ciudad fantasma.

Se sintió triste por Devlin.

—Puedes meterlo ahí —dijo este y abrió la puerta de uno de los primeros boxes.

A. J. condujo al caballo al interior y le quitó el cabestro. Vio que en el suelo había tierra limpia, pero ni agua ni forraje.

—Tengo algo de heno en el camión —dijo ella, ya en el pasillo—. Y si me dices donde está la manguera...

—Tengo un sistema automático —interrumpió Devlin mientras cerraba la hoja inferior de la puerta del box—. Pero sí vas a tener que traer pienso.

A. J. salió.

Cuando volvió vio a Devlin y a Sabbath midiendo sus respectivas fuerzas igual que dos boxeadores en el cuadrilátero. El caballo tenía la cabeza fuera del box y miraba orgulloso a los ojos del hombre, quieto igual que una estatua a solo unos centímetros de él. A. J. aflojó el paso, esperando a ver qué sucedía.

Sabbath bufó y se restregó contra la chaqueta que llevaba puesta Devlin para a continuación piafar. Creyendo que lo iba a morder, A. J. hizo ademán de adelantarse, cuando la voz de Devlin la frenó.

—Quédate donde estás —dijo—. Esto es algo entre él y yo.

Desconcertada, A. J. obedeció.

El semental aspiró una gran bocanada de aire y lo expulsó a la cara de Devlin. Este siguió inmóvil, el bastón en ángulo oblicuo para ayudarlo a resistir la fuerza del animal. Al igual que su cuerpo, los ojos estaban inmóviles, sin parpadear, ni siquiera

cuando Sabbath dio una coz a una de las paredes de la cuadra y echó atrás la cabeza con un relincho furioso.

A. J. soltó el heno y corrió hacia él, pero enseguida se detuvo sorprendida. Una vez terminada su exhibición, el caballo agachó las orejas y se retiró tranquilamente al fondo del box.

—Asalto uno: empate —dijo Devlin con una sonrisa asomando detrás de sus labios apretados—. Y es un señor caballo.

A. J. se descubrió a sí misma devolviéndole la sonrisa mientras echaba paja en el box. Tranquila, ahora que Sabbath estaba a buen recaudo, cerró la hoja superior de la puerta y salió con Devlin al aire de la noche.

—Gracias —dijo deteniéndose delante del camión.

Devlin se encogió de hombros.

—Aquí estará bien.

—Te lo agradezco.

—¿A qué hora lo vas a recoger mañana?

—En realidad quería preguntarte si te importa si el remolque pasa también aquí la noche.

—Claro que no. Pero entonces, ¿cómo vas a volver a casa?

—Es que no voy a casa.

Y dicho eso, A. J. abrió la puerta de la cabina por el lado del conductor y trepó al interior, tan cansada que le dolía todo el cuerpo.

—¿Qué haces?

—Estoy agotada y, tal y como tú y más personas me habéis hecho notar a lo largo del día, no pienso con demasiada claridad. Así que, si no te importa, voy a pasar la noche aquí.

—Estás de broma.

A. J. cerró la puerta y se tumbó de lado con un brazo debajo de la cabeza. De repente sentía unas ganas incontrolables de llorar.

Hubo un golpe brusco en la ventanilla.

A. J. se tapó la oreja con el brazo que tenía libre en un intento por no escuchar. Lo último que quería era echarse a llorar delante de Devlin.

El extremo del bastón siguió golpeando el cristal.

A. J. se enderezó con brusquedad y abrió un poco la ventana.

—¿Qué?

—No puedes dormir aquí.

—Desde luego que no, si sigues haciendo tanto ruido.

—Te digo que no vas a dormir aquí.

—¿Por qué? No me creo que tuvieras pensado dar una fiesta en esta explanada precisamente hoy.

—Hace frío y no acostumbro a dejar que muera gente congelada delante de mi casa.

—¿Y qué sugieres?

—Ven dentro.

Su voz era amable, como si supiera que A. J. había llegado al límite de sus fuerzas. Por desgracia, su tono de preocupación hizo sentirse aún más desdichada a A. J.

—Estaré perfectamente aquí —dijo con voz ahogada mientras intentaba cerrar la ventanilla. Cuando lo hubo conseguido, se tumbó y volvió a taparse la oreja con el brazo.

De nuevo los golpes.

—No pienso hacerte caso —gritó A. J.

—Y yo no voy a parar hasta que no entres.

—Se te cansará el brazo.

—No estés tan segura de eso —le escuchó decir.

Resultó que Devlin tenía razón.

Pocos minutos más tarde A. J. salió de la cabina. Cansada e irritada, temía lo que pudiera salir de su boca, así que se limitó a cruzar los brazos y a apretar la mandíbula. Devlin la condujo hacia la casa.



Capítulo 3

Para cuando llegaron a la puerta principal, el frío aire de la noche y el deseo de no parecer débil delante de Devlin habían serenado a A. J. Una vez dentro de la casa se encontró en un vestíbulo con una escalera al fondo y, detrás, una cocina. A la izquierda, una sencilla sala de estar tenía pocos muebles, pero presentaba un aspecto acogedor gracias a paneles de madera de cerezo en las paredes y algunas brasas que languidecían en una chimenea de piedra. Dondequiera que mirara había hileras de ventanales del suelo hasta casi el techo, y A. J. supo que durante el día la luz entraría a raudales en las habitaciones. Con vistas espectaculares y antigüedades aquí y allí, era una casa maravillosa, pero con cierto aire despojado. Reparó en que no había fotografías familiares ni instantáneas de amigos, tampoco recuerdos de viaje. ¿Y dónde estaban todos los trofeos y medallas?

—Tendrás que dormir en el sofá —dijo Devlin y señaló un diván con funda de tela azul marino—. El otro dormitorio lo uso de despacho y..., esto..., de almacén.

Al oír la vacilación en su voz A. J. levantó la vista, pero el semblante de Devlin mientras dejaba el bastón en un paragüero y colgaba su cazadora era impenetrable. A. J. lo imitó y, después de quitarse la chaqueta campera, la colgó de un gancho en la pared al lado de la de él. Así, colgadas tan juntas, las mangas de ambas prendas se confundían. A A. J. le gustó la imagen y, ya más tranquila, sintió un placer hipnótico al pensar donde estaba.

Devlin desapareció por el pasillo y volvió con una camisa masculina recién lavada y todavía caliente de la secadora.

—Voy a por almohadas y una manta.

Con la camisa en la mano A. J. lo miró abordar las escaleras con la cautela propia de un hombre el doble de mayor que él. Cada vez que levantaba el pie de la pierna mala A. J. no podía evitar un gesto de dolor. Aunque la cara de Devlin era impassible, sabía que lo estaba pasando mal. Lo sabía por la cara colorada y el puño firmemente cerrado alrededor de la barandilla.

Llevada por un impulso, dejó la camisa y fue detrás de él. Cuando llegó al final de las escaleras vio varias puertas y enseguida se asomó por una de ellas. Con la débil luz del pasillo por toda iluminación, estaba demasiado oscuro para distinguir otra

cosa que formas extrañas.

—¿Qué haces? —La voz de Devlin restalló como un látigo. Alargó el brazo y cerró la puerta.

—Quería ahorrarte el viaje de vuelta por...

—No soy un inválido y no quiero tenerte fisgoneando por ahí. ¿Por qué no bajas y te sientas tranquilamente y me dejas a mí que lo haga todo?

A. J. no dijo nada y se marchó de prisa, preguntándose a qué venía tanto nerviosismo. Cuanto más lo pensaba, sin embargo, más se convencía de que Devlin debía de ser muy susceptible respecto a su cojera y que probablemente lo había herido en su amor propio. Teniendo en cuenta que iba a pasar la noche en su sofá y que su caballo estaba en una de sus cuadras, decidió que no debía ser tan dura con él.

Minutos más tarde Devlin bajó las escaleras. En esta ocasión A. J. apartó la vista, deseando que hubiera algo en las paredes con lo que distraerse. Habría preferido hasta un retrato de Elvis vestido de terciopelo a tener que simular que los paneles de madera eran lo más fascinante que había visto en mucho tiempo.

En silencio Devlin le alargó las mantas y luego desapareció en la cocina. En cuanto se quedó sola A. J. dejó de contener la respiración y se apresuró a hacer la cama en el sofá. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Devlin no estaba y, rápidamente, se desvistió y se puso la camisa.

Mientras se cubría con ella el cuerpo desnudo se detuvo a pensar, atónita, que llevaba puesta una camisa de Devlin McCloud. A juzgar por lo suave que estaba el algodón, era una camisa que se ponía mucho y le resultaba fascinante pensar que algo que había estado en contacto con su piel ahora lo estaba con la de ella. Lanzó otra rápida mirada hacia la dirección en que había desaparecido y a continuación se llevó la manga de la camisa a la nariz y aspiró profundamente. El aroma del suavizante era celestial y fue entonces cuando supo que se había vuelto completamente loca. Cuando alguien empieza a considerar Vernel un perfume está a dos pasos de la camisa de fuerza.

• • •

Un poco descolocado él también, Devlin entró en la habitación en el preciso instante en que la mujer en la que no había podido dejar de pensar en toda la tarde se agachaba para deslizarse entre un juego de sus sábanas. Sin quererlo, reparó en las piernas bien torneadas y su puño se cerró con fuerza alrededor del vaso de *whisky* que llevaba en la mano. No pudo evitar seguir mirando mientras A. J. terminaba de meterse en la improvisada cama y se subía las mantas hasta la barbilla.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó.

—Nada, ¿por?

—Me miras como un león acechando al antílope, así que me ha parecido mejor preguntártelo.

En lugar de responder, Devlin apagó la luz del techo y dio un largo trago de *whisky*. No acostumbraba a beber demasiado, pero tenía el presentimiento de que aquella noche iba a costarle trabajo dormir. Y eso había sido antes de atisbar las pantorrillas y los muslos de A. J. Ahora sentía un calor en las entrañas y sabía que no era por el *whisky*.

—Hay un baño al fondo del pasillo. La ducha está en el piso de arriba, si necesitas usarla mañana.

—Gracias otra vez —murmuró A. J., vencida ya por el agotamiento.

Devlin se quedó largo rato entre las sombras observándola hasta que, totalmente trastornado, fue hasta las escaleras. También de allí le costó trabajo moverse. Se quedó con un pie en el primer peldaño y la miró a la pálida luz de los rescoldos del fuego que había encendido horas antes. Los mechones cobrizos de A. J. se desparramaban sobre la almohada en una hermosa ola oscura y, en la penumbra, las facciones perfectas de su cara parecían de otro mundo. En su imaginación se vio yendo hacia ella, deslizado la mano bajo la melena sedosa y acercando sus labios a los de ella. Sabrían a miel. Toda ella era como una dulzura cálida y dorada.

Mierda, pensó. ¿No podría haberse presentado allí para pedirle algo tan sencillo como una cita?

Aunque, si lo pensaba bien, sabía que una cita con aquella mujer sería cualquier cosa menos sencilla. Aquella mujer tenía una manera de iluminar una habitación cuando entraba en ella que lo volvía verdaderamente loco.

«Me parece que me estoy metiendo en un lío», pensó.

Le sorprendió lo intenso de la atracción que sentía hacia ella y se dijo que se debía a que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer. Antes del accidente nunca había tenido mucha vida privada. Después del accidente había perdido el interés por tenerla. Llevaba mucho tiempo sin sentir otra cosa que no fuera dolor y había olvidado que en su corazón había capacidad para algo más. Ahora, por primera vez desde el accidente, se encontraba mirando algo que le parecía bello.

O a alguien, para ser exactos.

A. J. se movió y dejó escapar un suave suspiro.

Era como una invitación que le susurraba al oído, y Devlin tuvo una erección.

Con manos torpes, apuró el vaso de *whisky* y empezó a subir las escaleras.

•••

A la mañana siguiente A. J. se despertó con el sol, se puso los vaqueros y las botas y arregló el sofá lo más silenciosamente que pudo. Mientras se escabullía por la puerta delantera para ir hacia los establos, levantó la vista hacia las ventanas del segundo piso. Se preguntó si Devlin estaría durmiendo. Y también qué aspecto tendría cuando descansaba.

Seguramente llevaría aquel pantalón de pijama, pensó. ¿O tal vez se los había

puesto a toda prisa solo para abrir la puerta porque en realidad dormía desnudo?

De repente, el fresco aire de la mañana ya no le pareció tan fresco.

Se esforzó por apartar estos pensamientos de la cabeza y se apresuró a dirigirse al establo. Las primeras luces del alba iluminaban el prado con bellos tonos melocotón, pero A. J. no se detuvo a paladear la majestuosidad de la mañana. Tenía prisa por ver a Sabbath y sintió alivio al oírlo golpear el suelo con un casco y relinchar a modo de saludo cuando abrió el portón.

Así es como tiene que sonar un establo, pensó mientras abría la hoja superior de la puerta del box de Sabbath. Este se acercó a ella, le apoyó el hocico en el hombro y le resopló contra la chaqueta.

—Buenos días a ti también —le dijo y le rascó detrás de las orejas. Le agradó comprobar lo contento que parecía de verla—. Oye, ¿sabes que estoy empezando a pensar que en realidad eres un mimosón?

Sabbath movió las orejas atrás y adelante y después le metió el hocico en la axila, levantándola del suelo.

A. J. rio y entró en el box, comprobó que tenía agua y a continuación fue al camión en busca de avena y paja. Cuando volvió, Sabbath tenía la cabeza en el pasillo y estaba inspeccionando el lugar. A. J. se agachó por debajo de su cuello, colgó un cubo con pienso del gancho metálico que estaba junto al abrevadero y esperó mientras el caballo olisqueaba y empezaba a comer. Supuso que querría algo de paz y tranquilidad mientras desayunaba, así que salió de la cuadra.

En cuanto cerró la puerta, Sabbath volvió a sacar la cabeza al pasillo y empezó a relinchar. Preocupada, A. J. volvió a su lado y al instante el caballo retrocedió y empezó a comer de nuevo. Con una sonrisa indulgente, A. J. se recostó contra la puerta y le habló mientras comía, aprovechando el tiempo para intentar decidir qué iban a hacer. Para cuando Sabbath llegó al final del cubo A. J. no tenía el futuro más claro, pero al menos había disfrutado de aquel rato en silenciosa compañía. Después de cerrar la puerta del box decidió que aquel caballo podía ser un verdadero encanto cuando se lo proponía.

Cuando salió del establo permaneció un instante admirando la casa. En la suave luz de la mañana parecía un cuadro hecho en punto de cruz, bonita y acogedora, y el otoño la hacía todavía más agradable. En una explosión de color, los variados rojos y amarillos del otoño empezaban a respuntar los extremos de las ramas de los árboles, resaltando el exterior blanco radiante de la casa.

La imagen era una estampa perfecta, como de postal, pensó. Para echarla al correo y recordarle a alguien el aspecto que tiene ese hogar americano de cuento con el que sueñan todos. Era una pena que aquel ejemplo de América campestre de Norman Rockwell la hiciera sentirse igual que si se hubiera tragado una caja de chinchetas.

Se masajeó el estómago y pensó que tal vez los problemas gástricos ocasionados por el estrés de su padre eran hereditarios.

Saber que iba a ver de nuevo a Devlin McCloud pero también que tenía que irse eran dos sentimientos difíciles de conciliar. Un cóctel explosivo. Dudaba de que sus caminos volvieran a cruzarse y eso la hacía sentir extrañamente desolada. Y encima seguía igual que la noche anterior, sin un sitio adonde ir.

Las instalaciones allí eran justo lo que necesitaba. Hechas a medida de sus necesidades, sin distracciones de otros caballos o jinetes. Y trabajar con alguien de la categoría de Devlin suponía una oportunidad única para cualquier jinete. El único inconveniente era el efecto que ejercía sobre ella, pero incluso eso resultaba emocionante. Decidió que trabajar con él resultaría estimulante en muchos sentidos y que, siempre que lograra mantener la concentración, sería una forma maravillosa de averiguar si podía surgir algo entre los dos.

Visto así, era difícil saber qué le resultaba más atractivo: el trabajo o el hombre.

Entonces, ¿qué podía decirle para hacerle cambiar de idea?

«Buenos días, bonitas sábanas. Por cierto, ¿estás seguro de que no quieres pasarte los próximos dos meses conmigo y mi enorme semental negro?».

No, no creía que fuera a colar.

Todo estaba en silencio cuando entró en la casa y se preguntó si no debería marcharse. Probablemente era lo correcto, pero, por lo que a ella respectaba, no constituía una opción. Quería verlo una vez más, así que se dirigió a la cocina y buscó la cafetera. La encontró junto a un recipiente de barro lleno de café recién molido. Cuando el aroma a café inundó la habitación se sentó a la mesa de roble envejecido y miró por las ventanas hacia las montañas de detrás de la casa. En lo alto del cielo, sobre las curvas ondulantes de las colinas, algunos pájaros remontaban perezosos corrientes invisibles de aire y A. J. envidió su despreocupación. Girando y danzando en el aire, parecían contentos de dejarse llevar por el viento.

Cuando el café estuvo listo buscó una taza, se sirvió un poco y se puso de nuevo a esperar. No tardó en oír ruidos en el piso de arriba. Cuando, unos minutos más tarde, apareció Devlin, caminaba más despacio de lo habitual.

—Buenos días —saludó A. J. y le miró.

Devlin se había duchado y afeitado y A. J. percibió el olor a limpio de su jabón. Una aroma cítrico con un toque de cedro.

«Para comérselo», pensó.

—Ya veo que te has puesto a trabajar.

—Quería hacer algo útil.

—Pues gracias por lo del café.

A. J. lo estudió de reojo mientras Devlin cruzaba la habitación hacia la cafetera. Tenía el pelo brillante por la humedad y llevaba una camisa de franela arremangada hasta los codos que acentuaba sus anchas espaldas. Los vaqueros lavados y bastante gastados le ceñían los muslos y también —se sonrojó al reparar en ello— los glúteos. Parecía cómodo, despreocupado y sin embargo con un completo control de sí mismo y de lo que lo rodeaba.

«Un hombre al que podría acostumbrarme a ver cada mañana», pensó A. J.

Esto le hizo preguntarse cuántas mujeres habrían bajado con él por esas escaleras después de pasar la noche en su cama, cuántas se habrían sentado con él a la mesa rústica de roble en la que estaba sentada ella ahora. ¿A quién habría amado con aquel cuerpo? Amado de corazón. ¿Habría alguien ahora mismo en su vida?

Negó con la cabeza diciéndose que nada de aquello era asunto suyo. No sirvió de gran cosa. Dado el efecto que ejercía sobre ella, las posibles relaciones de Devlin con otras mujeres le importaban y mucho, por inapropiado que resultara.

Al sentarse Devlin gimió y, al ver la cara de preocupación de A. J., murmuró:

—No es nada. Es que a mi pierna le cuesta un poco entrar en calor por las mañanas.

—¿Te molesta mucho?

—Bueno, digamos que la noto todo el tiempo.

—¿Podrás volver a montar a caballo? —soltó A. J. de repente.

Devlin se interrumpió cuando se llevaba la taza de café a los labios. El dolor tensó sus facciones y palideció.

—Lo siento —dijo A. J.—. No quería...

—No —dijo Devlin con suavidad—. No pasa nada.

Estuvo callado tanto rato que A. J. pensó que se había olvidado de que la tenía sentada enfrente de él. Y entonces contestó a su pregunta.

—No es que no pueda volver a montar... Es que no puedo volver a caerme. —Miró su taza de café y dio un sorbo—. Tengo la pierna sujeta con clavos y placas. Un traumatismo más y se acabó. Ahora mismo, además, todavía estoy trabajando para recuperar la movilidad. Supongo que debería sentirme afortunado, podría haber sido peor. Hay gente que no vuelve a andar después de un accidente como el mío.

—Qué accidente más horrible —susurró A. J.—. Debió de ser espantoso perder...

—¿A Mercy? Fue peor que quedarme sin carrera profesional. Sacrificarla fue lo más duro que he tenido que hacer en mi vida. —Miró al frente, absorto en sus recuerdos—. No te puedo describir lo que fue cuando nos caímos. Mercy se revolvía, tenía una de las patas delanteras destrozadas. Destrozada por completo. Irreparable. La rodilla retorcida con el casco completamente girado.

A. J. alargó un brazo, llevada por el impulso de consolarlo de alguna manera y apoyó la mano en su antebrazo. La piel de él era cálida al tacto y estaba recubierta de suave vello. Devlin bajó rápidamente los ojos y A. J. se dio cuenta de que lo había desconcertado. Sus ojos castaños la miraron entrecerrados. Había un atisbo de desconfianza en ellos. A. J. supuso que los medios de comunicación y la gente del negocio lo habrían estado acosando durante el año siguiente al accidente como buitres, queriendo saber de su tortura interior. No quería presionarlo, así que retiró la mano.

—No sé por qué te estoy contando esto —dijo Devlin con voz queda—, pero me parece que tiene que ver con tus ojos.

A. J. sintió que se quedaba sin aliento.

—¿Con mis ojos?

Devlin asintió.

—Por lo general desconfío de la gente. Pero es difícil sospechar del cielo azul.

A. J. tragó saliva sintiéndose como al borde de un precipicio. Y saltar no le parecía en absoluto una mala idea.

Devlin continuó hablando.

—Me quedé con Mercy mientras el veterinario le ponía la inyección. Tenía la cabeza apoyada en mi regazo mientras la luz se apagaba en sus ojos. Me dije que el dolor la estaba abandonando, disipándose conforme los latidos de su corazón se hacían más y más espaciados. Que la tortura acabaría pronto. Pero no me ayudó mucho. —Miró hacia los ventanales—. Me siento egoísta. Por querer que siguiera a mi lado aunque supiera que estaba sufriendo.

—Era tu compañera. Es normal que no quisieras perderla.

Devlin la miró de nuevo y a continuación se movió. A. J. creyó que iba a ponerse de pie, pero en lugar de ello notó el tacto de sus dedos en el dorso de la mano y se quedó inmóvil. Despacio, Devlin recorrió las venillas azules bajo su piel. Fue una caricia levísima, apenas un roce, pero a A. J. le resultó demoledora. Como si le hubiera metido la mano en el pecho y arrancado el corazón.

Siguieron sentados a la mesa enfrascados en tan tiernas exploraciones hasta que el reloj de pared del pasillo dio las ocho. Sus campanadas rompieron el encanto y ambos regresaron de ese lugar en el que sus corazones habían estado muy juntos.

—Bueno, pues creo que será mejor que me vaya —dijo A. J. sin molestarse en disimular su decepción.

—¿Adónde piensas ir? —Devlin se recostó en la silla y le soltó la mano.

—La verdad es que no lo sé. —A. J. se puso de pie. Llevó su taza al fregadero, la lavó y la dejó en la encimera—. Gracias otra vez por el establo y por el sofá.

—De nada.

A. J. se detuvo antes de salir de la habitación con la esperanza de que Devlin dijera algo sobre salir a despedirla. Pero se quedó sentado bebiendo café mientras el sol entraba a raudales en la cocina. A. J. dijo adiós con la mano sin estar segura de haber sido vista y salió.

Mientras caminaba hacia los establos se preguntó si volvería a verlo alguna vez. No creía que fuera pronto y sabía que desde luego no sería en la intimidad de su cocina. Ambas cosas eran, decidió, una verdadera lástima. Veinte minutos a la luz de la mañana con él habían bastado para hacerle intuir lo que debía de ser el amor verdadero.

Cuando entró en el establo, Sabbath la saludó con un relincho.

—Es hora de llevarte de vuelta al remolque —le dijo A. J. triste—. No tiene sentido que te acostumbres a este box tan espacioso cuando voy a tenerte como una sardina en lata durante los próximos días.

Cogió el cabestro y se lo estaba deslizando por las orejas cuando oyó a Devlin entrar en los establos.

—Enseguida nos quitamos de en medio —dijo A. J. sin levantar la vista y guio al caballo fuera del box.

—Puedo ayudaros a llegar al Clasificatorio, pero eso es todo.

A. J. se detuvo inmediatamente.

—¿Qué?

—Puedes hospedarlo aquí por las tarifas normales y te cobraré por el adiestramiento.

A. J. no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿En serio?

Devlin asintió.

—¡Eso es genial! —El corazón le latía con fuerza de lo feliz que se sentía. Quería abrazarlo—. Pero ¿cómo es que has cambiado de opinión?

—Creo que estoy preparado para... —no terminó la frase—. Empezaremos hoy mismo. ¿Dónde están tus arreos?

A. J. empezó a pensar a toda velocidad.

—En el complejo Sutherland. Y también tengo que devolver el camión.

—Muy bien. Devuélvelo y estate preparada para montar en una hora. Te veo en el picadero.

Se marchó y A. J. miró a Sabbath, que le devolvió la mirada interrogante, como si supiera que la suerte de ambos había dado un giro de ciento ochenta grados.

—Parece que, al final, sí vas a tener un hogar —le dijo A. J. con una sonrisa—. Por lo menos los dos próximos meses.

Volvió a encerrar el caballo en el box y consultó un reloj que había en la pared. Si se daba prisa, podía ir hasta los establos Sutherland y coger sus cosas sin necesidad de ver a Peter. Este estaría jugando al *squash* en el club y no iría a trabajar hasta más tarde.

Cuando llegó al complejo comprobó aliviada que el lujoso sedán de su hermanastro no estaba. Con una diestra maniobra aparcó el camión en su sitio y corrió a su guadarnés privado. Al verla recoger sus cosas, otros jinetes se detuvieron a interrogarla; la curiosidad en sus ojos revelaba que no tenían ni idea de por qué se marchaba. A A. J. le costó trabajo responder a sus preguntas con otra cosa que no fueran hombros encogidos o sonrisas esquivas. Sus sentimientos eran demasiado complicados como para resumirlos en una sencilla contestación.

Cuando hubo apilado todos los arreos y suministros en la puerta, fue a buscar el coche. El Mercedes rojo cereza descapotable había sido un regalo de cumpleaños de su padre y, a decir verdad, no le gustaba demasiado. El elegante diseño europeo y el motor de carreras estaban muy bien para salir a almorzar, pero de poco servían cuando tenías que transportar todo el equipo de un caballo. Lo que necesitaba era una camioneta bien amplia, pero sabía que le habría roto el corazón a su padre de haber

devuelto el regalo, así que se quedó con el coche.

Tras medir mentalmente todo lo que tenía que meter en el asiento trasero, miró con envidia una camioneta aparcada enfrente. Enseguida supo que la única manera de meter todo aquello en el coche era bajando la capota. Cuando terminó había mantas de caballo, vendas, sillas de montar y bridas sobresaliendo del asiento de atrás y colgando por los laterales del coche.

Parecía una versión cómica del trineo de Papá Noel, pensó mientras se deslizaba en el mullido asiento de cuero. Y en este caso, Rudolph tenía luces largas.

Abandonó el complejo con la intención de irse directamente al rancho de Devlin, pero se detuvo antes de salir a la carretera cuando le vino a la cabeza una nueva complicación.

Estaba sin hogar.

¿Dónde iba a dormir? Su dormitorio de la mansión no era una opción, igual que no lo había sido la noche anterior. Sencillamente, no podía volver a la casa de su padre. Todavía no. Tener que enfrentarse a una familia que parecía salida de la serie de televisión *Dinastía* no iba ayudarla a concentrarse para pasar el Clasificatorio.

La idea de irse a un hotel la llenaba de espanto. Calculó mentalmente y decidió que no debía de quedarle demasiado efectivo después de haber sacado dinero de su cuenta de ahorro para pagar a Sabbath. Y no pensaba pedirle más a su padre.

Sus dedos se pusieron a acariciar el diamante mientras sopesaba la situación. Con una risa forzada decidió que era irónico estar sentada en un Mercedes preguntándose de dónde iba a sacar el dinero para pagar sus gastos básicos. Se le pasó por la cabeza vender el descapotable, pero enseguida descartó la idea. Necesitaba un coche y además sospechaba que estaría a nombre de las caballerizas, dada la querencia de Peter a las deducciones fiscales.

El sofá de Devlin McCloud tenía varios puntos a su favor. Era barato, estaba cerca del caballo y también de él. La idea de los dos encerrados en aquella encantadora casa era de lo más tentadora. Noches frías, fuego en la chimenea. Un poco de vino...

Espera un momento, se dijo, para el carro del amor. Solo porque Devlin se hubiera ofrecido a prepararla para las pruebas no quería decir que fuera a hacerle saltar otra cosa que no fueran las vallas de las pistas de entrenamiento. Por mucho que su libido aspirara a más.

Se miró los vaqueros con asco.

Una cosa sí estaba clara, se dijo. Ya fuera de invitada gorróna en la pensión McCloud o en un motel de carretera, no podía pasarse dos meses con la misma ropa. Unos pocos días más y aquellos pantalones echarían a andar solos.

Tendría que ir a casa de su padre.

Con una mueca de resignación, enfiló el camino hacia la mansión, situada a pocos metros.

La imponente casa se erguía con fachada solemne al final de un camino privado.

Era el único hogar que había conocido A. J. Lo amaba, pero no podía decir que le gustara vivir allí. Lo que valoraba de él eran los escasos recuerdos que conservaba de su madre: Navidades en la elegante biblioteca, fiestas del 4 de julio junto a la piscina, búsquedas de huevos de Pascua en los jardines escalonados... Pero todo eso pertenecía al pasado. El día a día más reciente no había sido fácil.

Al llegar a la casa tuvo la esperanza de que Regina estuviera todavía vistiéndose en la *suite* principal. Si todo salía bien, podría entrar, coger sus cosas a toda prisa y salir antes de que nadie se diera cuenta.

No tuvo suerte.

Junto cuando subía el último peldaño de la escalinata de mármol de la entrada su madrastra abrió de par en par la recargada puerta principal. Ello ya era de por sí inusual y A. J. supo enseguida que la esperaba un buen sermón.

De pie en el umbral y con actitud amenazadora, Regina llevaba uno de sus impecables trajes de chaqueta a medida adornado en el cuello con un broche de diamantes que parpadeaban como una constelación de estrellas. El etéreo tono melocotón de su atuendo resaltaba su abundante maquillaje y contrastaba con el cabello negro cuidadosamente peinado y los ojos también negros. También ponía de relieve que estaba roja de furia.

—Esta vez sí que lo has conseguido —dijo—. Tu padre está en la cama con dolor de estómago. Peter ha tenido que cogerse el día libre para darse un masaje y mi cena de esta noche va a ser un desastre gracias a la tensión que se respira en esta casa. ¡Espero que estés contenta!

Aquello era precisamente por lo que no podía quedarse en la mansión, pensó A. J. Intentó pasar, pero Regina le cerró el paso.

—No me entra en la cabeza cómo puedes ser tan egoísta. Tu padre te ha dado siempre todo lo que has querido y siempre se lo pagas rompiéndole el corazón.

—Mira, siento mucho que esté disgustado —dijo A. J. simulando irse hacia la derecha y así colándose en la casa. Atravesó veloz el vestíbulo hacia la escalera de caracol y subió los peldaños de dos en dos mientras su madrastra continuaba gritándole.

—¿A qué hora piensas volver esta noche? Los invitados llegan a las siete y a las ocho es la cena. No quiero que te presentes vestida de mozo de cuadra cuando estemos en pleno primer plato, como hiciste el fin de semana pasado.

Seguía echando pestes al pie de las escaleras cuando, diez minutos más tarde, A. J. reapareció con su equipaje.

—¿Qué haces con eso? —exigió saber Regina.

—Me marcho por una temporada.

—¿Qué quieres decir con que te marchas?

—Pues que me voy.

A. J. pasó junto a su madrastra, que, de repente, parecía encantada de apartarse de su camino.

—¿Y qué le digo a tu padre?

—Nada. Ya lo sabe. Le llamaré muy pronto. Tú dile que le llamaré.

—Desde luego que se lo voy a decir —dijo Regina con voz suave. Parecía estar asimilando las novedades y parecía también que le gustaba la idea de un futuro con una menor presencia de su hijastra.

Con un gesto de cabeza a modo de despedida, A. J. salió de la mansión. Colocó sus maletas encima del montón de arreos y enfiló la autopista absorta en sus pensamientos.

Esta es mi vida. Esta elección la estoy tomando yo sola. Soy libre.

Se sentía más fuerte que en toda su vida, más segura que nunca de su decisión de comprar aquel caballo y de escapar de la influencia de su familia. Cuando aparcó frente a los establos de Devlin saltó del coche dispuesta a comerse el mundo. Cargada de arreos de cuero y metal, entró deprisa y se dirigió al guadarnés.

Y se dio de bruces contra Devlin.

Este salía del cuarto justo cuando A. J. doblaba la esquina y los dos chocaron, haciéndose perder el equilibrio mutuamente. Los arreos saltaron por todas partes. Desconcertada por la sorpresa, A. J. se agarró a lo primero que encontró para no caer al suelo. Y esa cosa fue Devlin. En cuanto se sujetó a él, notó cómo sus brazos fuertes como el acero la rodeaban y tiraban de ella hacia él.

A. J. abrió la boca y le miró directamente a los ojos, que estaban entrecerrados y llenos de pasión. El pecho de Devlin formaba un muro sólido contra el suyo y tenía uno de sus muslos entre ambas piernas de ella, por lo que las caderas de ambos estaban casi pegadas. A. J. sintió una atracción sensual que no era capaz de disimular. En aquel momento no podía pensar en otra cosa que no fuera besarlo. No le importaba que hubiera muchas razones por las que no debía hacerlo. No le importaba que estuvieran a plena luz del día. No le importaba que él fuera su preparador. No le importaba nada en absoluto, excepto el efecto que sobre ella tenía aquel hombre: el pulso acelerado, la cabeza dando vueltas y el cuerpo derritiéndose de deseo.

La boca de Devlin estaba allí, tentadora, a escasos milímetros de la suya. Quería que se acercara aún más, así que le deslizó las manos por detrás del cuello. Las enterró en su pelo y sintió la textura sedosa del cabello y, debajo, la solidez ósea del cráneo.

—¿Estás bien? —preguntó Devlin con voz ronca y sensual.

A. J. fue solo capaz de asentir, aunque era mentira. Se sentía muchas cosas, pero *bien* precisamente no.

Mientras Devlin continuaba sosteniéndola, notó cómo su mano le subía por la espalda hasta el cuello y se le puso la carne de gallina. Devlin se detuvo entonces, como si se dispusiera a apartarse, y A. J. lo retuvo con fuerza. A continuación y muy despacio, como en un sueño, los labios de él cruzaron el espacio entre los dos y se posaron con firmeza en la boca de ella.

Fue como ser alcanzada por un rayo.

Al ver que no hacía nada por detenerlo, los labios de Devlin empezaron a moverse sobre los suyos, acariciándolos, tentándolos hasta que tuvo que abrir la boca porque ya no podía respirar. Cuando lo hizo, la lengua de él se coló dentro, deslizándose hasta el fondo. A. J. se aferró más a su cuello, tirando de él para tenerlo más cerca y le devolvió el beso.

Una de las manos de Devlin la sujetó por la cadera y empezó a frotar la parte inferior de su cuerpo contra el de ella. El calor que sentía A. J. se incrementó y su cuerpo empezó a llorar de deseo. El beso se volvió apremiante, casi desesperado, y justo cuando A. J. empezaba a pensar que no podía soportarlo más, la boca de Devlin descendió hasta su cuello, mordisqueándole la delicada piel, jugueteando con el lóbulo de su oreja. A. J. gimió ruidosamente. En un acto reflejo, clavó las uñas en la camisa de franela de Devlin y consideró seriamente la posibilidad de entregarse a él allí mismo, en el suelo, delante del guadarnés...

El relincho indignado de Sabbath los interrumpió. Al oírlo Devlin se apartó del cuello de A. J. y miró furioso al semental, que tenía la cabeza fuera del box. Cuando relinchó de nuevo, se separaron de mala gana y jadeantes.

—Parece que está celoso. —La voz de Devlin era áspera y estaba cargada de una tensión muy masculina. Seguía con un brazo alrededor de la cintura de A. J. y no parecía tener prisa por soltarla. Lo que a ella le parecía estupendo.

A. J. rio, temblona.

—Me siento como si me hubiera pillado mi padre haciendo algo malo.

Devlin se apartó. Se metió las manos en los bolsillos y carraspeó.

—Tengo la impresión de que debería disculparme. Pero lo cierto es que no lamento haberte besado.

A. J. tampoco lo sentía, y se disponía a comunicárselo cuando él habló de nuevo.

—Intentaré no volver a hacerlo. Tu preparador no puede ser otra cosa que..., que tu preparador.

Aunque A. J. sabía que tenía razón, era difícil no sentirse rechazada al oír aquello. Y, por otra parte, estaba a punto de desmayarse por el deseo contenido.

—Sí, esto..., voy a coger mis cosas de montar.

—Te ayudo.

Hubo un silencio incómodo mientras recogían el desorden causado por el choque. Manos por lo general firmes ahora estaban torpes; las frases se quedaban a medio terminar, suspendidas en el aire.

Aquel beso había desplazado el centro de gravedad entre los dos, los había desequilibrado. Lo que hasta entonces había sido una atracción hipotética se había vuelto muy real, ahora que habían probado el placer, y ambos guardaron silencio mientras asimilaban las implicaciones de todo ello.

Cuando salieron del cuarto de arreos Devlin dijo:

—¿Qué te parece si yo descargo el coche y tú te ocupas de aquí nuestro amigo, el vigilante del pasillo?

Miraron al caballo, que seguía observándolos con expresión reprobatoria y A. J. no pudo evitar reír.

Fue aquel un sonido que gustó a Devlin y sus ojos siguieron a A. J. mientras se encaminaba hacia el caballo. Mirar aquellas caderas balancearse le provocó una nueva erección y se recolocó los vaqueros sintiéndose igual que un adolescente. Aquel pensamiento le hizo sonreír con tristeza y, haciendo un esfuerzo por olvidar el aroma a lavanda de A. J., empezó a recoger los bártulos. Mientras lo llevaba todo a la camioneta y colocaba los arreos en sus compartimentos correspondientes, decidió ponerse a pensar en otra cosa que no fuera la agradable sensación de tener el cuerpo de A. J. pegado al suyo.

En cualquier otra cosa, maldita sea.

Para distraerse caminó junto a hileras de sillas de montar y ronzales polvorientos hasta una única ventana que había al fondo de la habitación. Desde ella se veían el picadero y los obstáculos de altura media que había estado colocando mientras esperaba a que volviera A. J. El esfuerzo físico de transportar los postes de madera y ajustar las cucharas para las distintas alturas no había sido duro. El problema era la pierna. Debido a la cojera, había tardado el doble de tiempo de lo normal en preparar la primera sesión de adiestramiento.

Aquello le hizo pensar. Iba a necesitar ayuda.

Para preparar a A. J. y a su caballo para el Clasificatorio iba a tener que trabajar con ellos una serie de saltos y combinaciones, lo que quería decir que iba a haber mucho ajetreo en el picadero. Por mucho que odiara admitir su lesión, no le quedaba más remedio que reconocer que no podía hacerlo solo. Ahorraría mucho tiempo si disponía de alguien que pudiera recolocar los obstáculos si el caballo fallaba, cambiar los circuitos y acarrear el pienso. Parecía que iba a tener que llamar a Chester.

«Nunca creí que llegaría este momento», pensó maravillado.

Chester y él habían estado juntos desde los comienzos de Devlin como mozo de cuadra. El tipo tenía un gran conocimiento de los caballos, era un trabajador incansable y los dos habían hecho un gran equipo. Despedirlo después del accidente le había supuesto otra terrible pérdida, pero Chester siempre había dicho que volvería. Devlin no le había creído.

Salió de la habitación a tiempo de ver a A. J. soltar el ronzal a Sabbath y sacarlo de la cuadra. Llevaba unos vaqueros gastados que se ceñían a sus muslos y caderas igual que una segunda piel. Se fijó en las piernas que asomaban bajo los faldones de la amplia camisa y reprimió un gemido de deseo.

Iban a ser dos meses muy largos, trabajando con una mujer a la que deseaba tanto. Y no había duda de que su trato debía ser estrictamente profesional. Sabía que una relación sentimental los pondría a los dos en una situación difícil, si no imposible. El adiestramiento que necesitaban hacer con el caballo iba a exigir un horario esclavo y largas horas de trabajo. Devlin iba a tener que mostrarse objetivo respecto a la manera de montar y de trabajar de A. J. y los dos iban a necesitar una cabeza

despejada, algo que resultaría imposible si cedían a la pasión.

Porque pasión podía haber a raudales, a juzgar por lo que acababa de suceder delante del guadarnés.

«Intenta ser profesional», se conminó a sí mismo mientras salía a recoger más cosas.

«Pues buena suerte», le replicó una voz interior.

Cuando terminó de descargar el coche, Devlin cogió una carpeta que colgaba de la pared junto al cuarto de arreos. Había sido parte integral de sus entrenamientos, tan importante como la silla de montar o las botas, el sitio donde garabateaba sus pensamientos y planes. Sujetándola un momento con las dos manos se sorprendió por lo familiar de la sensación. Nunca imaginó que volvería a usarla. Sacó un muñón de lápiz que había enganchado a la parte superior y acarició la textura rugosa, allí donde sus dientes habían mordido la madera. ¿Cuántas horas había pasado con aquella carpeta en el regazo, absorto en sus pensamientos, planeando cómo abordar una nueva carrera? Trazando la estrategia para una nueva victoria.

Más horas que estrellas hay en la noche.

Se reclinó contra la puerta principal del establo y empezó a escribir. Luego se perdió en sus pensamientos, imaginando saltos y dibujando la trayectoria de cascos en el aire. Con el ceño fruncido por la concentración se dejó llevar de vuelta a un mundo que conocía muy bien.

Y que había echado muchísimo de menos.

• • •

Desde debajo del vientre de Sabbath, donde se había agachado para limpiarle uno de los cascos, A. J. observaba a Devlin. Todavía se sentía como un motor a toda marcha y tenía la sensación de que aquel beso la había marcado para siempre. No se parecía a nada que hubiera experimentado nunca, algo tan profundo como aterrador.

Aunque le habían dolido las palabras que había pronunciado él después, entendía que mantener la distancia era la manera correcta de proceder. Si algo empezaba entre los dos, desde luego no iba a ser algo informal. Aquel beso había sido demasiado eléctrico y ya se sentía conectada emocionalmente con él desde la conversación que habían mantenido aquella misma mañana.

Estaba allí para montar a caballo y ganar, se recordó a sí misma. No para embarcarse en una relación de la que podía salir muy escaldada.

Se acercó a la otra pata del caballo. Este protestó cuando le pidió que la levantara y A. J. tuvo que apoyarse en él para hacerlo. Sabbath, estaba comprobando, tenía unas pezuñas muy sensibles. El animal dio un respingo cuando le hundió la legra para extraerle la suciedad, pero no le hizo caso y siguió dándole vueltas al beso de Devlin.

Qué beso.

Todavía podía sentir los labios de él contra los suyos y se preguntó si no estaría él

igual de atónito por la química surgida entre los dos. Para ella se trataba de algo sumamente poderoso. ¿Sentiría él lo mismo? ¿O simplemente era un hombre apasionado?

«Venga ya, A. J. —se dijo—. Hueles a caballo. Llevas puestos los mismos vaqueros de ayer y tienes crema hidratante por todo maquillaje. No son precisamente las armas de seducción a las que suelen responder los hombres. ¿O es que te crees que todos esos calendarios de mujeres en bikini son en realidad catálogos de ropa de baño?».

Lo miró de nuevo.

Devlin estaba recostado en la puerta de entrada. El sol iluminaba sus facciones marcadas y bañaba sus brazos y sus manos mientras trabajaba. A. J. se preguntó cómo sería recorrer aquella piel.

—¿Qué miras? —le preguntó Devlin sin alzar la vista.

—Nada.

A. J. se sonrojó y apartó la vista.

Cuando le soltó la pata Sabbath tiró de ella. Mientras se ponía en pie A. J. reparó en el coche, ahora vacío excepto por su equipaje. Las bolsas le recordaron que todavía tenía que encontrar un sitio donde vivir. Y, con un nuevo ataque de rubor, se dio cuenta de que el sofá de Devlin era ahora mucho más que una solución barata a su problema de alojamiento.



Capítulo 4

Cuando Sabbath estuvo preparado A. J. dio un paso atrás y lo miró con satisfacción. Ella era quien le había alimentado, aseado y limpiado la cuadra. Sus dedos habían ajustado con cuidado la brida y el freno a la cabeza. Lo había ensillado y pronto estaría subida a su lomo. Era su caballo. Suyo y de nadie más.

Y además de todo eso, durante toda la mañana se había mostrado increíblemente dócil.

Claro que A. J. no se dejaba engañar.

Por eso le había puesto una gamarra. La correa de cuero, que le llegaba desde la cabeza hasta el pecho e iba sujeta por la brida y la cincha, le impediría picotear y empinarse. Era un arreo muy común y cuya utilización ya conocía.

Así que cuando Sabbath decidiera dejar de disimular y echara a correr desbocado por el picadero, al menos tendría una oportunidad de no salir despedida, pensó. Sería como llevar el cinturón de seguridad puesto cuando se va en coche.

Y de haber sido posible ponerle un airbag, lo habría hecho sin pestañear.

Antes de sacarlo al picadero se puso sus zahones viejos de cuero. Cuando se los compró, años atrás, eran de color tostado. Ahora, después de innumerables horas en la silla, se habían vuelto de color marrón intenso y la napa estaba suave como el terciopelo. Se los ató alrededor de su delgada cintura y se bajó las cremalleras de ambas perneras de manera que le cubrieran por completo los pantalones vaqueros.

Devlin levantó la vista y al verla perdió inmediatamente el hilo de sus pensamientos. Lo primero en lo que reparó es que el equipo de montar de A. J. tenía el brillo gastado que dan los años. Teniendo en cuenta lo rico que era su padre, le sorprendió que no hubiera comprado arreos nuevos para el caballo y unas de esas bridas modernas hechas de nailon. En lugar de ello, la silla mostraba señales de uso frecuente. En su momento tenía que haber sido muy cara, eso lo admitía, pues reconoció el diseño de un fabricante famoso. Pero estaba muy usada y Devlin no pudo evitar dar su aprobación a la manera en que había sido cuidada. El cuero estaba en óptima condición, flexible pero resistente, y saltaba a la vista que aquella no era la silla de una niña rica y mimada, sino de una amazona de verdad que comprendía la

utilidad de cuidar bien los arreos.

Entonces se fijó en los zahones que se estaba poniendo A. J. y sintió envidia del cuero a medida que este se ceñía alrededor de sus muslos. El calor que sentía en su interior le hizo apretar los dientes y se puso a imaginar cómo sería recorrer con las manos esas piernas cremallera arriba.

Aunque, si de él dependiera, esa cremallera bajaría, no subiría. Y lo siguiente en tocar el suelo serían los pantalones vaqueros.

Intentó recomponerse.

—¿Estáis preparados? —preguntó.

—Desde luego Sabbath tiene ganas de ir a alguna parte.

El caballo estaba impaciente, pues entendía lo que significaban la brida y la silla.

Al verlo ensillado y listo para adiestrar, al identificar el brillo de emoción en los ojos de A. J., Devlin se dio cuenta de que hacía más de un año que no tenía en su establo un caballo preparado para montar. Con una punzada de dolor en el plexo solar, fue de pronto consciente de todo lo que había perdido.

Cuando A. J. lo miró y sonrió, dijo:

—Dios. Lo que daría por estar ahora mismo en tu lugar.

Sabbath movió la cabeza y empezó a tirar del ronzal.

—¿Estás seguro? —soltó de repente A. J.—. Piensa que me lo estoy jugando todo a un caballo loco.

Devlin la miró sonrojarse al oír sus propias palabras.

—Pero qué tonterías estoy diciendo —le miró a los ojos con compasión—. Pues claro que te gustaría estar en mi lugar. Lo siento mucho, de verdad.

—No lo sientas —dijo Devlin poniéndose de pie—. De hecho, disfruto solo con ver lo ilusionada que estás. Se nota que estás pensando en todas tus posibilidades de éxito y también de fracaso.

—Es que así es exactamente como me siento ahora mismo. Aunque no sé lo que va a pasar, así que puedo permitirme el lujo de predecir el éxito. —Sabbath bufó y A. J. lo miró sin comprender—. ¿Qué te pasa? Ah, es que la correa de la gamarra está un poco retorcida.

Devlin miró A. J. mientras se ocupaba del caballo y se sorprendió deseando que estuviera disfrutando del momento. Él no había sabido hacerlo cuando estuvo en su lugar. Estaba tan obsesionado con cumplir sus sueños que olvidó que perseguirlos era tan importante como ganar. Ahora se daba cuenta de que el esfuerzo y la superación diarias habían sido una parte muy importante de las cosas buenas de su vida, y ver a A. J. se lo volvía a recordar.

Qué ironía, pensó, que fuera necesario que el pozo se secara para que se diera cuenta de lo que disfrutaba del esfuerzo.

Cuando A. J. terminó de ajustar la gamarra cogió su casco de montar y soltó a Sabbath. Mientras lo guiaba hacia la fresca brisa del otoño, el caballo empezó a hacer pequeñas cabriolas golpeando con los cascos suavemente en el camino de grava que

llevaba al picadero. Echaba atrás la cabeza, abría los ollares para aspirar los aromas de principios de octubre y oxigenaba la sangre para el trabajo que le esperaba.

—Es puro nervio, ¿verdad? —dijo Devlin.

Se puso la carpeta debajo del brazo y cogió el bastón.

—Es incapaz de estarse quieto.

Los tres fueron al picadero. A. J. detuvo a Sabbath y se puso el casco mientras Devlin cerraba la puerta detrás de ellos. El picadero tenía las dimensiones de medio campo de fútbol, era un óvalo formado por traviesas entrelazadas, suelo de tierra y sin techar. Era espacioso, si bien las vallas de saltos ocupaban toda la parte central. Había espacio de sobra para ejercitar al caballo alrededor del perímetro y usar las calles entre las vallas para trabajar los cambios de aires y de dirección.

En el centro había unas quince vallas dispuestas a intervalos regulares en combinación con otras y solas. Estaban hechas casi todas de rieles de vivos colores y en un estado de conservación óptimo, al igual que el resto del equipamiento de Devlin. Tenían distintas alturas, lo que permitiría al caballo entrenarse con obstáculos similares a los de la competición en que iba a participar.

Era, en suma, el paraíso de cualquier caballo saltador.

Y Sabbath parecía vibrar de emoción al ver su nuevo patio de recreo. Sabía lo que iba a hacer allí y sus ojos reflejaban el entusiasmo de un guerrero que se dispone a enfrentarse a un oponente a su altura. El movimiento de sus patas y sus fervorosos relinchos le dijeron a A. J. que estaba listo para empezar.

«No tan deprisa, Flash Gordon», dijo A. J. mentalmente.

Primero tendrían que trabajar un rato en plano, algo menos emocionante que saltar vallas, pero que era parte esencial del entrenamiento. Practicar los distintos aires les daría a ella y al caballo la oportunidad de conocerse mejor y también de calentar.

—¿Necesitas que te ayude a montar? —dijo Devlin.

—Gracias.

Levantó las riendas de Sabbath por encima de la cabeza de este y las cogió en la mano izquierda. Apoyó la otra mano en la parte trasera de la silla y levantó la pierna izquierda a la espera de que Devlin la impulsara.

Este se colocó a su espalda de manera que sus cuerpos estaban muy cerca. Cuando se inclinó y le tocó la pantorrilla aspiró de nuevo el aroma a lavanda de los mechones de pelo recogidos al cuello y no pudo evitar preguntarse si toda la piel le olería igual.

«A trabajar —se recordó mientras le agarraba el tobillo—. Estás aquí para trabajar».

A A. J. la pilló tan desprevenida el roce de la mano de Devlin en la pierna que no fue consciente de lo que hacía y casi sin darse cuenta se encontró a lomos del semental. Se acomodó en la silla y notó cómo Sabbath se acostumbraba a su peso, pero sin dejar de pensar en cómo se había entretenido la mano de Devlin en su pierna.

—¿Ya estás?

—Sí —graznó.

Con el estómago encogido miró a Devlin dirigirse al centro del picadero. Se preguntaba de qué color tendría los ojos cuando hiciera el amor y tuvo que morderse el labio para evitar proclamar a gritos su deseo.

El único color que debía preocuparla ahora era el marrón, el color del polvo que iba terminar mordiendo como no se concentrara. Estaba en un caballo que no había montado nunca y que era famoso por sus triquiñuelas y, como no pusiera toda su atención, la iba a tirar al suelo. Justo en ese momento Sabbath levantó la testuz y golpeó el suelo con los cascos, como si quisiera darle la razón.

Menos mal que iban a empezar por calentar un poco, pensó, esforzándose por controlar las riendas. En aquel momento para lo único que estaba preparada era para montar al paso.

Pero Sabbath tenía otros planes.

Cuando A. J. se inclinó para comprobar por última vez la gabarra, todavía pensando en Devlin, el caballo percibió la oportunidad. Sabía, por el cambio de postura, que A. J. estaba ocupada en algo y decidió aprovechar la ocasión. Se encabritó sobre sus patas traseras y echó a galopar en dirección al centro del picadero, hacia uno de los obstáculos, a toda velocidad.

A. J. tuvo que pensar con rapidez. Recuperó el equilibrio guiándose solo por su instinto y salvándose por los pelos de ser arrojada al suelo. El ancho pecho de Sabbath y sus patas traseras engullían metros de suelo a la velocidad del rayo y A. J. tuvo que deducir a toda prisa qué obstáculos se disponía a saltar. Miró la primera valla y decidió que podrían saltarla, pero Sabbath acababa de salir de la cuadra y no quería que se hiciera daño. Pero, sobre todo, tenía que enseñarle que no podía ignorar el freno y salir disparado cada vez que le viniera en gana.

Se colocó correctamente sobre la silla y usó el peso de su cuerpo para apoyarse con fuerza en los estribos y tirar de las riendas como si quisiera arrancar una raíz de roble del suelo. Los cascos del caballo aflojaron un poco el galope y A. J. aprovechó para echar el peso del cuerpo hacia un lado. El cambio de equilibrio sirvió para que Sabbath alterara el curso de su carrera, de manera que evitó el obstáculo y terminó haciendo pequeñas cabriolas al final del picadero.

Todo sucedió tan deprisa que Devlin no lo habría visto de no ser por el ruido de cascos. Levantó la cabeza y vio al inmenso caballo negro salir galopando y observó con atención la reacción de A. J., consciente de que le diría más de sus habilidades como amazona que una semana entera de entrenamiento. En lugar de dejarse desconcertar por lo inesperado, se había concentrado y había controlado al caballo sin hacerle daño en la boca y sin que ninguno de los dos resultara herido. Era la reacción de un verdadero profesional y Devlin se sintió aliviado. Cuando un caballo se desboca, por mucha preparación que tenga, un jinete necesita instinto. A lomos de un animal descontrolado, un jinete o bien reacciona instintivamente de manera adecuada

o acaba en el suelo.

Aquella mujer tenía los instintos adecuados.

«Y los va a necesitar», se dijo Devlin, mientras se dirigía hacia ella.

—Buena capacidad de reacción —dijo.

A. J. percibió la aprobación en su voz y se sintió agradecida.

—Bueno, algo sí que sabemos. Es fuerte y rápido.

—Y sabes aprovechar el momento.

Sabbath estaba impaciente, pero A. J. sujetaba las riendas con firmeza.

—Tendría que haber estado más preparada.

—Lo has hecho muy bien. Era inevitable que intentara algo.

Devlin sonrió y A. J. se sintió optimista. El caballo era tan atlético como había esperado y su preparador tenía toda la pinta de ir a ser un gran aliado. Así pues, ¿qué más daba si Sabbath intentaba jugar con ella como si fuera una pelota de fútbol y si ella se sentía completamente atraída por el preparador? Aunque su decisión solo meditada a medias le había costado mucho dinero y una pelea con su familia, decidió que, en general, las cosas pintaban bastante bien.

Sabbath relinchó quejoso, levantó la cabeza y piafó.

«O puede que no tanto», pensó A. J. mientras lo controlaba otra vez.

—Ahora que nos ha dejado claro que es un rebelde —dijo Devlin mirando a Sabbath a los ojos—, veamos qué pasa cuando se le pide que obedezca.

A. J. asintió y dirigió a Sabbath hacia el perímetro del picadero obligándolo a ir al trote. El caballo se resistía a sus órdenes en cada zancada y A. J. empezó a sentirse como en un tira y afloja. El semental estaba poniendo a prueba sus fuerzas, evaluando su determinación. Solo esperaba que terminara su examen antes de que los brazos se le dieran completamente de sí y acabara con los nudillos tocando el suelo.

Devlin la observó mientras dejaba que el caballo diera rienda suelta a su entusiasmo por encontrarse en el picadero. A. J. sujetaba las riendas con mano firme, pero suave, y se sentaba sobre la silla con la naturalidad y el aplomo de alguien nacido para montar. Los dos hacían muy buena pareja, aunque era la primera vez que trabajaban juntos y el caballo tiraba de la embocadura como si las riendas fueran de goma. Su altura y evidente fuerza le permitían llevar a A. J. con facilidad y la serena confianza de esta era el complemento ideal a su naturaleza nerviosa.

Parecían hechos el uno para el otro.

Se acordó de Mercy y, para ahuyentar ese pensamiento, empezó a dar instrucciones de cambio de aire y de dirección. A. J. y Sabbath pasaron la hora siguiente haciendo ejercicios que iban aumentando en complejidad. Cuando Devlin estuvo satisfecho con sus esfuerzos, los llamó para que se reunieran con él en el centro del picadero.

La sonrisa de A. J. era tan cegadora como el sol de primera hora de la tarde.

—¿No es una maravilla?

—Tiene buenos momentos, pero tenemos mucho trabajo por delante. Ese caballo

tiene ideas propias sobre cómo hay que hacer las cosas y tiene que aprender a ser más disciplinado.

—Pero lo bueno es que no ha intentado tirarme durante más de una hora.

—Pero se resiste bastante, ¿no?

A. J. asintió.

—¿Qué tal es al montarlo?

—Como la seda —dijo A. J. quitándose el casco y apartándose el pelo de la cara—. Es como nadar. Siempre que no está intentando llevarme la contraria, claro.

Mientras la miraba Devlin se dio cuenta de que le encantaba verla moverse. Había una fluidez innata en sus gestos, femenina y de lo más irresistible. Era delgada, pero tenía una fortaleza y una resistencia muy femeninas.

Sonrió.

—Cuando se pone nervioso es una belleza verlo.

«Y no era lo único bello que había que ver allí», añadió mentalmente.

A. J. le sonrió y volvió a ponerse el casco forrado de terciopelo.

—Igual es que se aburre enseguida.

—Pues entonces vamos a darle algo que lo entretenga un poco.

Devlin levantó la carpeta y describió una serie de saltos. La secuencia empezaba con unos obstáculos sencillos, de poca altura, e iba creciendo en dificultad. Lo más complejo de todo era una combinación de *oxers*. Cada uno estaba formado por tres vallas verticales que aumentaban progresivamente de tamaño y ponían a prueba la capacidad de saltar en altura, pero también en longitud. Que fueran *oxers* combinados quería decir que había una sola zancada de separación entre ellos, ya fueran dos o más.

—Te pediría que saltaras la ría, pero no he tenido tiempo de llenarla de agua —dijo Devlin—. Si viene Chester, él la preparará.

—¿Chester?

—Un viejo amigo —dijo Devlin por toda contestación antes de cambiar de tema.

A. J. reprimió su curiosidad y pidió que le aclarara algunos movimientos. Devlin contestó a sus preguntas y le explicó lo que quería de ella. Cada salto tenía por objeto poner a prueba una destreza determinada, ya fuera suya o del caballo, y le admiró lo bien pensados que estaban.

Una cosa le quedaba clara, reflexionó A. J. mientras hacía dar la vuelta a Sabbath. Su preparador sabía muy bien lo que se hacía.

Condujo al caballo a medio galope hasta el extremo del picadero y abordaron tensos el primer obstáculo, ambos peleando por el control de las riendas. Sabbath ganó y sobrepasó al galope la valla con un amplio salto. Aterrizaron en el suelo como un saco de naranjas. Sabbath continuó galopando por el picadero y para cuando saltaron el último *oxer*, A. J. tenía la sensación de haber estado dentro de una centrifugadora.

Cuando dirigió al caballo hacia donde estaba Devlin se sentía derrotada y se

preparó para escuchar sus críticas.

—Olvida lo que te dicho de que va como la seda. Estaba intentando engañarnos. Creo que se me mueven todas las muelas. —Al ver la expresión de la cara de Devlin, frunció el ceño—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

—Es una mole temperamental. Y necesita pulir muchas cosas, pero tiene una zancada preciosa y es rápido como el rayo. Puede llegar a ser un gran campeón.

—¿Te has vuelto loco o qué? —dijo A. J., que tenía los brazos hechos puré del pulso que había mantenido contra la boca del caballo—. Para el caso que me ha hecho, podría haberme quedado en el suelo haciendo señales con banderas.

—Podemos enseñarle a que te haga caso. —Los ojos castaños de Devlin estaban embelesados—. Lo que no podemos enseñarle es motivación. Ese caballo está deseando volar y ha saltado esas vallas como si fueran unos insignificantes charcos.

—Me parece que tiene un problema con la autoridad. Hace lo que le da la gana y me trata como si fuera una alforja.

—Para eso está el adiestramiento —dijo Devlin señalando los obstáculos con la cabeza—. Ahora, repítelo todo.

• • •

Para cuando A. J. guardó la silla en el cuarto de arreos empezaba a atardecer. Se detuvo a ver a Sabbath masticar paja en su cuadra. Tenía los brazos insensibles, le ardían las manos y comenzaba a dolerle la cabeza. Era como si hubiera pasado toda la tarde en un tren circulando a toda velocidad y, aunque ahora pisaba tierra firme, seguía con la sensación de estar moviéndose.

«Pues sí que he empezado bien», pensó arqueando la espalda rígida y dolorida.

El resto de los saltos no habían ido mucho mejor que la primera ronda, y la tarde había sido una nebulosa de galopadas y aterrizajes forzosos. Después de concluir que la sesión de entrenamiento había sido un desastre, decidió que no había nada como la realidad para poner fin a las fantasías. Tenía que concentrarse en hacer bien el circuito de obstáculos una sola vez y dejarse de pensar en ganar un campeonato.

Notó la presencia de Devlin.

—Has trabajado muy bien hoy —dijo este desde la puerta de los establos.

A. J. se giró sin molestarse en disimular su decepción y encontró cierto consuelo al mirarlo. Detrás de sus anchas espaldas el sol se ponía sobre las colinas verdes y onduladas. Su líquida luz dorada se derramaba sobre la hierba y bañaba el interior del establo como si fuera miel. Notaba el dulce aroma a heno fresco y oía el reconfortante sonido de las mandíbulas de Sabbath masticando. Pero, por encima de todo, en los ojos de Devlin había una ternura que reconfortó su ánimo más que cualquier palabra que pudiera haberle dicho.

Por su parte, Devlin miraba a A. J. como se mira a alguien que ha agotado todas sus energías. Un halo de fragilidad la envolvía, como si estuviera a punto de hacerse

añicos. No la culpaba por ello. Solo conocía a un puñado de jinetes capaces de vérselas una tarde entera con aquel caballo testarudo.

Estaba lleno de admiración. A. J. había guiado a Sabbath por el circuito de obstáculos innumerables veces, acortándole las riendas antes de cada valla, tirando de él para que girara, peleando por asegurarse de que su paso era el correcto. Cada vez que Devlin le había ordenado repetir el circuito lo había hecho sin una palabra de protesta. Las chicas ricas mimadas no se portan así. Es más, muchos jinetes profesionales no habrían sido capaces de aguantar sus exigencias ni el mal comportamiento de la montura.

La realidad era que aquella mujer lo llenaba de asombro. Sin pedir ayuda, aunque parecía a punto de desmayarse por el agotamiento, había atendido a todas las necesidades del caballo con la misma meticulosidad que si se hubiera pasado la tarde holgazaneando en los establos. Si en el picadero había dado muestras de su determinación, su comportamiento fuera de él no dejaba lugar a dudas sobre su carácter.

—Creo que por hoy hemos terminado —dijo y colgó la carpeta en su clavo en la pared.

—Déjame un momento que compruebe los arreos.

—Ya lo hago yo —dijo Devlin—. Es hora de que te vayas a casa.

—No voy a tardar más que...

—Vete a casa y descansa un poco. —Devlin miró cómo A. J. intentaba disimular un bostezo llevándose el dorso de la mano a la boca—. ¿A qué hora puedes venir mañana?

A. J. hizo una mueca.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que quieres dormir aquí con él? ¿No has tenido bastante por un día?

—Pues es que...

—Te aseguro que aquí va a estar perfectamente. ¿Quieres uno de esos monitores para bebés?

—Quiero tu sofá. —Las palabras le salieron atropelladas—. ¿Te importa si duermo en tu salón hoy también?

Devlin parecía sorprendido.

—¿Tan cansada estás?

—No.

Devlin frunció el ceño.

—La mansión de tu padre es lo bastante grande como para alojar un colegio universitario. ¿Qué pasa? ¿Que ha decidido inaugurar el curso? ¿O tiene esto que ver con la discusión con tu familia?

—Digamos que no es por problemas de espacio.

—Entonces, no es para una sola noche, ¿verdad?

—No.

La mirada de Devlin parecía ausente y A. J. sabía que estaba pensando.

—Puedo pagarte —se ofreció.

Devlin puso los ojos en blanco.

—No empieces otra vez. Como ya te he dicho, el dinero no me supone un gran incentivo.

—Pero es que no quiero aprovecharme de tu hospitalidad. Sé que es mucho pedir.

—Tú no eres lo que me preocupa —dijo Devlin entre dientes. No estaba seguro de poder compartir el cuarto de baño con alguien que le hacía sentir como A. J.

«Si se viene a vivir conmigo —pensó—, tendré suerte si no me quedo sin dientes de tanto apretarlos para disimular lo mucho que me excita. Antes de una semana estaré sorbiendo papillas con una pajita y murmurando incoherencias».

De repente la imaginó saliendo de la bañera, la piel arbolada por el agua caliente, envuelta en una nube de vapor, la encarnación misma del éxtasis. Intentó ahuyentar la fantasía y no lo consiguió. Con un gesto brusco se metió las manos en los bolsillos para asegurarse de que no hacía nada con ellas.

Si A. J. se quedaba en su casa sería más fácil entrenar, le decía una voz interior. Ella se ahorraría los traslados y pasaría más tiempo con el caballo.

Su sentido de la responsabilidad profesional y sus instintos básicos se enzarzaron entonces en un batalla mental, un duelo estridente que a punto estuvo de volverlo loco.

Por fin se decidió.

—Si quieres cambiar un colchón de pluma por un sofá, por mí no hay problema.

A. J. dio muestras de alivio.

—Gracias. No tienes ninguna obligación de hacerlo.

—Yo lo veo más bien como un servicio al público general. No creo que ahora mismo te convenga manejar ninguna clase de maquinaria pesada. Y eso incluye descapotables rojo chillón.

Fueron hasta el coche de ella para coger el equipaje, muy conscientes de la posición en la que se encontraban. Eran dos personas unidas por una poderosa atracción a la que se habían hecho el propósito de no sucumbir. Que iban a vivir en la misma casa durante dos meses. Y una de las cuales se enfrentaba a una de las pruebas más exigentes del mundo de la equitación.

«No puedo creerme que esté haciendo esto», pensó A. J. con la sensación de ir a ponerse a reír histérica en cualquier momento. Iba a vivir con Devlin McCloud.

—Está bien que hayas venido preparada —dijo este cogiendo una de sus bolsas.

—Las únicas opciones erais tú o el exótico motel de carretera de una estrella, Nero's Palace. —A. J. sacó otra de las bolsas y la apoyó en el techo del coche.

Cuando llegaron a la casa Devlin le sostuvo la puerta y al entrar sus cuerpos se rozaron. A. J. sintió una descarga eléctrica.

—Voy a hacer la cena —dijo Devlin después de dejarle la bolsa junto al sofá—. Ya sabes dónde está la ducha.

Parecía tener mucha prisa por salir de la habitación. Cuando lo hubo hecho, A. J. dejó las bolsas, colgó la chaqueta y se preguntó si no debía ir a la cocina a ayudarlo. Luego se miró las manos, y la suciedad de estas y el picor que sentía en el cuero cabelludo por llevarlo metido toda la tarde dentro de un casco se impusieron a su deseo de ser cortés y se dirigió escaleras arriba.

El cuarto de baño no era grande, pero tenía todas las modernas comodidades, incluido un *jacuzzi*, que miró con deseo. Abrió el grifo y observó con avidez mientras empezaba a llenarse y brotaban las mágicas burbujas. Buscó en su bolsa y encontró sales de baño con las que espolvoreó el agua espumosa que de inmediato empezó a oler a lavanda.

¿Cuándo se había dado un baño por última vez? Le vino a la cabeza un vago recuerdo del invierno anterior. Había estado enferma, le parecía, con la nariz roja como un payaso y una tos cavernosa que sonaba igual que los cuernos que se tocan en las cacerías. En aquella ocasión la inmersión había sido medicinal.

Ahora en cambio iba a ser de placer.

A pesar de estar exhausta, se despojó alegremente de las ropas y entró en el agua burbujeante y perfumada. La bañera era lo bastante grande como para permitirle tumbarse del todo y sumergirse por completo y dejar que los chorros de agua le masajearan los doloridos músculos. Cuando, pasado un buen rato, salió, se sentía como nueva. Después de secarse se puso unos pantalones cómodos estilo militar y un suéter de punto color crema. Limpia, con el pelo mojado suelto y cayéndole sobre los hombros, se sentía más persona.

En cuanto llegó al piso de abajo las cosas mejoraron aún más. De la cocina llegaba un aroma celestial y el estómago le rugió con aprobación cuando entró. Devlin estaba en los fogones dando vueltas al contenido de una cazuela. En la mesa había dos platos hondos flanqueados por sendos cucharones sobre servilletas cuidadosamente dobladas. Las únicas otras cosas que había sobre la superficie de madera sin pulir eran un salero y un pimentero de madera y un cestillo con pan.

—Siéntate. Voy a servir —dijo Devlin.

—Huele fenomenal.

«Y encima sabe cocinar», pensó mientras tomaba asiento y se colocaba la servilleta de cuadros en el regazo.

Cuando Devlin se inclinó para coger su plato y se lo devolvió lleno de un estofado de ternera y verduras, A. J. sonrió. Aquella comida no tenía nada que ver con las exiguas raciones de platos *gourmet* presentados en vajilla de porcelana que se servían en la mansión. Los menús salidos de la cocina de Regina se limitaban a famélicas piezas de carne o pescado complementadas con verduras insípidas de aspecto exótico. A. J. había pensado siempre que era una dieta muy adecuada para alguien cuya única actividad física consistía en mirarse al espejo. Pero desde luego resultaba insuficiente para una atleta y hacía tiempo que se había acostumbrado a guardarse un bocadillo en el bolsillo de camino a su habitación cuando se iba a la

cama.

«Esto, en cambio, es una cena en condiciones», se maravilló mientras miraba la comida.

—Puedes dejar de mirarlo —dijo Devlin tomando asiento después de haberse servido también una generosa ración—. Ya sé que no es langosta Thermidor, pero te prometo que no pienso envenenarte.

—Estaba pensando en la suerte que tengo. Estoy harta de comidas de lo más elaboradas pero que en el plato se quedan en nada. Daría cualquier cosa por no volver a ver una dichosa *crepe* o algo con guarnición de endivias.

—Bueno, pues aquí no hay peligro de eso —rio Devlin—. Yo soy más de carne con patatas.

La miró mientras probaba el estofado y pensó en que era una mujer llena de contradicciones. Una diletante rica que limpiaba sus propios arreos y quería dormir en su sofá en lugar de en un castillo. Una competidora de lo más motivada con un aspecto tan frágil que resultaba difícil creer que hubiera pasado toda la tarde forcejeando con un caballo. Una seductora que le hacía palpar pero que parecía no ser en absoluto consciente de su atractivo. Una mujer criada a base de comida *gourmet* que en aquel momento devoraba su estofado como si fuera lo más delicioso que hubiera probado nunca.

«Igual no me siento atraído por ella —se le ocurrió—. Y solo me tiene desconcertado».

A. J. se llevó a la boca otra cucharada de estofado con un suspiro de satisfacción y a continuación lo miró.

—Y pensar que hasta ahora la ropa recién salida de la secadora era para mí la encarnación de la felicidad.

—Estoy seguro de que has comido cosas mejores —dijo Devlin tratando de no ahogarse en el azul de aquellos ojos que tan cautivadores le resultaban.

—Desde luego he comido raciones más pequeñas. Que normalmente te caben en una muela y que son más artísticas que comestibles.

Devlin enarcó una ceja.

—Al cocinero de Regina le gusta expresarse en tres dimensiones. Se le dan estupendamente los colores, las texturas y las presentaciones de los platos. Lo de las calorías ya le interesa menos.

—¿Regina la malvada madrastra?

—Más bien la omnipresente —contestó A. J. entre bocado y bocado—. Para ser tan menuda, ocupa muchísimo espacio.

—La personalidad puede añadir más centímetros que los tacones.

—Eso desde luego. Aunque mi padre la quiere, y parece feliz con ella, así que ¿quién soy yo para juzgar? Lo que hago es llevarme un par de bocadillos a la habitación cuando me voy a acostar. Él hace lo mismo.

—¿Y tu madre?

A. J. vaciló unos instantes antes de responder.

—Hace mucho tiempo ya que nos dejó. Murió cuando yo era pequeña.

Las palabras estaban muy medidas y no dejaban traslucir emoción alguna. Las había pronunciado muchas veces, como parte de la información que daba a la gente, junto con su dirección o su número de teléfono. El dolor de la pérdida se lo guardaba para ella.

—Lo siento.

A. J. se encogió de hombros, como hacía siempre en estos casos.

—Yo era muy pequeña y en realidad no la conocí casi.

—Sigue siendo una pérdida muy grande.

—Intento no pensar demasiado en ello.

—¿No la echas de menos?

—Pues claro que sí, pero no la tengo todo el rato en la cabeza.

—Pero ¿no te preguntas cómo serían las cosas si siguiera viva?

—Es que no puedo saberlo. Las cosas normales que la gente hace con sus madres para mí son hipotéticas. Es difícil echar de menos algo que no has tenido.

—Eres una mujer muy fuerte.

A. J. lo miró y percibió en él un respeto que la llenó de satisfacción. Los ojos de Devlin tan fijos en ella la conmovían.

—No sé si es fortaleza. Simplemente no me gusta perder tiempo pensando en un periodo de mi vida al que no puedo regresar y que de todas maneras casi seguro que no recuerdo con claridad. Envolverse en una colcha tejida con fantasías de la infancia puede resultar muy tentador, pero no sustituye a la vida real.

—¿Cómo consigues llevarlo tan bien? —Había cierto apremio en sus palabras.

—Es que tampoco tengo mucha elección, ¿no te parece? —dijo A. J. con voz queda—. Supongo que he aceptado la pérdida. La idea de que todos van a vivir para siempre y que nada va a cambiar nunca no es más que una quimera.

La mirada de Devlin se volvió penetrante.

—Pues yo sigo todavía en la fase de aceptación. Renunciar a la quimera me resulta tan difícil como enterrar a los muertos.

Apartó la vista, añorando los días en que vivía convencido de que nada podría con él, de que seguiría ganando para siempre. Cuando lo único que ocupaba sus pensamientos era el siguiente desafío al que enfrentarse.

—Con el tiempo se pasa —dijo A. J.—. Te lo digo de verdad. Yo he tenido mucho más tiempo que tú para asumir mi pérdida. Mi madre murió mucho antes que Mercy.

Vio cómo Devlin asumía una expresión impenetrable y no le sorprendió cuando cambió de tema de conversación. Durante el resto de la comida charlaron distendidamente sobre la preparación de Sabbath, pero después de lavar los platos Devlin adoptó de nuevo una expresión grave. Estaba de pie en la puerta de la cocina, con los dedos sobre el interruptor de la luz cuando A. J. pasó a su lado. La mano de él

en su hombro la hizo detenerse.

—Me alegra que estés aquí —le dijo con voz queda—. Me gusta estar contigo.

Sorprendida y encantada por esta confesión, A. J. le miró a la cara.

—Supongo que has debido de sentirte algo solo. Yo, cuando lo estoy pasando mal, prefiero tener a alguien cerca.

—No es cuestión de tener a alguien. Me gusta que tú estés aquí.

Con un movimiento rápido se inclinó y posó sus labios sobre los de A. J. Esta reaccionó con sorpresa y Devlin aprovechó para besarla más profundamente, atrayéndola hacia sí. Su boca se desplazó sobre la de ella y las manos de A. J. recorrieron su pecho hasta agarrar las solapas de su camisa. Quería tenerlo más cerca.

El tiempo empezó a transcurrir despacio y luego se detuvo.

Entonces, con un soplo de frustración, Devlin se separó, consciente de lo que había hecho. La miró a los ojos y quiso darle una explicación, pero sabía que tenía que marcharse de allí inmediatamente o la besaría de nuevo.

Antes de empezar a subir las escaleras miró de reojo hacia el sofá. Seis cojines, dos reposabrazos y doce metros de tapicería azul. Pero ahora era mucho más que un lugar donde sentarse, porque era también donde dormía A. J.

¿Qué era exactamente lo que había dejado entrar en su casa?, se preguntó mientras el corazón le latía desbocado. Aquella mujer había llegado acompañada de algo peligroso, algo inseparable de ella y en lo que no había reparado a primera vista. Pero ahora era consciente de las amenazas que lo rodeaban por todas partes. Desde su chaqueta colgada junto a la de él hasta las botas camperas junto a la puerta, la sombra de aquella mujer parecía proyectarse sobre objetos que antes le habían resultado familiares y ahora en cambio se le antojaban extraños.

«¿Qué he hecho?», pensó mientras subía al piso de arriba y entraba en el cuarto de baño como un zombi. De inmediato percibió el aroma a lavanda que aún flotaba en el aire y masculló una palabrota. Igual que las migajas de un festín, se burlaba del hambre que lo atormentaba. Imaginó el cuerpo de A. J. flotando como un nenúfar en agua perfumada, sin nada que lo cubriera. Su cuerpo reaccionó con entusiasmo a esta visión y la sangre se le agolpó en las venas obligándolo a replantearse sus nociones previas sobre el umbral del dolor.

Se mesó los cabellos y fue hasta el lavabo para mirarse en el espejo. Parecía un hombre al que le faltaba el aire, y así se sentía. Sentía una opresión en el pecho y la cabeza le daba vueltas. De lo único que era consciente era de la pasión en su cuerpo y el dolor en su corazón.

En lugar de ceder a ninguna de las dos, se echó agua en la cara y apretó los dientes.

«Contrólate».

Después de cepillarse los dientes vigorosamente fue a su dormitorio, se desnudó y se metió en la cama. Mirando al techo en la penumbra se puso a imaginar cómo sería el cuerpo de A. J., verlo y tocarlo, recorrer sus texturas y contornos.

Se revolvió inquieto, le dio un puñetazo a una almohada y miró la mesilla de noche.

El libro sobre leyendas del béisbol no iba a serle de gran ayuda aquella noche, pensó. Iba a necesitar algo más parecido a un martillazo en la cabeza para poder dormir. Qué lástima que las herramientas estuvieran en el establo.



Capítulo 5

Mientras esperaba a oír la puerta del dormitorio de Devlin cerrarse A. J. se mantuvo ocupada preparando el sofá y poniéndose una camiseta limpia. La rigidez que sentía en los brazos convertía el movimiento más sencillo en un estudio del dolor, pero tenía la cabeza en otra parte. Se movía de manera mecánica, desplazándose por la habitación con mirada abstraída hasta que se dio un golpetazo en la espinilla con una mesa de café y entonces tuvo que sentarse.

Limitar la relación con Devlin a lo estrictamente profesional era sin duda lo correcto. Si ya le había costado trabajar concentrarse en las prácticas después de estar entre sus brazos y sentido su lengua contra la de ella, era peor ahora que le había dado un beso de buenas noches, porque se había dado cuenta de que entre los dos había algo más que pasión latente, más que deseo ardiente en las venas, más que las descargas eléctricas propias de la lujuria...

Negó con la cabeza.

Ahora era peor, porque en ese beso habían expresado emociones. Estaba relacionado con lo que Devlin le había dicho sobre tenerla en su casa y con la sensación de que le estaba abriéndole poco a poco su corazón.

Tenía que recordar que estaba allí para prepararse para el Clasificatorio, se repitió con firmeza. Y no para enamorarse.

Al pensar en las implicaciones de la palabra «amor» tuvo un escalofrío.

El corazón le palpitaba de miedo y temió incluso estar dando demasiada importancia a la conversación mantenida durante la cena. Aunque las palabras de Devlin apuntaban a lo contrario, tal vez se había abierto a ella solo porque necesitaba hablar con alguien.

La pregunta era: «¿Sabía él por qué lo había hecho?».

Y recordar los besos que se habían dado la consternaba aún más. Devlin McCloud era un hombre con poderosas necesidades. Pensó de nuevo que el fuego que había entre los dos podía ser algo normal para él, aunque para ella resultara toda una revelación.

Su experiencia le decía que no era de esa clase de mujeres por las que un hombre está dispuesto a tirar una puerta abajo. Bueno, igual si la casa estaba en llamas y el

hombre era un buen samaritano con un extintor y una botella de oxígeno... Pero nunca había conocido a ninguno dispuesto a hacerlo por amor.

Y en cuanto a salir con hombres..., si le parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tomado un baño, para acordarse de la última vez que había tenido una cita romántica tenía que remontarse a la Edad de Piedra. Sentir el calor de otro cuerpo, intercambiar besos furtivos, experimentar un deseo mutuo tan intenso que todo lo demás perdía importancia... Ninguna de esas cosas las había sentido en mucho tiempo.

O más bien nunca.

Era como si le faltara algo y los hombres se dieran cuenta de ello. El problema, hasta que conoció a Devlin, era que nunca había sido consciente de esa carencia. Los caballos y el mundo de la competición le habían bastado para llenar sus días, y en cuanto a las noches... Las noches habían sido para descansar, no para los amores, y no había tenido ningún problema con ello.

Entonces, ¿qué tenía Devlin McCloud que le hacía sospechar que una vida de castidad estaba sobrevalorada? Con solo dos besos se las había arreglado para hacerle pensar que ser un putón verbenero podía tener muchas ventajas.

Nerviosa, ahuyentó los pensamientos sobre su mutua atracción, pero entonces le asaltaron los sentimientos que le había provocado hablarle de su pasado. No recordaba cuándo había hablado de su madre a alguien por última vez. Era un tema que se guardaba para sí y le inquietaba la manera en que había permitido a Devlin indagar en algo tan íntimo. Allí sentada a la mesa con él le había parecido de lo más natural, pero ahora, a solas, no lo tenía tan claro. Entre el beso y las confidencias se había hecho vulnerable física y emocionalmente justo en un momento en que necesitaba todas sus fuerzas. No iba a superar el Clasificatorio si no se controlaba.

Miró al techo y se preguntó cómo iba a sobrevivir a todo lo que se avecinaba. Esperó una respuesta en silencio, pero no llegó ninguna.

Cuando oyó a Devlin cerrar la puerta de su dormitorio subió sin hacer ruido las escaleras y entró en el cuarto de baño para su aseo rutinario, que terminó en menos de la mitad del tiempo que le llevaba normalmente. Al pasar luego delante de su puerta cerrada se detuvo un instante pensando que lo suyo con Devlin estaba lejos de haber terminado, por mucho que se hicieran el firme propósito de limitarse a lo profesional. Era una premonición que le producía cosquilleos en la espina dorsal y tuvo que repetirse que se debía al cansancio y a las emociones, y no a su capacidad de predecir el futuro.

«Si fuera adivina, ya lo sabría a estas alturas —se dijo mientras bajaba las escaleras—. Y habría jugado mucho más a la lotería».

•••

Horas más tarde se despertó, confusa. Se dio la vuelta y miró por los ventanales. Las

nubes habían cubierto el cielo nocturno, asfixiando la luz de las estrellas y de la luna. Miró a su alrededor sin saber qué la había despertado. Parpadeó en la oscuridad y contuvo el aliento mientras trataba de identificar la perturbación.

¿Había sido un sueño o algo real?

Esperó atenta a ver si el ruido se producía de nuevo al tiempo que trataba de convencerse a sí misma de que todo era producto de su subconsciente. En el silencio de la noche oyó el viento otoñal soplar contra la casa y las contraventanas crujir en sus anticuados goznes, pero todos aquellos eran sonidos reconocibles.

Después de estar alerta unos minutos más, se disponía a volver a dormirse cuando escuchó un gemido ahogado, el sonido inconfundible del dolor. Retiró las mantas y se levantó del sofá. Cuando el sonido se repitió, se dio cuenta de que provenía del segundo piso. Subió corriendo las escaleras.

Imaginando ya escenas de reanimación cardiorrespiratoria, abrió de par en par la puerta del dormitorio de Devlin. Este gemía desesperado en su cama estilo antiguo, retorciéndose igual que un hombre al que están torturando. Tenía las sábanas enredadas alrededor de su cuerpo como una serpiente, atrapando sus extremidades y contribuyendo sin duda a la sensación de angustia de su pesadilla. A. J. corrió a su lado.

Farfullaba incoherencias y parecía atormentado. A. J. lo tocó y lo llamó por su nombre. En cuando sus manos entraron en contacto con el brazo de Devlin, los ojos de este se abrieron como si lo hubieran golpeado. Desorientado, intentó levantarse, pero tenía la ropa de cama pegada al cuerpo por el sudor que le cubría la piel. A. J. se inclinó hacia delante para ayudarlo tratando de no fijarse en su cuerpo desnudo.

Con un movimiento veloz Devlin la sujetó por los brazos y la miró con angustia, aunque era evidente que estaba viendo otra cosa.

—Sabía que tenía mal la pata —dijo con voz apremiante.

Su voz tenía la angustia del remordimiento y este sonaba reciente, a pesar de que estaba relacionado con algo sucedido años atrás.

—Fue culpa mía. Nunca debí haberla hecho saltar esas vallas.

A. J. levantó una mano con cautela para acariciarle el pelo, aunque no sabía muy bien qué hacer para calmarlo. Devlin estaba perdido en sus recuerdos, atrapado en la cárcel de sus pensamientos.

Sus ojos castaños, por lo general llenos de vida, estaban opacos mientras movía la cabeza atrás y adelante.

—Si no la hubiera forzado tanto...

—Chis... —dijo A. J. con dulzura—. Respira hondo.

De repente, en un arranque de lucidez, Devlin la distinguió en la oscuridad. A. J. temió que pensara que lo estaba espiando e hizo un amago de apartarse, consciente de que, bajo el nudo de sábanas, Devlin estaba desnudo.

Pero él no la dejó irse.

Se movió con decisión, atrayéndola hacia él y reclamando su boca con ansiedad.

A. J. se dejó llevar por la sensación que le provocaba el contacto del cuerpo de Devlin contra el suyo y reaccionó instintivamente, abriendo la boca. Pero cuando notó la lengua de él, la voz de la razón disparó todas las alarmas. Devlin continuaba desorientado y completamente desnudo y A. J. sabía que si seguían juntos, allí en la oscuridad y en su cama, sería como acercar una cerilla a un tanque de gasolina. Aunque la tentación era muy fuerte, empezó a separarse, en un intento por hacer lo correcto.

No llegó muy lejos. Cuando los brazos de Devlin se cerraron alrededor de su cuerpo en señal de protesta, A. J. trató de despegarse una vez más y acto seguido abandonó la escasa resistencia que había opuesto y se dejó llevar por la pasión.

Besó a Devlin con todo su corazón dando rienda suelta a su deseo y hundiendo las uñas en sus hombros desnudos. Cuando sus lenguas se enzarzaron en un duelo, el corazón le empezó a latir desbocado y un calor febril la aturdió. Sus piernas parecían tener voluntad propia, pues se separaron y se colocaron a horcajadas sobre el cuerpo de Devlin, con las sábanas y sus braguitas a modo de precarias barreras entre la palpitante firmeza de él y el deseo ardiente de ella. A medida que A. J. cedía a los deseos de su cuerpo, todo pensamiento consciente quedó olvidado en un rincón oscuro como algo sin valor.

No lo echó de menos en absoluto.

Cuando las manos de Devlin se deslizaron bajo su camiseta A. J. notó su tacto contra su piel. Devlin se detuvo a la altura de las costillas, presionando suavemente, y a continuación subió hasta colocar la cara a la altura de los pechos de A. J. Cuando esta sintió cómo le acariciaba con las yemas de los dedos el inicio de los pechos, gimió de placer. Ansiosas, las manos de Devlin siguieron subiendo hasta cerrarse alrededor de los senos y comenzó a acariciarle los pezones con los pulgares hasta que A. J. creyó que iba a volverse loca de deseo.

Como en un fogonazo, el mundo se ladeó y giró cuando Devlin la obligó a tumbarse debajo de él, y notó sus labios a través del delgado algodón de la camiseta. Bajó la vista y le miró pasar la lengua por uno de sus pechos buscando el pezón. Cuando lo encontró y lo besó, este se puso duro y la camiseta húmeda se le pegó a la piel, multiplicando la sensación. A. J. arqueó su cuerpo contra el de Devlin y echó la cabeza hacia atrás con un gemido, movimiento que él aprovechó para, de un solo gesto, subirle la camiseta hasta la altura del cuello. A. J. notó su aliento sobre la piel desnuda y entonces gimió y dobló las piernas. Las caderas de él se encajaron contra las suyas buscando su calor. Cuando le cubrió un pezón con la boca, A. J. notó un pequeño tirón cálido y húmedo que fue más de lo que podía soportar.

—¡Devlin! —exclamó.

Este, al oír su nombre, se detuvo en seco.

Levantó la cabeza y A. J. reparó en los pesados jadeos que llenaban la habitación. Esperó rezando por que Devlin continuara con lo que estaba haciendo.

Pero con idéntica brusquedad con la que la había abrazado, se separó, y A. J.

sintió el frío de su rechazo y su humillación. La retirada de Devlin fue como ver las puertas del paraíso cerrarse delante de ella con medio cuerpo casi dentro. La vergüenza la invadió y la hizo ruborizarse mientras se bajaba de la cama, y no hizo más que empeorar cuando Devlin empezó a pedirle disculpas. El arrepentimiento en su voz fue tan doloroso como la humillación que sentía.

—Lo siento —dijo Devlin tirando de las sábanas para taparse.

—No te preocupes. Mejor nos olvidamos de todo esto.

Devlin soltó un juramento en voz baja.

—Pero...

—Por favor, no digas nada.

Con la cara encendida por la vergüenza, A. J. se marchó sin pronunciar palabra.

En el silencio de la noche y mientras corría escaleras abajo pudo oír sus maldiciones ahogadas.

• • •

Cuando la luz del alba penetró el delgado velo de niebla matutina, Devlin se levantó de la cama. No porque se despertara, pues no había pegado ojo. Tampoco porque tuviera nada que hacer a aquella hora intempestiva. Tan solo albergaba la esperanza de que, si adoptaba una postura vertical la gravedad lo ayudaría a aclarar sus pensamientos. Desde luego estando tumbado no lo había conseguido.

Se vistió deprisa, bajó sin hacer ruido las escaleras y se detuvo en el umbral del salón. A. J. dormía con un brazo sobre los ojos para protegerse de la luz. La cama improvisada en el sofá era un batiburrillo de sábanas y mantas, señal de que también ella había dado unas cuantas vueltas.

Al menos ahora dormía, pensó, recordando que él había pasado la noche recostado en el cabecero de la cama y mirando a la nada. Pensando en ellos dos.

Todavía desconcertado por su oscuro impulso, no era capaz de explicar por qué la había abrazado. Es decir, lo entendía a un determinado nivel, precisamente ese mismo que ahora se estaba volviendo a activar al recordar el contacto del cuerpo de A. J. contra el suyo. Lo que no entendía, y tampoco conseguía perdonarse, era por qué había cedido a sus deseos una vez los dos habían acordado que su relación iba a ser estrictamente profesional. Y echarle la culpa a la pesadilla de siempre carecía de fundamento. Cuando tomó a A. J. entre sus brazos no estaba pensando en el pasado. Estaba en el presente.

Y una vez más, ceder a sus impulsos no le había traído más que arrepentimiento, deseaba poder dar marcha atrás a lo que había hecho. Sin embargo, no lamentaba en absoluto la sensación de tener a A. J. debajo. De hecho, era un recuerdo que pensaba llevarse consigo a la tumba.

Lo que lo inquietaba era la mirada en la cara de ella cuando se volvió para marcharse. En esa mirada había más incomodidad y humillación de las que Devlin

podía soportar. Él era quien debía sentirse mal, no ella. Él era quien había puesto en peligro su relación profesional. Él la había besado primero. Él se había saltado los límites. Y varias veces.

A. J. se revolvió y Devlin se escabulló a la cocina, donde fue directo al teléfono. Sentía la necesidad de hacer algo razonable, algo que tuviera sentido. Aunque eran poco más de las cinco de la mañana, marcó aquel número que conocía tan bien.

—Sip —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Chester, soy yo.

—Sip.

—¿Te apetece volver?

—Sip.

—¿Nos vemos dentro de media hora?

—Sip.

Devlin colgó.

Eso era lo que él llamaba una buena comunicación. Clara y concisa. Sin complicaciones.

Frunció el ceño.

Claro que igual era así porque no sentía ningún deseo de ver a Chester Raymond saliendo de su bañera.

Mientras la pierna le entraba en calor hizo café, sacó dos tazas y estaba cortando rebanadas de pan integral para preparar tostadas cuando Chester entró por la puerta principal. No hacía falta que llamara. Se habían dejado de formalidades años atrás.

Devlin lo miró detenerse y mirar la figura que dormía en el sofá.

Chester Raymond tenía casi setenta años, era tan nudoso y delgado como un abedul y tan fuerte como el viento del norte. También era un hombre que no se sorprendía con facilidad.

—Buenas —dijo después de entrar en la cocina.

Se quitó su gastada gorra de béisbol dejando ver mechones de pelo blanco que caían sobre una cara en cuyas facciones había grabados años de trabajo duro. Cuando sonreía, cosa que hacía a menudo, era como si la piel le quedara grande.

—Buenas —contestó Devlin. Le sirvió café en una taza y colocó esta delante de la silla en la que Chester siempre se sentaba—. Gracias por venir.

—Encantado. ¿A quién tenemos en el sofá?

—Cuando se despierte te la presento.

—¿La?

Devlin asintió.

—¿Tiene algo que ver con el huésped del establo? Oí relinchos al llegar, así que eché un vistazo.

—Pues sí. ¿Te apetece comer algo?

—Muy bien.

Chester sabía cuándo no debía insistir. La explicación llegaría en algún momento

y él era un hombre paciente.

No tardaron en adoptar la rutina de siempre. El mozo de cuadra se sentó en su silla habitual y se sirvió tres cucharadas de azúcar en el café mientras Devlin sacaba dos cuencos y los llenaba con cereales, una cucharada de mantequilla de cacahuete y leche. Chester lleva cincuenta años desayunando lo mismo. Afirmaba que lo mantenía joven.

Devlin le puso el cuenco delante y se sentó con su taza de café.

—¿Por qué tengo la impresión de ser el único sorprendido por que estemos aquí otra vez desayunando juntos?

Chester se encogió de hombros y empezó a comer.

—Porque lo eres.

En la cara de Devlin se dibujó un atisbo de sonrisa.

—Tú siempre tan imperturbable.

—No, es que me tomo las cosas con más calma que tú, que siempre estás en tensión. Siempre al pie del cañón, aun cuando las cosas te están saliendo bien.

—Eso hace ya bastante tiempo que no me ocurre.

—No es verdad. Lo que pasa es que ahora mismo no tienes claro cuál es el siguiente paso.

Hubo una larga pausa durante la cual los fantasmas del año anterior bailaron sobre la mesa y entre los dos.

—Bueno. Pues ha pasado mucho tiempo —dijo Chester entre bocado y bocado—. ¿Qué tal estás?

—Ahí vamos.

—He visto las vallas en el picadero.

—No son para mí.

—Ya lo imagino.

—Aunque pudiera montar, no volvería a la competición. No sé... Perder a Mercy fue demasiado duro.

—A mí me lo vas a contar. Yo también la echo de menos. Pero las cosas vienen y van y no se puede hacer nada. No puedes dejar de hacer cosas porque te duela. Lo que necesitas es centrarte en lo nuevo que está por venir.

En ese momento A. J. entró en la cocina y Devlin pensó que se iba a atragantar con el simbolismo.

—Buenos días —dijo A. J. esquivando su mirada antes de volverse hacia Chester. Por el color de sus mejillas Devlin supo que estaba acordándose de lo ocurrido en el dormitorio, y decidió que estaba radiante. Se había puesto unos vaqueros y una camisa a cuadros pero aún no se había sujetado el pelo, y la melena color ámbar le envolvía los hombros como una luminosa estola. Cuando sonrió a Chester a modo de saludo iluminó la habitación igual que una hoguera.

Chester pestañeó dos veces, como si hubiera visto un ángel.

—Soy A. J. —dijo esta tendiéndole la mano.

—Y yo me alegro de tener algo mejor que mirar mientras desayuno que la cara de McCloud —contestó Chester mientras le apretaba la mano con torpeza—. Chester Raymond.

A. J. rio. Chester apartó la vista y luego volvió a posarla en ella.

Devlin frunció el ceño y fue a servirle café a A. J.

—Te aconsejo que te andes con ojo. Para ser un viejo solterón, se le dan muy bien las mujeres.

—¿Ese semental que está en el establo es tuyo?

—Mío y solo mío, sí, señor.

—Buena planta, ojos inteligentes, problema seguro. Lo que le salva es el corazón. Con la persona adecuada rendirá muy bien.

A. J. aceptó la taza que Devlin le ofrecía.

—¿Ya lo habías visto?

—No me ha hecho falta. Me he asomado al establo al llegar. —Chester se terminó los cereales—. Me basta con echar un vistazo a un animal para saber cómo es. Es lo mismo que leer los titulares de un periódico.

—Es increíble —dijo A. J. tomando asiento.

—Es un lector de lo más veloz —intervino Devlin.

—Bueno, cuando has visto tantos caballos como yo, desarrollas cierto instinto.

A. J. se inclinó sobre la mesa.

—No sabes lo que me tranquiliza oírte decir esas cosas sobre Sabbath. Es lo mismo que yo pensé la primera vez que lo vi, pero después de nuestra primera sesión juntos ayer, en el picadero, había empezado a tener dudas. Saltar vallas no fue una experiencia buena para ninguno de los dos.

—No dudes nunca de tus instintos. Es más fácil equivocarse ignorándolos que haciéndoles caso.

—Cuánta razón tienes —dijo A. J.

Devlin empezaba a sentirse excluido de la conversación.

—¿Queréis seguir aquí haciéndoos la pelota mutuamente o nos ponemos a trabajar? —preguntó con los brazos cruzados sobre el pecho.

A. J. y Chester lo miraron como quien mira a un cascarrabias y se sintió ridículo. Desde luego, qué cosas, tener celos de un hombre de setenta años. Que además tenía el aspecto físico de un basset hound.

Estaba claro que el insomnio le hacía perder a uno la cabeza, decidió.

A. J. se puso de pie.

—Nos vemos en el establo —dijo y cogió una tostada y se terminó el café de un trago.

Antes de salir le dirigió a Chester una sonrisa radiante; a Devlin; en cambio, ni lo miró.

Este la observó salir al vestíbulo principal, ponerse la cazadora con la tostada en la boca y después dirigirse hacia la puerta.

—¿Y cuándo dices que os casáis?

Aquella pregunta de Chester, formulada con total tranquilidad, fue para Devlin como si le hubiera caído en la cabeza un cubo con cebo para pescado. Se atragantó con el café.

—Perdona, ¿cómo dices?

—A mí particularmente siempre me han gustado las bodas en primavera.

—¿Qué pasa, que te ha dado por ver a Martha Stewart en la tele últimamente o qué?

—Tú llévame la contraria, como haces siempre con las cosas que quedan fuera de tu control. Aunque, la verdad, no entiendo por qué te molestas. Es evidente lo que hay entre vosotros dos.

—Ah, no, espera. Es que ahora lees consultorios sentimentales.

Chester movió la cabeza y llevó su cuenco al fregadero.

—Tú di lo que quieras, pero estás perdido.

—Siento desilusionarte, pero andas un poco despistado. Te recuerdo que duermo en el sofá, no en mi cama, y eso es solo hasta el Clasificatorio.

Devlin se puso de pie y llevó también su cuenco y su plato al fregadero.

—Lo que tú digas.

—Es que no estoy diciendo nada. Así son las cosas.

—Como ya he dicho, lo que tú digas.

Los dos se dirigieron hacia la puerta discutiendo como en los viejos tiempos.

—No ha pasado nada entre nosotros.

—Sí, claro.

—Estoy hablando en serio.

—Entonces lo que pasa es que no ha pasado nada.

Devlin se detuvo delante de los abrigos y soltó una imprecación.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan romántico?

—Voy mejorando con los años.

—Las fantasías no son una mejoría, sino la prueba de que se te está reblandeciendo el cerebro.

—Mejor eso que estar ciego por pura cabezonería.

—Escucha, tío —dijo Devlin con una sonrisa—. ¿Quieres ayudarme a preparar el picadero o no?

—Yo estoy preparado. Eres tú el que se está haciendo el remolón.

Devlin se puso la cazadora.

—Por Dios, ¿quieres dejarlo ya?

—Yo no soy el que tiene un problema.

—¡Pues yo tampoco!

—Ya se ve.

Devlin acababa de abrir la puerta principal cuando Chester le puso una mano en el hombro. Su mirada era seria.

—Ya sé que esto no es fácil, amigo. Me alegra que hayas vuelto.

—No he vuelto —refunfuñó Devlin—. Yo no soy el que va a montar ese semental.

—No hace falta subirse a un caballo para estar de vuelta en el juego.

A eso Devlin no supo qué contestar.

Antes de salir miró su bastón de madera apoyado contra la jamba de la puerta. La empuñadura estaba gastada por el roce, y el resto tenía mellas y desconchones resultado de haber chocado contra diversos objetos. Llevaba con él desde que salió del hospital.

Pero aquel día lo dejó en casa.

Cuando los dos hombres cruzaron las puertas corredizas del establo Sabbath tenía el ronزال puesto y A. J. lo estaba acicalando.

—Ya me ocupo yo —dijo Chester dando un paso adelante.

A. J. sonrió.

—Gracias, pero quiero hacerlo yo un poco. Nos da la oportunidad a este cabezota y a mí de conocernos un poco más. Aunque me vendría bien una mano. Hay sitio de sobra para los dos.

—Desde luego que sí.

Chester cogió una almohaza y se acercó al caballo, que amusgó las orejas en un gesto hostil.

—Venga ya, chico. Déjate de tonterías —dijo Chester con firmeza.

Desconcertado, Sabbath tensó las orejas y pareció ofendido por la regañina. Luego adoptó una expresión dócil mientras Chester se ponía manos a la obra.

Ahuyentando una punzada de nostalgia, Devlin cogió su carpeta y revisó las notas del día anterior. En lugar de diseñar un trazado nuevo de saltos, decidió seguir trabajando con los mismos. Esperaba que la continuidad ayudara al caballo a concentrarse.

Una vez Sabbath estuvo ensillado, Chester salió a comprobar las vallas.

—¿Quieres que saque la manguera y llene la ría? —le preguntó a Devlin.

—Hoy no, Chester, gracias. Creo que vamos a repetir lo que hicimos ayer.

«Que ya fue lo bastante caótico —se dijo para sus adentros—. ¿Para qué empeorarlo con agua?».

Mientras observaba a Chester caminar en dirección al picadero, Devlin se puso a mordisquear el lápiz por surcos ya hechos. Se preguntaba qué tal se defendería Sabbath en los obstáculos de agua. Los caballos de fuerte temperamento a menudo tenían problemas con ellos. La superficie ondulante les resultaba amenazadora y algunos saltadores se desconcertaban con los estímulos visuales. Había visto criaturas tan fieras como Sabbath tirar a sus jinetes solo por evitar saltar un charco. La clave estaba en saber si tu caballo era o no un «miedica». Era una información importante, pero al repasar el trabajo previsto para ese día decidió que ya tenían bastantes preocupaciones. La ría podía esperar.

• • •

Después de un último repaso a los arreos, A. J. condujo al semental al picadero. Hacía un día claro soleado y el cielo despejado y otoñal parecía una vasta manta color azul. Mientras se acercaban a Chester, que los esperaba para cerrar la cerca, A. J. decidió pedirle que la ayudara a montar. No quería que lo hiciera Devlin, pues el recuerdo de su cuerpo sobre el de ella seguía siendo muy vívido y no quería tenerlo demasiado cerca. Solo de acordarse de la noche anterior le daban mareos y no tenía intención de perder más todavía la concentración.

Una vez a lomos de Sabbath, sonrió a Chester y se aseguró la correa del casco debajo de la barbilla. Puso al caballo al trote y lo notó saltar bajo su cuerpo, los cascos tocando el suelo con ligereza y las orejas moviéndose atrás y adelante. Devlin se situó en el centro del picadero y empezó a dictar instrucciones. Sorprendentemente, los ejercicios en plano fueron bien y aunque A. J. intentó no hacerse ilusiones, le resultó difícil. Trató de contener su entusiasmo, pero disfrutaba reconociendo los distintos ritmos del caballo, notando cómo cambiaba de aire y de dirección. Decidió que cuando no estaba montando numeritos, Sabbath era una excelente cabalgadura que sabía obedecer al jinete.

No pasó mucho tiempo antes de que Devlin los instara a acercarse y a cambiar el recorrido.

—¿Estáis preparados? —le preguntó al ver que A. J. hacía estiramientos con los brazos. Parecía incómoda.

—Pues claro que sí.

—¿Se te cansan los brazos?

—Qué va.

Devlin se acercó al semental y apoyó una mano en la pierna de A. J. Le pareció sentir el calor de su piel incluso a través de las zahondas, y cuando ella apartó la pierna bruscamente, su mirada se ensombreció.

—A. J., dime la verdad y no te hagas la dura. ¿Te sientes lo bastante fuerte como para hacer esto?

—Pues claro que sí. No voy a parar solo porque me duela.

—La perseverancia es una cualidad encomiable. Como también lo es saber cuándo hay que parar.

La observó mientras A. J. se giraba para mirar los obstáculos, para a continuación flexionar los brazos y acomodarse en la silla. Sabbath golpeó el suelo con un casco y agitó la cabeza, impaciente.

—No tenemos tiempo... —dijo A. J.

—Siempre hay tiempo, tú hazme caso. Es mejor tener claras las debilidades de uno o de su cabalgadura que hacer como que no se tiene ninguna.

—Estoy perfectamente. ¿Por qué no me crees?

A. J. hizo que Sabbath se diera la vuelta y Devlin la miró alejarse. Cuando el

hambre de competición era tan fuerte como la de A. J. se corría el riesgo de tomar decisiones precipitadas. Deseó que A. J. no tuviera que descubrir de la misma dolorosa forma en que lo hizo él lo peligroso que puede resultar concentrarse en el éxito a expensas de todo lo demás.

En el picadero, A. J. estudió el recorrido y sacó la mandíbula con determinación, preparada para la batalla. Tenía el cuerpo tan dolorido por el día anterior que hasta cepillarse los dientes por la mañana había sido una tortura. El calentamiento había sido soportable, pero ahora venía lo peor.

Y el dolor corporal no era lo único que la alteraba. La preocupación que Devlin parecía mostrar por ella era a la vez irritante y conmovedora. ¿Es que no entendía la presión a la que estaban todos sometidos? Iban a necesitar cada día de trabajo para preparar al caballo. Tomarse un descanso solo porque le dolieran los músculos no iba a ser de gran ayuda.

Con resolución, sujetó las riendas con más fuerza y con un apretón de las piernas ordenó al caballo que se pusiera en marcha. Sabbath rompió a galopar y se acercó al primer obstáculo más deprisa de lo que A. J. habría querido. El salto fue sorprendentemente bien, la docilidad que el semental había mostrado en plano apareció de manera inesperada, pero entonces, como si recordara que tenía que portarse mal, intentó desobedecer, echando atrás la cabeza y desviándose del recorrido. A. J. tuvo que echar el peso de su cuerpo hacia el lado contrario para controlarlo.

Consiguió dirigirlo al siguiente obstáculo, una valla baja que Sabbath saltó como si fuera tan alta como una casa. De nuevo se rebeló y para cuando llegó al *oxer* asumió el mando y arremetió contra el seto igual que una apisonadora.

—¡Alto! —dijo Devlin.

Normalmente nunca interrumpía la concentración de un jinete en mitad de un recorrido, pero esta vez era necesario. El caballo estaba descontrolado y dejarlo seguir no haría más que espolear su mal comportamiento.

A. J. lo hizo detenerse con un firme tirón de las riendas y Devlin caminó hacia donde estaban. A. J. jadeaba igual que si hubiera corrido varios kilómetros.

—¿Quieres descansar? —preguntó Devlin.

—No.

Devlin vaciló.

—Vale, cuando lo necesites me lo dices.

A. J. asintió, pero Devlin supo que no pensaba obedecer.

—Necesitamos adiestrarlo primero con obstáculos simples. Este circuito es demasiado para él ahora mismo. Lo único que va a hacer es seguir resistiéndose, primero porque te está poniendo a prueba y segundo porque es a lo que está acostumbrado.

Devlin señaló hacia la izquierda.

—Vamos a empezar con esa valla. Hazlo galopar hasta allí y luego detenerse.

Vamos a aburrirlo hasta que esté demasiado atontado para resistirse a las órdenes.

El resto de la sesión de adiestramiento la dedicaron a que Sabbath saltara y luego se detuviera por completo hasta que A. J. creyó que iba a volverse loca. Pero funcionó. Para el final de la mañana el caballo saltaba la valla y se detenía sin oponer resistencia alguna.

—Me parece que ya está bien por hoy —gritó Devlin.

A. J. no se molestó en disimular su alivio. Siempre estaba dispuesta a trabajar duro, pero la combinación de estar en continua alerta y de repetir de forma monótona la había agotado. El semental parecía igual de exhausto que ella.

—Después de la batalla, llega la catatonia —dijo Devlin con satisfacción mientras A. J. y Sabbath iban hacia él con ojos vidriosos.

—¿Son imaginaciones mías o hemos mejorado un poco? —preguntó A. J.

—Al final parecía más obediente.

—Gracias a Dios.

Aunque Devlin quería hacerlo, no le preguntó qué tal estaba. Además lo sabía por la manera en que lo miraba A. J. Tenía la cara tensa y los ojos algo caídos en las comisuras. Dos malas señales.

—Vamos a dejarlo que descanse y mientras comemos hablamos de cómo vamos a trabajar —dijo Devlin.

—Buena idea.

Mientras A. J. ponía a Sabbath al paso y lo conducía hacia la salida del picadero, Devlin se reunió con Chester.

—¿Qué te parece?

—Ese semental es un ganador, pero también un dolor de muelas. —Chester se rascó la barbilla—. La chica es una joya. Monta como una dama, pero es dura como la suela de un zapato. Al final doblegará al caballo, pero van a quedar los dos para el arrastre.

—Eso me parecía a mí.

Sabbath y A. J. avanzaban despacio, igual que una pareja de boxeadores exhaustos.

—Vais a competir en el Clasificadorio, ¿no?

Devlin asintió.

—Eso es dentro de dos meses.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—¿Vais a probar antes en alguna otra competición?

—No va a quedar otro remedio. En dos semanas hay una. Habrá algunos buenos jinetes, pero la prensa no le dará demasiada cobertura porque el premio es pequeño. Así que podrán estrenarse en relativa paz. Pero antes me gustaría quitarle al caballo algunas de sus manías, porque no quiero que A. J. se desanime.

—Lo van a conseguir —dijo Chester con convencimiento.

Devlin sonrió.

—Me encanta cuando estás de acuerdo conmigo.

• • •

—¡Dos semanas! —A. J. dejó el sándwich en el plato y dio un respingo—. ¿Te has vuelto loco?

—Tenéis que participar en una competición cuanto antes. —Devlin le sostenía la mirada desde el otro lado de la mesa.

—Estoy de acuerdo, pero, por si no te has dado cuenta, ese caballo y yo a duras penas podemos saltar un obstáculo sin convertir el picadero en un campo de batalla. ¿Cómo vamos a ser capaces de terminar un circuito en dos semanas? ¿Y encima de competición?

—No estoy diciendo que vayáis a ir preparadísimos o que espere que ganéis.

—Eso me tranquiliza. Porque no me gustaría decepcionarte cuando me tire por los aires y arremeta contra el público otra vez.

—Eso no creo que pase —intervino Chester que entraba en ese momento en la cocina. Fue derecho a la encimera donde estaban los embutidos—. A ese animal le gustas mucho. Y eres una amazona demasiado buena para que ocurra algo así.

A. J. le sonrió agradecida y para Devlin fue como si le hubieran clavado un alfiler. Había algo en el afecto con que A. J. miraba a Chester que lo irritaba.

—Durante las dos semanas vamos a prepararos todo lo posible —dijo Devlin.

A. J. gimió y Devlin se quedó absorto mirándola. Sentada de espaldas al sol había un halo en ella que hacía brillar su pelo del color de las brasas encendidas. Su cálida luz le daba a su piel inmaculada la luminiscencia de las perlas, y cuando al levantarse le devolvió la mirada a Devlin, este contuvo el aliento.

—¿Podemos hacer algo por acelerar la preparación? Porque imagino que no tienes una máquina del tiempo escondida por alguna parte.

Hubo una larga pausa mientras A. J. esperaba a que Devlin contestara y Chester sonreía. Mientras se preparaba el sándwich había estado observándolos y riéndose para sus adentros. Llevaba muchos años con Devlin McCloud y no había demasiadas cosas de él que no supiera. Trabajar en situaciones de mucha tensión siempre sacaba lo bueno y lo malo de las personas y Chester había visto a su amigo en muchos estados de ánimo distintos. Pero ninguno comparado al que le producía estar en presencia de aquella mujer. Era como si alguien le hubiera dado un mazazo en la cabeza.

Desde el accidente Chester había sido testigo de cómo Devlin se refugiaba en sí mismo y se cerraba al mundo exterior. Ahora sin embargo había aparecido aquel ángel de pelo rojo oscuro y los ojos de Devlin habían recuperado su brillo de siempre. Claro que era demasiado cabezota como para admitir que estaba salvado, y se resistiría hasta el final a su redención. Pero eso formaba parte de su naturaleza. Después de todo, si plantas una bellota, tendrás una encina.

Chester se sirvió un pepinillo y un vaso de té helado antes de sentarse al lado de A. J. Esta seguía esperando una respuesta a su pregunta y Chester decidió que sería mejor que contestara él, porque Devlin estaba demasiado embobado. No era la primera vez que tenía que acudir al rescate de su amigo, pero verlo perder la cabeza por una mujer era desde luego una novedad.

—El adiestramiento no es algo que se pueda acelerar —dijo—. Pero tampoco hace falta.

A. J. lo miró llena de dudas.

—Puedes hacerlo, solo necesitas trabajar con él. Ese caballo terminará por obedecer —afirmó Chester antes de dar un mordisco a su sándwich y empezar a masticar.

—Pero hoy lo único que hemos hecho...

—Tienes que convencerte de que puedes hacerlo.

—Soy incapaz.

—Entonces es que te estás concentrando en lo que no es. La fuerza tienes que buscarla en el corazón, no en la cabeza.

—Ahora mismo lo único que me viene a la cabeza es fracaso. —A. J. apartó su plato.

—Tus pensamientos los controlas tú.

Devlin salió de su hechizo y reparó en que A. J. estaba mirando a Chester como si fuera el maestro Yoda.

—Ya vale, maestro. ¿O quieres subirte a la mesa y enseñarnos unas cuantas posturas de yoga?

—Solo estoy diciendo lo que pienso. Tengo fe en ella.

Devlin resopló mientras A. J. sonreía a su nuevo amigo. Sintiéndose de nuevo excluido, se levantó de la mesa.

—Me encantaría seguir disfrutando de este espectáculo de mutua admiración, pero tengo que trabajar.

Chester puso los ojos en blanco y sonrió con buen humor.

—Ya veo que esta mesa es demasiado pequeña para los dos, amigo.

Por toda respuesta recibió un gruñido. Devlin sabía que se estaba portando como un niño pequeño, pero no podía evitarlo. Dejó los platos en el fregadero y salió de la casa para darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Podía ir a su despacho a trabajar, pero no quería tener que pasar delante de aquellos dos otra vez. No después de haberse marchado con aire ofendido.

Con la esperanza de toparse con algo que hacer se dirigió al establo, donde encontró a Sabbath echando una siesta. Tenía uno de los cascos apoyado sobre la pinza y las orejas relajadas. Se pusieron tiesas en cuanto Devlin se apoyó en la puerta de la cuadra.

El caballo se acercó, por una vez sin actitud beligerante, miró a aquel hombre con expresión descontenta y pareció presentarle sus condolencias.

—Es que es mirar a esa mujer y todas mis neuronas se activan a la vez —dijo Devlin—. Soy incapaz de pensar, y eso no es lo peor.

Pero no tenía intención de explicarle el efecto que tenía A. J. en su cuerpo. Aunque el caballo parecía haber adoptado una actitud de lo más comprensiva, el recuerdo de haberla tenido en sus brazos era tan poderoso que no necesitaba adornarlo con palabras.

—Me gustaría saber qué narices voy a hacer.

Si el caballo tenía la respuesta, no estaba dispuesto a compartirla con él, así que Devlin se apartó de la cuadra con un gruñido de desesperación.

—Y para colmo aquí estoy, pidiendo consejo a un caballo.



Capítulo 6

Las dos semanas anteriores a la primera competición con Sabbath fueron para A. J. una nebulosa de madrugones, trabajo duro y sesiones interminables de adiestramiento. Había hecho algunos progresos con el semental y, aunque ya habían pasado de la repetición de una sola valla a hacer circuitos, la pugna de voluntades en el picadero continuaba.

A. J. suspiró y sacó el cepillo.

Por lo menos fuera del picadero se llevaban bien. Cosa milagrosa, el saltador desobediente resultaba un verdadero encanto cuando no estaba salvando obstáculos. Cada vez que A. J. entraba en su cuadra sacaba la cabeza y la recibía con un relincho. Siempre estaba dispuesto a que le rascara detrás de las orejas y premiaba sus atenciones metiéndole la cabeza bajo la axila o resoplándole cariñoso en la espalda.

Poco a poco el semental había aprendido a tolerar a Chester y a Devlin, pero A. J. era su dueña o, para ser más exactos, la persona de su elección. Eso quería decir que era ella quien tenía que ocuparse personalmente de muchos de sus cuidados diarios o, de lo contrario, las cosas se torcían. El caballo era especialmente quisquilloso en todo lo referido a sus pezuñas y solo A. J. podía limpiárselas. Chester lo había intentado en una ocasión y Sabbath reaccionó con tal violencia que arrancó uno de los roncales de la pared. Y cuando tocaba herrarlo, si A. J. no estaba a su lado sujetándole la cabeza, el herrador se negaba a acercarse siquiera. Y nadie lo culpaba. En una ocasión en que lo habían dejado a solas con él, Sabbath había intentado comerle los pantalones, empezando por los bolsillos traseros.

En lo tocante al forraje, que le dejaban en la cuadra para que comiera cuando quisiera, Sabbath tenía una manía muy curiosa. Odiaba que lo dejaran solo mientras comía. Si A. J. no estaba, no tocaba la avena ni el heno. Solo si se quedaba apoyada contra la puerta del box hablándole en voz baja entonces Sabbath bajaba el hocico y empezaba a masticar.

Entre sus fobias, sus peculiares costumbres y su comportamiento en el picadero era fácil comprender por qué había pasado de mano en mano. De no ser por su evidente y abrumador afecto por ella, A. J. pensaba muchas veces que antes de la primera semana habría perdido la paciencia con él.

Terminó de desenredarse el pelo y volvió a meter el cepillo en la bolsa de aseo. Luego se puso unos calcetines gruesos para mantener los pies calientes y recogió sus cosas. Estaba bajando las escaleras y repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer aquella mañana antes de salir para el torneo cuando escuchó a alguien diciendo palabrotas. Curiosa, siguió la voz y llegó al estudio de Devlin; lo encontró acucillado en un rincón con expresión irritada.

Cuando la oyó entrar levantó la vista. Sus miradas se encontraron en la luz exigua y un chispazo de atracción, que siempre saltaba cuando estaban juntos, hizo que A. J. inmediatamente tuviera calor.

—Perdón por el lenguaje —dijo Devlin con voz grave y profunda.

—De lo más descriptivo, además de aleccionador. —A. J. trató de parecer despreocupada—. No sabía que se le podía hablar así a un archivador.

Se recostó sobre la jamba, cuidando de mantener las distancias. Por acuerdo tácito, no habían estado solos desde la noche del beso en el dormitorio. Devlin había adoptado la costumbre de desaparecer cada vez que A. J. necesitaba usar el cuarto de baño y ella se hacía la dormida cuando él bajaba por las mañanas a preparar el desayuno. El resto del tiempo Chester estaba con ellos.

Pero mantener las distancias no había ayudado a A. J. en absoluto. Puesto que no tenía la oportunidad real de dar rienda suelta a su tensión sexual, se había dedicado a cultivar su imaginación y, en lugar de hacerse cada vez más borroso, el recuerdo de los besos de Devlin empezaba a adquirir proporciones épicas.

«Que es lo que ocurre —pensó—, cuando te pasas media noche mirando a la pared». Ante todo había que conservar la perspectiva. Y también el sentido del humor.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Mi sistema de archivo no funciona.

A. J. miró a su alrededor. Había papeles por todas partes, cubriendo el suelo, apilados sobre muebles archivadores, formando montones. Aquello era una selva.

—Yo no sé si a eso lo llamaría archivar. Es más bien paisajismo con material de oficina.

—Me resulta más fácil encontrar las cosas si las dejas fuera —dijo Devlin inclinándose sobre otra pila de papeles—. Por lo general.

—¿Qué estás buscando?

—Recibos de una compañía de piensos. ¿Estás preparada para mañana?

—Tanto como preparada..., resignada, más bien. Me recuerda a cuando me sacaron las muelas del juicio. De una manera u otra, mañana por la noche todo habrá pasado.

Nerviosa por la competición y por el hecho de estar a solas con Devlin, A. J. se tiró de la parte inferior de la camiseta, rompiendo el dobladillo ya deshilachado y haciéndose un agujero. Aquella camiseta tenía al menos diez años y se la ponía porque le daba buena suerte. En la parte delantera llevaba el escudo del equipo de

fútbol de su instituto, así como una enorme cabeza de león. En la espalda decía: CON LOS GATOS NO SE JUEGA.

Tras una nueva excavación sin resultados, Devlin se puso en pie y sacudió la pierna mala.

—Los dos habéis hecho grandes progresos desde el primer día. Todavía os queda mucho, pero tú estás poniéndolo todo de tu parte.

—¿Qué vamos a hacer si en el circuito de mañana hay agua?

Habían estado tan ocupados trabajando las cosas básicas que no habían llegado a llenar la ría, lo que les suponía una preocupación añadida. Ninguno de los dos quería que A. J. tuviera que saltar sobre un obstáculo con agua con Sabbath por primera vez en una competición.

—Si hay agua harás lo que puedas y confiaremos en que Sabbath aguante. Seguro que no hay motivo de preocupación. Es un torneo regional. Habrá algunos jinetes buenos, pero tampoco es ningún gran acontecimiento. No se van a poner demasiado estupendos.

—Sé que tienes razón, pero no puedo dejar de darle vueltas.

Sus manos seguían retorciendo el algodón.

—Estate quieta o vas a quedarte sin camiseta —le dijo Devlin en tono de advertencia.

Aunque en realidad tenía ganas de arrancársela él mismo.

A. J. paró.

—Estoy un poco atacada.

Al mirar el agujero en la tela Devlin fue consciente una vez más de su ardiente deseo. Mantenerse alejado de A. J. durante dos semanas había sido un infierno y las supuestas virtudes del autocontrol empezaban a perder su capacidad de fortalecer su voluntad. Ya solo le faltaba estar allí hablando con ella e imaginar sus pechos desnudos.

Solo de pensarlo tuvo una erección. Cada noche en sueños A. J. acudía a él, subía las escaleras y se colaba en su dormitorio, en su cama. Podía sentir su piel contra la de él, perderse en su boca, aspirar el aroma a lavanda de su pelo. Y entonces se despertaba y se preguntaba qué hacía ella durmiendo en el sofá en lugar de a su lado.

Tensó la mandíbula.

—¿A qué viene esa cara? —dijo A. J.

—Perdona. Supongo que yo también estoy alterado.

«Qué mentira», pensó. Lo que le ponía nervioso no era la competición, ni siquiera estaba pensando en eso. Lo único que tenía en la cabeza era A. J. y el hecho de que estaban solos en la casa. Y que le bastaría dar dos pasos al frente para estar lo bastante cerca de ella para besarla. En los labios. En el cuello. En...

—Quiero que sepas que no voy a decepcionarte. Que mañana voy a darte todo.

—Eso ya lo sé —dijo Devlin en un esfuerzo por concentrarse—. Lo llevas haciendo desde el primer día. Ha sido increíble verte. Eres mucho mejor de lo que me

esperaba.

—No puedo explicarte lo mucho que significa para mí oír eso. —A. J. tenía los ojos azules fijos en el suelo y las mejillas encendidas, como si le diera vergüenza oír sus alabanzas y al mismo tiempo las disfrutara.

Devlin carraspeó. Sentía que tenía que darle más ánimos.

—Tu futuro no está en juego mañana. Ni siquiera tu carrera profesional ni tus probabilidades de convertir a Sabbath en un campeón. Es solo una competición más y esperemos que la primera de muchas. Acabas de empezar, y si fallas ahora no quiere decir que la carrera esté perdida.

A. J. le sonrió y Devlin sintió como si le hubieran sacado todo el aire de los pulmones. De pie en la puerta, vestida con pantalones de franela y una camiseta vieja le resultaba la mujer más atractiva que había visto en su vida. El pelo le caía en espesas ondas sobre los hombros y la piel le brillaba en la suave luz. Palpitando de deseo, se dio cuenta de que daba igual lo que A. J. llevara puesto. Estaría *sexy* hasta con un saco de patatas.

Carraspeó de nuevo.

—Escucha, ya sé que prefieres que sea Chester quien te levante la moral, pero si necesitas un mitin para esta noche, seguro que puedo arreglármelas.

A. J. rio nerviosa y Devlin tuvo que contenerse para no ir abalanzarse sobre ella.

—¿Y qué tenías pensado? —preguntó A. J.—. ¿Algo del tipo: «Si confías en ti misma todo es posible»?

—Más bien en tomarnos unos *whiskys*.

—No soy muy de beber. Me hace perder la cabeza.

—Entonces, en calidad de tu gurú para esta noche, te recomiendo que te limites a lo de confiar en ti misma.

—Un buen consejo —dijo A. J. girándose para marcharse—. Nos vemos a primera hora.

Devlin asintió.

«Y también en mis sueños», añadió mentalmente.

Cuando A. J. salía Devlin se pasó una mano por el pelo y trató de controlar su respiración. Decidió dejarla marchar. Sabía por experiencia que sus necesidades físicas se acentuaban por la noche, de manera que sería mejor que A. J. estuviera en otra planta. Aunque, ya puestos, lo ideal para él sería irse a dormir a los establos, con Sabbath.

Miró a su alrededor intentado recordar qué era lo que estaba buscando, pero lo único que le venía a la cabeza eran imágenes de A. J., así que desistió. Apagó la luz pensando que era una pena que para llegar hasta el *whisky* tuviera que pasar junto a ella.

•••

Eran poco más de las siete de la mañana cuando el camión de las caballerizas McCloud entró en el recinto donde se celebraba la competición. El tráiler no eran tan grande como aquel al que estaba acostumbrada A. J., pero lo cierto es que había visto casas más pequeñas que el mastodonte de Sutherland. Lo curioso era que prefería el camión de Devlin al que solía conducir. Era más fácil de manejar y mucho menos ostentoso.

Devlin había conducido durante el trayecto de una hora a través de la campiña de Virginia, con A. J. y Chester cómodamente sentados con él en la cabina. Los tres se habían levantado al amanecer e iniciado la rutina previa a cualquier torneo, una serie de comprobaciones y recuentos para asegurarse de que no se dejaban nada del equipo y que iban preparados para cualquier eventualidad.

Mientras Devlin tomaba rumbo a la zona de competición, que estaba al final de un camino de tierra flanqueado por hileras de coches aparcados en la hierba, A. J. inspeccionó el panorama. Adolescentes con aspecto aburrido y avergonzado de sus petos naranjas y gorras a juego dirigían el tráfico a ambos lados de la carretera. Detrás de ellos, el recinto de competición era una vasta extensión abierta salpicada de vallas blancas y unos cuantos edificios de aspecto modesto. Durante generaciones había sido tierra de cultivo de trigo y maíz. Ahora era propiedad del condado, que lo había convertido en sede de rodeos, carreras de obstáculos y algún que otro circo ambulante.

Y también de un cine al aire libre donde habían puesto una proyección de *Godzilla*, recordó A. J. Había estado bien. Nada cómo ver a Mothra, la polilla gigante, en la gran pantalla.

Devlin buscó un hueco donde aparcar y A. J. se preparó para ver el logo de las caballerizas Sutherland pegado en el lateral de algún remolque o en la camiseta de uno de los mozos de cuadra. En el torneo había un equipo de Sutherland, de eso estaba segura. Saber que iba a competir contra gente a la que estaba acostumbrada a ver a diario, pero con la que ya no compartía establos, la hacía consciente de lo peculiar de su situación. Mientras vivía recluida en el rancho de Devlin era como si las caballerizas Sutherland no existieran. Tenía los días completamente ocupados y la cabeza tan centrada en el adiestramiento que no había tenido tiempo de pensar en mucho más.

Ahora, en la descarga de adrenalina previa a la competición, recordó todo aquello que había dejado atrás, incluido a su padre. El único contacto que había mantenido con él había sido un mensaje en su contestador del trabajo informándole de su paradero en caso de emergencia. Había sido una manera muy fría de dejar las cosas y la distancia que había puesto entre los dos le dolía, pero también la liberaba. No era su intención cortar toda relación con su padre para siempre, pero necesitaba tiempo para recuperarse del dolor que le había producido con su decisión de poner a Peter a cargo del negocio sin consultárselo siquiera.

Devlin señaló un hueco situado en uno de los extremos del recinto y, cuando

todos estuvieron de acuerdo, aparcó allí. Era un rincón tranquilo. Protegido por árboles y algo alejado de bullicio, y por tanto perfecto para ellos.

A. J. bajó de la cabina, se estiró y miró a su alrededor. A cierta distancia de donde se encontraban había un picadero para prácticas con obstáculos, una zona de restauración y carpas donde se vendían equipos de montar y ropa. Apartada de la zona comercial estaba la pista de competición. Con gradas pintadas de blanco y sitio de sobra para sentarse en la arena, era el doble de grande que el picadero de Devlin donde había estado practicando.

Por todo el recinto había gente paseando de un lado a otro con tazas de café y programas debajo del brazo, si eran espectadores, o caminando deprisa si iban a competir. Había mozos de cuadra y preparadores, jueces con distintivos, jóvenes voluntarios que conformarían la siguiente generación de campeones. Por un momento A. J. olvidó sus preocupaciones y disfrutó de aquel gigantesco desfile humano. Y al sentirse parte del mismo sintió un escalofrío de emoción. No habría cambiado estar allí por nada del mundo.

—Voy a ver el orden de salida y a comprobar que está todo preparado —dijo Devlin.

Chester ya se había marchado a ver a Sabbath.

—La primera ronda no es hasta las nueve, ¿verdad? —preguntó A. J.

—Tenemos tiempo de sobra.

Era mentira. Ambos sabían que las dos horas pasarían volando.

El concurso de saltos era el primero y estaría seguido por los de las categorías de doma clásica y caballos jóvenes, por la tarde. A. J. no creía que se quedaran hasta el final, no con Sabbath en el remolque. Estar allí toda la mañana ya iba a ser duro, y cuanto antes lo alejaran de las multitudes, mejor.

Llegó al remolque justo cuando Chester sacaba al caballo por la rampa. El animal se puso nervioso en cuanto tocó el suelo y empezó a cabecear con la mirada un tanto errática. No era una buena señal.

—Esto es una competición —le decía Chester—, así que nada de perder el tiempo mirando a las chicas.

A. J. rio nerviosa y se colocó junto a la cabeza de Sabbath para intentar tranquilizarlo.

—Aún no estoy preparada para que empiece a salir con chicas.

—Él tampoco lo está.

Sabbath trotaba de un lado a otro y su lomo negro brillante despedía destellos oscuros en la clara luz de la mañana. Chester, en cambio, estaba muy quieto y sujetaba las riendas con firmeza.

A. J. se dio cuenta de que la gente los miraba al pasar, de que examinaban al caballo con manifiesta curiosidad y a continuación a ella de manera similar. Quiso pensar que era porque el caballo los fascinaba y les deseaban suerte en la competición, pero sabía que no era así y devolvió todas las miradas con expresión

serena. Quizá le preocupara lo que sucedería en la pista, pero desde luego no iba a dejar que se le notara.

Cuando vio que Sabbath estaba más o menos controlado, decidió echar un vistazo a la pista.

—Voy a ver el circuito. ¿Necesitas algo?

—Lo que necesito no creo que lo vendan —dijo Chester y Sabbath volvió a cabecear—. Un ancla para sujetar al suelo aquí al amigo estaría bien. Y duraría más que mi brazo.

—Me temo que no voy a encontrar suministros náuticos, pero igual te puedo conseguir algo que haga las veces de ancla.

«Peter sería perfecto —pensó A. J. divertida—. Si me lo encuentro».

Se dirigió hacia la pista de competición: quería encontrar a Devlin y consultar el tablón para comprobar el orden de actuación y también ver cómo era el circuito de obstáculos. Había muchos jinetes y preparadores arremolinados alrededor de la pantalla, así que tuvo que ponerse de puntillas para mirar por encima de sus cabezas. Estaba a punto de caerse hacia delante cuando alguien le pasó un brazo por la cintura.

—Así que has venido con el caballo cimarrón.

El acento francés le puso los nervios de punta igual que el chirrido de una sierra eléctrica. Se volvió y al encontrarse cara a cara con Philippe Marceau dio un paso atrás.

—Qué bien te sienta la luz de la mañana. —La sonrisa ancha y conciliadora del francés revelaba que había pasado muchas horas en el dentista.

A. J. lo saludó con un seco gesto de cabeza y se preguntó cómo un acento por lo general tan melodioso podía resultar tan irritante saliendo de la boca de Philippe. ¿Serían todas esas fundas que llevaba en los dientes?

—Veo que sales detrás de mí —estaba diciendo este con afectación. Llevaba ropas de montar clásicas y de primera calidad, pero también unas gigantescas gafas de sol—. Tienes mucho valor, atreviéndote a competir con esa mala bestia. Claro que he oído que tienes ayuda, *non*?

—Tengo un preparador —confirmó A. J. buscando una excusa para escabullirse.

«Estar con este hombre es como quedarse atrapada en un ascensor —decidió—. Una sería capaz hasta de pactar con el diablo con tal de salir».

—Pero no un preparador cualquiera. No solo te atreves con un semental que nadie parece ser capaz de domar, sino que también resucitas a los muertos, *n'est-ce-pas*? He oído que, gracias a ti, a Devlin McCloud vuelve a correrle sangre por las venas.

Ante semejante insinuación, A. J. abrió la boca de par en par.

—¿De qué estás hablando?

—Estás de broma. Todo el mundo lo sabe. —Philippe gesticuló con una muñeca flácida—. Aunque tengo que decir que me pareces una lanzada. Abandonar a tu familia por un hombre que ni siquiera es tu marido... Por muy maravillosos que sean sus «servicios».

A. J. miró fijamente a la yugular de Philippe.

—Serás...

Devlin apareció a su lado.

—¡A. J., vamos a ver el circuito!

—Ah —dijo Philippe con solemnidad—. Aquí está tu buen profesor, el hombre por el que has renunciado a tanto. Yo desde luego no me imagino dejando a mi familia para irme a las caballerizas de otro, pero es cierto que soy francés, y los franceses somos famosos por nuestra lealtad. Y tampoco necesito la clase de «instrucción» que ofrece McCloud.

A. J. notó cómo se ponía roja como un tomate y se sintió igual que un boxeador preparándose para soltar un puñetazo.

—Vamos —dijo Devlin.

—Eso, marchaos los dos. Supongo que tenéis muchas cosas que haceros el uno al otro.

Aquella fue la última gota para A. J.

—Ya está bien, cotilla asqueroso de...

Se moría por seguir, pero Devlin le apoyó una mano firme en el brazo y se la llevó de allí.

—Y hablando de cotilleos —les gritó el francés mientras se alejaban—. Yo que tú tendría las orejas bien abiertas. Dentro de poco voy a anunciar algo.

—Te voy a enseñar yo a ti lo que es abrir las orejas. Serás...

—Ya vale —la regañó Devlin tirando de ella.

Cuando calculó que no podían oírlos, A. J. se giró hacia él con los ojos echando chispas.

—¿Cómo has podido dejar que se fuera así, de rositas? ¡Es que ni siquiera me has dado la oportunidad de defendernos!

Devlin no dijo nada, lo que la enfureció aún más. Se limitaba a mirarla con expresión tranquila. «¿Es que no tenía orgullo?».

—Pero vamos a ver. Marceau ha insinuado auténticas barbaridades y tú me sacas de allí antes de que me diera tiempo a decirle nada.

Cuando Devlin tampoco reaccionó a eso, A. J. frunció el ceño.

—¿Me estás escuchando?

—¿Has terminado? —preguntó Devlin—. ¿O quieres seguir dándole satisfacción al francés?

A. J. parecía confundida.

—Dime qué estás pensando ahora mismo —dijo Devlin.

—Que me gustaría estamparle un saco de pienso en la cabeza.

—¿Algo más?

—En lo equivocado que está respecto a nosotros. En lo ridículo que resulta hablando de lealtad cuando siempre está saliendo con varias mujeres a la vez y su dormitorio es igual que una sala de espera.

—Vale. Ahora dime para qué estamos aquí.

A. J. lo miró como si pensara que se había vuelto tonto de repente.

—Para competir.

—Exacto. Y aquí estás, desperdiciando energía y concentración treinta minutos antes de salir a la pista.

—Pero es que las cosas que ha dicho...

—Eran exactamente las que sabía que te sacarían de quicio.

A. J. negó con la cabeza.

—¿Y para qué iba a molestarse en hacer algo así?

—Porque empieza a verte como una amenaza.

—Eso lo dudo. Sabbath es peor que cualquier caballo desconocido y yo no tengo tanta experiencia compitiendo como Marceau. No tiene nada de qué preocuparse.

—Me parece que te precipitas en tus conclusiones. Por difícil que sea Sabbath de controlar, puede darle cien vueltas a cualquiera de los caballos de Marceau, y tú tienes un talento natural que no se consigue con años de entrenamiento.

—No me puedo creer que se sienta amenazado por mí. Esa manera de comportarse es su carácter, no una estrategia.

—Yo no estaría tan seguro. Tiene mucha intuición para comprender la naturaleza humana y sabe utilizarla. Siempre.

A. J. abrió la boca para responder, pero Devlin la interrumpió.

—Has participado en algunas competiciones, pero obviamente no tienes experiencia con el tipo de trucos que usa la gente como Marceau. Más te vale empezar a prepararte para cuando empieces a escalar puestos. La rivalidad cambia a las personas para mal, y en el caso de Marceau no había nada bueno que cambiar desde el principio.

A. J. se dio cuenta de que Devlin tenía razón. Había entrado al trapo de las provocaciones de Marceau. Empezaba a sentirse como una idiota.

Al verla desanimarse Devlin no pudo contenerse. Alargó un brazo y le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja. Era la primera vez que la tocaba desde la noche del beso y sus dedos se entretuvieron unos segundos en su mejilla.

—El jinete con mejor técnica no siempre es el que gana —dijo con suavidad—. Y eso Marceau lo sabe muy bien. Es experto en desconcentrar a sus contrincantes. Le he visto hacerlo antes.

A. J. suspiró.

—¿Cómo he podido ser tan tonta?

—Oye, tómatelo como un cumplido. Ese hombre nunca pierde el tiempo con jinetes que sabe que no suponen una amenaza.

A. J. calló unos segundos y a continuación Devlin vio cómo recuperaba el aplomo y sus ojos arrebatadores brillaban de determinación.

—Bueno —dijo tajante—. Pues ya no va a conseguir nada más de mí. Vamos a ver el circuito.

—Oye —dijo Devlin.

—¿Qué?

—Estoy orgulloso de ti.

A. J. se sonrojó y una lenta sonrisa se dibujó en su cara. Era como ver el sol ponerse tras las montañas en el rancho, pensó Devlin. Hermoso, resplandeciente, mágico.

—Gracias —dijo A. J. y echó a andar hacia la gente congregada alrededor del tablón.

—No te molestes —dijo Devlin deteniéndola—. Ya lo he mirado yo y he hecho un boceto del circuito. Eres la penúltima de quince.

—Genial.

Juntos se inclinaron sobre la carpeta y analizaron el recorrido. Había once obstáculos, dos de ellos combinados. Por fortuna, las predicciones de Devlin de que no habría ría habían resultado ser ciertas. Cuando A. J. se hubo familiarizado con la disposición de las vallas entraron en la pista e hicieron el recorrido, midiendo las distancias entre obstáculos. Dando pasos de un metro de longitud contaron cuatro pasos por cada zancada de Sabbath. Otros preparadores y jinetes hacían lo mismo y vistos en conjunto parecían pelotones de soldados desconcertados, dando zancadas en distintas direcciones.

Después de recorrer el trazado Devlin le dio instrucciones a A. J. sobre cómo afrontar los giros.

—Los tres primeros obstáculos son sencillos. En cuanto los pases haz que gire cuanto antes para prepararlo para la primera serie de combinados. El seis va a ser el más complicado. Hay muy poco espacio de maniobra, y se te va a resistir como gato panza arriba. El siete y el ocho son relativamente fáciles, pero luego viene el momento de la verdad. En ese tramo recto que hay delante del nueve y el diez se va a poner a galopar y vas a tener que controlarlo lo mejor que puedas para no entrar mal y saltarte la última combinación de *oxers*. Si los pasas, entonces la valla del once es cosa hecha.

A. J. asintió e hizo algunas preguntas concretas sobre el ángulo desde el que encarar el salto para que el caballo pudiera hacer mejor los giros. Sabía que salir de las últimas sería una ventaja, porque podría ver a los dos primeros caballos y ver dónde tenían problemas. Por lo general siempre había en los circuitos uno o dos obstáculos que escondían una dificultad especial y descubrirla a tiempo constituía una información valiosa. En ocasiones, además, las dificultades estaban en sitios inesperados.

La competición era del tipo llamado «ronda limpia», es decir, que el objetivo era que el jinete y el caballo saltaran todos los obstáculos sin derribar ningún listón. El sistema de baremo incluía «faltas» que equivalían a cualquier incumplimiento de lo establecido en el trazado. Si se derribaba un listón eran cuatro faltas, y también se penalizaban otras infracciones, como que el caballo rehusara saltar o no cruzase la

línea de salida o la de meta. También había un límite de tiempo y si el jinete lo sobrepasaba quedaba descalificado.

Terminada la primera manga, ganaba el jinete que no hubiera incurrido en ninguna falta o aquel que menos faltas tuviera, y los demás le seguían, dependiendo de su puntuación. Si había varios jinetes sin faltas o con el mismo número de ellas, entonces habría un desempate, un recorrido cronometrado de media docena de obstáculos. El jinete con el mejor tiempo ganaría o, en su defecto, aquel con menor número de faltas.

A. J. y el resto de competidores se sabían las reglas de memoria. También sabían que eran lo único predecible en la pista. Una vez un caballo y su jinete entraban en la misma no había manera de saber qué ocurriría. En los dos minutos que duraba el recorrido podía pasar cualquier cosa y también todo a la vez. Precisamente esa combinación de triunfo y tragedia era lo que los hacía volver a por más.

Mientras repasaba el trazado mentalmente a A. J. se le ocurrió que no tenía ni idea de cómo se iba a comportar Sabbath. Bueno, sí sabía qué era lo peor que podía pasar. Ponerlo en un picadero desconocido y rodearlo de personas, algunas de las cuales estarían moviéndose de un lado a otro mientras saltaba, era mucho pedir. Habría demasiadas tentaciones, un festín para los siempre ávidos ojos de Sabbath y A. J. sabía con cuánta facilidad perdía la concentración el caballo.

Después de recorrer el circuito una vez más, volvieron a la zona del *paddock*. Para cuando llegaron al remolque, Chester ya le había vendado las patas a Sabbath para que no se hiciera daño si derribaba un listón y lo había ensillado.

—Estamos bien colocados —dijo Devlin al acercarse—. ¿Qué tal se ha portado?

—Creo que le ha gustado esa yegua de ahí, pero no estoy seguro.

Devlin rio.

—Después de todo, igual sí tenemos boda en primavera.

—Nada me gustaría más.

A. J. los miró con curiosidad, pero los hombres cambiaron de tema, así que entró en el remolque y cogió la bolsa donde llevaba sus ropas de competición. En uno de los boxes libres se quitó las botas camperas y se desnudó, temblando con el frío aire de la mañana. En su impaciencia por entrar en calor se puso de prisa una camisa blanca almidonada con alzacuello y se la metió por la cintura de los pantalones de montar. Rebuscó en la bolsa y sacó sus calcetines de la buena suerte. Eran rosa chillón y con dibujos de cerdos con alas volando en formación. Después se calzó unas botas altas negras y relucientes que le llegaban a la rodilla.

Del bolso sacó un broche de oro que se colocó en la parte delantera del cuello de la camisa y a continuación se peinó con una larga trenza que después enrolló en un moño a la altura de la nuca. Cuando se volvió en busca de un espejo no encontró ninguno, así que tuvo que conformarse con uno de bolsillo.

Molesta por no poder verse de cuerpo entero y enfadada consigo misma por estar preguntándose lo que opinaría Devlin de su atuendo en lugar de concentrarse en la

competición, descolgó la americana de la percha de madera y se la puso con un único y ágil gesto. Era negra y entallada, con ribetes de seda roja y dos botones metálicos con el anagrama de Sutherland grabado. Mientras se la abotonaba intentó quitarle importancia a lo del anagrama. Se dio un firme tirón de los faldones de la chaqueta y salió del remolque con el casco en una mano, preparada para ir a la pista.

Devlin estaba ajustando el martingala de Sabbath y al levantar la vista su mirada se ensombreció. Con el caos de los preparativos no se había parado a pensar en lo que se estaba perdiendo, pero ahora, al ver a A. J. en el sol de la mañana y vestida con un uniforme de competición, los recuerdos se agolparon en su cabeza. Sabía cómo se sentía, el hormigueo en el estómago, el orden de los obstáculos que estaría memorizando como si fuera el mapa del tesoro, la dulce tortura de esperar a que llegara su turno. Eran cosas que un jinete de competición no olvidaba nunca y, aunque se sentía feliz por ella, también le dolía pensar en todo lo que él había perdido.

—¿Ya estás? —le dijo cuando se aproximó.

A. J. alargó un brazo y le puso una mano en el hombro.

—Oye, ¿estás bien?

A Devlin le sorprendió su preocupación, pues estaba convencido de que su cara no dejaba traslucir las emociones que sentía.

—Pues claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces triste.

Devlin se debatió entre contarle o no la verdad. Lo último que necesitaba A. J. en aquel momento, justo antes de salir a la pista, era cargar con sus problemas, pero lo cierto era que le costaba ocultarle las cosas. Con esos ojos azul intenso mirándole fijamente, leyendo en su interior, viendo el dolor que sentía, no pudo evitar responder.

Miró hacia la pista de competición.

—Lo echo de menos... muchísimo. Todo esto. No había vuelto a una competición desde...

—No tienes por qué quedarte —dijo A. J.—. Si te resulta tan duro...

—De eso nada. Estoy aquí por ti.

Sus miradas se encontraron. De repente la multitud que los rodeaba se evaporó, el bullicio se calmó y la competición dejó de existir. Por espacio de un segundo, lo que dura un latido del corazón, solo existieron ellos dos.

Entonces Sabbath golpeó el suelo con un casco y Chester preguntó algo sobre los arreos y alguien a su espalda maldijo al tropezar con un cubo de agua.

Resistiendo el impulso de tomar a A. J. entre sus brazos, Devlin hizo un gesto con la cabeza hacia el caballo.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Vamos a comprobar si somos tan buenos como los demás?

Los dos miraron a Sabbath, cuyos ojos iban de un lado a otro como dos pelotas de

pimpón y luego hacia la pista de prácticas. Allí ya había jinetes montando y saltando obstáculos. Todos los participantes compartían un mismo picadero y tres únicos obstáculos para entrenar. Y al mismo tiempo.

—¿Y si le tapamos la cabeza con un saco? —bromeó A. J. mientras iba hacia Sabbath. Cogió las riendas y Devlin la ayudó a montar.

—Te voy a decir una cosa. Como se porte mal está castigado. Se acabó llamar por teléfono o ver la televisión. Vamos a ponernos duros de una vez.

A. J. rio.

—A. J. —dijo Devlin con voz queda.

A. J. aún sonreía cuando le miró.

—Dime.

—Gracias por conocerme tan bien. Por comprenderme.

Le apretó una pierna con la mano.

—Es que... me importas —dijo A. J. con dulzura.

—Soy un hombre afortunado.

Se dirigieron hacia la pista de prácticas, A. J. con el corazón henchido de alegría.

Aunque resultaba difícil concentrarse en algo que no fuera Devlin, en cuanto llegó al picadero Sabbath exigió su atención absoluta. Y la tuvo. Piafando y relinchando hizo notar su presencia a los otros caballos que se encontraban calentando. Mientras se esforzaba por controlarlo, A. J. se puso a pensar en los peligros que entrañaba enamorarse de su preparador.

—Déjale que se suelte un poco primero —le dijo Devlin.

No sin dificultad, A. J. puso a Sabbath al trote. Con la cabeza erguida como el gatillo de una pistola, el caballo estaba deseando ponerse a hacer de las suyas, y como todos en la pista reconocían un problema cuando lo veían, se apartaron para dejarle paso.

Mientras A. J. luchaba contra su semental, el primer participante entró en la pista principal. A. J. tenía un ojo pendiente del caballo y el otro de lo que sucedía en la competición, deseosa de enterarse de lo que allí pasaba. Cuando sonó el timbre, la primera amazona salió y empezó a engullir la distancia entre obstáculos y a saltar las vallas con grandes alardes de energía. Fue una buena ronda, pero no exenta de penalización, pues el caballo había hecho falta en el segundo obstáculo combinado, tal y como había predicho Devlin.

Aunque le habría gustado seguir pendiente de la competición, A. J. sabía que tenía que concentrarse en Sabbath y, para cuando los ocho participantes hubieron terminado, había conseguido que saltara obediente una serie de vallas. Los resultados no eran prometedores. El semental desobedecía sus órdenes, oponía resistencia cada vez que tenía que girar y tiraba del bocado sin parar. Parecían un par de aficionados, una amazona que no sabía lo que hacía y un caballo que no sabía hacerlo mejor.

Cuando Devlin se lo ordenó, A. J. obligó a Sabbath a detenerse. Después se retorció las manos desesperada y empezó a maldecir interiormente. Tenía la

sensación de haber cometido la mayor equivocación de toda su vida y de estar a punto de recibir los abucheos de un público que era implacable hasta cuando tenía un buen día.

—Vámonos de aquí —dijo Devlin.

—Pero me toca enseguida.

—Ya lo sé, pero confía en mí. Tienes los ojos llorosos y por tu cara se diría que ya has perdido. Necesitas concentrarte.

Le dejó coger las riendas de Sabbath y fueron hasta un rincón en sombra, en el lateral de una de las cuadras, donde podían estar solos.

—Mírame —le dijo Devlin.

A. J. se giró despacio como saliendo de un sueño.

—En este momento ya has perdido, y no por culpa del caballo. Como no te vengas arriba te vas a arrepentir, pero no de haber asumido un riesgo, de muchas más cosas. No te veo nada convencida.

—Es que es tan humi...

—Déjalo. Si entras en la pista con ese estado de ánimo, el caballo te va a tirar al suelo como si fueras una mosca. Va a derribar listones, se va a desmadrar y tú vas a desear poder volver a este momento y decidir sobreponerte a la situación en vez de compadecerte de ti misma.

A. J. movió la cabeza. Solo podía pensar en que iba a fracasar.

—Pero ¿qué he hecho?

—Es demasiado tarde para lamentarte por una decisión que tomaste hace semanas. Si no tienes más remedio, abandona después de esta competición, pero no puedes tirar la toalla diez minutos antes de entrar en la pista. Eso es cobardía y lo sabes.

A A. J. le llevó un momento asimilar el consejo. Devlin estaba en lo cierto, abandonar ahora no era la solución, porque solo la llevaría a arrepentirse después. Se imaginó regresando a los establos sin haber entrado siquiera en la pista, sabedora de que se había echado atrás.

Pasara lo que pasara, no podía ser peor de cómo se sentiría si renunciaba ahora.

Con un gesto de la cabeza empezó a tirar de las riendas para hacer girar a Sabbath.

—Todo va a ir bien —le dijo Devlin.

La miraba con tal convicción que A. J. se contagió de su confianza. Se preguntó cómo podría ir a la pista de no contar con su apoyo. Frente a su desconcierto y sus dudas, Devlin se mostraba firme como una roca. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que no fuera a estar allí para animarla, aconsejarla y recogerla si se caía.

—Contigo aquí —le dijo— me lo creo.

Su mente echó a volar mientras se encaminaban a la pista de competición. Sentía algo en el pecho que le resultaba imposible definir y que le hacía preguntarse si aquella mezcla de serenidad y ardiente pasión que sentía no sería amor verdadero.

Desde luego era una mezcla maravillosa, decidió.

Juntos se detuvieron a la entrada de la puerta principal al circuito y se pusieron al día de cómo iba el concurso. No había habido todavía una ronda limpia y delante de ella faltaban aún dos jinetes, uno de los cuales se disponía a empezar. Cuando oyó el nombre de Philippe Marceau, A. J. no se molestó en disimular su desagrado.

El francés iba a lomos de una yegua ruana de gran tamaño, una de las cabalgaduras con las que solía competir. Era una buena saltadora, en plena forma y en cuanto sonó el timbre empezó a saltar obstáculos con potencia y agilidad. Marceau la controlaba a la perfección, colocándola en el ángulo correcto para cada salto y guiándola con confianza. Cuando se dirigieron hacia el último punto de giro del circuito y se colocaron frente al *oxer* combinado, A. J. contuvo la respiración con el resto del público. Si lo conseguían, habrían hecho una ronda limpia; estaba segura de ello.

La yegua sorteó el obstáculo combinado y los dos últimos saltos a la perfección y después galopó hasta la línea de meta entre aplausos. A. J. miró y dijo:

—Para ser un cretino, monta muy bien.

—No. Lo que pasa es que tiene un buen caballo, que lo habría hecho igual de bien de llevar encima un saco de patatas.

A. J. sonrió.

Ahora tenía solo un jinete por delante y aguardó impaciente su turno. Sabbath empezaba a contagiarse de su tensión, así que se esforzó por estar lo más quieta posible y controlar su respiración. No quería darle motivos para ponerse nervioso.

Cuando dijeron su número se tragó el miedo y guio al caballo a la pista, haciéndole detenerse, inquieto, delante de los jueces. Miró a su alrededor y reparó en que el bullicio que había rodeado la pista se había desvanecido. Era como si todos los ojos estuvieran fijos en ella y en su enorme semental.

«Así que estos son mis quince minutos de mala fama», se dijo mientras se quitaba el casco y saludaba a los jueces.

Lo que no sabía era que la gente, aunque en un principio había alzado la vista para enterarse de qué estaba causando tanto revuelo, ahora estaba prendada de la imponente pareja que hacían ella y Sabbath. El poderío y la altura del caballo, así como su pelo negro y ojos centelleantes no habrían pasado desapercibidos en ningún caso. Pero unidos a la elegancia y belleza clásicas de A. J. resultaban arrebatadores.

A. J. se puso de nuevo el casco y se dirigió hacia la cerca. Cuando oyó el timbre puso a Sabbath a medio galope y se acercó a la primera valla. Sabbath intentó resistirse cabeceando, pero A. J. se lo impidió y saltaron el obstáculo sin mayor complicación. De camino al segundo, de nuevo Sabbath trató de desviarse, pero A. J. lo sujetó con firmeza y salvaron varias vallas sucesivas sin cometer faltas.

Bajo la silla A. J. notaba el cuerpo de Sabbath despegarse del suelo, su pecho fuerte y voluminoso inhalando aire a grandes bocanadas, haciendo acopio de fuerzas para impulsar sus enormes ancas. Con cada subida y bajada, que parecían prolongarse

una eternidad, notaba cómo sus ritmos respectivos se iban acompasando. La potencia de Sabbath se fundía con su cuerpo a medida que saltaban desafiando la gravedad y luego aterrizaban con fuerza en el suelo. Era un viaje emocionante, estimulante y también angustiante.

Y, por un instante se sintió agradecida.

La felicidad, sin embargo, le duró poco. Cuando enfilaban la línea recta que precedía el último recodo A. J. intentó disminuir la velocidad, pero Sabbath no parecía tener intención de obedecer. Por mucha fuerza que hiciera, seguía galopando como si quisiera salir disparado de la pista. Llegaron al recodo completamente descontrolados a pesar de los esfuerzos de A. J., y Sabbath siguió resistiéndose cuando intentó hacerlo girar, echando atrás la cabeza y brincando sobre sus patas traseras.

Así era imposible que logran saltar los *oxers*, pensó A. J. desesperada mientras tiraba del freno para colocarse en posición. Estaban en el ángulo equivocado.

Lo intentó de nuevo echando el peso del cuerpo atrás y a un lado. El aliento de Sabbath salía en grandes vaharadas de vapor y A. J. notaba su respiración agitada bajo los enormes pistones que eran sus patas. Sabía que si no aflojaban el paso se iban a hacer daño. A la velocidad a la que iban, si no giraban, terminarían saltando la valla de la pista o desplomados en un rincón.

Sabbath debió de pensar lo mismo porque, en un abrir y cerrar de ojos, cambió de posición igual que un viento huracanado. Pero era demasiado tarde e iba demasiado deprisa. Abordaron el primer *oxer* con holgura pero en oblicuo, lo que quería decir que ahora tenían que salvar una mayor distancia en horizontal que si lo hubieran abordado en línea recta.

A. J. oyó cómo uno de los cascos traseros golpeaba un listón, pero no tuvo tiempo de comprobar si había caído al suelo. Se habían desviado tanto del trazado que tenía que enderezar a Sabbath como fuera, de lo contrario el segundo obstáculo iría aún peor que el primero. Pero lo más preocupante era que solo disponía de una zancada para corregirle. Sabía que si se inclinaba demasiado sobre él o le tiraba demasiado de la cabeza perderían el equilibrio al saltar; y eso no solo era malo desde el punto de vista de la competición, sino que también era peligroso. Ambos podían terminar estrellándose contra el altísimo obstáculo y, entre la velocidad que llevaban y el tamaño de Sabbath, las heridas podían ser considerables.

En una fracción de segundo se le ocurrió que la única manera de saltar el *oxer* sin hacerse daño era aflojar las riendas y dejar que Sabbath decidiese. Si quería saltar, que saltara. Si decidía rodear el *oxer* a galope tendido, al menos así ella no acabaría en el suelo ni el caballo se haría daño con la valla.

En cuanto aflojó las riendas Sabbath viró bruscamente a la derecha. Saltaron el obstáculo, pero como el ángulo no era el correcto, no fue un salto limpio y A. J. oyó el inconfundible ruido del listón cayendo al suelo.

Cuando cruzó la línea de meta su alivio era considerable. No habían hecho una

ronda limpia, pero tampoco había sido un completo desastre. Teniendo en cuenta que los problemas de Sabbath iban más allá de la mera desobediencia genética, decidió que no había salido tan mal parada.

Pero no habían ganado. Ni siquiera habían quedado entre los primeros.

El altavoz anunció su tiempo y su número de faltas: ocho. Con la ronda limpia que había hecho Philippe y los otros jinetes que solo tenían cuatro faltas, sabía que no se iban a colocar.

Devlin fue la única persona a la que vio entre la gente.

—¿Cómo estás? —le preguntó cuando llegó hasta ella. Le cogió las riendas para que pudiera descansar.

—Bien, supongo.

A Devlin le pareció que estaba desanimada y la comprendió perfectamente. A él, como espectador, le había resultado agotador. Había seguido al detalle cada movimiento de la pareja, deseando verlos saltar los obstáculos limpiamente abriendo y cerrando los puños con cada salto. Se había contagiado de la tensión del resto del público, pero la suya tenía un elemento añadido: su preocupación por A. J.

—Lo has hecho muy bien.

A. J. se quitó el casco.

—Teniendo en cuenta que podía haber sido un completo desastre, supongo que sí.

Devlin entendía cómo se sentía. Llevaba la ambición por ganar en la sangre, era algo tan connatural a ella como el color de sus ojos. Y aunque ni ella ni el caballo estaban aún preparados para una competición, Devlin percibía su decepción por no ganar como si fuera la suya propia.

A. J. desmontó y estaban llevándose a Sabbath cuando el último participante terminó y se anunció su resultado por megafonía. Mientras se dirigían a la pista de prácticas para que el caballo se enfriara, el silencio entre los dos se llenó con el bullicio del público primero y después con el anuncio de que Philippe Marceau era el vencedor.

Una vez Sabbath estuvo más tranquilo, Chester se puso a acicalarlo. A. J. decidió descansar un rato y se fue a pasear entre los puestos que vendían arreos y ropa de montar. Paseó aspirando el aroma a cuero mezclado con el olor de la barbacoa que se preparaba para el almuerzo y repasó mentalmente la ronda una y otra vez. El comportamiento de Sabbath y cómo había reaccionado ella. La sensación que había tenido en cada salto. La batalla antes del último punto de giro. La brusca decisión del semental de saltar el *oxer* una vez ella aflojó las riendas.

Sabía que Sabbath quería saltar. Lo había aprendido en el momento en que aflojó las riendas y lo dejó elegir libremente. La manera en que se había enderezado de forma abrupta para enfilear el obstáculo, que ella no habría conseguido con tan escaso margen, le decía que tenía tantos deseos de volar sobre las vallas como ella.

Este descubrimiento la preocupó, porque quería decir que Sabbath se resistía a sus órdenes por el mero hecho de resistirse. Y eso era una mala señal. Aunque quería

saltar, le podía más su instinto de rebelión. Y eso significaba el fin de sus ambiciones para los dos mucho más que los listones derribados.

Se disponía a volver al camión cuando oyó hablar a dos participantes de la competición.

—No me extraña que le hayan puesto de nombre Sabbath —decía uno—. Ese caballo es la encarnación de la ira divina.

—Se ha resistido a la amazona con uñas y dientes —estuvo de acuerdo el otro—. En cada salto. Esa mujer tiene que tener unos brazos de acero.

—Por lo menos no ha embestido al público. ¿Te enteraste de lo que pasó en Oak Bluffs?

Ambos hombres rieron.

—Pues claro —dijo el primero—. Pero si cuando los he visto doblar la esquina hasta me he apartado un poco. Creo que iban hacia el aparcamiento.

—¿Te puedes creer que haya dejado las caballerizas Sutherland por ese caballo loco?

—No creo que el caballo sea la única razón. —La voz se transformó en susurró cómplice—. El señor McCloud no tiene un pelo de tonto. Puede que haya dejado el negocio de los caballos, pero reconoce una buena potra cuando la ve. Puede que tenga la pierna mal, pero te apuesto a que todo lo demás le funciona perfectamente, tú ya me entiendes.

A. J. palideció.

—Bueno, por lo menos ella está fuera de juego. No supone ninguna amenaza en el circuito mientras siga montando ese caballo maleducado y fanfarrón.

—Pues es una pena, porque apuntaba maneras.

Cuando los dos hombres salieron de la carpa A. J. estaba paralizada de asombro, como si le hubieran echado por encima un jarro de agua fría. Se había sentido capaz de aguantar las miradas curiosas y de aceptar que la gente hablara de ella. Incluso había decidido ignorar el feo comentario de Marceau por considerarlo un producto más de su desagradable personalidad. Pero oír de primera mano semejantes insinuaciones de la boca de otros jinetes era algo muy distinto.

Caminó entre la gente de vuelta al camión con el ánimo por los suelos. Se había fijado un objetivo imposible de conseguir en un plazo de tiempo ridículo y sus progresos habían sido verdaderamente minúsculos. Su nombre estaba en boca de todos y en la pista de competición su propio caballo la trataba como si fuera su enemiga.

Y para colmo, empezaba a pensar que se estaba enamorando de su preparador.

«¿Podrían irme peor las cosas?».

Entonces vio a su padre y a Peter muy cerca de Devlin y miró al cielo con desesperación.

—Era una pregunta retórica —dijo en voz alta—. De verdad que no esperaba una respuesta.



Capítulo 7

Los tres hombres formaban un apretado nudo de tensión. Devlin, que les sacaba una cabeza y un hombro a los otros dos, los miraba con expresión sombría. Garrett tenía cara de dolerle el estómago y Peter parecía irritado y colérico.

«Y luego dice la gente que los aquelarres dan miedo», pensó A. J.

Cuando pasó junto a Chester y el caballo, que estaban detrás del camión, levantó una ceja en señal de interrogación.

—A nosotros no nos mires —dijo Chester—. Por una vez Sabbath se ha comportado en público y yo soy suizo.

A. J. puso los ojos en blanco.

—Está claro que te estás aprovechando de ella —decía Peter alzando la voz.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —replicó Devlin—. Soy su preparador, no su amante.

—¿Es que te crees que soy tonto?

A. J. intervino.

—Desde luego, si estás perdiendo el tiempo hablando de esas cosas, es que no eres muy listo.

Su hermano se giró hacia ella y A. J. pudo ver su indumentaria al completo. Era un traje negro a medida con corbata y camisa amarillas. Parecía un personaje de dibujos animados, pintado en colores demasiado brillantes para ser reales.

—Tú y McCloud estáis echando a perder nuestra reputación —declaró Peter—. Y no pienso tolerarlo.

—¿Y cómo estamos haciendo eso exactamente?

—Un periodista acaba de venir a hablar con tu padre y conmigo y nos ha preguntado cuánto tiempo lleváis juntos.

—¿Y? Hace casi tres semanas que es mi preparador.

—No estamos hablando de caballos de competición, A. J. Dice que tiene una fotografía de los dos en actitud comprometedor.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—Espera un momento. —A. J. negaba con la cabeza—. No entiendo...

Garrett preguntó:

—¿Es verdad que vives con él?

A. J. se volvió y miró a su padre con preocupación.

—Sí, estoy durmiendo en su sofá. Me resulta más cómodo para los entrenamientos y Devlin ha sido más que amable.

—De eso no me cabe ninguna duda.

—Haz el favor de no ofender —le espetó A. J.

—Creo que deberías volver a casa inmediatamente —dijo su padre—. Será lo mejor para todos.

—No sé por qué, pero lo dudo mucho.

Peter bufó.

—¿Y crees que vivir con un hombre es una opción mejor? Liarte con tu preparador no te va a dar muy buena reputación.

—¡Te digo que no estamos juntos! Y no sé nada de ninguna fotografía.

—Bueno, entonces lo que salga mañana en la prensa será una sorpresa para todos. Su padre decidió interrumpir el airado intercambio.

—Haced el favor de bajar la voz.

—Pero ¡es que no sabe de lo que está hablando!

—Y tú no sabes lo que estás haciendo —contraatacó Peter.

Garrett miró a su hija con ojos implorantes.

—Cariño, quiero que vuelvas a casa.

—¿Y qué hago con el caballo?

—Si vuelves tú, Sabbath también será bien recibido.

—De eso nada —intervino Peter—. Cuando dije que no permitiría que esa bestia pisara las caballerizas Sutherland iba totalmente en serio. Si A. J. insiste en quedárselo, lo mínimo que puede hacer es comportarse de una manera respetuosa y dejar de vivir arrojada con este cojo fracasado.

A. J. dio un respingo y observó cómo Devlin, que hasta entonces había permanecido en silencio, salvaba la distancia que lo separaba de Peter. La cara de su hermano era todo un poema. Parecía alguien a punto de ser engullido por una avalancha.

—Te voy a hacer un favor —gruñó Devlin— y olvidarme de que has dicho eso. —Se volvió a A. J. y a su padre y siguió hablando con una amabilidad irresistible—. Creo que estas cosas hay que discutirlos en familia y, por interesante que sea esta exhibición de sabiduría colectiva de los Sutherland, prefiero dedicarme a cosas más constructivas. Por ejemplo, mirar una pared.

Se volvió y comenzó a alejarse. A. J. fue tras él y lo sujetó del brazo.

—Lo siento mucho. Es un...

Devlin le retiró la mano con cuidado.

—Creo que es mejor que arregles las cosas con tu familia primero. Luego ya hablaremos de lo que pasa con nosotros.

Cuando se perdió entre la gente A. J. se volvió hacia su hermano.

—Si no fuera porque creo que te dejaría un ojo tan fosforito como la corbata que llevas, te exigiría que fueras a disculparte.

—Después de todos los problemas que ha causado, no tengo la menor intención.

—¿Qué problemas? Lo único que ha hecho ese hombre es desvivirse por ayudarme después de que mi familia me pusiera en la calle y tú has tenido el mal gusto de insultar su carácter y su condición física.

Peter agitó una mano en el aire, furioso.

—Ahórrate las cursiladas sobre la amabilidad-de-los-extraños a lo Escarlata O'Hara. Gracias a tus tonterías, los Sutherland estamos en boca de todos. Eres una vergüenza para la familia y, si no fuera porque tu comportamiento insensato me está haciendo parecer un héroe por echarme a patadas de casa, estaría enfadado de verdad.

—En primer lugar, la frase la dice Blanche DuBois y no Escarlata O'Hara. Y en segundo, ¿se puede saber qué problemas estoy causando yo a las caballerizas?

—A Peter le preocupa que todos estos rumores perjudiquen el negocio. La gente no quiere verse asociada con un rancho con fama de polémico —intervino su padre.

—Pero es que yo ya no trabajo en los establos Sutherland.

—Pero en algún momento querrás volver —intervino Peter mirando de reojo a Chester y a Sabbath, que seguían junto al camión de McCloud—. ¿Cuánto tiempo vas a aguantar en esos establos de chichinabo? ¿Cuánto vas a tardar en encapricharte de un arreo que cueste más que la casa de mucha gente? ¿Qué va a pasar cuando a ese preparador tuyo se le acabe el dinero para tus caprichos?

—Serás cabrón...

Garrett se colocó entre los dos.

—Peter, ¿por qué no vuelves al coche? Yo voy enseguida.

—Muy bien —escupió Peter—. Pero no esperes que entre en razón, porque no tengo suficiente paciencia para esperarte tanto tiempo.

Cuando Peter se hubo marchado, Garrett tomó las manos de A. J. entre las suyas.

—Arlington, sé que todo esto es muy difícil para ti y lo siento. Pero a Peter no le falta razón.

—Últimamente Peter siempre tiene razón, me parece a mí.

—Ya sé que muchas veces se pasa de la raya, pero tú también. Yo lo único que quiero es que seamos una familia. Que vuelvas a casa.

—No puedo. Ahora no y es posible que nunca. —Su padre tenía aspecto de tener el corazón roto, de manera que A. J. le apretó las manos con toda la energía que fue capaz de reunir—. No puedo seguir siendo una niña de papá para siempre. Esta ruptura con las caballerizas..., creo que ha ocurrido por una buena razón y en el momento adecuado.

—Estoy preocupado por ti.

—Lo sé. Pero ahora mismo estoy feliz. Adoro a ese caballo y creo que puedo hacer cosas grandes con él. Estoy preocupada, asustada e ilusionada al mismo tiempo.

Me siento viva. Y aunque te echo de menos, me gusta tener que arreglármelas sola.

—Y yo me alegro de que seas feliz, de verdad —dijo el padre con cautela—. Pero necesito preguntarte una cosa: ¿son ciertos los rumores? Sobre tú y...

A. J. negó con la cabeza mientras lo miraba a los ojos.

Su padre respiró.

—Eso me parecía a mí.

Pero mentía. A. J. lo supo porque parecía verdaderamente aliviado.

—Y si estuviéramos juntos —preguntó—, ¿qué tendría de malo?

—Es tu preparador.

—¿Y?

—Pues que no es...

—¿Uno de nosotros? ¿Era eso lo que ibas a decir?

—En absoluto. Solo que sus orígenes son muy distintos de los tuyos.

Aunque quería mucho a su padre, a A. J. se le agotó la paciencia.

—Mira, tengo que llevar al caballo de vuelta al establo y he de prepararlo para el viaje.

—Arlington, por favor, no le des la espalda a tu familia.

—Creo que no soy yo la que está haciendo eso.

Cuando se volvía para marcharse su padre la detuvo con una petición.

—Quiero que vengas a mi fiesta de cumpleaños. Es dentro de dos semanas. No será lo mismo sin ti —insistió.

A. J. sintió una nueva oleada de irritación. Ir a esa fiesta era lo último que le apetecía hacer, pero ¿cómo negarse?

—Muy bien.

—Gracias.

Fue hasta su padre y se abrazaron con cierta rigidez.

—Te quiero —dijo él—. Por favor, no te olvides de eso.

—A veces no es fácil. Tengo la sensación de que no me comprendes.

—Pero siempre lo intento. Eso lo sabes, ¿verdad?

A. J. le miró a los ojos.

—Sí. Creo que sí.

Con un gesto torpe de la mano a modo de despedida, fue hasta donde estaba Chester.

—¿Dónde está?

Chester se encogió de hombros.

—Ha desaparecido entre la gente.

Inquieta, A. J. se puso la ropa de faena y ayudó a Chester a recoger. Los dos trabajaron en silencio hasta que estuvo todo colgado, doblado o atado. Una vez terminadas las tareas, A. J. no tenía nada en que ocuparse mientras esperaban a que volviera Devlin. Dedicó el tiempo a preparar una explicación y una disculpa por la escenita familiar de la que él había sido testigo, pero se trataba de una ocupación que

no la tranquilizaba en absoluto. Habría preferido limpiar algo, pero tenía la sensación de que si se ponía otra vez a ordenar los cepillos de acicalar a Sabbath, Chester le pegaría un grito.

Pasado un rato, a Chester le empezó a rugir el estómago y A. J. se ofreció a quedarse en el camión mientras él iba a buscar algo de comer. Una vez sola, se apoyó en el guardabarros trasero del camión, el frío metal atravesándole la tela de los pantalones vaqueros. Sabbath, todavía atado junto a la rampa, se le acercó, le rozó la cara con el hocico y le respiró en la nuca.

—No eres un aliado muy de fiar, pero te agradezco la preocupación. —A. J. le pasó un brazo debajo del cuello y le dio una fuerte palmada—. Y eres de lo más cariñoso.

Permanecieron un rato así juntos, mientras el sol de otoño libraba una batalla contra rachas de viento invernal y salía victorioso de la misma. Arriba, el cielo vasto y claro se extendía sin fin, un inmenso telón teñido de un azul amable y reconfortante.

A A. J. le preocupaba lo que pudiera estar pensando Devlin. Sobre su familia. Sobre ella. Pero, especialmente, sobre los dos.

Y luego estaba esa historia absurda sobre un periodista. Gimió cuando trató de imaginar la clase de mentiras que podrían haber inventado. Lo último que quería era que su trabajo con el caballo despertara más atención de lo que ya hacía y sabía que Devlin odiaba la publicidad, en particular si era sobre su persona. Y ahora que ella también iba a ser objeto de la misma por primera vez en su vida, decidió que tampoco le gustaba.

¿Por qué la atacaban desde todos los frentes? Era como si todo conspirara para separarla de Devlin, cuando lo que de verdad quería era estar más cerca de él. De hecho, ahora lo veía con total claridad, quería convertirse en su amante. Y al cuerno con todo y con todos los demás.

Entonces oyó ruido de hojas secas producido por pisadas y no por el viento, y cuando levantó la vista vio a Devlin de pie delante de ella.

—Hola —dijo A. J.

—Hola. —Devlin acarició el cuello de Sabbath.

—¿Qué tal esa pared?

Parecía confundido.

—Dijiste que te ibas a mirar una pared. —A. J. intentaba aliviar la tensión, pero no lo consiguió.

—Siento el comentario.

—Bueno, teniendo en cuenta lo mucho que se ha pasado Peter de la raya, no te culpo.

Devlin contestó con una evasiva.

—Devlin, yo no sé nada de esa supuesta fotografía. ¿Y tú?

Devlin negó con la cabeza.

—Igual era un farol del periodista.

—Igual.

Hubo un silencio.

—Tenemos que hablar.

La voz de Devlin era grave, seria y, al escucharla, A. J. sintió miedo y la invadió un sudor frío.

—¿De qué?

—De nosotros. De nuestra relación.

—¿Qué pasa con nosotros?

—No sé si deberías seguir en el rancho.

—Pero ¿por qué?

—Tu hermano tiene razón. Es poco profesional.

—No me digas que te has tomado en serio lo que ha dicho.

—Se puede ser un cretino y tener razón.

Apareció Chester masticando un perrito caliente con chili del tamaño de su cabeza.

—¿Queréis comer algo, chicos? Ahí venden perritos calientes.

—¿Ah, sí? —dijo Devlin con naturalidad mientras rebuscaba en sus bolsillos.

A pesar de lo tenso que estaba, pensó A. J., se comportaba como si hubieran estado hablando del tiempo. Por la mirada que le dirigió, sin embargo, supo que continuarían aquella conversación más tarde.

—Pues sí —dijo Chester antes de terminarse el almuerzo de un bocado—, pero tienes que comerte dos si no quieres quedarte con hambre.

—Yo que tú tendría cuidado —dijo Devlin sacando las llaves del camión—. Como sigas comiendo así vamos a tener que llevarte en helicóptero a urgencias. Esa doble vida que llevas va acabar contigo: disciplina militar por la mañana y despendole total por la noche.

—Tengo el estómago y la voluntad de hierro —contestó Chester—. Podría alimentarme de clavos y gomas si hiciera falta.

—Puede que ya lo estés haciendo —dijo Devlin—, porque vete tú a saber lo que le meten a esas cosas que te comes.

• • •

Después de un viaje de vuelta de lo más incómodo, en el que A. J. y Devlin guardaron silencio y Chester se dedicó a roncar, entre los tres descargaron el caballo y colocaron todas sus cosas en sus lugares correspondientes. Todavía era media tarde cuando Chester salió de los establos y A. J. observó consternada que seguía habiendo luz. Estaba ansiosa por hablar con Devlin y aclarar las cosas, pero temía que la obligara a marcharse.

Devlin ya había vuelto a la casa cuando A. J. empezó a limpiar sus arreos, y

cuando terminó fue a buscarlo. No quería ni pensar en tener que buscarse otro sitio donde vivir. La idea de no tener una excusa para sentarse a cenar con él todas las noches o verlo cada mañana para tomar café le resultaba insoportable. Incluso si no podía tenerlo, necesitaba estar cerca de él.

En cuanto puso la mano en el pomo de la entrada Devlin abrió la puerta. Todavía tenía el pelo húmedo de la ducha y estaba peligrosamente guapo mientras se ponía una cazadora de cuero.

—Voy a salir —le dijo.

—¿Vas a volver para la cena?

—No creo.

—Quería que termináramos nuestra conversación.

A. J. reparó en que estaba tenso y supo que también él lo estaba pasando mal. Era evidente por su expresión preocupada y por el hecho de que evitaba mirarla a los ojos.

—A. J., necesito tiempo para pensar. Quiero hacer lo correcto en esta situación. Es muy importante para mí.

—¿Y qué es lo correcto?

—Mantenerme lejos de ti. Ser tu profesor y tu entrenador y tu amigo. Darte mi apoyo incondicional para que consigas tu objetivo.

—Pero quieres que me vaya.

La mirada de Devlin cobró intensidad.

—Que te vayas es lo último que quiero. Mi único deseo es estar contigo.

Salvó la distancia que había entre los dos y la atrajo hacia sí. A. J. notaba su cuerpo, caliente y palpitante mientras sus ojos la recorrían con una avidez que le resultaba irresistible.

—No hago más que pensar en ti —dijo Devlin—. Me muero de ganas de estar contigo. Por la noche sueño que estamos juntos y me despierto hecho polvo al darme cuenta de que no es así. No quiero que te vayas. Lo que quiero es tenerte en mi cama. Lo que quiero es estar dentro de ti.

—Pues tómame.

Sus labios se fundieron en una explosión de deseo y A. J. recibió ávida la lengua de él. La boca de Devlin recorría hambrienta la suya, exigiendo lo que ella estaba deseando darle y a modo de respuesta A. J. presionó su cuerpo contra el de él, buscándolo con sus senos, recibiendo con sus caderas su deseo erecto. El pecho de Devlin era como un sólido muro que albergaba un corazón palpitante y A. J. se regocijó al pensar que era ella el objeto de semejante pasión. Mientras continuaban besándose, la consumía el deseo irresistible de fundirse por completo con él. Era como fiebre en sus venas, el único alivio posible a su anhelo.

—Te deseo más de lo que he deseado nunca a una mujer —gimió Devlin con la boca pegada a la de A. J.—. Más de lo que he querido nunca nada.

Sus besos recorrieron la piel del cuello de A. J. y esta le agarró los hombros y

hundió las uñas en el cuero de su chaqueta. Quería que siguiera, que le arrancara la ropa y la llevara al sofá. Quería tenerlo desnudo y pegado a ella penetrándola hasta lo más profundo y haciéndola sentir un placer ardiente hasta que terminara por gritar su nombre.

Pero entonces Devlin se detuvo y empezó a apartarse. Le acarició la mejilla con dulzura. Le temblaba la mano.

—Esto es muy peligroso —susurró—. Esta electricidad que hay entre los dos... Cuando estoy contigo no puedo portarme como un ser racional.

—Es que no quiero que lo hagas.

—Pero es que me vas a necesitar. En algún momento, en la preparación para el Clasificatorio o en la competición misma, vas a necesitar que esté contigo y de una manera estrictamente profesional. El problema es que soy incapaz de pensar con claridad porque me consume el deseo de tenerte.

—Podemos hacer que funcione.

—No, no podemos.

—¿Me estás diciendo que tengo que elegir entre tú y el Clasificatorio? ¿Que si no vivimos separados no vas a ser mi preparador?

Para Devlin los ojos de A. J. eran pozos de deseo, y su cuerpo, un tormento, lo que más deseaba en el mundo, pero estaba decidido a negarse. Notaba sus pechos presionando el suyo, sus caderas encajadas en las suyas, la pasión suspendida en el aire entre los dos. De nuevo, su determinación flaqueó y quiso volver a besarla. Beber de nuevo de aquella miel, más embriagadora que cualquier licor.

Con deliberación y dolorosamente, se separó de ella.

—No creo que pueda seguir conteniéndome. No puedo tenerte viviendo aquí, entrar en el cuarto de baño después de ti y oler ese aroma a lavanda. No puedo seguir dando vueltas en la cama pensando en ti. No puedo seguir así y me odio por ello. — Se subió la cremallera de la cazadora con un gesto brusco e irritado—. Lo que te estoy diciendo es que puedo ser o tu amante o tu preparador. Y que necesito que elijas.

La miró por un momento recorriendo sus facciones con ojos atormentados y tristes. A continuación salió de la casa y fue hasta su camioneta. A. J. lo miró conducir por el camino de tierra hasta que desapareció detrás de una curva del bosque.

Pasó mucho tiempo hasta que fue capaz de cerrar la puerta. Quería que Devlin volviera, la tomara en sus brazos y le dijera que no tenía por qué elegir entre su pasión por él y su ambición por competir. Pero sabía que no lo haría.

Con el corazón apesadumbrado, colgó su chaqueta del solitario gancho con cuidado de no mirar el otro en el que Devlin siempre colgaba la suya. Luego deambuló por la casa, aturdida, incapaz de afrontar la decisión que las circunstancias la obligaban a tomar. Por fin fue a la cocina y decidió preparar algo de comer. Era la única distracción posible en una casa donde no había televisor y solo revistas y libros

sobre carpintería.

Decidió preparar una lasaña, imaginando que sería fácil. No había un libro de recetas que pudiera consultar, así que tendría que hacer algo sencillo. Después de todo, ¿qué dificultad podía tener cocinar unos fideos con salsa en una sartén y luego meterlo todo en el horno?

Estaba a punto de descubrirlo. Entre su carencia de conocimientos técnicos y su falta de concentración, en menos de una hora había convertido la cocina en un campo de batalla. Quemó la salsa de lata al calentarla y los fideos terminaron hechos un engrudo porque se olvidó de retirarlos del fuego a tiempo. Luego, cuando se disponía a meter el desaguisado en una fuente de horno, descubrió que no había *mozzarella*, que, en un alarde de dudoso talento, substituyó por nata agria que repartió a grandes cucharadas.

Cuando miró el producto terminado sintió ganas de tirarlo a la basura, pero le había dedicado demasiado tiempo y además tenía la esperanza de que algo mágico ocurriera en el horno que transformara aquella cosa en algo comestible. Pero el calor no mejoró las cosas. Cuando empezó a salir humo, puesto que había puesto el horno en modo *grill*, sacó el engendro y tuvo que admitir que había creado un monstruo.

Era el doctor Frankenstein, fabricante de horrores, pensó mirando la fuente. Pero al menos había matado una hora de tiempo.

Tiró su atroz creación al cubo de la basura en la parte de atrás de la casa, volvió a la cocina y contempló la devastación causada por sus esfuerzos culinarios. Mientras limpiaba salsa del frigorífico preguntándose cómo se las habría arreglado para llegar hasta allí, se dio cuenta de hasta qué punto se había acostumbrado ya a tener a Devlin cerca. Sin él, la casa estaba más que vacía.

¿Cómo podía sentirse tan atraída por la única persona en su vida que le estaba negada?

Devlin le resultaba irresistible físicamente, pero había algo más. En las últimas dos semanas se había sentido apoyada como nunca antes. De espíritu muy independiente, A. J. no era dada a revelar sus miedos interiores a nadie, y sin embargo había encontrado la manera de mostrarse vulnerable frente a la fortaleza de Devlin. Y este le ofrecía consuelo a raudales. Las cosas que parecía dispuesto a hacer por ella parecían no tener fin.

Su objetivo común de llevar a Sabbath al Clasificatorio y la pasión que sentían el uno por el otro les hacían conectar de todas las maneras posibles: profesional, física y emocionalmente. Todo encajaba a la perfección.

A diferencia de sus intentos por cocinar una lasaña.

Se arrodilló y empezó a recoger la albahaca que había caído debajo de la mesa con un trozo de papel de cocina.

Y ahora tenía que elegir.

Como preparador, Devlin era insuperable. Paciente, exigente cuando tenía que serlo, siempre comprensivo, un experto. ¿Y como amante? Aunque A. J. no había

tenido ocasión de comprobarlo, suponía que sería el mejor del mundo. El tacto de sus manos, la manera en que se movía cuando estaban muy juntos, esos brazos tan fuertes..., todo apuntaba a un goce puro y absoluto.

Fue a levantarse del suelo y se golpeó la cabeza contra la mesa.

Se puso en pie frotándose la zona donde se había golpeado. Era ridículo, pero se sentía agradecida por el dolor, pues la distraía de sus pensamientos, aunque fuera momentáneamente.

Para cuando terminó de recoger, la cocina estaba reluciente y el olor a tomate quemado y nata agria había desaparecido. Satisfecha de su trabajo, se sentó a la mesa y apoyó la barbilla en las manos. Ella seguía hecha un lío, pero al menos la cocina estaba ordenada.

Después de estar un rato sentada se dio cuenta de que tenía hambre, pero no se le ocurría qué preparar, así que terminó cenando comida precocinada. Recordó lo que le había ocurrido con la salsa de tomate y puso el temporizador al horno para calentarla. Ya había pasado por un infierno olfativo y no tenía ganas de averiguar a qué olían el pollo y el arroz chamuscados.

Mientras comía, cada sonido, cada murmullo de la casa la hacían mirar hacia la puerta y preguntarse si era Devlin que volvía. La esperanza y la ansiedad la invadían y la abandonaban alternativamente con cada nuevo ruido que escuchaba. Resultaba agotador, pues el rancho, al igual que un anciano achacoso, era un lugar lleno de ruidos y pronto A. J. entendió por qué los perros se pasaban el día durmiendo. El trabajo de centinela era mucho más duro de lo que parecía a primera vista.

Cuando empezó a oscurecer se acomodó en el sofá, encogió las piernas y se echó una manta sobre las rodillas. Mientras miraba distraída el paisaje bañado por la luz de la luna, recorriendo los listones de los *paddock*s y el picadero, tomó una decisión.

No podía elegir. Es más, decidió que no iba a elegir entre el amante al que tanto deseaba y el preparador que necesitaba. Conseguirían que funcionara y ya está. En cuanto a los reparos de Devlin, le explicaría lo importante que era para ella en las distintas facetas de su vida. Lo obligaría a comprender. Tenía que hacerlo. Y sin duda él entendería su razonamiento. Después de todo, lo estaba eligiendo a él. A todo él.

Aliviada, se quedó dormida, y cuando se despertó, Devlin estaba de pie mirándola.

—¿Qué hora es? —preguntó, contenta de que hubiera vuelto.

—Tarde.

A. J. se sentó y se apartó el pelo de la cara.

Devlin ignoró lo que le dictaba el sentido común y se sentó a su lado en el sofá. Quería saber lo que A. J. había decidido antes de acercarse demasiado a ella. Si lo elegía como su preparador, tendría que abandonar enseguida la habitación antes de hacer algo de lo que ambos pudieran arrepentirse.

Pero antes de que pudiera preguntarle nada, A. J. dijo con voz somnolienta:

—Ya he tomado una decisión. Te deseo y te necesito. Es todo lo que sé.

Los ojos de Devlin se oscurecieron por el deseo.
—Bésame —dijo A. J.



Capítulo 8

— **C**ómo había esperado este momento —dijo Devlin justo antes de besarla. Acto seguido engulló con sus labios el suspiro de respuesta de A. J. Cuando se quedó sin aliento, Devlin se resistió a los labios de A. J., que le pedían más, y enterró la cara en su cuello para recuperar fuerzas.

Necesitaba más, mucho más. Le lamió el contorno de los labios, pues no se cansaba de su sabor, y a continuación se apartó, se quitó la cazadora y la tiró al suelo. Con ella se derrumbó también el muro de autocontrol tras el que llevaba semanas atrincherado. Se desmoronó como si fuera de arena y su ausencia lo dejó desnudo y a merced de las pasiones. Cuando A. J. tiró de él de nuevo hacia el sofá, Devlin se estremeció con un deseo tan poderoso que pensó que iba a perder la razón.

A. J. también estaba abrumada por el deseo. Recorrió con las manos los hombros de Devlin hasta la pechera de la camisa y buscó los botones que separaban las pieles de ambos. Sabía que no había vuelta atrás, y no le importaba nada excepto esa dureza prometedora en el cuerpo de Devlin y la sensación que le producían sus manos al acariciarla. El mundo se detuvo y solo fue consciente del peso de él sobre ella, el delicioso recorrido de sus labios por su clavícula, los dientes que le mordían el lóbulo de la oreja. Sus manos agarraron con apremio la camisa de Devlin rasgándola en su urgencia por tocarle la piel de la espalda mientras pronunciaba su nombre con voz ronca.

Devlin se quitó la camisa y a continuación le levantó la suya a A. J. Esta notó cómo el aire fresco le hacía cosquillas en la piel. Ayudó a Devlin a que terminara de sacarle la camisa y este la lanzó a un montón de ropa que iba creciendo a medida que se deshacían de más prendas. A. J. se sentía desenfrenada, liberada, expuesta pero al mismo tiempo segura, y lo único que deseaba era tener a Devlin buscando su calor más íntimo con el fuego de sus labios.

Cuando vio los pechos desnudos de A. J., Devlin se quedó sin aliento. Estaba esplendorosa con el pelo cayéndole sobre la piel satinada, los labios hinchidos y arbolados por sus besos, sus pezones color rosa erguidos y tentadores. Con maravillado deleite acercó la boca al pecho de A. J. y mordisqueó el pezón duro como el mármol hasta que ella se retorció de placer. Muy despacio, sus manos

descendieron hasta su tenso vientre y empezaron a bajar la cremallera de los vaqueros. Consumido como estaba por el deseo, no quería apresurar las cosas, pero cuando A. J. levantó las caderas y le facilitó la tarea, Devlin tensó la mandíbula. Con manos temblorosas deslizó las braguitas de A. J. por sus muslos color vainilla y empezó a acariciarle los tobillos, notando a continuación la firmeza de las pantorrillas y esa delicada zona detrás de las rodillas.

A. J. le buscó, llevó sus labios a los suyos y notó la erección de Devlin sobre su cuerpo. Forcejeó con la cinturilla de sus pantalones y Devlin se apartó un momento para quitárselos y lanzarlos al montón de ropa para de inmediato volver a sus brazos.

—Devlin —gemía A. J.—. ¿Devlin?

Devlin emitió un sonido que era un gemido de dolor terminado en signo de interrogación. No era capaz de articular nada más.

—Devlin... —A A. J. le costaba hablar—. Deberías saber que...

Su voz se disipó cuando las manos de Devlin la acariciaron por encima de las braguitas.

—Ha pasado... —A. J. se mordió el labio mientras notaba cómo la acariciaba a través del delgado algodón.

—¿Estás bien? —Devlin había visto vio pasión pero también tormento en los ojos de ella—. ¿Quieres que paremos?

Rezó porque A. J. no dijera que sí.

—No sé cómo decirte esto —murmuró A. J. incómoda.

El cuerpo de Devlin palpitaba y le dolía y tenía la vista cegada por la pasión. Con voz ronca preguntó:

—¿Qué pasa?

—No he hecho... esto... —se saltó el sustantivo igual que un tocadiscos un disco rayado— en mucho tiempo.

El orgullo masculino de Devlin se sentía halagado.

—No tenemos que hacer nada que te haga sentir incómoda.

—Te deseo —dijo A. J. besándole—. Quiero hacerlo.

Mientras Devlin asimilaba su respuesta, A. J. vio cómo le temblaba todo el cuerpo. Aquello le dio sensación de poder y, envalentonada, empezó a explorar los contornos de su pecho y de su vientre ayudada de las manos y la boca. Devlin se desmoronó y empezó a pronunciar su nombre con una desesperación que la animó a ir más lejos. Lo atormentó y lo provocó, llevándolo hasta el borde mismo del placer hasta que Devlin rugió y se abalanzó sobre ella.

Le quitó de prisa las braguitas y situó su cuerpo sobre el de ella. Sus ojos se encontraron y, despacio, Devlin se deslizó dentro de A. J. Aquello era el paraíso. En aquel primer instante, con sus corazones latiendo a la vez, sus cuerpos y respiraciones fusionadas, ambos supieron que nunca volverían a ser los mismos.

Despacio primero y con creciente urgencia después, Devlin empezó a moverse dentro de A. J. Ambos permanecieron muy juntos mientras el clímax se iba haciendo

cada vez más inminente, hasta que ya no lo soportaron más y por fin, entre gritos y jadeos, sus cuerpos se liberaron en una explosión de éxtasis.

• • •

Mucho más tarde, después de darse cuenta de que hacía frío en la habitación y de taparlos a ambos con la manta del sofá, Devlin se descubrió a sí mismo asombrado. Ahora que habían estado juntos una vez, no podía esperar a estar de nuevo dentro de A. J. Era la amante que había buscado toda su vida sin ser consciente de ello. Se entregaba con franqueza y total abandono, había extraído placer de él y se lo había devuelto sin artificio. Con ella había conocido por vez primera el significado de la palabra intimidad.

A. J. se revolvió en sus brazos y Devlin contuvo el aliento al verla abrir los ojos. Su expresión era la de un gato a la luz del sol. Satisfecha, radiante, feliz. Pensó que haría cualquiera cosa por que siguiera siempre así.

La besó con suavidad.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó.

—De maravilla. —A. J. le acarició el pecho y rio traviesa, encantada.

—¿Devlin?

—Dime.

—No sabía que pudiera ser así.

—Yo tampoco.

—Y me alegra no tener que irme de esta casa. De no tener que dejarte.

—A mí también. Nunca he querido que te fueras.

A. J. suspiró aliviada porque todo iba a salir bien y nada tendría que cambiar. Excepto las noches. Que cambiarían para bien.

Devlin la notó relajarse y se alegró también de que hubieran tomado una decisión. Ahora podrían seguir adelante y comprobar adónde los llevaban toda esa pasión y esas emociones. A primera hora de la mañana empezaría a buscar otro preparador. Alguien que viviera cerca, para que A. J. no tuviera que conducir mucho. Alguien bueno, que cuidara de ella en la pista de competición.

Apretados en el sofá, se durmieron pegados el uno al otro y tapados solo con una manta. Cuando la aurora asomó detrás de las montañas, tropezando y derramando su luz sobre las colinas y el cielo, Devlin se despertó y buscó la boca de A. J. Esta, sin decir una palabra, rodó hasta colocarse debajo de él y se dejó penetrar con poderosa urgencia. Cuando juntos alcanzaron el clímax, el nombre de ella fue un gemido salido de lo más profundo del interior de él.

Cuando regresaron flotando al mundo de los mortales, Devlin supo que tenían que levantarse del sofá y vestirse antes de que entrara Chester por la puerta. Se volvió a mirar a A. J. y, una vez más, comprobó sin aliento lo hermosa que era. Nunca la luz de la mañana había sido tan complaciente ni el silencio del amanecer tan dulce como

cuando la acarició con los ojos. A. J. le sostuvo la mirada y había una tímida interrogación en su expresión puntuada por el recuerdo del placer reciente. Devlin se sintió en la gloria.

—Qué suerte tengo de haberte conocido. Y de que haya pasado esto —dijo. La sonrisa de A. J. estaba llena de felicidad y a Devlin se le alegró el corazón y se dijo a sí mismo que todo iba a ir bien—. Creo que deberíamos subir antes de que entre Chester por esa puerta.

—Dúchate tú primero.

—Preferiría que nos ducháramos juntos.

—Ya sabes lo que dicen: «Ahorra agua, dúchate con un amigo».

—Tú eres bastante más que una amiga —contestó Devlin buscando otra vez su boca. Su beso estaba lleno de deseo, a pesar de que acababan de hacer el amor. Cuando hicieron una pausa para respirar, dijo—: Será mejor que suba.

Deprisa, para no darse la oportunidad de perderse de nuevo el uno en el otro, Devlin se levantó del sofá. Antes de irse tuvo bien cuidado de tapar a A. J. con la manta para que no cogiera frío.

Esta lo miró moverse por la habitación recogiendo sus ropas, encantada de tener la oportunidad de disfrutar de su cuerpo a la luz del día. Con todo lo que habían compartido, la belleza física se antojaba algo trivial, y sin embargo la deleitaron sus brazos fuertes y su vientre plano y musculoso. No se sintió mal hasta que vio las cicatrices de su pierna mala. Las marcas en zigzag, un mapa que señalaba dónde la pierna había sido reconstruida, todavía presentaban un aspecto reciente y furioso. Quiso alargar la mano y acariciar aquellas líneas nudosas con los dedos y compartir así su dolor.

Después de lanzarle un beso, Devlin subió las escaleras. A. J. se tumbó boca arriba. Sonreía.

Nada como un poco de amor para animar a una chica, se dijo. Notó un bulto contra la espalda y sacó su camiseta. Se la puso y observó las muchas arrugas, un mapa de carreteras dibujado en el algodón por el peso de sus cuerpos.

Para cuando bajó Devlin, A. J. se había levantado y estaba doblando la manta. Devlin se recostó contra la pared.

—¿Se puede saber qué miras? —preguntó A. J. juguetona.

—Estoy tratando de imaginarte con un vestidito de volantes como los de las doncellas francesas. Y es una imagen de lo más interesante, te lo aseguro.

Hablaba con ojos tiernos y cálidos.

—Siento mucho estropearle la fantasía, pero yo no soy mucho de volantes. Las enaguas me dan urticaria.

Devlin fue hasta ella y la abrazó.

—Da igual. Estás mucho más guapa así.

—¿Con el pelo hecho un desastre y una camiseta arrugada?

—Tienes razón. Me gustas más sin nada de ropa.

La sujetó por las caderas y la atrajo hacia sí. A. J. notó su erección en cuanto sus cuerpos entraron en contacto.

Las pisadas por el camino de baldosas les dijeron que Chester había llegado y se separaron en el instante mismo en que este cruzaba la puerta. Llevaba un periódico debajo del brazo y su semblante, por lo general circunspecto, estaba alegre.

—¡Anoche gané veintisiete dólares con cincuenta en el bingo!

—Eso no está nada mal, amigo —dijo Devlin con voz suave.

Sus ojos estaban fijos en A. J. mientras se agachaba y cogía su bolsa de aseo. No podía esperar a que llegara la noche y pudieran estar solos otra vez. También se sentía optimista sobre su posible sustituto. Arriba, en la ducha, había estado repasando los preparadores y establos que a su juicio eran más serios, y al menos había dos candidatos a los que quería presentar a A. J. Estaba convencido de que pronto encontrarían a otro preparador y que el adiestramiento del semental no se vería interrumpido por mucho tiempo.

—¿Está el desayuno? —preguntó Chester.

—Lo estará cuando lo preparemos.

Mientras se iban a la cocina, Devlin le guiñó un ojo a A. J. por encima del hombro y esta se sonrojó. Para cuando bajó a la cocina los dos hombres estaban sentados a la mesa y Chester hojeaba el periódico entre cucharada y cucharada de cereal.

—Echad un vistazo a esto.

Con un gesto rápido plegó el periódico en dos y se lo pasó a Devlin. A. J. también lo miró.

A toda página había una fotografía de los dos, tomada justo antes de que A. J. entrara en la pista el día anterior. Devlin le acariciaba la mejilla y ambos se miraban a los ojos. A. J. Recordaba el momento a la perfección y al mirar la fotografía se dio cuenta de que el vínculo entre los dos era tan poderoso como obvio.

—Dios mío —gimió.

El titular decía: EL CAMPEÓN CAÍDO VUELVE A SONREÍR GRACIAS A LA HERMOSA AMAZONA DE LAS CABALLERIZAS SUTHERLAND. El artículo que seguía era una mezcla de especulaciones, rumores e insinuaciones. Se citaba a varios contrincantes para describir de modo sensacionalista la compra del semental por parte de A. J., su ruptura con su familia y la relación con Devlin.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó esta en voz alta.

Devlin se puso en pie y la silla chirrió al arañar el suelo.

—Yo no le daría demasiada importancia —dijo sombrío—. En cuanto tú y Sabbath os marchéis de aquí, los rumores se acallarán y este periodista quedará en ridículo por haberse inventado una historia donde no la había. Para finales de esta semana se habrá olvidado todo.

—¿Finales de esta semana?

—Creo que mañana ya habré encontrado a un par de preparadores. Nos

quedaremos con el que trabaje mejor y llevaremos el caballo a sus caballerizas lo antes posible.

La voz de A. J. sonó cortante.

—Ya tengo un preparador.

Devlin frunció el ceño y Chester dijo:

—Me voy a las cuadras.

Ni Devlin ni A. J. repararon en él mientras salía con su cuenco de cereales.

—A. J., creía que estábamos de acuerdo en esto.

—Anoche te lo expliqué. Te deseo y te necesito.

—Y estuviste de acuerdo en elegir.

—Sí. Te elegí a ti. Para todo.

Devlin empezó a negar con la cabeza.

—Espera un momento. Te dejé muy claro lo que quería.

—Y yo también.

—Di por hecho que anoche hicimos el amor porque habías decidido cambiar de preparador.

—Te dije que no pensaba hacer eso.

—No me lo dijiste.

—Claro que sí.

Sus miradas se enfrentaron desde ambos lados de la mesa.

—No recuerdo haberte oído pronunciar esas palabras.

A. J. lo miró suplicante.

—Estoy segura de que podemos conseguirlo. Podemos hacer las dos cosas.

Devlin maldijo y se pasó las manos por el pelo en un gesto de desesperación.

—No me habría acostado contigo de haber sabido que pensabas así.

Sus palabras y el arrepentimiento en su voz le dieron a A. J. ganas de llorar.

—A. J., por Dios, no llores. Siento haberlo dicho de esa manera.

Fue hasta ella e intentó abrazarla, pero A. J. lo rechazó.

—Yo también lo siento. Siento que tengas tan poca fe en nosotros.

—No somos solo nosotros. —Devlin cogió el periódico y al instante lo apartó con desprecio—. Todos van a leer esta basura.

—¿Por qué te importa tanto lo que un idiota publique en un periódico?

—No tienes ni idea de lo que es estar en boca de todos. Me he pasado el último año con la gente mirándome y cuchicheando cosas sobre mí. En cuanto entro en una habitación empiezan las murmuraciones. Y los comentarios sobre mí ni siquiera son lascivos. Yo me caí de un caballo, pero a ti te van a meter en la cama con el primer hombre con el que te vean hablar o al que te vean mirar ya para el resto de tu carrera profesional.

—Pues muchas gracias por el consejo —dijo A. J. secándose las lágrimas de indignación—, pero no tengo intención de renunciar a mi vida solo porque los demás no la aprueben.

—¿Quieres ser como Philippe Marceau? Es el hazmerreír del mundo de la hípica por su larga lista de conquistas. Y para una mujer es todavía peor. Te van a destrozar y usar tus pedazos como fertilizante para el césped.

—Marceau está en boca de todos porque es un fanfarrón y un engreído.

—Tú también tendrás tus puntos flacos.

—¿Como cuáles? ¿Qué te preocupa? ¿Que la gente se entere de que no sé dividir por cuatro sin usar calculadora? ¿De que soy adicta a los tebeos desde pequeña?

—En el negocio de los caballos circula mucho dinero, pero no todos tienen a un papaíto dispuesto a construirles unos establos. Tu hermano parece salido de una portada de la revista *GQ* y sus modales dan asco. Tú te desplazas en un descapotable que cuesta más que la mayoría de las hipotecas que paga la gente y...

—¿Y por eso no puedo estar con el hombre que quiero y con el preparador que necesito? ¿Porque a Peter le gusta la moda y mi padre tiró la casa por la ventana en mi último cumpleaños? Eso es una ridiculez.

—Solo te estoy avisando de lo que va a decir la gente.

—Pues no pienso dejar que me influya.

—A eso iba precisamente. Ya están diciendo que estás usando el dinero de tu padre para medrar. ¿Quieres que digan también que te acuestas conmigo para ganar competiciones?

La franqueza del planteamiento dejó a A. J. sin ganas de seguir discutiendo.

—Escucha —dijo Devlin ya más tranquilo—. Tengo que decirte las cosas como son. Cuanto más sobresalgas, más expuesta estarás a ataques de los demás. Tener la familia que tienes y haber comprado ese semental no han contribuido mucho a hacerte pasar inadvertida. Y acostarte con tu preparador, menos todavía.

Se acercó de nuevo a ella y esta vez A. J. se dejó abrazar.

—A. J., competir en los grandes circuitos es duro. No te añadas cargas innecesarias.

—¿Estás seguro de que esa es la única razón por la que quieres que me vaya?

—No quiero que te vayas. Precisamente por eso voy a buscarte otro preparador. Alguien capaz de ser objetivo.

—Pero ¡es que no quiero a otro! —A. J. se apartó—. Y tampoco necesito que seas objetivo. Quiero que sientas pasión por lo que estamos intentando conseguir con Sabbath, y tengo la impresión de que así es. Lo veo en tus ojos cuando estamos trabajando juntos. Hacemos un equipo fantástico y lo sabes.

—A. J., tienes que llevarte al caballo a otro sitio.

—No me puedo creer que nos estés echando.

—No os estoy echando.

A. J. empezó a caminar por la habitación sin escucharle.

—Primero Peter y ahora tú. De él me lo podía esperar. Pero viniendo de ti es una sorpresa. Pensaba que te importaba.

—¿Te acuerdas de lo que sentías cuando estaba dentro de ti?

Aquellas palabras susurradas la hicieron detenerse bruscamente y todo su cuerpo se estremeció. No tuvo que contestar a la pregunta, la expresión de su cara lo decía todo.

—¿De verdad piensas que vamos a poder contenernos, ahora que sabemos lo que se siente? —dijo Devlin—. No sé tú, pero yo desde luego no soy tan fuerte.

A. J. se negó a contestar porque sabía que Devlin tenía razón. Ya no había marcha atrás.

Pero estaba furiosa por la situación en que se encontraban.

—Ahora mismo, señor McCloud, no estoy segura de que pueda estar con usted. La verdad es que me falta esto para odiarle.

—Del amor al odio hay solo un paso.

—Pues entonces debo de estar enamorándome como una loca, porque ahora mismo tengo ganas de gritarte.

—Tienes que entenderme. Hago esto porque quiero que lo nuestro funcione. Tenemos algo muy especial y no quiero perderlo.

A. J. dejó escapar un suspiro de irritación.

—Pero ¿no podríamos por lo menos intentarlo?

—A. J, sé razonable...

—Hablas igual que mi padre. «Sé sensata». «Sé responsable». Pues creo que lo soy. Llevas apenas un mes trabajando con Sabbath y conmigo y mira todo lo que hemos conseguido. Conoces mi forma de montar. Conoces los puntos fuertes y débiles del caballo. Eres, con mucho, el mejor preparador que he tenido nunca. Ese caballo y yo tenemos la oportunidad de llegar muy lejos, pero no podemos hacerlo solos. No podemos hacerlo sin ti.

Devlin apartó la vista.

—Admítelo, Devlin, tú quieres esto tanto como yo. Sabes que tenemos algo grande entre manos y te gusta estar de vuelta en el mundo de la competición. Después de un año en el banquillo estás viviendo otra vez la emoción. ¿Me estás diciendo en serio que quieres dejarlo? ¿Cómo te vas a sentir apoyado en la cerca mientras otro está en el picadero con Sabbath y conmigo?

Lo miró con atención. Devlin parecía sereno, pero A. J. lo conocía ya lo suficiente para no dejarse engañar.

—No es un dilema muy agradable, ¿verdad? Tener que elegir entre lo nuestro y el trabajo —dijo.

Luego se calló para dejarle reflexionar.

Devlin estaba atrapado y lo sabía. Se había centrado exclusivamente en conseguir otro preparador para el caballo. Quitarse de en medio le había parecido algo sin importancia, no se había parado a pensar cómo sería ver a otra persona trabajar con A. J. y Sabbath. ¿Sabría cuándo necesitaban descansar? ¿Cuándo había que forzarlos un poco más? ¿Entendería que A. J. necesitaba repasar verbalmente el circuito hasta tres o cuatro veces antes de sentirse cómoda?

¿Se preocuparía esa persona tanto como lo hacía él?

E, incluso asumiendo que no fuera capaz de ser objetivo, ¿había alguien capaz de hacer el trabajo mejor que él?

Cuando miró a A. J. se dio cuenta de que no podría confiar en nadie para que lo sustituyera.

Maldijo en voz alta y, cuando eso no le hizo sentirse mejor, volvió a maldecir.

—Me parece que está claro, entonces —dijo A. J. sintiéndose un poco mejor. Por la expresión sombría y el colorido vocabulario que había usado Devlin veía que estaba empezando a cambiar de opinión—. Te propongo una cosa —añadió con suavidad—. Probamos durante una semana o así y, si pensamos que no funciona, entonces lo hacemos a tu manera.

Se acercó a él con cautela y sintió alivio cuando él le dejó pasarle un brazo por la cintura. Devlin gruñó:

—¿Qué? ¿Estás intentando hechizarme con tus armas de mujer?

—Si eso me sirve para conseguir lo que quiero, por supuesto.

Devlin la rodeó con sus brazos.

—Esto no es una buena idea.

—¿Y cómo lo sabes? Mucha gente mezcla negocios y placer sin ningún problema.

—¿Ah, sí? ¿Como quién, por ejemplo?

—George Burns y Gracie Allen. The Captain y Tenille...

—¿Qué tal si me das un ejemplo de este siglo?

—Bill y Hillary.

—No sé si esos dos cuentan.

A. J. le acarició la cara con ternura.

—Va a salir bien. Ya lo verás.

—Sobre todo no quiero perderte —dijo Devlin.

• • •

A pesar de la discusión, cuando fueron a los establos formaban un frente unido. Devlin no estaba del todo cómodo con la decisión tomada, pero no pensaba echarse atrás. Si al final resultaba que no podía ser el preparador de A. J., entonces tendría que tener fe y dejar que otra persona lo fuera y confiar en que ella tuviera el sentido común de aceptarlo.

La jornada de trabajo fue como cabía esperar, con pequeñas mejoras. Sabbath se sentía lleno de energía, así que la sesión se prolongó más de lo habitual y tanto A. J. como Devlin quedaron satisfechos con los resultados. Después ella y Chester cumplieron con sus tareas de siempre llevando a Sabbath a descansar y a comer mientras Devlin repasaba sus notas y planeaba el circuito del día siguiente. Fue un día como otro cualquiera, excepto porque el revuelo del desayuno aún flotaba en el aire.

A. J. estaba apoyada contra la cuadra de Sabbath mirándolo terminarse el forraje que quedaba en el cubo cuando de repente se sintió exhausta. Decidió que las últimas veinticuatro horas habían sido como beber de un vaso que crees lleno de agua pero que en realidad contiene vodka. Una sorpresa que te quemaba por dentro.

Aunque la animaba que Devlin hubiera accedido a seguir siendo su preparador, ahora comprendía algunas de sus preocupaciones. En el picadero había sentido el fuego entre los dos prenderse cada vez que Devlin posaba sus ojos en ella. Cada mirada que cruzaban era un libro lleno de deliciosas imágenes. La promesa de lo que los esperaba en cuanto se quedaran solos. Preguntas formuladas y contestadas sin necesidad de palabras. Y todo lo que no se decían hacía que lo normal y corriente pareciera sublime. Un sencillo gesto con la cabeza se convertía en un juramento, una simple conversación sobre el número de zancadas que debía dar Sabbath adquiriría una nueva dimensión.

Era embriagador. Y una amenaza para la concentración.

Oyó a Devlin acercarse como si lo hubiera llamado.

—Voy a hacer la cena —dijo situándose muy cerca de ella.

—Subo en cuanto termine de colocar todo.

Se callaron y A. J. pensó que iba a tocarla, pero entonces le dirigió una sonrisa que la dejó sin respiración.

«Casi tan maravillosa como un beso», pensó mientras lo miraba alejarse.

De un rincón del guadarnés sacó una gamuza que había conocido días mejores y un frasco de jabón Murphy's Oil. En cuando mojó el trapo, el familiar aroma a limón la saludó como un atento anfitrión y lo aspiró con deleite. Se puso a frotar la silla de montar con movimientos circulares, como hacía desde los nueve años, mientras su mente se adentraba en territorio peligroso.

¿Qué les deparaba el futuro? ¿Era aquello una simple aventura? ¿O el comienzo de algo mucho más importante?

Con la cabeza inclinada y los ojos absortos en la sencilla tarea, A. J. no se dio cuenta de que Chester estaba en la puerta hasta que lo oyó toser. Levantó la vista y se quedó sorprendida. Con un rastrillo en una mano y un mono de trabajo que le colgaba alrededor de su delgadísimo cuerpo, parecía salido del cuadro *American Gothic*. Allí de pie, en el sol de media tarde, Chester parecía la encarnación de una larga dinastía de granjeros y trabajadores, una tradición de la que sentirse orgulloso.

Chester era atemporal, pensó A. J., como el aroma a limón y a cuero de la habitación.

—¿Quieres que venga el herrador esta semana? —preguntó Chester.

A. J. se apartó un mechón de pelo con el dorso de la mano. Por el brazo comenzaron a deslizarse agua y jabón y maldijo en voz alta.

—Sí, será mejor. La herradura de la pezuña delantera no está bien puesta.

—Se le sale todo el tiempo. La verdad, no sé lo que pasará aquí por las noches, pero para mí que ese caballo aspira a ser el próximo Fred Astaire. Seguro que se

dedica a hacer claqué por el establo, o algo peor.

—¿Jazz? —A. J. sonrió.

—Cancán, diría yo.

A. J. rio.

—Es más probable que tenga los cascos sensibles.

—Tú piensa lo que quieras, pero el día menos pensado te lo encuentras con tacón alto y tanga.

A. J. sonrió imaginándolo, limpió los restos de jabón de la silla y se puso en pie.

—A ver si conseguimos que el pobre herrador venga a principios de la semana que viene —dijo—. Igual si le avisamos con tiempo le caeremos mejor. Podrá prepararse para la batalla.

—Muy bien pensado. Porque va a necesitar equipamiento especial.

—¿Mejores clavos?

—Una armadura —dijo Chester, y se volvió para marcharse.

A. J. soltó una carcajada.

—Oye, ¿cuánto tiempo me queda antes de cenar?

Chester miró su reloj.

—Unos veinte minutos. Y hablando de tiempo —dijo—. Me alegro de que por fin Devlin y tú os hayáis decidido. Parecíais un par de pasmarotes en un guateque esperando a que pusieran las canciones lentas.

A. J. perdió el trapo y la compostura.

—¿Cómo dices?

—La vida es demasiado corta como para perder el tiempo. A vosotros dos parece que os falta algo si no estáis juntos.

«Madre mía —pensó A. J.—. Llevo la letra escarlata escrita en la frente».

Y en un gesto inconsciente se frotó el entrecejo con la mano.

—No sé de qué...

—No tiene nada de malo. Devlin es un buen hombre y tú le convienes. Respecto al herrador, ¿el martes te parece bien?

Cuando Chester se marchó A. J. se desplomó sobre una caja de vendas. ¿Tan evidente era? Pensaba que habían sido bastante discretos todo el día.

«Caramba con los tipos como Chester y su sexto sentido —pensó—. No te dejan tener una tórrida aventura tranquilamente».

El estómago se le hizo un nudo y tuvo la sensación de que estaba perdiendo el control de su vida. Entre la compra del caballo, la ruptura con su familia, prepararse para el Clasificadorio y enamorarse Devlin se sentía como en una centrifugadora. Peor aún. Tenía la impresión de que había ojos vigilándola por todas partes.

Se levantó, sintiéndose abrumada, y les preguntó en voz alta:

—¿Estáis satisfechos o me tenéis preparado algo más?

Entonces tiró el frasco de jabón y el contenido se derramó sobre sus botas.

«Qué bien —pensó—. Ahora necesito unos calcetines secos».

—Pide y lo tendrás —murmuró mientras limpiaba el estropicio.

Cuando se dirigió hacia la casa cada pisada sonaba como una protesta pasada por agua. Era como caminar sobre un cojín de esos que simulan ventosidades. En cuanto estuvo dentro y a salvo del frío se quitó la chaqueta y se recostó contra la puerta para quitarse la bota y el calcetín empapados. Cuando levantó la vista, Devlin estaba en la puerta de la cocina.

Y mirándola como si A. J. fuera el primer plato de la cena.

El brillo de sus ojos la hizo entrar en calor y decidió que podría acostumbrarse a esa mirada.

Devlin dio un paso al frente en el momento preciso en que Chester se asomaba desde la cocina y empezaba una conversación:

—El martes tocar herrar al titán.

Siguió hablando aunque su público le prestaba escasa atención. Con la renuencia propia de dos personas que tienen que abandonar la mesa antes de haber terminado una buena comida, Devlin y A. J. se guardaron el fuego que sentían para más tarde.

—Luego seguimos —le susurró él antes de entrar en la cocina.

A. J. subió a cambiarse con una ancha sonrisa ilusionada.

Mientras se cepillaba el pelo no pudo evitar reparar en cómo había cambiado su imagen en el espejo. Había un brillo de emoción en sus ojos, como si ocultara un secreto delicioso, y un rubor en sus mejillas que no se debía únicamente a pasar tiempo al aire libre. Aunque siempre era muy crítica consigo misma, tuvo que reconocer que estaba radiante.

¿Para qué malgastar el tiempo con tratamientos faciales u operaciones de estética cuando una dosis de pasión y caos en la vida de una surtía el mismo efecto?

Después de lavarse y cambiarse de ropa se dirigió a las escaleras con un entusiasmo no solo debido al ligero apetito que sentía. Siguió el olor a pastel de carne casero hasta la cocina y sonrió al ver a Devlin inclinado sobre los fogones triturando patatas igual que una taladradora.

Este levantó la vista en cuanto la oyó entrar.

—Ya está casi. ¿Le echas una mano a Chester con la ensalada?

—Claro —dijo A. J. intentando disimular una inesperada timidez.

Oyó a Chester gruñir impaciente y al acercarse lo vio pelearse con un montón de verduras y hortalizas. Blandiendo un cuchillo como quien usa una excavadora para plantar margaritas, había organizado un verdadero estropicio. Grandes trozos de pimientos rojos yacían descuartizados y un pobre pepino presentaba el aspecto de haber sido atacado por un perro rabioso.

—¿Qué tal va eso, chef?

—Dichosas verduras —dijo Chester, a punto de rebanarse un dedo—. Además, ¿a quién se le ocurre darme de comer pasto? ¿Es que tengo cara de conejo?

—Más bien de recién salido de manicomio. Será mejor que me des ese cuchillo —le dijo A. J. con un codazo para que se apartara.

—Venga ya —dijo Chester con tono de bueno humor—. Si soy un angelito.

—Eso díselo al pimiento —dijo A. J. con la maltrecha hortaliza en la mano—. Parece que lo han atropellado.

Al poco estaban sentados a la mesa. La comida estaba buena, pero A. J. apenas la saboreó. Estaba demasiado pendiente de lo que la esperaba al final de la cena y las miradas que le lanzaba Devlin desde el otro lado de la mesa no hacían más que aumentar su impaciencia y hacerla desear que el tiempo pasara más deprisa.

Aparentemente ajeno a lo que ocurría a su alrededor, Chester charlaba sin parar llevando todo el peso de la conversación. Cuando no estaba diciendo algo se dedicaba a masticar con pausa cada bocado, saboreando la cena de una manera que los otros dos nunca le habían visto hacer.

Para cuando terminó, después de repetir dos veces, Chester observó que Devlin y A. J. estaban tan impacientes que parecían dos niños en misa. A. J. empujaba un trozo de carne con el tenedor por el plato como si fuera un balón de fútbol y Devlin cambiaba de sitio el pimentero y el salero con una energía que le dio a Chester ganas de reír.

Les dirigió una de sus amplias sonrisas, pero ninguno de los dos la vieron.

—He cenado muy bien —dijo y se recostó en su silla frotándose su esbelto estómago y disfrutando con el nerviosismo que estaba creando.

—Me alegro —dijo Devlin y se puso en pie como si fuera a apagar un fuego. A. J. saltó de su silla y empezó a recoger platos a toda velocidad.

—Pero ¿cómo? ¿No hay postre? —preguntó Chester.

—Aquí tienes. —Devlin abrió la puerta del congelador y le lanzó un sándwich de helado con aire de desesperación.

—Igual debería quedarme y ayudaros a recoger —dijo Chester despacio mientras le quitaba la envoltura al helado.

—Ni se te ocurra —dijo Devlin.

—Eres el invitado —dijo A. J. mientras le retiraba el plato a Chester.

—Tú también —replicó este. Después de terminarse el postre empezó a doblar su servilleta con la precisión de un ingeniero—. Así que debería echar una mano...

—¡No hace falta! —exclamaron a un tiempo Devlin y A. J. desde el fregadero.

Y se dispusieron a darle todo tipo de explicaciones, pero Chester se echó a reír. Cuando le pusieron su chaqueta delante de la nariz y le dieron las buenas noches con determinación se sintió como si lo estuvieran echando a patadas igual que a un perro, pero no le importó. Ya se había divertido bastante por aquella noche a costa de los tortolitos.

Salió al frío de la noche y se detuvo para subirse la cremallera. Cuando se volvió hacia la casa vio por la ventana a Devlin y A. J. fundidos en un abrazo, ajenos a todo.

Se volvió de nuevo con una sonrisa de aprobación. Por fin Devlin empezaba a parecer el de antes. Y la chica, por un lado era una preciosidad y por otro tenía personalidad suficiente para saberlo llevar. Hacían buena pareja, decidió.

«Me parece que esos platos se quedan sin lavar hasta mañana», se dijo.



Capítulo 9

Una semana más tarde, A. J. se despertó en la cama de Devlin y supo que estaba enamorada de él. Había tenido un sueño de lo más bucólico, en el que cabalgaba con Sabbath por la más hermosa campiña de Virginia y al volver a la realidad notó los brazos tan masculinos de Devlin rodeándola y su robusto pecho contra su espalda. Se volvió muy despacio, con cuidado de no despertarlo.

En la luz gris de primera hora de la mañana su cara era un estudio de sombras, desde las oquedades de sus mejillas y profundas cuencas de los ojos hasta el marcado arco de su mandíbula. Era hermoso, la encarnación ideal de las formas masculinas, un sueño hecho de carne y hueso.

Y desde el rincón más femenino y recóndito de su interior A. J. supo que era suyo. De la misma manera que ella le pertenecía a él. Sus corazones y mentes eran uno. Estaban tan unidos que ya no estaba segura de dónde empezaba uno y terminaba el otro, pero aquella pérdida de individualidad no le importaba. Sin él estaba incompleta, con él se sentía plena.

Lo besó en la garganta, sobre la gruesa arteria que palpitaba al ritmo de los latidos de su corazón y, así, con los labios pegados a la circulación de su sangre, le dijo:

—Te quiero.

Era la primera vez que le decía aquellas palabras a un hombre.

Al darse cuenta de ello le parecieron aún más poderosas.

A. J. nunca se había entregado con facilidad. Había tenido unos cuantos novios en la universidad, pero había estado tan centrada en la equitación que sus relaciones habían sido breves e informales. Lo mismo ocurrió cuando se hizo profesional. Antes de Devlin los hombres siempre le habían parecido una complicación innecesaria en una vida demasiado corta y demasiado llena de retos que superar. Pero él era distinto. Se lo decía su corazón.

Dada su falta de experiencia en relaciones sentimentales, le sorprendió la seguridad con que fue capaz de pronunciar las palabras «Te quiero». Nunca había podido hacerlo en relaciones anteriores. No había sabido muy bien qué era el amor, pero sí que no lo había sentido nunca. Ahora, en cambio, lo tenía claro. ¿Qué otra cosa podía ser esa sensación tan emocionante, aterradora, maravillosa y abrumadora,

sino amor?

Parte de ella quería despertar a Devlin y darle la noticia, pero se contuvo. Estaba dando por hecho que él sentiría lo mismo, cuando lo cierto era que no estaba segura. Estaba dispuesta a comprometerse con él, a un futuro juntos, compañeros en la vida y en la profesión, pero saber que estaba enamorada la hacía sentirse vulnerable. Primero necesitaba oírle decir que él también la quería.

Se estiró y deslizó las piernas contra las de Devlin. Este gruñó en sueños y la atrajo más contra sí, sujetándola contra su costado. Cuando su respiración recobró el ritmo suave y regular propio del sueño profundo y a pesar de su preocupación, A. J. no pudo evitar sonreír. Estar con Devlin tenía múltiples ventajas. Aparte de sus hazañas sexuales por la noche, dormir en una cama de verdad resultaba de agradecer. Disfrutaba de tener algo de espacio para moverse, aunque era cierto que Devlin tendía a ocupar más del que le correspondía en la cama. El sofá había estado bien para una estancia breve, pero poder estirar las piernas sin arriesgarse a rodar por la alfombra y terminar debajo de la mesa de café era un verdadero lujo.

La sonrisa no le duró mucho, sin embargo. De manera dolorosamente abrupta, sus pensamientos cambiaron de rumbo y se centraron en su padre. Su cumpleaños era la semana siguiente. Le horrorizaba la idea de tener que ir a la fiesta y deseaba poder llevar a Devlin.

Este empezó a besarle el cuello.

—¿Qué estás rumiando?

—¿Cómo sabes que estoy rumiando algo?

—Leo la mente.

—¿En serio?

—No se lo digas a nadie, pero me saco un dinerito leyendo el futuro.

—¿Y dónde guardas la bola de cristal?

—No la necesito. La hemos sustituido por un sitio web con vínculos al más allá.
—A. J. rio.

—Así que es verdad. Internet está en todas partes.

—Las cosas iban muy bien hasta que llegó Gates. Ahora hay un único servidor para contactar con Elvis y un único buscador para acceder a las vidas pasadas y a los familiares muertos de los clientes.

Cuando A. J. terminó de reírse, Devlin le preguntó otra vez qué era lo que le preocupaba.

—¿Y si te digo que solo estaba disfrutando de la luz de la mañana?

—Estarías mintiendo.

—¿Y si te pido que vengas a la fiesta de cumpleaños de mi padre la semana que viene? Sé que va a ser una tortura, pero me encantaría que me acompañaras. Necesito tu apoyo moral.

Devlin bajó la cabeza.

—Entonces no puedo negarme, ¿verdad?

Su sonrisa estaba teñida de pasión, pero cuando fue a besarla A. J. lo detuvo, poniéndole una mano en la mejilla.

—Devlin, necesito saber si te alegras.

—¿De ir a la fiesta? Pues claro. Si crees que es importante que vayamos, pues vamos.

—No... Me refiero a nosotros.

«Me ha faltado tiempo», pensó A. J.

Devlin se pegó a ella.

—Digamos que algo más que alegrarme. Estoy encantado, loco de alegría. Desesperado. Algo así.

—Me refiero a lo de seguir entrenando juntos.

Devlin respiró hondo.

—Creo que estamos trabajado bien, que estamos avanzando. ¿A ti qué te parece?

—Yo no era la que tenía problemas con la idea.

La contestación de Devlin fue lenta y deliberada.

—Objetivamente, sigo pensando que no es buena idea. Pero no puedo renunciar a ti y no quiero que tengas otro preparador, así que me temo que estamos condenados a seguir juntos.

A. J. sonrió y le besó en los labios.

—Sabía que terminarías pensando como yo.

Cuando Devlin deslizó la lengua en su boca A. J. decidió que ya tendrían tiempo más tarde para hablar de su relación. Ahora tocaba hacer el amor. Luego, desayunar, trabajar y comer. Y después podrían volver a la cama.

• • •

—Creo que ha llegado el momento de probar con agua —dijo Devlin más tarde mientras preparaban a Sabbath, todavía atado con el ronzal.

Cuando A. J. asintió con la cabeza, Chester salió a llenar la ría.

Un poco más tarde, después de sacar al caballo del establo y montarlo, A. J. se dio cuenta de que estaba particularmente nervioso y tuvo el presentimiento de que iba a ser un día muy largo. A diferencia del animal, ella estaba de lo más relajada. Después de haber hecho el amor con Devlin se había vuelto a dormir hasta la hora del desayuno, cuando oyó que la llamaban a gritos desde el piso de abajo. Estaba claro por qué se había quedado traspuesta. Se sentía tan aliviada al saber que Devlin tenía claro que quería seguir con ella y con los entrenamientos que era como si le hubieran quitado un gran peso de encima y sus principales preocupaciones hubieran quedado atrás. Por desgracia, y a consecuencia de haber dormido hasta tan tarde, estaba lenta de reflejos y no montaba tan bien como de costumbre. Y el semental lo percibía. A diferencia de las últimas sesiones, en que se había mostrado más tranquilo y centrado, ahora se rebelaba castigando la falta de concentración de la amazona.

Cuando terminaron los ejercicios en plano y fueron hacia Devlin, este tuvo la tentación de dar la sesión por terminada. El calentamiento no había ido bien y el resto del adiestramiento probablemente iría igual. Quizá fuera buena idea olvidarse de momento de la ría, pero la cara de A. J. era de determinación.

—¿Sigues queriendo probar lo del agua? —le preguntó.

—Por supuesto.

Devlin cogió la carpeta y le detalló el orden de saltos.

—Ve despacio y tómatelo con tranquilidad. A ver cómo reacciona.

A. J. asintió mientras tiraba de las riendas para controlar a Sabbath.

Este cabeceó, impaciente por empezar a saltar. Siempre se mostraba entusiasta cuando empezaban a saltar vallas, pero aquel día en su entusiasmo había algo más. Cuando A. J. le ordenó que fuera a medio galope, tuvo que frenarlo para impedir que saliera disparado.

Saltaron los dos primeros obstáculos con la torpeza característica del principio de la sesión de adiestramiento y cuando llegaron al punto de giro el caballo cabeceaba furioso y se negaba a cambiar de paso. Los siguientes *oxers* los saltó a duras penas y derribando varios listones, que rodaron por el suelo con un redoble que proclamaba el fracaso. A. J. apretó los puños y los labios e, irritada, condujo a Sabbath hasta el obstáculo con agua situado en el centro mismo del picadero.

Era una modesta valla de escasa altura seguida de un estanque cuadrado. Su propósito era poner a prueba la capacidad del caballo de cubrir una longitud determinada y su reacción a un determinado estímulo visual. Dependiendo del clima, la superficie de agua podía resultar inocua o intimidatoria, y aquel día era lo segundo. Hacía una mañana gris y el viento lamía la superficie del estanque agitando el reflejo de un cielo frío y lóbrego.

En cuando Sabbath vio hacia lo que se dirigían A. J. notó que se ponía tenso. En los ejercicios de calentamiento no se habían acercado al centro del picadero, por lo que el animal no había reparado en el obstáculo. Lo animó con una ligera presión de la pierna y se preparó para posibles problemas. Sorprendentemente, Sabbath se tranquilizó y pareció concentrarse mientras seguía avanzando. Durante una fracción de segundo A. J. se sintió aliviada, pero entonces el caballo viró a la izquierda tan bruscamente que perdió el equilibrio y salió disparada igual que una muñeca. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

«Esto me va a doler», pensó mientras volaba por los aires.

El suelo le deparó una calurosa acogida que A. J. no agradeció en absoluto. Aterrizó hecha un ocho, se le llenó la boca de tierra y notó un dolor punzante en la mitad inferior del cuerpo. Con un gemido, rodó en el suelo para liberar el brazo que había frenado el impacto y se lo llevó al pecho a la vez que parpadeaba mirando al cielo, impertérrito ante lo ocurrido. Era como si alguien le estuviera pinchando el hombro y el brazo con un atizador caliente.

Devlin corrió hacia ella llamando a Chester para que acorralara al caballo, que se

había puesto a galopar frenéticamente por el picadero.

Cuando tuvo la cara de Devlin encima de la suya, A. J. vio que estaba blanco como el papel.

—Mañana me voy a acordar de esto —dijo con los dientes apretados.

—¿Puedes levantarte?

—No tendrás una grúa por ahí...

Con ayuda de Devlin, A. J. consiguió incorporar la parte superior del cuerpo del suelo y, después de parpadear unas cuantas veces, comprobó que las estrellitas que bailaban ante sus ojos desaparecían.

—Me parece que el agua no le gusta —dijo tratando de ponerse en pie.

Apoyada en Devlin probó a dar unos pasos al tiempo que hacía inventario de sus otras contusiones. Por suerte parecía que solo se había dañado el brazo. Cuando se sintió más segura sobre sus pies se separó de Devlin y caminó sola hasta Sabbath. Chester había conseguido cogerlo y el caballo tenía los ojos abiertos de par en par por el miedo y espasmos en todo el cuerpo.

—¿Se ha hecho daño en la pata? —preguntó A. J., preocupada.

Chester negó con la cabeza.

—Te lo has llevado todo tú, me parece.

—Ayúdame a montar.

A su espalda, Devlin estaba loco de preocupación.

—Creo que deberíamos dejarlo un rato —dijo esforzándose por mantener la calma.

No le gustaban ni la expresión de pánico del caballo ni el gesto de dolor en la cara de A. J.

De hecho, eran tantas las cosas que no le gustaban de lo que acababa de ocurrir que le costaba trabajo decidir cuál era la peor. Cuando vio a A. J. caerse del caballo y se le pasó por la cabeza que podía perderla, el mundo se detuvo. En el interminable segundo que A. J. había permanecido en el aire y después tocado el suelo, el corazón le había dejado de latir y se había resquebrajado de terror.

Y ahora A. J. quería montarse otra vez en aquel caballo endemoniado.

La miró coger las riendas de manos de Chester.

—A. J., no seas ridícula —dijo secamente—. Ese caballo es ahora mismo un cable cargado de electricidad y es posible que te hayas roto el brazo.

—Ayúdame a montar a este maldito animal —le dijo A. J. a Chester con los dientes apretados, y levantó una pierna en un gesto de impaciencia.

Aunque era un hombre que creía saberlo todo sobre el sufrimiento físico, Devlin descubrió que existía un infierno que hasta ahora desconocía cuando vio a A. J. a lomos de Sabbath.

—¿Estás de broma o qué? —Su voz estaba cargada de emoción.

A. J. se dirigió hacia los obstáculos y Devlin notó la mano de Chester en un hombro.

—Si te caes, tienes que volver a montar enseguida. Ya sabes que es así —dijo.

Así había sido para Devlin innumerables veces. Excepto la última.

—¡Pues es una verdadera estupidez! ¿En qué estará pensando?

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Y mira cómo he terminado.

Devlin se alejó cojeando hasta la cerca. Quería marcharse de allí, pero no podía.

Por su parte, a lomos de Sabbath, A. J. no podía más de dolor. El caballo se agitaba bajo ella, pero no de manera juguetona. Estaba nervioso y eso lo hacía más impredecible de lo normal. El hecho de que A. J. solo pudiera usar un brazo añadía peligro a la situación.

Cada vez que un casco de Sabbath golpeaba el suelo sentía una descarga de dolor que le iba del codo al hombro. Y, lo que era peor, le faltaba fuerza para mantener el brazo pegado al cuerpo, así que la extremidad dañada en la caída le colgaba inerte, lo que hacía el dolor insostenible. Sacó fuerzas de la flaqueza y se metió la mano en la cinturilla del pantalón para evitar el zarandeo y entonces se dio cuenta de que se le estaban durmiendo los dedos. No estaba segura de cuánto tiempo aguantaría sin desmayarse, pero estaba decidida a saltar aquel obstáculo.

Mientras forcejeaba con el dolor se dijo que aquello no era el fin del mundo. Todo lo que tenía que hacer era saltar un obstáculo, luego ya podría ponerse a llorar. Sería solo un momento.

Las palabras de ánimo no surtieron gran efecto, así que apretó los dientes, sujetó las riendas lo mejor que pudo e hizo saltar a Sabbath dos vallas, pero evitando por completo la ría. Para cuando terminó, el caballo se había calmado, pero A. J. sudaba por el dolor.

Dirigió al caballo hacia los dos hombres y al desmontar se desplomó.

Devlin la ayudó a ponerse el pie. Tenía la cara del color de la cera.

—Yo me ocupo del angelito —dijo Chester.

—Hay que llevarte al médico —le dijo Devlin a A. J. con voz neutra.

—Voy a darme un baño.

—Sube a la camioneta.

A. J. le ignoró y salió del picadero. Le dolía demasiado el brazo. Había sacado con cuidado la mano de la cintura del pantalón e intentaba mantenerlo inmóvil. Tenía el estómago revuelto y se sentía mareada, pero mejor que subida al caballo. Solo pensaba en sumergirse en agua caliente y quedarse muy quieta.

Devlin le pisaba los talones.

—Tienes que hacerte una radiografía.

A. J. pasó junto a la camioneta sin detenerse y Devlin empezó a maldecir igual que un carretero.

—¡A. J.! —bramó.

Esta estaba atónita. Devlin temblaba de furia.

—No me lo he roto —le dijo.

—¿Y cómo lo sabes?

Esforzándose por no derrumbarse, A. J. dijo despacio:

—Te agradecería mucho que te tranquilizaras un momento y me dejaras entrar en casa.

—¿Es que también te has dado un golpe en la cabeza? Por una vez en tu vida sé un poco razonable y ¡sube a la camioneta de una vez!

—No.

—¡Necesitas un médico! Tienes pinta de ir a desmayarte de un momento a otro.

—Y estar aquí discutiendo contigo me está ayudando muchísimo.

—Entonces haz el favor de dejar de comportarte como una niña pequeña.

Las palabras de Devlin le reverberaron a A. J. dentro de la cabeza, taladrando la niebla de dolor. Sus ojos azules miraron desafiantes los castaños de él. Dijo:

—Por si se te ha olvidado, me acabo de caer del caballo. Así que necesito descansar. Lo que desde luego no necesito es que te pongas a darme órdenes, ¿vale? Y no me estoy portando como una niña pequeña.

—Cuando te haces daño vas al médico. Es una realidad bien sencilla que la mayoría de la gente comprende.

Seguían discutiendo cuando Chester salió del establo. Le bastó una mirada a la cara lívida de A. J. para preocuparse.

—No la agobies, McCloud. Está en *shock*.

—No te metas en esto. —Fue la airada respuesta que recibió.

—¡McCloud! —La voz de Chester restalló en el aire igual que un látigo—. Tranquilízate antes de que digas algo de lo que puedas arrepentirte.

Devlin se volvió hacia él completamente furioso.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Tranquilízate —le dijo Chester mirándolo a los ojos—. Estás pagando tu preocupación con ella.

—No necesito tu psicología barata —gruñó Devlin.

—Y ella no necesita que le montes este numerito.

—Idos al infierno los dos.

Devlin abrió la puerta de la camioneta con brusquedad, arrancó el motor y desapareció por el camino de entrada a la casa.

A A. J. le fallaron las rodillas y de no haber tenido a Chester sujetándola, se habría desplomado. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin que fuera consciente de ello y le temblaba todo el cuerpo.

—No hagas caso de nada de lo que ha dicho —dijo Chester—. Estaba aterrorizado.

A. J. trató de asentir, pero las emociones la desbordaban y cada nuevo sollozo le sacudía todo el cuerpo. Como quien sujeta un peso inestable, Chester la condujo con cuidado hacia la casa.

—Ahora te das un baño. Yo voy a ocuparme de Sabbath y luego vemos lo del

médico.

Sin fuerzas para discutir, A. J. hizo lo que Chester le decía y subió las escaleras igual que una anciana. Una vez desnuda, en el cuarto de baño, se miró el brazo en el espejo y comprobó que había empezado a hincharse, y que un hematoma morado de gran tamaño se le estaba formando en el codo. Intentó estirarlo del todo y luego doblarlo y comprobó animada que no había perdido por completo la capacidad de movimiento.

Con un gran esfuerzo fue hasta la bañera y la miró llenarse de agua sintiéndose más vacía y sola que nunca en su vida.

Se metió en el agua y, con un mueca, intento colocar el brazo de manera que no le doliera. Era imposible. No había forma de estar cómoda, de encontrar una postura que aliviase un poco el dolor que sentía. Pensó que tal vez se debía a que su sufrimiento no era enteramente físico.

Miró a su alrededor y evocó momentos en aquel cuarto de baño, cálidos e íntimos. Las imágenes se le clavaron en el corazón como un cuchillo dentado y le causaron heridas profundas. Reclinó la cabeza contra la porcelana y las lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron al agua. Necesitaba el cariño de Devlin y este se había ido. A pesar del agua caliente, A. J. sentía un gran frío interior.

Cuando media hora más tarde Chester volvió a la casa A. J. lo esperaba en el sofá, con el equipaje hecho.

—Voy al médico —dijo y se miró las manos. Todavía tenía dormidos los dedos de la mano y cuando los restregaba contra los de la otra la sensación era extraña.

—¿Te llevo y luego te vuelvo a traer? —preguntó Chester con voz esperanzada, aunque ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

A. J. negó con la cabeza.

—No voy a volver aquí. Necesito tomarme unos cuantos días.

—Quizá sea buena idea —dijo Chester despacio—. Necesitas curarte.

«No lo sabes tú bien», pensó A. J., poniéndose en pie. Se inclinó a coger el equipaje, pero Chester se le adelantó.

—¿Vas a casa de tu familia?

—Creo que sí.

Todo lo que sabía A. J. era que tenía que irse de allí. Adónde no le parecía importante.

Antes de entrar en el coche, fue hasta la cuadra de Sabbath. Este dormitaba en una esquina, pero en cuanto la olió levantó la cabeza y fue hacia ella.

—Lo manejaste muy bien —dijo Chester, que la había seguido. A. J. acariciaba al caballo con la mano buena—. Pero que muy bien.

—¿Cojea algo?

—Mañana amanecerá un poco agarrotado, pero en cuanto lo ponga a saltar un poco estará como una rosa.

A. J. asintió, aliviada de comprobar que Sabbath no se había lastimado y contenta

de que estuviera bajo los atentos cuidados de Chester. Lo besó suavemente en la frente y salió de la cuadra.

—¿Quieres que le diga algo a Devlin? Se va a sentir fatal.

A. J. dudó un momento y luego dijo:

—Dile que ya hablaremos. Que necesito estar un tiempo sola.

—De acuerdo.

Chester metió el equipaje de A. J. en el maletero y se apartó del descapotable rojo.

—Adiós —dijo A. J.

—Vuelve pronto.

A. J. se limitó a saludarle con la mano y arrancó.

Ya en la carretera, comprobó que le costaba trabajo conducir con un solo brazo, pero aun así no tomó el camino más rápido al médico. En su lugar eligió carreteras secundarias que conocía de años atrás, y enfiló curvas que se sabía muy bien. Empezó a caer una suave lluvia y su delicado roce pronto ennegreció la corteza de los robles y arces, resaltando los amarillos y naranjas de las hojas de otoño como si fueran manchas de pintura.

Cuando aparcó delante de la consulta del médico se sentía más serena, pero igual de dolorida. Aunque no tenía cita, el doctor la atendió enseguida. El doctor Ridley tenía ya más de sesenta años y llevaba muchos tratando a los Sutherland, por lo que siempre tenía un hueco para ellos. No era la primera vez que atendía a A. J. en una urgencia, pues esta había sufrido muchas caídas de caballo desde que era una adolescente.

El médico era un hombre menudo con aspecto pajaril, voz aguda y cariñosa y temperamento alegre como unas castañuelas. Hizo sentar directamente a A. J. en la camilla y luego le hizo unas radiografías. Después de verlas se retorció con energía las manos y afirmó que tenía un esguince severo y una fractura por sobrecarga que sanarían bien si se cuidaba como es debido. Después y con grandes aspavientos, le puso a A. J. una banda elástica que empezaba en el antebrazo, le subía por el codo y le llegaba hasta la mitad del bíceps.

Mientras A. J. se ponía la camiseta, le hizo una receta y se la dio con una sonrisa de ánimo.

—En cuanto llegues a casa ponte hielo. Para el dolor te tomas esto y en un par de semanas estarás como nueva.

—¿Semanas? —gimió A. J.

—Semanas, sí.

Al ver su expresión desolada, el médico añadió.

—Vamos a hacer una cosa. Ven en una semana y le echamos otro vistazo. Igual podemos renegociar la sentencia. —El doctor Ridley trató de adoptar una expresión severa, pero debido a su naturaleza alegre le resultó imposible—. Pero recuerda, cuanto más tiempo estés en reposo, antes volverás a montar. De momento, no estás

para muchos trotes.

Rio al pronunciar las últimas tres palabras.

—No pongas esa cara de compungida —dijo—. Podría haber sido mucho peor.

—Sí, claro, podría haberme caído de cabeza.

—O yo podría seguir haciendo bromas fáciles sobre caballos.

A. J. sonrió un poco.

—Así está mejor. Eres un poco mayor para piruletas, pero por lo menos te veo marchar un poco más animada.

La subida de ánimo le duró a A. J. hasta el aparcamiento. No quería ir a la mansión familiar, pero se hacía de noche y no tenía energías para pensar en una solución más creativa. Encendió los faros y condujo hasta la casa paterna sumida en un aturdimiento apático. Cuando llegó a la rotonda delantera y vio la mansión en todo su esplendor, se le ocurrió que la luz brillante que salía de todas aquellas ventanas daba una falsa esperanza de serenidad. Entre la tensión con su padre, la rígida formalidad de Regina y la hostilidad de Peter, aquel lugar era cualquier cosa menos un refugio, por muy bucólico que fuera su aspecto exterior.

Condujo hasta la parte de atrás y metió el descapotable en el garaje. Se colgó la bolsa del hombro bueno y entró en la casa por la puerta trasera, que daba a una cocina de tamaño industrial. Estaban empezando a preparar la cena, y el cocinero, un europeo al que no le gustaban las interrupciones, la miró acusador.

A. J. lo ignoró y siguió hasta el comedor, donde se detuvo para contemplar la enorme mesa de caoba. Había tres servicios puestos en uno de los extremos, con sus servilletas de lino rígidamente plegadas y sus cubiertos de plata a juego con platos de porcelana con el blasón de la familia Sutherland. Delante de cada servicio había tres copas, una para agua y dos para vino y, repartidos por toda la mesa, como un enjambre, pequeños cuencos de plata con sal, pimienta y mantequilla.

Era como una exposición de vajillas, pensó A. J. echando ya de menos la sencillez y lo agradable de la vida en el rancho.

En casa de Devlin comías apoyada contra una encimera de la cocina. Podías colgar un trapo del pomo de la puerta y dejar una cazadora sobre el respaldo de una silla. A. J. había caminado en calcetines, con el pelo mojado para que se le secase al aire, e incluso paseado desnuda una vez, solo porque le apetecía.

Aquella clase de libertad no existía en la mansión. Ni siquiera algo parecido. Por Dios, si te arriesgabas a pena de cárcel si se te ocurría bajar a cenar en vaqueros.

Con el corazón triste miró su reloj. Regina podía tener muchos defectos, pero la informalidad en los horarios no era uno de ellos y ahora A. J. lo agradecía. La cena no se serviría hasta una hora más tarde, lo que quería decir que Peter estaría en el bar de su club tomando algún tipo de cóctel a base de frutas y Regina en su habitación, acicalándose para la velada. Que fueran las seis también significaba que su padre estaría solo en su estudio, con un vaso de *whisky* al lado y revisando papeles.

Garrett levantó la vista al oírla entrar. Al ver la cara de A. J. y el brazo en

cabestrillo la miró con alegría pero también con alarma.

—¿Qué ha pasado? —Se levantó y rodeó la mesa.

—Hola, papá —le dijo A. J. mientras se abrazaban.

Después tomó aire y sonrió con tristeza. Su padre olía como siempre, una deliciosa combinación de una extraña colonia inglesa de importación y el tabaco de pipa que tanto le gustaba. El aroma devolvió a A. J. a su infancia, cuando siempre encontraba consuelo y seguridad en sus brazos.

Era una pena, pensó, que las complicaciones de la vida adulta no se solucionaran con la misma facilidad que la herida en un dedo del pie o un arañazo en la rodilla de un niño.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado?

—No es nada.

—¿Y si no es nada porque llevas el brazo en cabestrillo?

—Por lo menos no me han escayolado.

—Eso es verdad.

Garrett condujo a A. J. hasta el viejo sofá de piel.

El estudio de su padre siempre había sido una de las estancias de la casa favoritas de A. J. Estaba decorado en marrón y oro, con un resultado acogedoramente oscuro. Con sus paredes paneladas en madera de caoba y estanterías llenas de libros sobre temas como ingeniería o gestión financiera, era un suntuoso refugio que invitaba a la reflexión y al trabajo.

También era donde estaba el retrato de la madre de A. J., el único que Regina no había persuadido a su padre de quitar. Un foco lo iluminaba desde arriba y bajo su resplandor el lienzo parecía cobrar vida.

—¿Te quedas a cenar? —dijo el padre.

—Y unos cuantos días también.

—Regina se pondrá muy contenta.

—De eso nada. —A. J. miró a su padre con complicidad.

—Yo desde luego estoy encantado.

—Eso sí me lo creo.

El silencio creció entre ellos.

—¿Por qué has venido? —preguntó el padre.

—Necesito unos días para recuperarme.

—¿De qué herida?

—No puedo montar con el brazo así.

—La última vez que te cogiste dos días libres fue porque habías tenido conmoción cerebral después de una caída y te amenazamos con ingresarte en el hospital si no hacías reposo. Tener el brazo en cabestrillo puede que te impida montar ese caballo, pero solo por eso no te vas a coger unos días libres.

A. J. apartó la mirada.

—Entonces es que los rumores son ciertos —dijo Garrett—. Estás teniendo una

aventura con él.

A. J. se sintió tentada de mentir. Le habría bastado con negarlo de forma convincente, pero no se le ocurría cómo.

A pesar del silencio fue consciente de la decepción de su padre. Siempre había tenido la esperanza de verla casarse con un hombre de negocios, sentar la cabeza y llevar la vida de reclusión propia de las esposas de sociedad. Habría sido una existencia que él podía comprender, un vocabulario que conocía bien. A. J. sabía que su padre pensaba que un matrimonio así sería algo fácil, una sucesión interminable de fiestas y vestidos bonitos al lado de un hombre que la quisiera y se ocupara de ella. Que la cuidara.

Sabía que su padre nunca lo entendería, pero para ella un matrimonio sin pasión y alfombrado de dinero no era un lujo, sino un bonito mausoleo en el que las mujeres se marchitaban encaramadas a sus *manolos*. Cuando Garrett tuvo claro que las ambiciones de su hija eran muy diferentes de las que albergaba para ella, dejaron de hablar del tema. Las convicciones de su padre eran tan férreas como las de A. J., así que no discutían. Se limitaban a confiar en que, en algún momento, el otro viera la luz.

Garrett parecía apesadumbrado y A. J. sabía lo que estaba pensando. Su aventura con un campeón de la hípica convertido en triste lisiado era una más de las muchas cosas de la vida de su hija que no lograba entender. Cuando la miró, en sus ojos había amor, pero también tristeza.

—Estaré bien —dijo A. J.

Era su intento por consolarlos a los dos.

—¿Necesitas alguna cosa? —le preguntó el padre.

Pero A. J. negó con la cabeza.

Lo que necesitaba no podía dárselo él.



Capítulo 10

Una semana después Devlin estaba apoyado contra la cerca de su picadero con una bota sobre el listón inferior para dejar que la pierna descansara. Había sido una tarde larga y dura en la que no había hecho otra cosa que arreglar estropicios. Precedida de varios días de lo mismo.

«Resistir al caos no es progresar —se decía—, solo instinto de conservación».

Desde el día en que se marchó A. J. las cosas no habían ido bien. En primer lugar se había roto una de las cañerías del establo y causado una inundación en el almacén donde se guardaba el forraje, convirtiendo ocho sacos de avena en puré. Después, un vendaval intempestivo había arrancado la rama de un árbol que había aterrizado en su camioneta y convertido su parte de atrás en un *chill out* con motivos arbóreos.

Pero lo peor de todo había sido, sin duda, el desastre con el herrador.

El herrador que se suponía que tenía que haber ido canceló la cita la misma mañana sin explicación. Por suerte encontraron otro, que llegó con sus herramientas y de buen humor y se marchó una hora más tarde con una tirita en la frente y la firme promesa de no volver nunca por allí. Sabbath había estado imposible, a pesar de los muchos esfuerzos de Devlin y Chester por controlarlo. Aún con los dos colgados de su cabeza como un par de pendientes, se las había arreglado para darle al herrador una buena coz con una de las patas traseras.

Y una vez la herradura suelta estuvo sujeta, el hombre se negó en redondo a acercarse a menos de un metro de las otras patas, aduciendo que la combinación de sensibilidad en las pezuñas y buen tino convertían a aquel animal en un peligro andante. La tirita de Garfield que le pusieron en la frente no ayudó mucho tampoco, claro. Era la única que encontraron: además de herido, humillado.

Devlin aún no podía creer que un hombre acostumbrado a tratar con animales nerviosos se hubiera negado a prestarles sus servicios. Era como que te echaran del restaurante donde siempre vas con la familia porque tus hijos tiran comida al suelo.

Cambió el peso a la otra pierna, escuchó un crujido de protesta y notó cómo el pie tocaba el suelo.

«Ahora ya sé lo que significa estar gafado», pensó, mirando el listón caído.

Lo colocó en su sitio y se hizo el propósito mental de arreglarlo. Luego volvió la

vista al picadero, para observar cómo Chester hacía saltar a Sabbath. De pie en el centro de la arena, el mozo de cuadra sujetaba un largo ramal atado al cabestro del caballo. En teoría, este tenía que hacer ejercicio cambiando de aire y trazando círculos.

Pero Sabbath tenía sus propias ideas al respecto, y se resistía a cambiarlas. La primera vez que habían tratado de hacerle saltar, había tirado de Chester y convertido el ramal en un cable de arrastre. Días después, el caballo seguía sin estar demasiado interesado en hacer círculos concéntricos y continuamente se desviaba del trazado, negándose a obedecer y encabritándose a modo de protesta.

Estaba enfadado y los progresos que habían conseguido con él se estaban echando a perder, pero nadie podía hacer gran cosa. Chester no estaba cualificado para enseñarlo a saltar los obstáculos y, con su pierna inútil, Devlin tampoco podía hacerlo. Los tres, incluido el semental, se encontraban en un bucle hasta que volviera A. J.

Y ya era hora de que volviera, pensó Devlin por enésima vez. Y no solo por el puñetero caballo.

Al igual que su mala suerte, la necesidad de pedirle perdón a A. J. llevaba atormentándolo toda la semana. El día de la caída, en cuanto se hubo calmado, había vuelto corriendo a las caballerizas. Quería decirle a A. J. que lamentaba haber sido tan mandón y haberla abandonado cuando más lo necesitaba. No estaba seguro de qué palabras debía utilizar, pero desde luego «cobarde» y «cerdo» estaban entre ellas.

Sin embargo, para cuando regresó, A. J. ya se había marchado. Y cuando Chester le dio su recado Devlin se encontró en un dilema. Por un lado quería ir a buscarla y hablarle y por otro tenía que respetar la distancia que ella había querido poner entre los dos.

Sabía que iba todos los días a ver a Sabbath. Siempre lo hacía a la hora de la comida, lo que constituía la confirmación —aunque Devlin no la necesitaba— de que lo estaba evitando. Desde la cocina oía el ronroneo del descapotable cuando llegaba y dejaba lo que fuera que estuviera haciendo para ir a la ventana y verla entrar en las cuadras. Siempre tenía la esperanza de que mirara hacia la casa y entrara, lo que lo llevaba a adoptar un estado de vigilancia continua, comiéndose los sándwiches del almuerzo de pie delante de la ventana. Esperaba a que A. J. le hiciera la más mínima indicación de que quería hablar. Y siempre acababa decepcionado. Cada día, A. J. salía de las cuadras cabizbaja, entraba en su potente coche y se iba.

En los días transcurridos desde su marcha, Devlin había pensado mucho en el accidente. Verla caerse le había resultado aterrador. Cuando decidió preparar a A. J. solo había pensado en el objetivo. Se había centrado en el trabajo que tenían por delante y en la victoria. En ningún momento había contemplado la posibilidad de verla caerse del caballo en el picadero. Y en aquel instante terrible, cuando la vio salir despedida de la silla y aterrizar en el suelo, lo había invadido una tremenda angustia, y la intensidad de sus emociones lo había asustado. Hasta aquel momento había

estado convencido de que perder a su caballo y su carrera profesional era lo peor que la vida podía depararle. Se equivocaba. Que algo le sucediera a A. J. era mucho más terrible y la necesidad de enfrentarse a esa vulnerabilidad, a ese dolor, le habían hecho perder los estribos.

De noche en la cama veía su cara y recordaba cómo la había herido con sus palabras dichas sin pensar. Los remordimientos no lo dejaban descansar. Pasaba las noches sintiéndose solo y echando de menos a A. J., confiando en que al día siguiente volviera con él.

Y entonces, por fin, sintió un atisbo de esperanza.

Aquel mediodía A. J. se había bajado del coche y ya no llevaba el brazo en cabestrillo. Devlin, quien esperaba de pie ante la ventana a que saliera del establo sosteniendo el sándwich de pavo en el aire, se había puesto tenso en cuando la vio salir y caminar hacia el coche. A. J. se había detenido un instante con la mano apoyada en la portezuela. Y a continuación lo había mirado.

Sus ojos se habían encontrado por un momento y Devlin la había instado silenciosamente a que entrara en la casa. Estaba loco por olerla, por oír su voz, por verla de cerca. Al más mínimo gesto de A. J. estaba dispuesto a salir a toda prisa para intentar arreglar las cosas entre los dos, para decirle... Pero entonces A. J. había apartado la vista y se había marchado. Y el estado de ánimo de Devlin había pasado de malo a peor.

Un cambio de actitud que no fue bien recibido por su compañero de almuerzo, Chester. Devlin era consciente de que Chester empezaba a estar harto de verlo siempre enfurruñado. ¿Y cómo culparlo? El mismo Devlin empezaba también a estar cansado de sí mismo.

«Ese es el problema —se dijo—, que no puedo librarme de mi propia compañía».

Regresó al presente y se concentró en lo mal que estaba trabajando Sabbath.

—Creo que lo vamos a dejar por hoy, Ches —dijo.

Chester recogió la cuerda del caballo como si estuviera arriando una vela y se acercó a Devlin con semblante contrariado. Tanto el hombre como el caballo estaban de mal humor.

—No sabes cómo te lo agradezco —dijo Chester—. Estoy empezando a cansarme de tanto salto y también de este caballo.

—Ya lo sé, Ches.

Chester lo miró inquisitivo, exigente.

—¿Qué? —preguntó Devlin.

—Ya lo sabes.

Devlin miró hacia las montañas. ¿Sería aquella mirada que se habían intercambiado una señal de A. J. de que estaba preparada para hablar?

Tenía que intentarlo.

—Voy a hablar con ella.

—Ya era hora —gruñó Chester mientras conducía al semental a las caballerizas.

Devlin se encontraba de nuevo en un dilema. Una vez decidido a arriesgarse y dar el primer paso, se sentía incapaz de esperar a que A. J. fuera a ver a Sabbath al día siguiente. Y lo que quería decirle era demasiado importante para hacerlo por teléfono. Tenía que ser en persona.

Entonces se acordó. Era sábado. El cumpleaños del padre de A. J.

Reflexionó unos instantes y se decidió. Tocaba desempolvar el esmoquin.

• • •

Más tarde aquella misma noche, vestida solo con ropa interior, A. J. se colocó la última horquilla en el pelo y se miró en el espejo del cuarto de baño. Se había retirado los espesos mechones cobrizos y los había recogido en algo muy parecido a un moño. Su intención básicamente había sido estar cómoda, pero el hecho de que aquel peinado le resaltara los pómulos y la forma ovalada de su rostro no la molestaba.

Se giró y se miró por encima del hombro. Con un poco de sombra de ojos y lápiz de labios parecía otra persona. Claro que no llevaba sus habituales vaqueros y botas camperas, y la lencería de encaje le añadía atractivo.

Entonces suspiró y dejó caer los hombros. No tenía ganas de sonreír y hacer como que estaba feliz. No tenía ganas de relacionarse con la clase de gente que iba a encontrarse en la fiesta. Lo único que le apetecía era quedarse en su habitación, mirar a la nada y tratar de no volverse loca mientras se le terminaba de curar el brazo.

Pero el deber la llamaba.

Se resignó a las festividades de la noche y fue hasta el vestido, que estaba colgado detrás de la puerta. Era un modelo negro y delicado hecho de finísimas capas de gasa y un cuerpo ajustado y sin tirantes. Lo había comprado pensando en las vacaciones, lo único bueno que había sacado de una tarde de compras con su madrastra.

Ambas apenas pasaban tiempo juntas y jamás iban de compras. Pero Garrett necesitaba que las dos mujeres de su vida compartieran algo y lo de las compras había sido idea suya. Apelando a la bondad natural de A. J. y sobornando a Regina con la promesa de una semana en Canyon Ranch, había conseguido que las dos mujeres compartieran de mala gana un almuerzo seguido de una excusión a una *boutique* exclusiva.

El vestido le había parecido de ensueño en cuanto A. J. se lo probó y ahora, en el cuarto de baño, sintió de nuevo sus delicados pliegues deslizarse por su cuerpo igual que un suspiro. Cuando se subió la cremallera de la espalda notó cómo el corpiño le ceñía los pechos y la falda larga le acariciaba las piernas. Dio una vuelta sobre sí misma delante del espejo y decidió que la incomodidad de ir de compras con su madrastra había merecido la pena.

A. J. no solía ponerse vestidos así, ni siquiera para ir a fiestas elegantes. Si tenía que ir arreglada, por lo general optaba por unos pantalones de seda y chaquetilla a juego o por faldas largas rectas con un top clásico y sencillo. Ahora, con el pelo

recogido y maquillada además, supuso que la gente se sorprendería al verla. Observó su reflejo y decidió que aquel *look* era tan refinado como seductor. La hacía sentirse femenina y poderosa.

Se preguntó qué pensaría Devlin si la viera así.

Y el pensamiento fue un poco como chocar contra un badén.

Devlin nunca estaba demasiado lejos de sus pensamientos y lo echaba tanto de menos que le dolía físicamente. Cada día, cuando iba a visitar a Sabbath, sabía que la observaba desde la ventana de la cocina y parte de ella quería seguir el camino de baldosas azules hasta la casa, llamar a la puerta y arrojarse en sus brazos.

Pero seguía enfadada con él por haber arremetido así contra ella. Y tenía miedo. Miedo de lo que le había costado alejarse de él. Miedo de la intensidad de su amor por él. La aterraba pensar que Devlin tuviera razón cuando decía que no podían tenerlo todo.

De haber sido cualquier otra persona, seguramente la habría dejado marchar después de aconsejarla ir al médico. Y no habrían tenido aquella horrible pelea. Pero Devlin se había puesto hecho una furia, ella había salido corriendo y ahora estaban separados. Exactamente la clase de situación de la que Devlin le había advertido.

Durante sus incesantes introspecciones, A. J. a menudo se preguntaba si Devlin lo estaría pasando tan mal como ella. La necesidad de saber lo que él sentía la había llevado a mirarlo aquel día. A pesar de la distancia, había visto la añoranza en sus ojos y eso la había hecho sentirse bastante mejor.

De camino a la mansión había decidido que era hora de que hablaran. Después de casi una semana separados, estaba lista. Al día siguiente, después de ver a Sabbath, iría al rancho. Le explicaría a Devlin el daño que le había hecho y oiría lo que él tuviera que decirle.

Y rezaba por que, fuera lo que fuera, resultara suficiente.

La idea de verlo de cerca hizo que el corazón le palpitara con una mezcla de emociones que le resultaba imposible separar. Parte de ella estaba desesperada por estar con él y olvidar la pelea, pero el resto era una maraña de tristes contradicciones.

Suspiró y volvió a concentrarse en su imagen en el espejo. La mujer que la miraba desde este parecía hermosa y segura de sí misma.

«Menuda mentira —pensó—. Pero, adelante, vamos a dar el pego un rato».

Salió del baño y entró en el dormitorio. Era una estancia elegante que conocía bien, pero que ya no sentía como suya. Sus muebles de la infancia, que tanto le gustaban, desaparecieron cuando Regina llegó y se puso a redecorarlo todo. Las antigüedades barrocas y los pesados satenes de ahora no eran precisamente del gusto de A. J., pero se había acostumbrado a vivir con ellos. Habían sido una concesión a cambio de conservar sus trofeos y escarapelas en las paredes.

Lo único que aún le gustaba de su habitación eran las puertas acristaladas que dejaban entrar la luz a raudales y daban a un patio para su uso exclusivo. Allí sentada podía disfrutar de las hectáreas de arriates florales complementados por manzanos,

cerezos y perales, así como majestuosos arces, robles y sauces. En la distancia, sobre el horizonte boscoso que marcaba el final de la propiedad, una cadena montañosa servía de hermoso marco a la espesa vegetación.

A. J. inspeccionó su dormitorio y, por primera vez en su vida, no lo encontró lujoso. Miró los trofeos hípicas en un mueble antiguo de caoba y las escarapelas colgadas de las paredes enteladas y se dio cuenta de qué poco valoraba lo que tenía.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos y fue a abrir en calcetines. Garrett estaba en el pasillo, hecho un pincel con su esmoquin y contemplando a su hija con cara de felicidad.

—Vas a ser la más guapa de la fiesta.

—Eso nunca se sabe —dijo A. J. y se dejó besar en la mejilla—. Aún no me he puesto los zapatos, así que las botas camperas siguen siendo una opción. Mucho más prácticas que los taconazos de punta afilada que van con el vestido.

—Qué contento estoy de que hayas vuelto a casa.

—Papá, ya te he dicho que no te acostumbres, que solo voy a quedarme hasta que encuentre un sitio para vivir.

—Ya lo sé, pero no pierdo la esperanza. —Garrett carraspeó—. Y ahora te dejo para que termines de vestirte, pero antes quería darte una cosa.

Le ofreció a A. J. un estuche de piel y acalló sus protestas.

—Es mi cumpleaños, así que no puedes decirme que no.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé. Oye, cuando acabe la fiesta nos vemos, ¿vale? Como hacemos siempre.

Con el regalo de su padre en la mano, a A. J. se le empañaron los ojos al pensar en el ritual de todos los años.

—Pues claro que sí.

Garrett le acarició la mejilla.

—Tu madre habría estado muy orgullosa de ti. De tu fuerza y de tu independencia. Todo ese fuego en tu interior lo has heredado de ella.

A. J. le cogió la mano.

—Te quiero, papá.

—Gracias por decírmelo. La verdad es que necesito oírlo, algunas noches más que otras —dijo su padre con voz queda, y a continuación se marchó por el pasillo dejando su rastro habitual a colonia especiada.

A. J. cerró la puerta y fue hasta la cama. Se sentó y la falda del vestido la rodeó como una cascada. Abrió el cierre dorado del estuche y se quedó atónita. En un lecho de satén descansaban unos pendientes de rubíes y diamantes. Incluso para ella, que estaba cansada de ver joyas, eran una maravilla. Cogió uno y lo sostuvo a contraluz admirando el fulgor de las gemas. Se los puso para complacer a su padre y para subirse un poco más la autoestima.

Después de calzarse se alisó el vestido a la altura de la cintura. Comprobó que los pendientes estaban bien sujetos y enderezó la espalda. Abandonó la seguridad de su

dormitorio y empezó a bajar la escalera con cautela debido a los tacones e intentando no ponerse nerviosa. Había vivido ya veladas como aquella y, aunque no eran agradables, no ocurriría nada que no hubiera visto antes.

Luego resultó que no iba a ser así.

Cuando entró en el salón de las visitas, lleno a reventar de invitados vestidos de gala, no estaba preparada para la reacción que despertó. Sonrisas condescendientes se trocaron en sorpresa y asombro y gente que dejaba de hablar a su paso.

Se sintió como Elvis regresando de entre los muertos.

Entonces empezaron los susurros. A. J. no estaba segura de si hablaban de su vuelta al hogar familiar, de su caballo, de su preparador o de su vestido. Se sentía como si alguien la iluminara con un foco sobre un escenario y el resplandor la deslumbraba.

A pesar de las miradas y los cuchicheos, decidió no darse la vuelta y volver corriendo a su habitación. Sacó fuerzas de flaqueza y se internó entre la multitud sin ningún destino concreto en la cabeza.

Al momento la abordó un hombre de camisa almidonada y esposa florero. Fabricante de mondadientes y reconocido mujeriego, el hombre miró con avidez a A. J. como si fuera un objeto en venta. La mujer que lo acompañaba —a A. J. le pareció recordar que se trataba de su tercera esposa— parecía furiosa.

—Eres un pozo de sorpresas —le dijo el hombre a A. J. antes de acercarse más a ella y susurrarle al oído—: No entiendo por qué te empeñas en esconder tus talentos bajo ropa de montar.

Con hombres como aquel, la respuesta era evidente, pensó A. J., e intentó zafarse de él lo más amablemente que pudo.

Por fortuna Garrett acudió al rescate y el buitre procedió de inmediato a disimular, aunque seguía mirando a A. J. con lujuria, así que esta se sintió aliviada cuando, tras una breve conversación de cortesía, su padre la condujo hacia el bar. Ya con una copa de champán en la mano se dio cuenta de que Devlin tenía razón. Por todas partes percibía su nombre flotando en el aire, como parte de una conversación que circulaba por la sala igual que un humo tóxico. Reparó en las miradas de reojo y en las lenguas viperinas y tuvo la impresión de ser propiedad pública. No le gustaba nada.

Y a medida que transcurría la velada le gustaba todavía menos. Después del elaborado bufé en el comedor, los invitados volvieron al lujoso salón para bailar y tomar los postres. Si A. J. lo había pasado mal durante su entrada triunfal, el baile le resultó intolerable. Hombres que se habían pasado la noche mirándola por fin tenían una excusa socialmente aceptable para tocarla. Una vez en la pista de baile, sus intenciones se hacían obvias y provocaban miradas furibundas de sus mujeres. Al cabo de una hora A. J. decidió que le dolía la cabeza de tanto oler a colonia y que mantener a raya a tanto bailarín aspirante a pulpo la había dejado exhausta.

«El oficio de vampiresa está sobrevalorado», decidió mientras se rascaba la nariz.

Incapaz de soportar un solo baile más, intentó refugiarse en la conversación para terminar acorralada por un antiguo profesor suyo de literatura que se había jubilado de su puesto en una prestigiosa universidad pero no de su vocación de charlatán presuntuoso. Era un viejo cascarrabias, con pelo blanco que le salía por todas partes: en forma de pequeños mechones de las orejas, de las espesas cejas y de una enorme papada cubierta por la barba.

Mientras el profesor seguía con su perorata A. J. puso el piloto automático y deseó que los discursos empezaran cuanto antes, que cortaran la tarta de merengue de castaña y que terminara por fin la velada. Que tuviera insensibles los dedos de los pies y que estuviera cansada de sentirse como si estuviera encaramada a una valla no ayudaban tampoco a que el tiempo pasara más deprisa.

—Y esa es la diferencia, querida mía, entre la innovación fútil y el valor perdurable de los clásicos. —La voz del profesor Rogaine iba *in crescendo* a medida que más personas se unían a la conversación. Aunque ello sirvió para diluir el discurso del anciano profesor, A. J. descubrió que había un hombre demasiado interesado en lo que cubría su corpiño y tuvo deseos de preguntarle si es que creía que había perdido la cartera ahí dentro.

Salió del grupo, se giró y se encontró atrapada en un nuevo y apretado corro de gente. Puesto que escapar era imposible, intentó tomar aire, pero este había dejado de circular por la habitación. Empezó a sentir opresión en el pecho.

Lo que faltaba, ahora empezaba a ponerse claustrofóbica. Miró hacia la puerta con desesperación y deseo desmedido. Estaba a punto de echar a correr, había decidido que su libertad era lo primero, incluso si eso significaba perderse el brindis de su padre, cuando vio un obstáculo insalvable. Entre ella y las escaleras —y por tanto su salvación— se interponía Regina, como una reina rodeada de su séquito.

Su madrastra se dirigía con gran pompa a un grupo de invitados flanqueada por Peter y Garrett como dos setos humanos que Regina regaba con miradas de adoración pero recortaba sin piedad si pensaba que estaban reclamando demasiada atención. Los cortesanos que la rodeaban escuchaban cada palabra que pronunciaba como si fuera la fórmula del éxito en la vida, lo que explicaba su cara de radiante felicidad.

O quizá no era más que el reflejo de todas las joyas que llevaba, pensó A. J. haciendo inventario de la gargantilla de diamantes y perlas y los pendientes a juego que colgaban de sus lóbulos.

Peter interceptó su mirada y la saludó con un rígido movimiento de cabeza. Por un acuerdo tácito, los dos llevaban toda la semana ignorándose. Verlo al otro lado de la sala convenció a A. J. de que había llegado el momento de marcharse.

Se disponía a volverse hacia las puertas que daban a la terraza trasera cuando se interrumpió, sintiéndose extraña. Miró su copa de champán. No la había tocado y tampoco se había terminado el vino de la cena.

«No puede ser el alcohol», pensó.

¿Quizá el insomnio que padecía últimamente le estaba pasando factura?

Aunque trató de ignorarla, la sensación persistía. Miró a su espalda, pero no encontró explicación alguna, tan solo la misma gente de la que pretendía escapar. Alargó el cuello y trató de mirar con más detenimiento entre las cabezas acicaladas preguntándose a qué se debía aquel sentimiento tan misterioso.

Entonces vio a Devlin.

Atónita, lo observó inspeccionar la habitación. En cuanto la vio empezó a abrirse paso entre la gente. Su expresión era de completa determinación, pero en sus ojos había calidez.

El corazón de A. J. empezó a palpar desaforado y se sintió mareada, trastornada. Las voces de la gente, el tintineo de cristal de las copas, la música, el baile, todo se desvaneció excepto la imagen de Devlin caminando hacia ella.

Las emociones encontradas le impedían pensar. Estaba feliz de verlo, pero seguía dolida y enfadada. Dispuesta a escuchar lo que tuviera que decirle, pero convencida de que tenían que hablar en privado. Contenta de verlo hacer aquel esfuerzo.

Y abrumada por lo guapo que estaba.

Con esmoquin, Devlin resultaba arrebatador. La chaqueta de gala encajaba como un guante en sus anchos hombros y el blanco inmaculado de la camisa resaltaba su piel bronceada. Se movía con la elegancia y el aplomo de siempre, como si las ropas de gala no tuvieran nada de especial y toda aquella gente emperifollada no fueran más que mozos y ayudantes de cuadra.

Siempre era él mismo, con independencia de dónde estuviera.

A A. J. le encantaba eso de él.

Un calor le subió por el cuerpo y su mano aferró con tal fuerza la copa de champán que temió romperla. Le sobrevino un fuerte impulso de ir hacia él, como atraída por un imán. Y la atracción creció a medida que Devlin se acercaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cuando lo tuvo a escasos metros. Se dio cuenta de que le faltaba el aliento.

—Dijiste que era importante que viniera y no quería decepcionarte. Otra vez.

El sonido de su voz era como el roce de su mano contra su piel. Seductor y tierno a la vez. A. J. notó cómo sus ojos le recorrían los hombros, la elevación de los pechos y bajaban hasta el final de su cintura. Cuando los ojos de ambos se encontraron de nuevo, en los de Devlin ardía el deseo. A. J. no pudo evitar sentirse conmovida, aunque seguía desconfiando.

—Estás preciosa —dijo Devlin con voz ronca.

Antes de que A. J. pudiera responder, un hombre se interpuso entre los dos y la expresión de Devlin se ensombreció.

—Soy Cosgood Rhett IV —dijo el hombre en tono altanero y le pasó un brazo a A. J. por la cintura—. Tu padre y el mío son socios, ¿te acuerdas? En cualquier caso, creo que me toca. Llevo esperando toda la noche para bailar contigo.

Devlin se adelantó y le puso una mano en el hombro al tipo en un gesto nada amistoso.

—Pues vas a tener que esperar un poquito más. Hasta que las ranas críen pelo, por ejemplo.

El hombre hizo ademán de ponerse furioso, pero entonces reparó en la mirada gélida de Devlin. A. J. tuvo que suprimir una risa que habría resultado poco apropiada mientras la mano desaparecía de su cintura y se sucedían las frases de disculpa.

—Gracias —dijo cuando el hombre se hubo marchado—. Ha sido una noche muy larga.

—Me lo imagino —gruñó Devlin mientras veía al hombre alejarse.

Cuando se volvió a A. J. su expresión se había dulcificado.

—Ese vestido es... —No hizo falta que terminara la frase. Sus ojos lo hicieron por él.

—Es todo fachada, si quieres que te diga la verdad. Me duelen los pies, la cremallera me pica y creo que se me ha colado una aceituna por el corpiño.

—Lo siento, pero tengo que decírtelo otra vez. Estás preciosa.

La cara de A. J. era de felicidad cautelosa.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó Devlin.

—Cada día mejor.

—Sabbath te echa mucho de menos.

—He intentado compensarle a base de zanahorias. No sé si el soborno ha funcionado, pero al menos está tomando betacaroteno. Imagino que Chester estará intentando hacerle saltar.

—Pues sí.

—El pobre debe de estar volviéndose loco.

—Los dos empiezan a cansarse el uno del otro. Y a mí tampoco es que me tengan demasiado cariño. —Ante la mirada de curiosidad de A. J. explicó—: Últimamente no estoy demasiado simpático.

—Ah.

Devlin bajó la voz.

—Te echo de menos. Tanto que me resulta insoportable.

Ella apartó la vista y la fijó en la copa de champán.

—A. J., he intentado dejarte en paz, como me pediste. Pero ya no aguanto más. ¿Podemos ir a algún sitio a hablar?

—Tú debes de ser Devlin McCloud —dijo Regina con voz estridente.

A. J. se giró y vio a su madrastra inspeccionar a Devlin como si fuera una chuleta de cordero y quisiera comprobar si estaba fresca. Debió de pasar el examen con sobresaliente, porque al momento le estaba ofreciendo una mano enjoyada.

—Bienvenido. Soy Regina Sutherland —le dijo con su mejor sonrisa de sociedad, amplia y calculada, una fachada de alegría pero no exenta de aristas—. No sabía que fueras a venir.

A continuación Regina miró a A. J. y, como los faros de un tractor, sus ojos se

detuvieron en los pendientes de rubíes.

«Estos pendientes le van a salir muy caros a mi padre», pensó A. J.

—Me he colado —dijo Devlin.

—Bueno, pues me alegra mucho —zureó Regina.

Peter apareció detrás de su madre.

—No sabía que fueras a traer a alguien a la fiesta —le dijo a A. J. con sequedad.

—Conoces a mi hijo, supongo —dijo Regina—. Puesto que los dos estáis en el negocio de los caballos seguro que has oído hablar de él.

—¿Y quién no? —contestó Devlin.

Regina no captó la ironía y le sonrió radiante.

—Y ahora, si me perdonan, me gustaría bailar con A. J. —dijo Devlin.

—Ya bailaréis luego —dijo Regina—. Ahora tienes que venir a conocer a...

—¿A. J.? —Devlin le tendió un brazo.

Regina parpadeó como si le estuvieran hablando en una lengua extranjera.

—Pero...

Devlin sonrió y se llevó a A. J. Antes de que se alejaran, Peter sujetó a su hermana por un brazo.

—Asegúrate de estar aquí para los discursos. Puede que digan algo que te interese.

A. J. lo ignoró. Con Devlin a su lado tenía cosas más importantes en que pensar.

En cuanto estuvieron en la pista de baile los brazos que ya conocía tan bien la rodearon y tiraron de ella. A pesar de ir vestidos, sus cuerpos respondieron como si estuvieran desnudos, en especial el de Devlin. Con el corazón en la garganta, A. J. cedió a la tentación de pegarse a él y aspirar su aroma a jabón de cedro.

—Dios, cómo te he echado de menos —le susurró Devlin al oído.

A. J. abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Estaba demasiado absorta en el momento, en él. Se dijo que tenían que hablar primero, pero la voz de la razón pronto se desvaneció. Solo un baile, pensó, y luego nos vamos a un sitio tranquilo.

La canción terminó demasiado pronto.

—¿Dónde vamos? —preguntó Devlin.

Pero antes de que A. J. pudiera contestar, Regina se colocó delante de los músicos, abrió los brazos y sonrió como una animadora de Las Vegas. La gente avanzó hacia donde estaba y Devlin y A. J. quedaron atrapados. Regina empezó su discurso:

—Gracias a todos por celebrar con nosotros esta ocasión tan especial. —Esto lo dijo a pesar de que sabía perfectamente que nadie en aquella sala habría osado rehusar la invitación. Las fiestas exclusivas eran así. Si faltabas a una, nunca volvían a invitarte.

Hubo un movimiento de gente apartándose y A. J. vio a Peter avanzar hacia su madre. Alguien lo seguía de cerca, pero no logró ver quién era. Cuando aparecieron

sobre la tarima comprobó que era Philippe Marceau. Y detrás de él había una rubia ridículamente alta y toda piernas con más brillo en el pelo que en la mirada. Los dos y Peter se unieron a Regina.

—El nombre Sutherland ha estado asociado a numerosos éxitos —proclamó esta— y me complace anunciar que las nuevas generaciones están tomando el testigo. Mi hijo, Peter, que ha convertido las caballerizas Sutherland en una referencia en el mundo de la hípica, está a punto de anunciar una nueva e importante incorporación.

A. J. dejó de respirar.

Peter ocupó el centro del estrado.

—Me complace presentaros a la nueva estrella de caballerizas Sutherland, al hombre que nos conducirá a la victoria en el Clasificatorio: Philippe Marceau.

Sonaron aplausos. La mayoría de los presentes eran gente de negocios. Los que venían del mundo de la hípica eran propietarios, no jinetes. Aquella noticia solo afectaba a los competidores profesionales y A. J. se preguntó por qué habría decidido Peter darla durante la fiesta de cumpleaños de su padre.

A no ser que fuera para vengarse de ella.

En ese caso tenía mucho sentido.



Capítulo 11

Mientras Peter escudriñaba los invitados en busca de A. J., esta pensaba en lo poco apropiada que resultaba la expresión de felicidad de su cara y se preguntaba cuánto tardaría su hermanastro en descubrir que su flamante nueva adquisición era en realidad un regalo envenenado.

—Caballerizas Sutherland es más que una asociación de jinetes y propietarios —decía Peter—. Somos un negocio familiar en todos los sentidos, porque los campeones son hermanos de espíritu. El vínculo entre los que buscamos la excelencia es más fuerte que el de la sangre..., que en ocasiones nos decepciona.

A. J. movió la cabeza sorprendida por estos comentarios. Marceau no tenía fama de ser fiel, precisamente. Sus lealtades profesionales no eran más constantes que las que ofrecía a las mujeres con las que se acostaba y a continuación desechaba con el periódico del día anterior. Había cambiado muchas veces de caballerizas desde que se incorporó al circuito profesional, siempre con el argumento de que sus muchos talentos no se apreciaban adecuadamente. De hecho, la gente de la profesión organizaba una porra cada vez que fichaba por un nuevo establo y lo común era apostar por una fecha dentro del año en curso. A. J. habría jurado que Peter estaba al corriente de todo esto.

Pero incluso aunque fuera una mala idea para caballerizas Sutherland, ver a Philippe Marceau allí de pie con su hermano le hizo hervir la sangre. Que la hubieran echado a ella con su caballo con cajas destempladas para sustituirla ahora por aquel francés de pésima reputación era insultante. No pudo evitar doblar el brazo. Aún le dolía mucho y tenía la intención de volver al médico en unos pocos días, pero ahora sentía la apremiante necesidad de empezar a entrenar de nuevo. Después de oír el inesperado anuncio de su hermanastro estaba más decidida que nunca a ganar el Clasificatorio, y no pensaba quedarse en el banquillo durante más tiempo.

Se volvió hacia Devlin y lo miró con detenimiento. La expresión de su cara era intensa, pero tenía una mirada serena y cálida. A. J. no estaba segura de qué iba a pasar con su relación, pero sabía que tenía que volver al trabajo. Y lo necesitaba a su lado. Le dijo:

—Mañana vuelvo al picadero. Y asegúrate de que haya una ría.

Devlin asintió y A. J. leyó el alivio en sus marcadas facciones.

Peter siguió perorando hasta que Regina le cortó, situándose bajo los focos. Lo obligó a hacerse un lado e inició un larguísimo discurso destinado a adular a Garrett con un estilo a medio camino entre una novela de Barbara Cartland y un anuncio de coches que a A. J. le dio ganas de vomitar.

Mientras su madre proseguía con su monólogo, Peter se unió al resto de la gente. Marceau y su acompañante rubia lo seguían y todos caminaban en dirección a A. J.

—¿No nos vas a felicitar por nuestra asociación? —dijo Peter en cuando estuvo lo bastante cerca para hacerse oír.

—Pues claro —contestó A. J.—. No creo que os depare grandes éxitos, pero os deseo lo mejor.

—Marceau va llevar a Sutherland al estrellato.

—Puede. O puede que os deje por otras caballerizas.

Peter se puso más altivo que de costumbre:

—Cuando Philippe empiece a ganar todos los grandes premios del circuito y el nombre de Sutherland esté en boca de todos, pero en el buen sentido de la expresión, vas a lamentar el día en que renunciaste a tu familia por ese caballo.

—Te olvidas de que eres tú el que me obligó a elegir.

—Pero lo compraste tú. Y ahora vas a tener ocasión de comprobar que has tirado el dinero.

El enfado de A. J. creció hasta enmascarar el dolor que sentía porque su padre le hubiera dado a Peter el control de las caballerizas. Su voz se afiló:

—Ese semental me ha costado treinta mil dólares, pero a cambio me ahorro el dudoso placer de verte la cara todos los días. Considerando eso, creo que hasta por medio millón habría sido una ganga.

Peter se puso rojo de ira.

—Tampoco es que te echemos de menos, la verdad.

Era hora de marcharse, se dijo A. J., consciente de que la discusión estaba siendo más enconada que de costumbre. Lo último que quería era pelearse en público con Peter en la noche de la fiesta de cumpleaños de su padre.

—Me encantaría seguir hablando con vosotros —dijo—, pero no puedo. Así que buenas noches y buena suerte.

—Los campeones no necesitan suerte —dijo Peter con vehemencia.

—Pues cuando encuentres a uno, no dejes de presentármelo.

—Estás ante la pareja profesional que va a revolucionar la hípica. Y tú te vas a quedar atrás con ese caballo absurdo que solo sirve para carne de perro. Tu carrera profesional se ha terminado.

Encendida, A. J. espetó:

—Solo porque has reclutado al único *chococrispi* del mundillo que es tan hortera vistiendo como tú, no quiere decir que vayáis a ganar. Hace falta algo más que un pésimo gusto en el vestir y un sastre ciego para ser los primeros en el circuito.

Para sorpresa de todos, Peter se abalanzó hacia A. J. Al instante Devlin se adelantó para protegerla, cerrándole el paso a Peter.

—Déjala en paz, Conrad —dijo sombrío.

A su alrededor la gente empezaba a mirarlos con curiosidad, ávida de espectáculo.

A A. J. le desconcertó la salida de tono de Peter. Siempre habían discutido mucho, pero nunca había perdido los estribos de aquella manera. Al oír su respiración entrecortada y con su propio corazón latiéndole con fuerza en el pecho, lamentó que tuvieran tan mala relación. ¿Por qué terminaban así siempre sus conversaciones?

Absorta en sus pensamientos, observó sin decir nada cómo Peter se separaba de Devlin y se ajustaba la chaqueta del esmoquin con manos temblorosas.

Marceau aprovechó que los ánimos se habían templado un poco para situarse con gesto galante delante de su nuevo socio.

—No te bajes a su altura.

—Se dice no te *pongas* a su altura —le corrigió A. J. distraída.

Devlin le puso una mano en el hombro.

—Deberíamos irnos.

—Eso, llévatela —dijo Philippe—. Con esa pierna imagino que solo sirves para hacer de canguro.

Los ánimos se encendieron de nuevo y A. J. estuvo a punto de contestar algo, pero en lugar de seguir su instinto, se aclaró la garganta y enderezó los hombros.

—Buenas noches, Philippe y Peter.

La voz de su hermano era amarga:

—Te vas a arrepentir de esto.

—¿Sabes una cosa? Creo que tienes razón —contestó A. J.—. De hecho, ya me estoy arrepintiendo.

Peter la miró muy confuso y A. J. y Devlin echaron a andar hacia el vestíbulo. Cuando llegaron a la puerta principal A. J. se detuvo.

—Siento que hayas tenido que ver eso —dijo—. Otra vez.

—Hay mucho resentimiento entre tu hermano y tú.

—Sí, pero es hora de que las cosas cambien. El problema es que no sé cómo conseguirlo.

Aunque Peter la irritaba profundamente, A. J. no lo odiaba y sabía que no era en realidad una mala persona. También empezaba a darse cuenta de que ella tenía su parte de culpa. Si se paraba a pensarlo, lo que de verdad la tenía disgustada eran sus malentendidos con Devlin y el tiempo de adiestramiento que estaba perdiendo a causa de la caída. El anuncio de la incorporación de Marceau y las pullas de Peter le habían dado una excusa para reaccionar y habían puesto de manifiesto sus otras preocupaciones. Si a eso le añadía que Peter sabía buscarle las cosquillas..., bronca segura.

—No me gusta pelearme con él. Te lo digo en serio —dijo con suavidad.

Consciente de que llevaba callada un rato, miró a Devlin a los ojos y al instante se

olvidó de Peter, de su familia y de su inquietud por el tiempo de entrenamiento perdido. Todo se desvaneció.

—Entonces, ¿ya te vas? —le preguntó.

—Solo si tú quieres. He venido aquí a hablar contigo.

Una pareja pasó a su lado y los miró con curiosidad.

—Si te parece, te acompaño al coche.

Devlin sonrió.

—¿No debería ser al revés?

—En este vecindario nunca se sabe lo que puede pasar de noche. Igual te asalta un agente de bolsa o un magnate de los medios de comunicación rabioso.

—Mejor eso que un gurú de Internet de veinte años en sus horas bajas —dijo Devlin y abrió la puerta de la casa.

Al salir los recibió el fresco aire de la noche. El ruido de la fiesta quedó atrás y a A. J. le pitaron los oídos por el silencio.

Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de decir nada los abordó uno de los aparcacoches uniformados que habían sido contratados para la fiesta. Era un chico de menos de veinte años con una americana que le quedaba grande y zapatillas deportivas. Devlin se encogió de hombros y le dio su ficha, y el chico echó a correr por el camino hasta desaparecer.

—Si lo que queríamos es estar solos esto no ha sido muy buena idea —susurró A. J.—. Me había olvidado de los aparcacoches.

Miró por encima del hombro a la fila de muchachos haciendo tiempo.

—Podríamos dar una vuelta a la manzana y aparcar en algún sitio —sugirió Devlin.

—¿Cómo dos niños escondiéndose de sus padres? —rió A. J., en parte porque la idea le parecía divertida, pero sobre todo porque le inquietaba lo que pudiera decirle Devlin cuando estuvieran a solas.

—No tienes ni idea de cuánto he echado de menos esa risa.

A. J. se quedó sin aliento. Devlin levantó un brazo e hizo ademán de ponérselo en el hombro, pero dudó.

—He venido a decirte que lo siento —dijo Devlin deprisa—. A pedirte que me perdones y que vuelvas a casa.

A. J. se sonrojó de felicidad y tuvo grandes tentaciones de echarle los brazos al cuello a Devlin y decirle que aquello era lo que había esperado oír. Pero necesitaba más. Estaba demasiado enamorada como para arriesgarse a volver al rancho sin haber dejado las cosas claras entre los dos.

El aparcacoches de pies ligeros volvió sin ningún vehículo. Parecía preocupado.

—Disculpe, señor, pero no encuentro su coche.

—Será porque es una camioneta —dijo Devlin con ironía.

—¿Ese cacharro? ¿Con la parte trasera toda deformada?

—Ya sé que no es muy bonita, pero el motor funciona perfectamente.

—Lo que me preocupa es el golpe que tiene detrás —de pronto el muchacho se sonrojó y cerró la boca.

—¿Qué le ha pasado a tu camioneta? —preguntó A. J.

Devlin le dio una palmada en el hombro al chico y también un par de dólares.

—No pasa nada. Ya voy yo a por ella.

—Muchas gracias —dijo el chico mirando el dinero—, pero no me he ganado la propina.

—Con toda la gente que hay ahí dentro —dijo Devlin señalando hacia la casa con la cabeza—, seguro que para el fin de la noche lo has hecho.

El muchacho fue a reunirse con sus compañeros con cara de felicidad.

—¿Qué le ha pasado a tu camioneta? —preguntó de nuevo A. J.

—Nada bueno. —Devlin se encogió de hombros y reparó en que A. J. tiritaba—. ¿No deberías entrar? No es lo que quiero, pero puedo esperar a mañana con tal de que no cojas una gripe.

A. J. negó con la cabeza mientras pensaba que le daría igual si estuviera nevando y fuera descalza.

—Vamos —dijo y echó a andar por el camino hacia donde habían visto ir al aparcacoches. Devlin la alcanzó, le puso su chaqueta sobre los hombros y ajustó su paso al suyo.

—Está a la izquierda —dijo cuando se acercaban al final del camino.

A. J. se giró sin pensar.

—No, al otro lado.

A. J. obedeció.

Al final de una larga fila de coches y destacando entre los Mercedes y los Jaguar, la camioneta era como un jamelgo en una manada de purasangres. La suerte había querido que estuviera aparcada justo debajo de una farola y la luz adicional ponía aún más de manifiesto la ajada pintura y los daños recientes a la carrocería.

Que eran grandes, tal y como observó A. J.

—Madre mía, pero ¿qué te pasó? —exclamó mientras se acercaba para ver mejor. La cama estaba tan arrugada y estropeada que no entendía cómo seguía unida a la cabina—. ¿Te has chocado con algo? ¿Con una apisonadora, quizá?

—He tenido un encontronazo con una rama de árbol.

—Que cayó del cielo como un meteoro, supongo.

—Algo así —murmuró Devlin.

A. J. hizo una breve inspección de la camioneta.

—Llevas unos pendientes muy bonitos —le dijo Devlin cuando la tuvo delante.

—Gracias. Me los ha regalado mi padre.

—Tienen un color magnífico. —A. J. le miró la mano cuando esta acarició una de las piedras—. Aunque prefiero el rojo de tu pelo.

El deseo contenido en sus palabras conmovió a A. J., pero recordó que debía ir con cautela.

—Devlin, yo...

—Lo siento muchísimo —dijo este—. De verdad que lo siento. No me puedo creer que te gritara cuando te acababas de hacer daño. Y luego me marché, por Dios, si es que no te culpo por estar enfadada. Esta última semana no he hecho otra cosa que pensar en ti, tratando de encontrar una explicación racional a mi comportamiento. Cuando te caíste me entró el pánico, me aterroricé. Te imaginé en una cama de hospital, inválida para siempre. Ahora que lo pienso era algo bastante improbable, pero en aquel momento yo era incapaz de pensar con claridad. Luego cuando vi que te levantabas, pensé: «Vale, está bien». Pero entonces vas y vuelves a subirte al caballo, que estaba medio loco y con pinta de ponerse a saltar de un momento a otro y me pareció estar viviendo una pesadilla. Fue horrible verte allí sostenida solo por tu fuerza de voluntad, guiando a aquel animal histérico hacia las vallas. —Movié la cabeza apesadumbrado—. Y luego, cuando te negaste a ir al médico, perdí los papeles. Quería estrangularte por no querer cuidarte, por hacerme sentir tan asustado. Ahí estaba la mujer que amo, a punto de desmayarse de...

—Espera un momento. ¿Qué has dicho?

—Que me parecía estar viviendo una pesadilla...

—No, no. Después de eso.

—Que perdí el control.

—Un poco después.

—Que la mujer que amo... —Devlin se interrumpió y ladeó la cabeza.

A. J. sintió que todo su cuerpo resplandecía.

—«La mujer que amo». —Devlin pronunció las palabras despacio—. Lo he dicho. Lo he dicho.

—Pareces sorprendido. —La sonrisa de A. J. se volvió aún más radiante.

Devlin rio.

—Porque me suena de lo más natural. Considerando todo el tiempo que ha pasado desde la última vez que dije algo así uno esperaría que sonara más apolillado. Bueno, eso y el hecho de que se lo dijera a un caballo.

Cuando le tendió los brazos A. J. se arrojó a ellos.

—Es verdad que te quiero —dijo Devlin apremiante—. Lo eres todo para mí. Cada vez que te miro a los ojos no puedo explicarte lo que me pasa. Me siento... *nuevo*.

Eran las palabras precisas que A. J. había querido oír de él, sólidas y al mismo tiempo decisivas. Y sabía que ella también le quería. Con todo su corazón.

Devlin bajó la cabeza hasta situarla junto a la de ella y murmuró:

—¿Me perdonas?

—Sí —dijo A. J. con los labios muy cerca de los suyos—. Creo que sí.

Sus bocas se fundieron con especial dulzura, como si se besaran por primera vez y A. J. notó los dedos de él acariciándole el cuello con ternura. En aquel momento olvidó todo el dolor que había sentido o la separación que los había alejado al uno del

otro.

Cuando se separaron, sonrió.

—Si hubiera sabido que iba a terminar así la cosa, me habría caído del caballo el primer día.

Sopló el viento.

—Vámonos de aquí o con ese vestido te vas a congelar.

—Estoy deseando quitármelo.

—Muy buena idea. Vente a casa conmigo y yo te ayudo.

—Me encantaría —dijo A. J. y arqueó el pecho contra el de Devlin—. No sabes hasta qué punto.

—Pues su carroza la espera, princesa.

—No puedo. —A. J. suspiró—. Después de sus fiestas de cumpleaños mi padre y yo siempre vamos a su despacho y encendemos una vela en recuerdo de mi madre. Es su aniversario. Se casaron hace exactamente treinta y cuatro años.

Devlin disimuló su decepción.

—Entonces no puedes faltar.

—Iré mañana por la mañana.

—A desayunar.

—Un poco antes, incluso.

—¿Me lo prometes?

Devlin le deslizó la lengua en la boca y A. J. lo abrazó. Las manos de él bajaron desde la cintura y le sujetó las nalgas mientras la apretaba contra sí. Los ojos le brillaban a la luz de la luna.

—Será mejor que me vaya —dijo de mala gana—, antes de que me resulte imposible.

—Me encantaría poder irme contigo.

—Ojalá. Así cancelarías mi cita para esta noche.

—¿Tienes una cita?

—Con una ducha fría. En cuanto entre por la puerta de casa —señaló la camioneta con la cabeza—. ¿Te acerco a la entrada?

—No, creo que voy a ir dando un paseo. —A. J. quería un momento a solas para saborear lo que le había ocurrido antes de regresar al bullicio y el trajín de la fiesta.

Devlin abrió la puerta de camioneta y se sentó al volante, todo un patricio en un vehículo de granjero. A A. J. le gustó la imagen.

—Entonces, hasta mañana. —Ella hizo ademán de quitarse la chaqueta.

—No. Quédatela. Tienes un buen trecho hasta la casa. —Por la ventanilla abierta Devlin sonreía con una añoranza que A. J. no estaba acostumbrada a ver en él—. Ven aquí.

A. J. se acercó. Suavemente, Devlin le cogió la cara con las manos.

—Buenas noches, mi amor —le susurró contra los labios.

Y se fue.

• • •

La mañana siguiente amaneció fría, casi helada. Cuando todo estaba aún en silencio, A. J. se levantó de la cama, se duchó e hizo el equipaje. Después atravesó corriendo la mansión, golpeando con la bolsa aparadores antiguos, mesas y sillas por las prisas. Estaba a punto de salir por la puerta trasera cuando se acordó de la chaqueta de esmoquin de Devlin. Dejó las cosas en el suelo y volvió, la cogió y abandonó la casa sin que nadie la viera.

Al volante del Mercedes, conduciendo hacia el rancho, se sentía muy despierta, a pesar de haber dormido muy poco. Después de que Devlin se marchara había vuelto a la mansión flotando en una nube de felicidad y se había unido a la fiesta con una sonrisa misteriosa que solo su padre reconoció como la prueba de que había habido reconciliación. Cuando terminaron las celebraciones, los dos fueron al despacho de Garrett y encendieron una única vela debajo del retrato de la madre de A. J.

—Mañana te vas, ¿verdad? —dijo su padre con voz queda mientras ambos miraban la llama.

A. J. tardó unos segundos en contestar:

—Tengo que empezar a entrenar otra vez. Ya tengo el brazo casi bien. Pero ¿cómo lo has sabido?

—Estás radiante y sé que has desaparecido un rato de la fiesta con... ¿Vuelves con él?

A. J. no quería contarle demasiado, pero tampoco estaba dispuesta a mentir.

—Hemos estado hablando.

—Y ha enmendado su error, ¿verdad?

—Sí.

—Por favor, ten cuidado.

—¿Eso me lo dices por qué no te gusta Devlin?

—No. Te lo digo porque te quiero.

—Voy a estar muy bien.

—¿Y cuándo vas a volver?

—No lo sé. En algún momento. Te llamaré. —A. J. se volvió para irse.

—¿Arlington?

—Sí. —Se giró hacia su padre.

—A tu madre le habría gustado. Es un hombre fuerte y se le nota en los ojos lo enamorado que está de ti.

Su padre no la miraba a ella, sino al retrato. Cuando por fin se volvió A. J. lo vio con la cara de su madre al fondo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias por decir eso —susurró.

Cuando se abrazaron, A. J. miró a su madre.

«Sí —pensó—. A mamá le habría gustado».

Enfiló el camino de entrada al rancho de Devlin impaciente por llegar a la casa,

pero, en cuanto se bajó del coche, oyó a Sabbath relinchar llamándola. Corrió al establo y abrió la puerta superior del box. La cabeza del animal apareció como sale una tostada de una tostadora y la saludó con un resoplido.

—He vuelto —lo tranquilizó A. J. y le dio un azucarillo.

Estuvo unos minutos más con él, que aprovechó para comprobar que tenía agua y asegurarse, por enésima vez, de que no se había lastimado las patas en la caída. Después tomó aire profundo. Sabbath estaba listo. Y ella también.

Cerró la puerta del box y con el cuerpo ardiendo por la excitación fue al coche, cogió la chaqueta de esmoquin y su bolsa y corrió hacia la casa. Encontró a Devlin en la cocina llenando la cafetera de agua. En cuanto entró A. J., dejó lo que estaba haciendo y la abrazó con tal fuerza que a punto estuvo de partirla en dos. Con los labios muy juntos y las manos forcejeando con cremalleras y botones, se desvistieron de camino al dormitorio y se dejaron caer sobre la cama. Cuando él la penetró con decisión y avidez, ella pronunció su nombre como una explosión producida por la unión de sus cuerpos moviéndose y latiendo al unísono. Luego la intensidad se fue haciendo insoportable hasta que se aferraron el uno al otro en un último estallido de placer.

Cuando regresaron a la tierra Devlin tardó un rato en levantar la cabeza y hablar.

—Lo siento. Normalmente me controlo más.

A. J. le lamió el labio inferior haciéndole gemir de placer.

—En mi opinión, la autodisciplina está sobrevalorada.

—Ya tengo ganas de más.

En el silencio de la mañana escucharon ruidos procedentes del establo.

—Ha llegado Chester —murmuró Devlin, deseando, por una vez, que su amigo hubiera tenido la cortesía de llegar tarde al trabajo.

Se vistieron a toda prisa, en un tornado de camisas y pantalones vaqueros y llegaron a la cocina justo cuando el mozo de cuadra entraba en la casa por la puerta principal. Sonreía contento.

—Qué bien. Ya estamos otra vez la familia al completo —dijo después de mirar a A. J.

—Y que lo digas —dijo Devlin y volvió a la cafetera. Había dejado el grifo de la pila abierto y estaba a punto de rebosar.

Chester reparó en ello divertido y a continuación preguntó a A. J.:

—¿Estás preparada para entrenar en serio?

—Preparada y deseando.

—Pues entonces igual que el caballo, te lo aseguro. Ayer casi me desencaja un brazo de tan fuerte como tiraba del ramal. —Chester se sentó a la mesa y Devlin le puso el desayuno delante—. Hablando de brazos, ¿qué tal el tuyo?

—Perfecto. Está perfecto. —A. J. lo dobló y disimuló una mueca de dolor riendo—. Sabbath se ha puesto tan contento de verme esta mañana que ha estado a punto de hablar.

—Desde luego te ha echado de menos —dijo Devlin mientras metía unas magdalenas precocinadas en el horno.

—Y no ha sido el único —intervino Chester—. Aquí el amigo parecía un alma en pena.

—Tampoco ha sido para tanto.

—Comparado con que se te quede atrapado un pie en una trampa para osos, puede que no.

Cuando las magdalenas estuvieron hechas Devlin las puso en un plato y se las ofreció a A. J. Después se sirvió unas cuantas, se acomodó en su silla y le acarició el tobillo con el pie. A. J. le sonrió.

—Yo que tú desayunaría bien, niña —dijo Chester—. Ese semental te va a dar mucho trabajo hoy y el desayuno es la comida más importante del día.

—Dime una cosa, Chester —dijo A. J.—. ¿Cuántos años llevas desayunando lo mismo?

—Desde los cincuenta y nueve años.

—Y antes ¿qué tomabas?

—Plátanos.

—¿Solo plátanos?

—Sip.

—¿Y nada más?

—No.

—Somos lo que comemos —dijo Devlin.

—¿Siempre has sido tan raro para comer? —preguntó A. J.

—Me gusta empezar el día con algo sencillo —explicó Chester—. La vida se enreda por sí sola enseguida, así que no hay necesidad de contribuir al caos con un desayuno complicado.

—Pero por la noche siempre comes cosas fuertes. Esos perritos con chili que engullías el día de la competición tienen que ser corrosivos.

—Mira, le estás hablando a un hombre que estuvo a dieta de alimentos color blanco hasta que cumplió los veintitrés años. Lo más oscuro que soy capaz de comer por la mañana es mantequilla de cacahuete, pero luego tengo que resarcirme.

—¿Que solo comías cosas blancas? ¿Cómo es eso?

—Pan blanco, arroz, patatas, manzanas peladas, espaguetis, pollo, pavo. Pero nunca la carne más oscura, claro. En realidad hay mucho para elegir.

Devlin rio.

—Para mí la carne de ave siempre ha sido más bien color vainilla.

—Bueno, hacía ciertas concesiones.

—Qué magnánimo.

—Tampoco tiene sentido ser tan rígido.

—Y que lo digas.

—Eres increíble —dijo A. J.

—Eso no lo sé. Lo que sí sé es que tengo casi setenta años y estoy en plena forma. Si descubro algo que funciona, para qué voy a cambiar.

—Eso no hace falta que lo digas —intervino Devlin, con un gesto de cabeza hacia el cuenco de Chester—. Lleva desayunando en el mismo cuenco los últimos veinticinco años.

—Y es un cuenco excelente.

Todos rieron.

Cuando terminaron de comer Devlin desapareció en el piso de arriba unos instantes y Chester se inclinó sobre la mesa hacia A. J.

—Que sepas —dijo con suavidad— que esto no ha sido lo mismo sin ti.

—No tenías por qué decirlo, pero gracias.

—Es verdad. Te ha echado de menos una barbaridad. Ha sido una auténtica pesadilla. Estáis hechos el uno para el otro.

A. J. sonrió.

—¿Sabes lo que te digo? Que estoy de acuerdo contigo.

• • •

Ya en los establos, Sabbath se mostró loco de contento e incapaz de estarse quieto mientras A. J. lo acicalaba todavía con el ronzal puesto. Devlin y Chester estaban en el picadero colocando los obstáculos y mientras A. J. se ocupaba del caballo se daba cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—Ya lo tienes todo preparado —dijo Chester al entrar.

—Gracias. —A. J. metió la legra en la caja de utensilios de limpieza—. Oye, la herradura que llevaba suelta está mucho mejor.

—No puedo decir lo mismo del herrador. Pero, claro, ningún hombre está en su mejor momento con un dibujo de Garfield en una ceja.

—¿Cómo dices?

—El Garfield de la tirita que le pusimos.

—Y la necesitó porque...

—Aquí Fred Astaire, que le hizo una caricia al pobre.

—Estás de broma. —A. J. miró furiosa a Sabbath, que adoptó una expresión inocente—. No me mires así —le dijo A. J.—. Cuando vuelva el herrador te vas a portar bien.

—No creo que sea posible.

—Pues claro que sí. Ya me ocuparé yo de sujetarle la cabeza.

—No, me refiero al herrador.

—¿Eh?

—Que no va volver.

—¿Nunca?

—No quiero repetir sus palabras delante de una dama, pero digamos que no tiene

intención de pisar estos establos en mucho tiempo y solo lo haría para atender a otro caballo.

—Me estás tomando el pelo.

—Ojalá.

Entró Devlin.

—¿Estáis preparados?

—Casi —dijo Chester.

A. J. fue a buscar la silla y la brida al cuarto de arreos murmurando para sí algo sobre lo cabezotas que eran los purasangres y se dio de bruces contra un montón de sacos de forraje tan altos como ella. Asomó la cabeza.

—¿Qué hace aquí toda esta comida?

—Ya te cojo yo tus cosas —dijo Devlin. A la mirada interrogante de A. J. respondió con una de despreocupación. Cuando se puso a revolverlo todo en la diminuta habitación, A. J. miró a Chester, quien puso los ojos en blanco.

—Digamos que las cosas no han funcionado demasiado bien sin ti aquí.

—Ya lo veo —murmuró A. J. intentando no reír al ver a Devlin darse en la cabeza con el estante de las mantas.

—¿Has visto la camioneta? —susurró Chester.

A. J. asintió y se tapó la boca para ocultar su sonrisa al ver a Chester salir del cuarto de arreos con el pelo revuelto y el jersey cubierto de briznas de heno. Parecía que venía de la guerra.

—¿Estás bien, campeón? —preguntó Chester—. Esos sacos de pienso pueden hacer daño si te atacan por sorpresa.

Devlin lo miró furioso y le dio a A. J. sus cosas.

—Tú di lo que quieras, pero al menos así está seco. Y cuando hayáis terminado de reiros a mi costa, podéis venir al picadero. Os estaré esperando.

—Cada vez que pasa vergüenza por algo, se hace el ofendido —dijo Chester—. Siempre ha sido igual.

—No deberías provocarlo tanto.

—Es el único ejercicio que hace últimamente.

Una vez que Sabbath estuvo ensillado, A. J. se puso unos guantes para que no se le enfriaran las manos y dejó que Chester la ayudara a montar. No habían entrado aún en el picadero cuando el caballo empezó a cabecear y a ponerse nervioso.

—Vamos a dejarlo trabajar un rato en plano —dijo Devlin mientras Chester cerraba la cerca—. Antes de que se ponga a saltar como un loco.

A. J. asintió. Se sentía bien sujetando de nuevo unas riendas, pero enseguida empezó a dolerle el brazo. El semental se mostraba rebelde y cada vez que bajaba el cuello era como si a A. J. le clavaran un puñal en el hombro. Se dijo a sí misma que dejaría de dolerle en cuanto hubiera calentado un poco y se esforzó por que no se le notara lo mal que lo estaba pasando.

Cuando se acercaron al centro del picadero para un cambio de aires, Sabbath vio

la ría y, enfadado, se detuvo. A. J. necesitó mucha paciencia y control para que pasara junto al obstáculo y aun así el caballo lo hizo de mala gana y con expresión asustada, como si esperara que en cualquier momento algo fuera a saltar y atacarlo. A. J. se dio cuenta de que tenían un problema y grave.

—De momento vamos a olvidarnos del agua. Estaremos mejor cuando se haya tranquilizado un poco —dijo Devlin.

A. J. asintió y continuó practicando en plano, cerca de la estacada. Cuando decidieron que había llegado el momento, hizo saltar a Sabbath por encima de algunos obstáculos pequeños. El animal se mostró energético y fuerte, pero sin tantas ganas de llevar la contraria a A. J. como de costumbre. Incluso cuando tuvo que saltar una serie de obstáculos combinados reaccionó bien, deteniéndose en el punto de giro y acelerando como una flecha cuando A. J. así se lo pidió.

Habría sido una sesión de adiestramiento estupenda, de no ser por lo mucho que le dolía el brazo.

Al cabo de una hora Devlin dijo:

—¡Eso sí que es saltar! —entonces se dio cuenta de que algo iba mal—. A. J., ¿qué te pasa?

—Nada —contestó esta con una sonrisa forzada. El pulso del brazo le latía al mismo ritmo que el corazón y estaba mareada—. ¿Repetimos el recorrido?

—No —dijo Devlin despacio y observándola con intensidad—. ¿Seguro que estás bien?

—Claro que sí. Creo que deberíamos repetirlo.

Devlin negó con la cabeza.

—Para ser el primer día ya está bien.

A. J. asintió y trató de disimular el alivio que sentía mientras conducía a Sabbath a una esquina del picadero para que se relajara. Cuando el semental estuvo listo fue con él hasta la salida, donde los esperaba Devlin. Consciente de que la observaba con atención, desmontó con toda la naturalidad de la que fue capaz y llevó al caballo de vuelta al establo, con cuidado de sujetar las riendas con el brazo bueno.



Capítulo 12

Una vez le hubo puesto el ronزال a Sabbath, A. J. les dijo a Chester y a Devlin que tenía que acercarse a la casa un momento. Devlin estuvo tentado de ir con ella, pero no quería atosigarla. Se reclinó contra la puerta del establo y empezó a tomar notas, pero no podía quitarse a A. J. de la cabeza. Veinte minutos más tarde esta apareció. Tenía mucho mejor aspecto.

—Creo que ya sé cómo quitarle el miedo —dijo mientras iba hacia Sabbath. Chester había terminado de acicalarlo y el pelo le brillaba como la tinta negra.

Devlin la miró sin comprender. Seguía pensando en lo pálida y frágil que había visto a A. J. al terminar la sesión.

—A la ría —dijo A. J.

—Ah, claro. ¿Qué has pensado?

—¿Vas a enseñarle a nadar? —interrumpió Chester, que estaba tapando a Sabbath con una manta.

—Más o menos. Es lo que hicimos para quitarle el miedo a los aviones a una prima mía. Casi lo conseguimos.

—¿Qué hicisteis? ¿Drogarla? —preguntó Chester.

—Entrenamiento intensivo. La mandamos a un campamento para personas con miedo a volar y consiguieron subirla a un avión.

—Entonces, ¿ya coge aviones?

—Bueno, no exactamente. Pero estuvo sentada en uno veinte minutos antes de empezar a hiperventilar. —A. J. frunció el ceño—. Igual mi prima no es el ejemplo ideal.

—Pues yo creo que deberíamos probarlo —dijo Devlin—. La insensibilización funciona con personas y con animales. Es una buena idea.

Complacida, A. J. le quitó el ronزال a Sabbath.

—Me parece que volvemos al trabajo, campeón.

Salió la primera del establo con el brazo malo pegado al cuerpo para que el caballo no le hiciera daño cada vez que giraba la cabeza. Las pastillas que le había recetado el doctor Ridley, y que se había tomado ahora en la casa, empezaban a hacer su efecto y se sentía un poco drogada, así que decidió que en adelante se limitaría a

antiinflamatorios normales y corrientes.

«Y en todo caso —se dijo—, mañana estaré mejor». Seguramente no necesitaría tomar nada.

Devlin les abrió la puerta del picadero y A. J. llevó a Sabbath al centro del mismo y se detuvo a alguna distancia de la ría. Sabbath miró el agua, nervioso. Después de darle unos segundos para acostumbrarse, A. J. lo acercó un poco más hablándole en voz baja, pero el caballo se negó a seguir. Apartó la cabeza, miró nervioso a todas partes e hincó las patas traseras en la tierra. Se negó a acercarse a menos de dos metros del agua.

Sabbath pesaba casi cien kilos y A. J. no podía con él, así que tuvo que ceder y alejarlo de la ría, para volver a intentarlo inmediatamente. Así estuvieron un buen rato, cada vez acercándose más. A. J. se mantenía tranquila y concentrada en el caballo, intentando controlar su miedo y trabajando con paciencia con él. Cuando se ponía demasiado nervioso lo dejaba descansar y lo llevaba hasta donde estaba Devlin, quien les daba ánimos. Para el final de la sesión, cada vez que Sabbath sentía miedo, miraba a A. J. y se tranquilizaba al oír su voz suave y reconfortante.

Más tarde, de vuelta al establo, A. J. se puso a pensar. Se sentía un poco mejor ahora que tenían un plan para acostumbrar a Sabbath al agua. Claro que estaba por ver si funcionaba, pero al menos era algo.

Pero lo que la preocupaba de verdad era Devlin.

Era evidente que se había dado cuenta de que lo había pasado mal durante los saltos y que estaba preocupado. Se le notaba en la cara. También en sus palabras y en la intensidad con que vigilaba cada movimiento de A. J. Cuando le preguntó debería haberle dicho la verdad sobre el dolor que sentía, pero, en lugar de ello, le había mentado.

Pero ¿qué podía hacer? A juzgar por la expresión de la cara de Devlin, estaba más preocupado por ella que por el Clasificatorio. Y lo quería por eso. El problema era que necesitaban entrenar. Teniendo en cuenta cómo había reaccionado al accidente, si ahora se enteraba de lo mucho que le dolía el brazo, insistiría en posponer los entrenamientos. Y ya habían perdido una semana. Se les acababa el tiempo.

Lo último que A. J. quería era no presentarse al Clasificatorio, sobre todo después de anunciar a todo el mundo que iba a participar con Sabbath. Con toda la atención que habían suscitado su compra y su marcha de las caballerizas familiares, borrarse de la competición era como admitir públicamente que no podía con el caballo. Que no había sido capaz de conseguir su objetivo.

Pero su determinación venía de algo más que del miedo a quedar mal en público. Ahora que por fin se había independizado, quería demostrar que era capaz de hacer las cosas por sí misma. Que la gente supiera que no era algo más que el producto del dinero de su padre, que tenía talento y capacidad de competir al más alto nivel. Estaba convencida de que lograr domar a un caballo que nadie más había conseguido controlar y llevarlo al Clasificatorio consolidaría su reputación en el deporte que

tanto amaba. Encauzaría su carrera profesional de la manera que siempre había querido. Es más, si conseguía quedar en un buen puesto, ¡podría ir a los juegos olímpicos!

Una cosa estaba clara. Si perdían un solo día más de trabajo por el brazo, tendría que renunciar. Vistas la reacción del caballo al agua y que todavía necesitaba trabajar mucho los otros obstáculos, tenían que esforzarse y mucho. Cada segundo en el picadero era crucial y A. J. estaba decidida a no tirar la toalla solo porque le doliera. Además, seguro que por la mañana se encontraba mucho mejor.

Fue hasta Sabbath, que descansaba en su box, y le acarició el hocico. Se dijo que estaba siendo alarmista. La lesión era muy reciente y era normal que el primer día lo pasara mal. Ello no quería decir que fuera a seguir doliéndole.

El sistema automático de agua se puso en marcha con un silbido y lanzó un chorro al abrevadero de Sabbath. El caballo movió las orejas nervioso y se alejó un poco.

—Me preguntó por qué te asusta tanto —dijo A. J. en voz alta.

Chester, que había empezado a extraer sacos de pienso del cuarto de arreas, contestó por el caballo:

—Igual es que vio *Tiburón* siendo un potrillo y sigue traumatizado.

A. J. sonrió pensativa.

—Creo que tiene que ser algo más grave que eso.

—Pues a mí esa película me marcó —dijo Chester acercando otro saco. Lo puso en la carretilla que había aparcado en el pasillo y lo llevó todo a una cuadra vacía sin dejar de hablar.

—Desde entonces no he querido ir a nadar. Ni siquiera en agua dulce.

A. J. rio un poco y le rascó a Sabbath debajo de la barbilla, en un lugar que le gustaba especialmente.

Había algo oculto detrás de su fobia al agua, estaba convencida. Sabbath era un chico algo travieso, dado a fanfarronear y a las gamberradas, pero su expresión cada vez que tenía que enfrentarse a la ría era algo distinto. A. J. reconocía el miedo cuando lo veía, tanto en seres humanos como en animales.

—¿Esa cara tan pensativa es por mí? —le susurró Devlin al oído.

A. J. dio un respingo. Para un hombre de su tamaño, sabía moverse con sigilo.

—No quería asustarte. —La abrazó desde detrás y A. J. se relajó al contacto con su cuerpo.

—Puedes hacerlo siempre que quieras —murmuró apretando sus caderas contra las de Devlin. La reacción de este se hizo esperar.

De repente hubo un estruendo en el box contiguo. Sabbath relinchó asustado y Devlin y A. J. acudieron corriendo y encontraron a Chester tendido boca abajo junto a la carretilla.

—¡Chester! —exclamó A. J.

Se inclinaron sobre él. Chester murmuraba incoherencias y se sujetaba el pecho.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo Devlin y salió corriendo.

A. J. cogió la mano a Chester y le buscó el pulso. Era irregular y acelerado.

—Intenta respirar despacio —le dijo, atenta a posibles signos de que estuviera perdiendo la consciencia.

—Ya vienen —dijo Devlin de vuelta—. Aguanta un poco.

La espera se hizo interminable. A. J. y Devlin se comunicaban mediante miradas prolongadas de desesperación mientras Chester sufría. Marcados por la respiración jadeante de este, los minutos transcurrieron con una lentitud que contrastaba con la urgencia de la situación. Cuando por fin oyeron las sirenas, Devlin se levantó y corrió afuera para recibir a las paramédicas.

Las dos mujeres entraron a buen paso y se pusieron a abrir maletines naranjas y blancos llenos de unos instrumentos que le dieron escalofríos a A. J. Cuando empezaron a hacer su trabajo, ella y Devlin se apartaron y las observaron abrazados. Las mujeres usaban una terminología médica incomprensible y se intercambiaban agujas y tubos de plástico. En cuanto Chester estuvo estabilizado, lo subieron a la parte de atrás de la ambulancia. Devlin subió con él y A. J. los siguió con el coche.

Cuando llegó al hospital aparcó y corrió a urgencias, donde enseguida encontró a Devlin. Este la tomó en sus brazos.

—¿Cómo está? —le preguntó A. J. con la cara apoyada en su hombro.

—Dentro de poco sabrán más. Ahora hay que esperar.

—¿Has llamado a su familia?

—Le he dejado un mensaje en el contestador a su familiar más próximo, pero vive en otro estado. Solo me tiene a mí. —Devlin estaba pálido y tenso por la preocupación, pero su mirada era serena—. No creo que pudiera pasar por esto sin ti —le dijo a A. J.

—Y yo me alegro de poder estar contigo —dijo esta con dulzura.

Fueron a una sala de espera casi vacía y se turnaron para hacer guardia en tronos de plástico. Además de las feas sillas color naranja, amueblaban la habitación unas mesas de aspecto exhausto. Sus superficies, descascarilladas y hechas de aglomerado, estaban cubiertas de revistas del corazón de páginas gastadas. En una esquina había una máquina expendedora y, colgado del techo, un televisor viejo con imágenes en blanco y negro pero sin sonido. Personajes de un culebrón se gesticulaban los unos a los otros con muda intensidad.

—No quiero perderle —murmuró Devlin—. Lo de Mercy ya fue bastante duro... ¿Y ahora Chester?

Se inclinó hacia delante y A. J. le acarició el hombro.

—Es lo más parecido a un padre que he tenido nunca.

A. J. tuvo la impresión de que, en plena pesadilla, Devlin tenía ganas de hablar.

—¿Hace cuánto que os conocéis?

—Miles de años. Fue mi primer jefe. El primer adulto al que hice caso. Me enseñó a ser un hombre. —Se pasó una mano por el pelo—. Dios sabe que no había

nadie más dispuesto a hacerlo. Nunca conocí a mi padre.

—¿Te crio tu madre, entonces?

—No. Estuve en varias familias de acogida, cambiando cada par de años. Nadie quería adoptar a un niño ya mayor, sobre todo después de que me metiera en líos.

—¿Y cómo te quedaste huérfano? —A. J. se puso colorada, no era su intención interrogarle—. Perdona, no quiero ser cotilla.

—No pasa nada. —Devlin dobló los brazos y entrelazó las manos—. Hablar de mi pasado es una manera de pasar el rato tan buena como cualquier otra. —Hizo una larga pausa y añadió—: Según mi expediente, mi madre tenía diecisiete años y estaba soltera cuando me tuvo. Nadie me reclamó. Mi padre la había abandonado en pleno embarazo y supongo que sus padres estaban escandalizados por semejante desliz y no querían tenerla en casa.

—¿Tus abuelos te abandonaron?

Devlin asintió.

—Una vez los busqué, cuando tenía dieciséis años. Un hombre mayor con unos ojos iguales que los míos me cerró la puerta en las narices después de decirme que no volviera más por allí. —Se reclinó en el respaldo de plástico—. Cuando crecí hice muchas tonterías. Me arrestaron unas cuantas veces por robar. No terminé el instituto, y la universidad ni se me pasaba por la cabeza. Cuando abandoné el sistema no tenía adónde ir y estaba furioso con todo y con todos. Con dieciocho años vagaba sin rumbo, intentando sacar algo de dinero para comer y un día me presenté en unos establos para trabajar como mozo de cuadra. Todavía no sé por qué me cogieron; no tenía ninguna experiencia con caballos. —La sonrisa de Devlin era triste—. Fue entonces cuando conocí a Ches, que me salvó la vida. Después de recorrer un camino largo y polvoriento que conducía a las caballerizas él fue la primera persona a la que me encontré. No sé qué vio en mí, pero me miró y dijo: «Chico, voy a ocuparme de ti». Y desde entonces así ha sido.

A. J. estaba fascinada por lo que le contaba Devlin. Eran los detalles íntimos de su vida que siempre había querido conocer, todas esas cosas que los reportajes publicados sobre él insinuaban, pero sin acertar del todo con la verdad. Sintió una gran compasión por él y se imaginó lo dura que debía de haber sido su vida. Lo solo que debía de haberse sentido, de casa en casa, siempre un intruso. Y lo que el cariño de Chester debía de haber significado para él. Era increíble cómo había conseguido llegar tan alto en el deporte de competición.

—¿Cuándo empezaste a montar?

—A las dos semanas de llegar, más o menos. Uno de los purasangres, un campeón de saltos, volvía al establo después de una sesión de entrenamiento. Yo estaba limpiando estiércol, lo miré y le dije al jinete que el caballo estaba cojo. El tipo me ignoró como si yo fuera una basura, pero Chester se acercó, le miró la pata al caballo y me dio la razón. Resultó que la yegua tenía una fisura en una de las patas delanteras.

»Luego Chester me preguntó cómo lo había sabido y le dije que simplemente así era. Entonces quiso saber si me había subido alguna vez a un caballo. Le dije que no, pero que me gustaría probar. Una hora más tarde estaba en el picadero. —Miró a A. J. —. Todo lo que hago cuando te preparo a ti lo aprendí de él. Es un maestro y podría haber sido famoso, pero nunca ha querido desarrollar su talento. Siempre ha sido un espíritu libre, nunca ha querido atarse a nada. Yo soy el único jinete al que ha entrenado.

—Entonces sí que triunfó.

Devlin se encogió de hombros.

—Me enseñó a canalizar mi furia y a usarla para ganar. Mi talento natural para montar hizo el resto.

A. J. sonrió con cariño.

—Estoy segura de que también hizo falta muchísimo trabajo.

—Pero no es trabajo si haces lo que te gusta.

Durante un momento, ninguno de los dos necesitó hablar.

—Después de mi accidente, después de sacrificar a Mercy, Ches entendió que necesitaba estar solo. Siempre dijo que volvería y yo nunca le creí. Esa es una de las razones por las que eres tan especial para mí. —Devlin le cogió una mano—. Apareciste en mi vida y todo volvió a su cauce. Y eres la única persona, aparte de Chester, en la que siento que puedo confiar.

A. J. se inclinó y lo besó en los labios. Fue apenas un roce, un breve encuentro de sus bocas, una promesa llena de amor.

A. J. notó que Devlin le apretaba la mano con fuerza y lo miró echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos como si estuviera exhausto. Lo observó largo rato, repasando mentalmente partes de la conversación que acababan de tener. Lo que Devlin le había contado la conmovía sobremanera y tenía la impresión de que muchas de ellas eran cosas que no le había revelado nunca a nadie.

Cuando por fin levantó la vista comprobó que la telenovela seguía en la pantalla e intentó recordar cómo se titulaba la serie. «¿Alas de fe?».

No, así no.

Miró a los personajes desfilar en ropas suntuosas, gesticular con vehemencia y darse alguna bofetada que otra y consiguió seguir el argumento a pesar de que no tenía sonido. De cuando en cuando volvía a la realidad, cuando alguien vestido con bata de enfermera o de médico pasaba por la sala de camino a alguna parte. La mayor parte del tiempo entraban para coger algo de la máquina expendedora. El tintineo metálico de las monedas al entrar en la ranura y el zumbido de la comida al caer en la bandeja empezaron a hacersele familiares.

Volvió a la telenovela. ¿Cómo se titulaba?

«¿Alas de fortuna?».

Al cabo de un rato Devlin se estiró, se levantó y se dirigió al control de enfermería como quien se va a la guerra. Volvió a los pocos minutos sin noticias y

A. J. apartó la vista para que no notara su decepción.

En el televisor el culebrón tocaba a su fin, con una mujer que echaba unos polvos blancos en el cóctel de un hombre. Los títulos de crédito finales decían: *Alas del destino*.

Durante las horas siguientes, otros familiares de pacientes llegaron y se marcharon. La gente iba y venía y el elenco de personajes de la sala de espera cambiaba, pero en realidad seguía siendo el mismo. Todos pasaban por estados de ánimo similares, nerviosismo y desesperación por la falta de información, alguna noticia, algún atisbo de esperanza. Y ninguno de ellos sabía si recuperaría su vida de siempre o si esta nunca volvería a ser igual.

Al final, cuando A. J. había decidido que tenía el trasero tan entumecido que no recobraría jamás la sensibilidad, alguien con bata blanca dijo en alto el nombre de Chester. Devlin y A. J. se levantaron y la sala de espera se disolvió a su alrededor mientras ellos escrutaban el semblante del médico buscando alguna pista.

Este era demasiado joven para tomar decisiones de vida o muerte, pensó A. J. al principio. Pero entonces reparó en sus ojos sabios detrás de las delicadas gafas de montura dorada.

—¿Son ustedes su familia? —preguntó el médico con fuerte acento sureño.

—¿Está bien? ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Devlin.

—¿Son ustedes Devlin y A. J.?

Ambos asintieron.

—Creemos haber identificado el problema. Vengan conmigo.

Siguieron a su salvador en bata blanca fuera del infierno de la sala de espera y cruzaron unas puertas que parecían de *Star Trek* y detrás de las cuales empezaban el bullicio y el ajetreo propios de las urgencias de un hospital. Todos corrían de un lado para otro y parecían saber exactamente adónde iban. Comparada con la quietud de donde venían, a Devlin y A. J. toda aquella acción les resultó reconfortante.

El médico los condujo hasta una de las camas, que estaba separada de las demás por gruesas cortinas que proporcionaban cierta privacidad. A. J. y Devlin se prepararon para lo peor.

Pero cuando se descorrió la cortina se quedaron mudos de asombro.

Chester estaba sentado y sonriendo, alegre y fresco como una rosa.

—Por el amor de Dios —dijo—. No os quedéis ahí parados. Una enfermera puede verme con este camisón y sentirse abrumada por mis encantos físicos.

Se acercaron a la cama y A. J. no sabía si reír o llorar. A pesar de los tubos que tenía puestos y de las máquinas que zumbaban a su alrededor, Chester tenía buen aspecto. Había recuperado el color y en sus ojos no quedaba rastro de aquella terrible opacidad que produce el dolor. A. J. rompió a llorar. Y es que se había preparado para cualquier cosa, excepto para que Chester estuviera bien.

Este y el médico la miraron un poco violentos y Devlin le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí con firmeza.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó.

El médico empezó a explicárselo usando terminología incomprensible.

—Ha sido el gumbo cajún —le interrumpió Chester con una sonrisa.

—¿Cómo? —Devlin miró al médico sin entender.

—Para que lo entiendan, ha sido un episodio gástrico.

—¿Una indigestión? ¿De las que se curan con bicarbonato?

—En cierta manera, sí. Tiene reflujo ácido que...

—Nunca debí tomarme esas gambas. —Chester les regaló a todos una gran sonrisa y Devlin rio a carcajadas, aliviado.

—En realidad, es algo bastante serio —dijo el médico—. Tiene que cambiar sus hábitos alimentarios o le volverá a pasar. Tiene el colesterol demasiado alto y ya no es tan joven como se cree. Tiene que hacer menos esfuerzos y comer mejor.

—Te dije que esto iba a pasar. —Devlin movía la cabeza—. Que toda esa comida picante y tan fuerte terminaría por pasarte factura. Solo porque tomes dieta blanca para desayunar no quiere decir que luego te puedas atiborrar por la noche.

—¿Dieta blanca? —preguntó el médico.

—Es una larga historia —murmuró Chester.

Devlin se lo explicó con todo detalle al médico y, cuando hubo terminado, este estaba atónito y su paciente parecía avergonzado.

—Señor Raymond, ¿por qué no me ha contado nada de esto?

—No pensé que tuviera importancia.

—Tiene que ver a un nutricionista. —El médico garabateó algo en un trozo de papel—. Esto es una receta para un antiácido y también le he escrito el nombre de alguien que puede aconsejarle sobre su dieta.

—¿Para qué necesito un nutricionista?

—Mire, señor, he oído muchas historias, pero la de su hábitos de alimentación es de las más peculiares. Llámenme si necesitan algo.

Y con un saludo de cabeza a Devlin y A. J., el médico se marchó.

—No entiendo por qué tengo que hablar con nadie sobre lo que me llevo al colete —refunfuñó Chester.

—Este señor se llama doctor por algo, Chester, porque sabe de medicina. ¿Tú eres médico?

A. J. buscó la mano áspera y curtida de Chester. Era como el cuero y le devolvió su apretón con fuerza.

—Menos mal que estás bien.

—No era mi intención daros este susto.

—Pues nos lo has dado, pero bien —dijo Devlin con brusquedad—. Casi nos volvemos locos.

—Escucha, chico. Todavía no tengo pensado dejarte —dijo Chester conmovido.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco, porque no estoy preparado aún.

Chester se secó los ojos en la cara interna del codo y carraspeó.

—Bueno, entonces, ¿me van a desenchufar para que pueda irme de aquí? Quiero olvidarme cuanto antes de todo esto.

—De olvidarse nada. Las cosas van a cambiar —le advirtió Devlin.

—Oye, espera un momento. No necesito una niñera.

—Pues haz lo que dice el médico y no la tendrás.

—¿Y qué sabe ese médico? Si parece un repartidor de periódicos.

—¿Y ha sido él quien ha terminado en una ambulancia?

—Tenía curiosidad. Nunca había visto una por dentro.

Justo entonces una enfermera abrió la cortina.

—¿Está preparado para irse a casa? —preguntó con una sonrisa amable.

—Te esperamos fuera —dijo Devlin y le pasó a A. J. un brazo por los hombros.

—Una cosa te voy a decir —dijo Chester mientras la enfermera empezaba a hacer su trabajo—. Nunca voy a volver a mezclar crustáceos con pastel de piña.

• • •

Resultó complicado acomodar a todos en el descapotable con el techo puesto. A. J. tuvo que adelantar su asiento para que Devlin pudiera estirar un poco las piernas en la parte de atrás. Encorvada sobre el volante le costaba trabajo conducir, pero al menos Chester podía ir cómodamente sentado a su lado. A este le gustó tanto la experiencia que les anunció que en cuanto ganara el bingo contrataría un chófer.

Para cuando llegaron a la casita donde vivía, en pleno bosque pero a corta distancia del rancho de Devlin, este intentó convencerlo de que se quedara un tiempo con él, pero Chester se negó.

—¿Por lo menos nos dejarás que te traigamos la cena? —preguntó A. J.

Chester negó con la cabeza.

—Tengo sopa de pollo y galletas saladas. Creo que esta noche me lo voy a tomar con calma.

—Buena idea. Igual te interesa comer solo alimentos blancos durante un par de semanas.

—Eso estaba pensando yo también.

Chester salió del coche y Devlin lo acompañó a la puerta. Enseguida empezaron a discutir.

—Mañana no vengas a trabajar.

—No me digas lo que tengo que hacer. Sabes que no soporto a la gente mandona.

—Si eso fuera cierto, hace tiempo que tú y yo no trabajaríamos juntos.

—Es que contigo hago una excepción, por lo mucho que me necesitas.

—Eso no te lo voy a negar, pero tú no cambies de tema. Te vas a tomar unos días libres.

—Uno.

—Varios.

—Uno.

Devlin maldijo.

—Este asalto no lo vas a ganar, hijo. Y ahora llévate a tu chica a casa —dijo Chester.

A. J., que los oía por la puerta abierta, sonrió al escuchar estas palabras y le dijo adiós a Chester con la mano. Cuando Devlin se sentó en el asiento del pasajero la miró despacio y con atención.

—¿Se puede saber por qué sonríes? —le preguntó mientras A. J. conducía en dirección al rancho.

—Me gusta eso de ser tu chica.

Devlin le acarició un muslo.

—A mí también.

Estaban aparcando delante del establo cuando A. J. preguntó:

—Aparte de jugar al bingo una vez a la semana, ¿qué hace Chester en su tiempo libre?

—Creo que nada. ¿Por qué?

—Me parece que se siente un poco solo. Odio dejarlo solo en su casa después de lo que le ha pasado hoy.

—Es un solitario por naturaleza. Siempre lo ha sido. Creo que le gustan la paz y la tranquilidad.

—Bueno, pues igual necesita ampliar un poco sus horizontes.

Durante la cena intercambiaron historias y recuerdos sobre caballos que habían conocido. Después de recoger se sentaron en el sofá delante de la chimenea. A. J. nunca había pasado una velada tan agradable, libre de preocupaciones y marcada por gestos de cariño y miradas llenas de significado. Durante varias horas no pensó en el Clasificador ni en su brazo ni en Sabbath y se limitó a disfrutar con Devlin del amor que sentían el uno por el otro.

Sus preocupaciones regresaron a la mañana siguiente. Con el amanecer, sintió de nuevo sobre sus hombros el peso de la responsabilidad de cumplir con los objetivos que se había marcado. Tumbada en la cama junto a Devlin, empezó a ponerse nerviosa. Por un lado deseaba poder pasarse todo el día en la cama con él; por otro estaba impaciente por ponerse a trabajar.

—Estás como una moto esta mañana —le dijo Devlin.

—Perdona. Estaba pensando en Sabbath.

—¿Qué pasa con Sabbath?

—Pues que le aterra el agua, ¿no? Lo que me hace pensar en todas las otras cosas que tampoco le gustan.

—Como comer solo.

—Los ruidos fuertes.

—El herrador —dijeron los dos al unísono.

A. J. apoyó la cabeza en una mano.

—Estoy segura de que si supiéramos más sobre su pasado le entenderíamos mejor. Creo que voy a investigar un poco. A enterarme de dónde viene, a ver si averiguo cómo empezó todo esto. Puede que se porte mal, pero no es un mal caballo. Lo único que espero es que no...

—¿Te preocupa que lo maltrataran?

—Intento buscarle otra explicación a todos sus problemas. Espero que la haya.

• • •

Después de un desayuno rápido salieron de la casa. Devlin fue al picadero a preparar los obstáculos y A. J. se dedicó al caballo. Sin la ayuda de Chester le llevó más tiempo que de costumbre preparar a Sabbath para montarlo, sobre todo porque le dolía mucho el brazo. A pesar de haberse tomado varios ibuprofenos en cuanto Devlin bajó a la cocina a hacer el desayuno, le costó levantar la silla y colocársela al caballo.

Montarlo resultó todavía más duro. La sesión fue bien, pero A. J. vio la estrellas. Con cada salto, con cada aterrizaje, tenía que morderse los labios para no gritar de dolor. Evitó mirar a Devlin a los ojos para que no se diera cuenta de lo mal que lo estaba pasando.

Mientras conducían a Sabbath de vuelta al establo trató de comentar el entrenamiento, pero para entonces el dolor en el brazo se había vuelto insoportable. Cuando Devlin, en un gesto de cortesía, se ofreció a acicalar al caballo, A. J. vio el cielo abierto. Aprovechó que estaba ocupado cepillando a Sabbath para correr al guarnés y tomarse dos pastillas más. Cuando volvió, Devlin le estaba poniendo la manta a Sabbath.

—¿Estás preparada para trabajar un rato con el agua? —le preguntó.

A. J. asintió. Se quitó los zahones y soltó el ronzal de Sabbath. Se disponía a salir con él del establo cuando Devlin la detuvo.

—Pareces cansada.

—Estoy bien.

Devlin le puso las manos en los hombros.

—¿No necesitas descansar un rato?

—No tenemos tiempo para descansos —dijo A. J. con brusquedad y acto seguido sonrió para suavizar su impacto—. Por lo menos no hasta esta noche.

Devlin la miró con expresión sensual.

—No sé si lo sabes, pero en el altillo hay un montón de paja.

—¿En serio?

—Pues sí. Perfecta para revolcarse un rato. Por si no nos apetece ir hasta la casa.

El cuerpo de A. J. se encendió de deseo. Miró hacia los obstáculos.

—Vamos a trabajar. Cuanto antes nos pongamos...

—Antes terminaremos —añadió Devlin y la besó despacio en los labios.

A. J. se apresuró a llevar a Sabbath al picadero y una vez allí a la ría. De inmediato el animal empezó a corcovear y a protestar. Una y otra vez fueron hasta el agua, cada vez llegando un poco más cerca. A. J. le acariciaba el cuello siempre que podía y se cuidaba de moverse con lentitud y tranquilidad. Se olvidó de su dolor y se concentró en ayudar al caballo.

Una hora después, se sentía exhausta y desanimada. Metió a Sabbath en el box, le quitó el cabestro y entonces entró Devlin con una brazada de hierba, que tiró por encima de la puerta. Ambos miraron comer al caballo en un silencio solo perturbado por el suave susurro de su hocico contra el heno.

Cuando por fin Devlin habló, A. J. se había puesto a acariciar el solitario de su madre.

—Tienes que tomártelo con más tranquilidad.

A. J. le miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy preocupado por ti.

—¿Por qué?

—Porque estás agotada.

—Hoy hemos trabajado mucho.

—Te estás recuperando de una caída. Tienes que ir más despacio.

—No puedo permitirme ese lujo —dijo A. J. con voz queda—. No tengo tiempo de ir despacio.

—A. J., ya sé que quieres pasar el Clasificatorio, pero si sigues a este ritmo te vas a quemar. Ya sé que no quieres oír esto, pero creo que tendrías que intentar ver las cosas con perspectiva.

A. J. habló atropelladamente.

—Eso es lo que estoy haciendo. En el Clasificatorio siempre hay un obstáculo de agua, además de muchas otras cosas. La gente, el ruido, los otros caballos. Sabbath va a estar histérico. Tenemos que prepararlo...

—No vas a conseguirlo en dos meses. Nadie podría.

—Pero...

—Y nadie quiere que salgas herida por intentarlo. Y yo menos que nadie. —Devlin le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Trabajar hasta matarte no es la solución.

—El problema es que no hay tiempo —murmuró A. J. para sí.



Capítulo 13

Aquel mismo día por la tarde A. J. subió al estudio de Devlin. Sonrió al ver las organizadas pero imponentes pilas de papeles, se sentó en una silla vieja de madera que crujió bajo su peso y se dispuso a pasar un rato leyendo el contrato de compra y la documentación con el pedigrí de Sabbath. Reconoció el nombre del anterior dueño y recordó que era propietario de unas caballerizas situadas en Lexington, Kentucky. Después de pelearse un rato con una operadora, consiguió su número de teléfono y lo marcó. La voz hosca al otro lado de la línea no le resultó alentadora.

—¿Sí?

—¿El señor Tarlow? —preguntó A. J. De fondo oía ruidos propios de un establo, como cascos de caballos sobre cemento y eco de relinchos.

—Un momento.

Alguien dejó caer el teléfono, que chocó contra alguna clase de superficie metálica. A A. J. todavía le pitaba el oído cuando alguien apareció al otro lado de la línea.

—Soy Albert Tarlow.

—A. J. Sutherland. He comprado un purasangre, Sabbath...

—¡No se puede echar atrás en la venta!

—Lo sé, solo quería hacerle un par de preguntas sobre él.

—¿Qué clase de preguntas? —La voz era desconfiada, como si le hubieran ofrecido un paquete con un temporizador dentro.

—Sobre su pasado.

—No sé cómo voy a ayudarla en eso. No lo tuve mucho tiempo. Aunque he de decir que dejó un recuerdo imborrable.

—Sí, eso es muy de Sabbath —dijo A. J. con sequedad—. ¿Se dio usted cuenta de que tenía problemas con el agua?

—¿Y con qué no tiene problemas ese caballo? Montaba un numerito con el box que le tocaba, con los jinetes, los preparadores, los cascos... ¿Se ha dado cuenta de que odia a los herradores?

—Sí, pero a mí lo que me interesa es...

—Tuvo tres. Estoy convencido de que debía de pensar que eran sacos de boxeo. Nunca he visto una cosa igual. Y eso que yo he visto muchas cosas.

—¿Y el agua...?

El hombre la interrumpió de nuevo, con tono nostálgico.

—Ese caballo tenía muchísimo potencial. Cuando decidía saltar, lo que no era muy a menudo, era increíble. ¿Ha conseguido usted que salte?

—Un poco.

—Pues eso es que tiene usted la paciencia de Job.

Pero a A. J. le interesaba más hablar del territorio de Noé.

—Señor Tarlow, quería saber por favor si intentó usted hacerle saltar obstáculos de agua.

—Solo una vez. —El hombre rio sombrío—. El jinete terminó clavado en el suelo. Hasta pensamos que íbamos a necesitar una excavadora para sacarlo. Después de aquello decidí vender el caballo. Aun suponiendo que hubiéramos conseguido que saltara vallas y *oxers* (lo cual era mucho suponer), era imposible que saltara una ría sin tirar al jinete. Se ponía frenético con un charco de quince centímetros de profundidad, como si fuera a atacarlo.

—¿Y le daban miedo las mangueras o la tierra húmeda?

—Recuerdo una vez que un mozo quiso echarle agua con la manguera después de entrenar, para refrescarlo. Se puso como loco, pero loco de atar. Coceó a dos de mis empleados, rompió el roncal como si fuera hilo dental y echó a correr con los arcos colgando detrás hasta que se cansó. Ninguno pudimos sujetarlo.

—¿Cuánto tiempo lo tuvo?

—Unos seis meses, que fueron como seis años.

—¿A quién se lo compró?

—Un primo mío se lo compró para montarlo él y lo dejó aquí en cuanto vio que era una pesadilla de caballo. Yo ya se lo dije: Billy, las gangas no existen. Creía que había comprado un chollo, pero en realidad le había hecho un favor al dueño anterior.

«Lo mismo que has hecho tú conmigo», parecía decir su tono de voz.

—¿Sabe dónde lo compró su primo?

—No, pero creo recordar que ya había pasado por muchas manos.

—Muchas gracias —dijo A. J.

—Buena suerte —contestó el hombre, y colgó.

En el pedigrí de Sabbath A. J. encontró su yegua de cría y las caballerizas donde nació y logró localizarlas. Por desgracia, el gerente de las mismas no recordaba nada de sus años de potro. Había sido vendido como añal a otras caballerizas cuyo nombre no fue capaz de proporcionarle.

Contrariada, se reclinó en la silla mientras daba golpecitos con un bolígrafo en el borde de la mesa e intentaba decidir qué hacer. Por casualidad su vista se detuvo en un montón de facturas y miró la situada encima. Era del veterinario que había venido a ver la pata de Sabbath después de la caída. También había otra de los distintos

herradores, otra de la compañía de seguros, de una tienda de arreos y por último un recibo de una ferretería.

Sumó las cantidades y frunció el ceño. La cantidad total era una barbaridad. Devlin había contraído una deuda de miles de dólares en su nombre. ¿Por qué no le había dicho nada?

Entonces cayó en la cuenta. No le había pagado a Devlin un solo céntimo. El primer día habían acordado que le pagaría por sus servicios de entrenador y que el alojamiento sería gratuito. Sin embargo llevaba allí más de un mes y no le había dado un centavo. Decidió extenderle un cheque.

Entonces se paró a pensar.

¿Y con qué dinero iba a pagarlo? ¿Con los doscientos dólares que tenía en el banco? Gimió al tomar conciencia de que era pobre. Comprar a Sabbath con su dinero había sido su primer acto independiente. No se arrepentía de su decisión, pero se dio cuenta de que ser obstinada no es lo mismo que ser autónoma. Al extender un cheque por valor de treinta mil dólares y marcharse de caballerizas Sutherland había renunciado a su colchón económico y, por fin, había dado un paso hacia llevar una vida adulta e independiente. Había sido un acto necesario; el problema era que no había meditado lo suficiente sobre sus consecuencias desde el punto de vista económico. Y ahora estaba pagando por ello.

O mejor dicho, no pagando.

Pensó en la factura y en su precaria cuenta corriente y decidió que Devlin no debía asumir sus gastos. Ahora que había dejado de competir no tenía ingresos y A. J. no tenía idea de si disponía de algún capital. Y aunque así fuera, no tenía por qué mantenerla a ella. Tendría que encontrar la manera de ganarse la vida.

Y estaba decidida a no recurrir a la generosidad de su padre. No iba a poner en peligro su recién estrenada independencia solo por dinero.

En un arranque de lucidez, se dio cuenta de lo fácil que le había resultado siempre la vida bajo el ala protectora de su padre. Aunque nunca había percibido un sueldo por su trabajo en las caballerizas, siempre había tenido dinero de sobra a su disposición. Su padre era generoso y se había hecho cargo de todos los gastos, en la universidad y fuera de ella. Y también le había pagado la ropa, los enseres de montar, los caballos, los coches, las comidas y las vacaciones. Garrett se había ocupado de todo. A. J. no tenía tarjetas de crédito a su nombre, jamás había pagado una factura del teléfono y no recordaba la última vez que había abonado algo que se hubiera comprado.

Desde luego sonaba a existencia de princesa, pensó. Una vida de lo más peculiar. Con Peter dirigiendo las caballerizas Sutherland y su padre cuidando tan bien de ella, A. J. se había despreocupado por completo de sus finanzas. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta ahora?

Porque nunca hasta ahora había tenido que pagar por nada, pensó mientras se llevaba la mano al solitario y le daba vueltas entre los dedos.

Entonces, ¿cómo iba a pagar su deuda?

Igual podía vender algo.

El problema era que en realidad no era propietaria de nada. Lo que no dejaba de tener sentido, teniendo en cuenta que nunca se compraba nada con su dinero. Bueno, nada excepto un semental purasangre impredecible con fobia al agua y afición a torturar a herradores.

¿No podría haber empezado por comprarse algo menos ambicioso? ¿Por ejemplo, un pez?

Repasó mentalmente las cosas que usaba a diario. El descapotable estaba a nombre de las caballerizas Sutherland; los muebles de su habitación eran más de la mansión que suyos propios; la ropa la había comprado con la tarjeta de crédito de su padre. Además, no creía que hubiera gran demanda de botas camperas de segunda mano.

¿Qué iba a hacer?

Sus dedos dejaron de acariciar el colgante. Estaba dolorosamente claro.

«Dios mío, qué duro es hacerse adulta», pensó y dejó caer la mano en el regazo.

• • •

A la mañana siguiente Chester se presentó a desayunar con una sonrisa traviesa justo cuando A. J. y Devlin se sentaban a la mesa.

—¡Buenos días! Me alegra ver que me habéis puesto cubierto en la mesa. ¿Me habéis echado de menos?

—Bienvenido —le dijo A. J. con una sonrisa.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Devlin con desconfianza.

—Estupendamente. Hecho un chaval. Como siempre. —Chester tomó asiento y cogió su cuchara—. Preparado para volver al trabajo. Ayer me aburrí en casa, sin hacer nada. Una cosa, he pensado que después del entrenamiento podía arreglar esas tuberías rotas. El fontanero dijo que había reparado el conducto, pero...

—Hoy vas a hacer el mínimo esfuerzo —le interrumpió Devlin—. Te voy a estar vigilando y si no te portas bien vuelves al banquillo.

Chester abrió la boca para protestar, pero luego se lo pensó mejor.

—Muy bien —gruñó—. Si queréis jugar a las enfermeras conmigo, es asunto vuestro.

—Me alegra que por fin hayas visto la luz —dijo Devlin con una sonrisa.

Ya en los establos cada uno se entregó a sus tareas habituales, pero bajo las apariencias tranquilas había tensión. A. J. tenía que hacerlo todo con una sola mano, por lo que iba despacio y se le caían cosas al suelo. Lo que más le costaba era limpiarle los cascos a Sabbath. Tenía que usar el brazo malo y, para cuando terminó, el sudor le perlaba la frente. Tuvo que sentarse para recuperar fuerzas y descansar un rato el brazo en el regazo mientras simulaba charlar despreocupadamente con

Chester. Al cabo de un rato el dolor cedió, pero tardó más que el día anterior.

En cuanto a Devlin, tenía sus propias preocupaciones. No quería que Chester hiciera demasiados esfuerzos y no estaba seguro de si debía levantar y transportar cosas pesadas. El mozo de cuadra se estaba portando bastante bien, pero cuando lo vio bajar el altillo con una brazada de paja no le quedó otro remedio que intervenir.

—¿A dónde vas con eso?

—El hombre fue hecho para acarrear heno.

—Ni hablar. Para eso están las carretillas.

—Venga ya, llevo años haciéndolo.

—Pues igual ya es hora de que pares. —Y antes de que Chester pudiera protestar, Devlin señaló al fondo del establo—. Ya sabes dónde está.

Momentos después Chester apareció refunfuñando pero con la carretilla.

—Eso me gusta más.

—Odio este trasto —dijo Chester—. La rueda está torcida y la caja es demasiado estrecha.

—Pues compra una nueva. Vas a pasarte mucho tiempo usándola, así que más vale que te guste.

Chester parecía a punto de saltar.

—Vamos a hacer una cosa —dijo A. J.—. Hoy tengo que hacer unos recados, así que, si te parece, le robamos a Devlin la camioneta y compramos una carretilla juntos.

—¿Me estás invitando a salir? —dijo Chester con voz traviesa.

—Supongo.

—Pero ¿quién paga?

—Si te refieres a la carretilla, pago yo —intervino Devlin.

—¿Y la comida? Porque si es una cita tendremos que comer.

—No creo que encontremos gran cosa en la ferretería —dijo A. J. con una sonrisa—. Sobre todo ahora que te han prohibido comer clavos.

—Vale, yo invito a comer, pero si vamos a Don Pollo.

—Muy bien, pero que sepas que yo no beso en la primera cita.

—Yo tampoco.

Todos rieron.

Antes de ir al picadero A. J. se metió en el guadarnés y buscó las pastillas que había metido en una bolsa de plástico y se las guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros. Se había tomado dos nada más levantarse con la intención de no tomar ninguna más hasta después de la sesión de entrenamiento, pero ahora se daba cuenta de que no iba a aguantar.

Devlin entró en el momento en que echaba la cabeza atrás para tragar.

—Oye, ¿quieres...?

Cogida por sorpresa, A. J. se atragantó y empezó a toser.

—Perdón —dijo con dificultad y se dio unos golpecitos en el pecho.

Devlin la miró de forma extraña.

—¿Estás bien?

En cuanto recuperó el aliento, A. J. dijo:

—Muy bien, estoy perfectamente. Me has pillado justo cuando iba a estornudar.

—Pues si necesitas un boca a boca, yo soy tu hombre.

A. J. fue hasta él y le pasó los brazos por la cintura.

—¿Ah, sí?

—No tengas ninguna duda —dijo Devlin antes de abrazarla y darle un beso apasionado que la dejó sin respiración.

—Lo que iba a preguntarte antes de que te pusieras azul —le dijo después con la boca muy cerca de la de A. J.— es si te apetecía salir conmigo esta noche.

—¿Salir?

—A cenar y a ver una película. Los dos solos. *Pizza* y hacer manitas en la última fila del cine. —Le pasó la lengua por el labio inferior—. Me han dicho que el olor a palomitas es afrodisiaco. Aunque no es que tú y yo necesitemos mucho de eso, la verdad.

—Me encantará salir contigo esta noche.

—Bien.

Devlin la besó en los labios y salió.

Ya sola, A. J. se sintió fatal. Odiaba mentir a Devlin. Odiaba estar lesionada. Rezó por recuperarse pronto.

Fue hasta la ventana y miró hacia el picadero, con los obstáculos multicolores brillando a la luz de sol. Alargó una mano y apoyó las yemas de los dedos en el cristal frío y plomado que arrugaba el paisaje. Es solo hasta el Clasificador, se dijo. Luego podría tomarse un descanso y dejar que el brazo se recuperara. Solo tenía que aguantar unas semanas más.

Aquel pensamiento no la tranquilizó demasiado. Ya de espaldas a la ventana, enderezó los hombros e hizo acopio de fuerzas.

• • •

Después del adiestramiento A. J. y Chester cogieron la camioneta y se fueron a las afueras de la ciudad. La primera parada fue en el almacén de jardinería, donde compraron una carretilla rojo brillante que se ajustaba a los requerimientos de Chester. La subieron a la parte de atrás, la sujetaron con cuerdas y se dirigieron al centro de la ciudad.

Aunque no era precisamente una gran metrópolis, a la ciudad no le faltaba de nada. Contaba con un ajetreado distrito financiero, dos hoteles de cuatro estrellas, un centro de convenciones y una calle principal con su cuidada hilera de tiendas. Por las aceras la gente caminaba con ágil determinación. Su andar no era tan agresivo como el de los habitantes de ciudades mayores, pero tampoco tenía la parsimonia de los

paisanos de pueblo.

A. J. encontró un sitio donde aparcar delante de un anticuario y Chester la miró sin comprender.

—Sé que soy viejo y de valor incalculable, pero todavía no tienes que deshacerte de mí.

A. J. sonrió de modo forzado.

—Vuelvo enseguida.

Chester la miró entrar en la tienda con interés. A través de uno de los amplios escaparates vio cómo un hombre bien vestido la saludaba con cordialidad y a continuación desaparecían los dos en la trastienda. Cuando reaparecieron, A. J. le estrechó la mano al hombre. Daba la impresión de que quería tranquilizarlo respecto a alguna cosa. Cuando salió de la tienda tenía un resguardo de papel en la mano y expresión triste.

—¿Todo bien?

A. J. asintió, pero al desaparcar estaba distraída y se habría chocado contra otro coche de no ser porque el conductor de este hizo sonar la bocina. Pasado el susto, Chester se fijó en que le temblaban las manos.

—Lo siento —murmuró A. J. y lo miró contrita.

Chester estaba preocupado y le resultó difícil abstenerse de preguntar nada cuando aparcaron delante del banco.

—No tardo nada —dijo A. J.

Cuando volvió se estaba guardando algo en el bolsillo trasero. No le dio explicaciones y Chester no se las pidió. Esta vez A. J. tuvo mucho más cuidado al sacar el coche e incorporarse al tráfico. Abandonaron la ciudad en silencio y ninguno dijo una palabra hasta que A. J. entró en el aparcamiento de la casa de subastas.

—¿Vamos a pujar por algo? —preguntó Chester.

A. J. tomó aire.

—No. Vamos a hacer unas pesquisas —dijo y aparcó la camioneta.

—¿Sobre qué?

—La historia de Sabbath.

—No sé si te va a gustar cuando descubras que tiene antecedentes penales.

A. J. trató de sonreír mientras abría la portezuela. Chester también se bajó del coche.

—Nunca te había imaginado en plan Nancy Drew, la chica detective —dijo Chester—. Decidida y temeraria. Te faltan el abrigo y el sombrero, pero, claro, eso son cosas de niñas.

Esta vez A. J. consiguió esbozar una sonrisa más creíble. Cruzó el asfalto y se dirigió a las oficinas de la administración.

Chester no dejaba de hablar.

—Si es que hasta te pareces a ella. Podrías ser familia suya, con ese pelo rojizo. Ya os estoy viendo a las dos explorando casas encantadas, descubriendo pasadizos

secretos y desenterrando tesoros.

—En mi familia, la única con pala es mi prima C. C.

—¿Cava zanjas?

—No, es arqueóloga.

—Para el caso, es lo mismo. —Chester le abrió la puerta para que pasara—. Dime una cosa. ¿En tu familia las chicas siempre os llamáis por las iniciales?

—En realidad a mi prima ahora todo el mundo la llama Carter. Es que se me olvida que ya no somos unas niñas.

Cuando se acercaron a la recepción, Margaret Mead, la vieja amiga de A. J., salía de un despacho. En cuanto la reconoció, sonrió.

—¡Dichosos los ojos! —Su cantarina entonación irlandesa era de lo más agradable—. ¿Y a quién nos traes hoy?

A. J. miró a Chester, que se había quitado la vieja gorra de béisbol y estaba colorado como un tomate. Frunció el ceño y le vino a la cabeza un extraño pensamiento.

—Este es mi querido amigo Chester Raymond —dijo y le dio un empujoncito a Chester para que se adelantara. Él se resistió y apenas rozó los dedos de Margaret cuando le extendió la mano.

—Encantada —dijo Margaret con ojos brillantes.

Chester murmuró algo que podría haber sido: «Hola». Quizá en algún idioma extranjero.

—¿Y qué os trae por aquí? —preguntó Margaret.

—¿Tenéis algún tipo de historial del caballo que compré? Se llama...

—Me acuerdo de él —dijo Margaret—. No me digas que ya te has cansado de él.

—En absoluto.

—Ah, ya me extrañaba viniendo de ti. —Margaret miró a Chester—. Una chica con mucho talento, ¿no le parece?

Chester cambió de postura, nervioso, pero solo consiguió decir:

—Sí, señora.

—¿Qué tipo de información estás buscando?

—Sobre sus anteriores propietarios. Sé dónde se crio y la última caballeriza en la que estuvo, pero ni idea de dónde estuvo entre una cosa y la otra.

—Hum... Creo que lo vendimos un par de veces, pero tendría que mirar los archivos, a ver qué encuentro.

—Te lo agradecería mucho. Estoy en las caballerizas McCloud. Me puedes llamar allí.

—Eso haré. —Margaret miró a Chester—. ¿Y cómo es que conoce a la bella señorita Sutherland?

—Soy mozo de cuadra en las caballerizas McCloud.

—Es uno de mis preparadores —le corrigió A. J.

Chester levantó la vista, sorprendido.

—Se conoce que me acaban de ascender.

—Devlin me da consejos sobre los obstáculos —le dijo A. J. a Margaret— y Chester sobre la vida. Es un hombre de gran sabiduría y perspicacia. Me...

Chester tosió.

A. J. dejó de hablar.

A Margaret le brillaban los ojos.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada de determinación.

—Gracias otra vez, Margaret —dijo A. J.

—Ya te diré algo —contestó esta.

Las dos miraron a Chester, que parecía estar a punto de tener otro ataque.

—Buenas tardes —le dijo a Margaret con un saludo de cabeza.

—Encantada de conocerle, señor Raymond.

A. J. se volvió para irse y Chester la siguió, no sin antes mirar a la mujer irlandesa por última vez.

Ya fuera y mientras caminaban hacia la camioneta, dijo:

—No soy un coche usado, para que lo sepas. No tienes que venderme como si fuera un trasto que necesita un garaje donde aparcar.

—¿He hecho eso? Yo pensaba que estaba diciendo la verdad, solamente. Eres una parte muy importante de...

—Una mujer tan estupenda como esa no necesita que le metan a un hombre por los ojos.

—Así que te has dado cuenta.

—¿De qué?

—De lo encantadora que es.

—Pues claro —gruñó Chester—. Pero lo mismo hasta está casada.

—Margaret es viuda —se apresuró a corregirle A. J.

Se sentó detrás del volante y metió la llave en el contacto.

—No me digas —murmuró Chester mientras se sentaba en el asiento del pasajero—. Quiero decir que es una pena. ¿Y hace cuánto que es viuda?

—Un par de años. Y no está saliendo con nadie.

El motor arrancó.

—Lo que desde luego no es asunto mío —dijo Chester con firmeza.

—Desde luego que no —estuvo de acuerdo A. J.

Metió marcha atrás y Chester la miró.

—¿Me estás buscando novia, chica?

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Está claro que sabes cuidarte solo.

—Pues sí. Y no necesito ayuda con las mujeres.

A. J. dio la vuelta con la camioneta y trató de no sonreír.

—¿Crees que le he gustado? —preguntó Chester.

• • •

A. J. y Devlin se disponían a salir a cenar fuera cuando ella sacó el papel que le habían dado en el banco y se lo ofreció.

—¿Qué es esto?

—El dinero que te debo.

Devlin frunció el ceño.

—Cuando empecé aquí —dijo A. J.— quedamos en que te pagaría por la preparación y el alojamiento. Esta cantidad bastará. Al menos es lo que cobramos en Sutherland.

Devlin intentó devolverle el cheque sin mirarlo siquiera.

—No quiero tu dinero.

—Devlin, he visto las facturas.

—¿Qué facturas?

—Las que tienes arriba, encima de la mesa del despacho.

—¿Y?

—Pues que debes dos mil dólares. Necesitas este dinero. Ya no compites.

—Gracias por recordármelo —dijo Devlin sombrío.

—No era mi intención.

—¿Te crees que me voy a arruinar por dar de comer a tu semental?

—Yo no he dicho eso.

—En cualquier caso, estate tranquila. Puede que no sea millonario, como tu padre, pero tampoco me falta liquidez.

—Devlin...

—Es una pena que no vieras también los papeles de mis inversiones. Entonces te habrías quedado tranquila.

—No estaba fisgando.

—Entonces, ¿es que las facturas aparecieron por casualidad cuando hablabas por teléfono?

—Mira, lo único que intento es pagar lo que debo.

—Y yo te digo que no hace falta.

La mirada de A. J. era implorante.

—He pasado muchos años dejando que otros me pagaran todo. Tú y yo deberíamos ser socios. Por favor, ¿me vas a dejar que haga esto?

A. J. miró a Devlin cruzar los brazos delante del pecho y enterrar el cheque en el pliegue del codo. Mientras esperaba a que dijera algo se llevó la mano a la garganta por la fuerza de la costumbre, pero sus dedos no encontraron nada que acariciar y tuvo que bajarla.

Devlin frunció el ceño sin saber muy bien qué tenía de nuevo aquel gesto de A. J. Por fin dijo:

—¿Este dinero es tuyo o de tu padre?

—Mío.

De haber sido de su padre a Devlin no le habría costado nada romper el talón. No

tenía ninguna intención de aceptar dinero de Garrett Sutherland. Jamás. Pero era de A. J., y se preguntó si cambiarían las cosas si esta supiera que tenía varios millones de dólares entre acciones, cuentas bancarias e inversiones inmobiliarias. ¿Le resultaría así más fácil dejar que corriera él con todos sus gastos?

—Devlin, he sacado este tema porque me preocupa todo el dinero que te estamos costando Sabbath y yo, pero hay algo más. Necesito saber que soy independiente. Por primera vez en mi vida, quiero mantenerme a mí misma. —A. J. hizo una pausa—. Necesito ser autosuficiente.

—No me gusta.

—Ya lo veo. Pero entiendes que es lo que tengo que hacer, ¿a que sí?

Devlin se pasó una mano por el pelo.

—No quiero que pienses que no puedo cuidar de ti.

A. J. se acercó a él y le puso las manos en los tensos músculos de los brazos.

—Sé que puedes cuidar de mí. Eso nunca lo he dudado.

Devlin la miró largo rato.

—No sabía que fuera tan conservador —murmuró y le pasó un brazo por los hombros—. Eso de cuidar a mi hembra, en plan troglodita que se da golpes en el pecho.

—Eres un encanto. Me quieres proteger y mimar.

De mala gana, Devlin se guardó el cheque en el bolsillo trasero.

—¿Ha sido esta nuestra segunda pelea? —preguntó mientras le abría la puerta.

—Creo que sí —dijo A. J. y le cogió del brazo—. Y la hemos solucionado estupendamente.

—¿Quiere decir esto que luego nos tenemos que reconciliar?

—No tengas ninguna duda.

Estaban subiéndose a la camioneta cuando A. J. dijo:

—Por cierto, le he pedido a Margaret Mead que mire en los archivos de Sabbath. Así que en los próximos días igual me llama.

—¿Conseguiste algo hablando con su último propietario?

A. J. negó con la cabeza.

—Nada de nada.

Fueron hasta el pueblo más cercano y cenaron en un restaurante famoso por su lasaña. Después de su fallida incursión en la cocina, A. J. aprovechó la oportunidad para aprender de los profesionales. El camarero se sometió gustoso a su interrogatorio y el chef hasta se acercó a la mesa. A. J. tomó apuntes en servilletas de papel y cada vez que miraba a Devlin observaba su expresión entre divertida y cariñosa.

La película que vieron tenía más efectos especiales que argumento, pero no les importó. Cuando ya de vuelta aparcaron delante de los establos ambos estuvieron de acuerdo en que la velada había sido perfecta. Echaron un vistazo a Sabbath y fueron a la casa, colgaron las chaquetas y subieron las escaleras uno detrás del otro. Se desvistieron juntos, echaron la ropa sucia al mismo cesto y se lavaron los dientes uno

al lado del otro. Cuando estuvieron tumbados en la cama A. J. cerró los ojos. Sentía una gran paz.

Devlin en cambio estaba bien despierto y mirando al techo. Antes de tirar los pantalones al cesto de la ropa sucia había revisado los bolsillos y encontrado el cheque. Le había sorprendido lo elevado de la cantidad.

«¿Y qué esperaba?», se dijo. Probablemente A. J. tenía un fondo fiduciario comparado con el cual la Reserva Federal era una simple hucha.

A la mañana siguiente, sin embargo, seguía habiendo algo que no le encajaba. Cuando estuvo a solas con Chester le preguntó:

—¿Dónde fuisteis ayer?

—A la tienda de jardinería, a un anticuario y a la casa de subastas.

—¿A un anticuario?

—Sí. Y también al banco.

—¿A cuál?

—A la caja de ahorros.

—No, digo que a qué anticuario.

Chester pensó unos instantes.

—A ese que hay tan elegante en State Street. En el escaparate tienen un montón de joyas y plata. Es de esos sitios en los que te piden una tarjeta de crédito solo por entrar. Ni que decir tiene que yo me quedé en la camioneta.

Devlin frunció el ceño.

—¿Qué pasa, chico? Tienes pinta de estar rumiando algo.

—No es nada. Olvida lo que te he preguntado.



Capítulo 14

Una semana después A. J. y Sabbath estaban calentando mientras Devlin les daba instrucciones. Chester, apoyado en la cerca, estaba impresionado.

«De kamikaze a poesía en movimiento —pensó—. Claro que con todo el trabajo que le hemos dedicado a ese caballo, podríamos haber construido un establo».

A. J. y Sabbath se movían con gran delicadeza, como si fueran uno solo haciendo la transición del trote a medio galope. Incluso a un ojo tan experimentado como el de Chester le habría costado trabajo saber cuándo le daba A. J. instrucciones al caballo, y una vez empezaron a saltar quedó asombrado. Las patas de Sabbath trazaron un arco en movimiento y caballo y amazona hicieron el recorrido igual que una flecha, saltando sin dificultad los imponentes obstáculos. Y lo hicieron con elegancia, sin que pareciera costarles esfuerzo alguno.

«Ha nacido un campeón —pensó Chester—, y el mundo lo va a conocer en el Clasificatorio».

Desde el centro del picadero, Devlin pensaba lo mismo. Cuando A. J. y Sabbath se acercaron trotando empezó a aplaudir.

—Enhorabuena. Lo habéis hecho de maravilla.

Pero A. J. apenas contestó. Tenía las facciones tensas, las mejillas pálidas y Devlin se dio cuenta de que las manos le temblaban en las riendas. Después de cada sesión estaba igual y Devlin no conseguía entenderlo. Cuando le preguntaba, la respuesta de A. J. era siempre: «Estoy bien. Lo que pasa es que necesito concentrarme mucho para mantener a Sabbath controlado». Una explicación plausible, pero que Devlin había dejado de creerse.

—Chester —llamó—. Ocupate del caballo, ¿de acuerdo?

A. J. lo miró sorprendida.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo Devlin.

—¿Sobre qué?

—De por qué parece que estás a punto de caerte de la silla.

—Estoy perfectamente.

—De eso nada. Tienes un aspecto horrible.

—Es solo un mal día.

—Estás así cada vez que terminamos de entrenar.

—Es porque el trabajo es duro.

—No tan duro como para eso.

A. J. lo miró ceñuda. El dolor en el brazo y la perspicacia de Devlin la hacían ponerse a la defensiva. Habló con voz cortante.

—Te agradezco la preocupación, pero estoy bien. Y no necesito que nadie me ayude a refrescar a mi caballo después de entrenar. —A continuación le gritó a Chester—: Déjalo, ya me ocupo yo.

Chester se encogió de hombros y se volvió para marcharse y Devlin miró a A. J., furioso.

—Como quieras, pero nos vemos luego en la casa. No hemos terminado esta conversación.

A. J. lo vio salir del picadero y gimió desesperada. Lo último que necesitaba era una conversación en profundidad sobre su estado de salud. Cuando Sabbath tomó el paso junto al cercado se relajó un poco y apoyó el brazo en el regazo con una mueca. El dolor no había cedido en absoluto y no le sorprendía que Devlin hubiera reparado en lo fatigada que estaba. Aquel dolor constante resultaba agotador.

Y estaba empezando a quedarse sin excusas. Cuando por fin desmontó tuvo que tomarse otro par de analgésicos antes de llevar al caballo de vuelta al establo. Estaba cerrando la puerta del picadero y preparándose para el suplicio que la esperaba en la cuadra y sintiéndose desgraciada cuando vio un coche que no conocía en el camino de entrada. Margaret Mead se bajó de su utilitario, saludó a A. J. con la mano y sonrió a ver a Chester al fondo.

A. J. se acercó con Sabbath y saludó lo más alegremente que pudo a la visitante mientras esperaba impaciente a que le hicieran efecto los analgésicos.

—Buenos días —dijo Margaret.

—No tenías por qué haber venido hasta aquí —dijo A. J. mientras se volvía a mirar a Chester, que estaba junto a la entrada al establo—, pero me alegro de verte.

Las dos mujeres se intercambiaron una mirada cómplice.

—Entra, aquí hace mucho viento —dijo A. J. lo bastante alto como para que se la oyera. Quería darle un poco de tiempo a Chester para que se preparara.

Este lo aprovechó bien. Se ocultó en la penumbra del establo para quitarse la gorra, y alisarse la fina cabellera. Cuando Margaret se acercó, lo encontró cambiando el peso de una pierna a la otra, igual que un metrónomo acelerado.

—¿Has encontrado algo? —preguntó A. J. cuando hubo atado a Sabbath al ronzal. El caballo alargó la cabeza y olisqueó a Margaret.

—Pues la verdad es que sí —dijo Margaret y su mirada se entristeció mientras le acariciaba el hocico al caballo.

A. J. sintió frío.

—Parece ser que lo vendieron siendo un añal a unas caballerizas no famosas precisamente por el trato humano que dan a los animales. No puedo decirte con

exactitud lo que le ocurrió allí, pero si lo que se cuenta del lugar es cierto, ha tenido que pasarlo muy mal.

—Qué horror.

—El Estado cerró las caballerizas hace dos años. Hemos vendido muchos caballos que fueron adiestrados allí y todos han tenido alguna clase de problema de conducta. Después de un tratamiento a base de cariño la mayoría cambió, pero nunca volvieron a ser los mismos. Los malos tratos los marcaron para siempre.

—No me extraña —dijo A. J. y puso una mano en el cuello de Sabbath, que se volvió hacia ella y le hizo un gesto cariñoso con la cabeza.

Todo encajaba de una manera horrible. Que fuera tan agresivo con quienes lo sujetaban en el *paddock*, lo mal que toleraba que le tocasen los cascos hasta el punto de volverse violento si lo presionaban, su actitud desconfiada ante personas que no conocía. Su miedo al agua. A. J. había oído hablar de caballos que habían sufrido maltrato, pero no era lo corriente. Por lo general las caballerizas cuidaban bien de sus animales, entre otras cosas porque habían invertido en ellos enormes sumas de dinero. Por desgracia también había vergonzosas excepciones.

—Creo haber oído hablar de ese sitio —intervino Chester—. El tipo que lo llevaba era un hijo de..., una mala bestia. Ordenaba a los mozos de cuadra que castigaran a los caballos a base de manguerazos. Decía que eso los agotaba y así se portaban bien. Y si los mozos no obedecían, los despedía. Y eso fue solo al principio. Para cuando los obligaron a cerrar el tipo se había vuelto loco. Pegaba y mataba de hambre a los animales. Una verdadera escabechina.

—Siento no poder darte mejores noticias —dijo Margaret.

—Yo también lo siento —dijo A. J. con tristeza.

Le resultaba incomprensible que alguien pudiera hacer daño a algo tan magnífico como aquel caballo que en aquel instante le mordisqueaba el cuello de la cazadora. Sentía su aliento cálido en la cara y su hocico suave como la mantequilla le acariciaba el cuello con delicadeza. Le dolía el corazón al pensar en las penalidades que habían pasado Sabbath y los otros caballos. Que hubieran cerrado las caballerizas no servía para borrar su sufrimiento.

—Ay, cariño —le dijo Margaret y le pasó un brazo por los hombros—. Eres una buena persona. Este caballo ha tenido suerte de haberte encontrado. Hacéis una pareja excelente.

Chester afirmó con la cabeza.

—La mejor.

—Tengo que hablar con Devlin —dijo A. J.—. ¿Me disculpas?

Margaret sonrió.

—Por supuesto.

—Yo me ocupo de acicalarlo —dijo Chester antes de que A. J. pudiera formular la pregunta—. Vete tranquila.

Margaret y Chester miraron a A. J. alejarse.

—Es una chica estupenda —dijo Margaret.

—Sip. Y tendrías que verla subida al caballo. No sabes cómo ha conseguido domarlo.

—Es increíble lo que se consigue con un poco de cariño.

Se quedaron callados unos instantes.

—Una cosa te quería preguntar —dijo Chester con la mirada fija en el suelo—. ¿Te gusta el bingo?

• • •

—¿Devlin? —llamó A. J. nada más entrar en la casa.

—Estoy aquí.

A. J. siguió el sonido de su voz hasta la cocina. Devlin se estaba comiendo un sándwich y le ofreció prepararle uno. A. J. rehusó con un gesto.

—Acaba de venir Margaret Mead —dijo.

Lo alterado de su voz alertó a Devlin.

—¿Qué ha dicho?

Mientras A. J. le ponía al corriente, su expresión se volvió sombría y cuando terminó de hablar soltó una maldición.

—Conocí a algún jinete que trabajaba allí. Las caballerizas tenían un buen récord de premios y por una buena razón. Circulaban muchos rumores, pero la gente daba por hecho que los originaban mozos de cuadra a los que habían despedido o jinetes que no se llevaban bien con la dirección. Las autoridades tardaron demasiado en cerrar el lugar.

Alargó la mano por encima de la mesa y A. J. se la cogió y la apretó con fuerza. Hablaron un rato más de Sabbath y su mala suerte.

—Pero está mejorando mucho con el agua —dijo A. J. poniéndose en pie—. Creo que es porque confía en mí. Voy a volver con él a ver si...

—Me parece que deberías tomarte la tarde libre.

—¿Por qué?

El semblante de Devlin era irritado.

—Estas disgustada y cansada.

—Devlin...

—Necesitas un descanso.

—De eso nada. Faltan solo tres semanas para el Clasificatorio. —Con la mano buena A. J. empezó a deshacerse la trenza del pelo y cuando terminó volvió a hacérsela y se la sujetó con una cinta.

—Estás forzándote mucho.

—Estoy pe...

Devlin estalló y golpeó la mesa con el puño.

—Si te oigo decir una vez más que estás perfectamente, te juro que me pego un

tiro.

A. J. dio un respingo, sobresaltada por la intensidad de la reacción de Devlin.

—No comes. Tienes un aspecto horrible. Te pasas las noches dando vueltas en la cama. —A. J. abrió la boca sorprendida—. Y no lo niegues. Te recuerdo que dormimos juntos.

Levantó una mano antes de que a A. J. le diera tiempo a defenderse.

—No vas a conseguirlo si no te tranquilizas un poco. Te estás exigiendo demasiado y, como sigas así, el día de la competición vas a estar hecha una pena. Confía en mí, sé cómo funcionan estas cosas.

A. J. apartó la vista y cruzó los brazos delante del pecho. Con un tono de voz mucho más suave, Devlin le preguntó:

—¿Por qué te importa tanto esa competición?

Devlin era consciente del matiz de desesperación en su voz, una cadencia que no reconocía como propia y de la que, en otras circunstancias, quizá se habría avergonzado. Pero ahora le daba igual parecer débil, lo único que le importaba era la mujer que amaba y el agotamiento que delataban aquellas ojeras azuladas bajo sus ojos sin brillo.

Cuando A. J. no contestó, pensó que estaba enfadada con él. Luego, con voz sombría, empezó a hablar:

—Cuando era pequeña la gente me decía que me parecía a mi madre. Que era como ella en pequeñito. Luego, según me fui haciendo mayor me convertí en la niña de papá, la rica heredera que se entretiene montando a caballo. Ahora me conocen por tenerte de preparador y por haber comprado a Sabbath —lo miró a los ojos—. ¿Cuándo voy a ser conocida por mis propios méritos?

»Desde que me fui de casa no hago más que repasar mi vida y me doy cuenta de que siempre he estado definida por los demás. He vivido demasiado tiempo dependiendo de mi padre, pero ya no quiero seguir haciéndolo. Yo elegí a Sabbath. Yo elegí participar en las pruebas de clasificación. Yo soy la que se está preparando. —Tomó aire profundamente—. No quiero ser la niña de sociedad de Garrett Sutherland y tampoco quiero ser una amazona más. Y estoy dispuesta a sacrificarme por lo que quiero.

Devlin se levantó de la mesa con un gesto brusco.

—¿Te vas? —preguntó A. J.

Devlin negó con la cabeza y le tendió una mano.

Cuando A. J. entrelazó sus dedos con los de Devlin, este la condujo escaleras arriba y se detuvo en el rellano, frente a la puerta que A. J. había visto siempre cerrada. Cuando la abrió, los goznes chirriaron por la falta de uso.

A. J. dio un respingo.

La habitación estaba repleta de trofeos, cintas y fotografías de competiciones. Había grandes placas y copas de plata, dos medallas de oro olímpicas, chaquetas de gala y mantas para caballo, fotografías de Devlin y Mercy en innumerables portadas

de revistas. Entró y lo miró todo con detenimiento.

La mayoría de las cosas habían sido colgadas de las paredes con cuidado y de forma ordenada. Pero no todas. En un rincón había una silla con aspecto de haber sido desechada, tirada de cualquier manera y deformada bajo su propio peso. Sobre ella había una brida enredada y, delante, varios pares de botas de montar amontonados los unos sobre los otros como un pelotón de soldados heridos.

Una capa de polvo cubría todo este desorden y también todos los objetos que habían sido cuidados primorosamente durante muchos años.

A. J. miró a Devlin con los ojos de par en par.

—No era mi intención hacer un santuario —dijo este mirando a su alrededor—. Tenía que meter todo esto en alguna parte porque se me estaba acumulando y como soy tan ordenado me quedó así. Ahora, más que otra cosa, es un mausoleo.

—Qué cantidad de fotografías —dijo A. J. admirada. Se fijó en una de Devlin y Mercy en un Clasificador. Recordó haberlos visto desde las gradas—. Yo estuve en este.

Devlin se unió a ella.

—Ha pasado mucho tiempo desde eso. Toda una vida.

—Y te vi ganar esta —dijo A. J. y caminó hacia una de las medallas enmarcadas—. Cómo disfruté viéndoos a ti y a...

Dejó de hablar, pero siguió mirando. Cuando hubo inspeccionado todo lo que había en la habitación dijo:

—Gracias por enseñármelo. Me preguntaba dónde tendrías guardadas todas estas cosas.

—Es la primera vez que entro aquí desde... Dios, me parece una eternidad. Durante mucho tiempo no podía soportar ni mirar desde la puerta. —Fue hasta la silla de montar y la cogió—. No te imaginas todas las horas que he pasado subido a esto.

Le quitó el polvo y volvió a dejarla en el suelo con cuidado.

—Era mi vida entera —dijo—. Desde que amanecía hasta bien entrada la noche. Montar y competir lo eran todo para mí. Lo único que me interesaba.

Después miró a A. J. y su voz cobró intensidad.

—Por eso te estoy diciendo que aflojes el ritmo.

A. J. frunció el ceño.

—Si ganaste todos esos trofeos y medallas es porque no te rendiste. Trabajaste duro. Hiciste sacrificios.

La risa de Devlin era amarga.

—De eso puedes estar segura. Sacrifiqué a mi compañera.

—No digas eso.

—Es la verdad. La mañana del accidente, cuando llevé a Mercy para que hiciera calentamiento, sabía perfectamente que no se encontraba bien. El día anterior había tirado un listón y aterrizado mal después de un obstáculo, pero me convencí de que no tenía importancia. —Hablabla con un hilo de voz—. Decidí presionarla porque

quería ganar esa copa otra vez y a toda costa. La maté por un trofeo de plata.

Miró los cuatro trofeos de plata maciza de las pruebas de clasificación sujetos a la pared. Una emoción fría, parecida al odio, se extendió por sus facciones y sus ojos se llenaron de culpabilidad.

A. J. fue hasta él y le acarició el brazo. Devlin dijo:

—Te estoy diciendo que no merece la pena y no me crees.

—¡Pues claro que te creo!

—Entonces te estás mintiendo a ti misma. Cada día que entras en el picadero con Sabbath al borde del agotamiento, estás jugando con fuego.

A. J. le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—No quiero que te preocupes. Lo tengo todo controlado.

—No estoy solo preocupado. Estoy frustrado y enfadado porque intento protegerte de ti misma —dejó escapar un suspiro de irritación— y me doy cuenta de que es inútil. En su momento, yo tampoco habría escuchado si alguien me hubiera aconsejado ir más despacio.

—Devlin, yo soy fuerte y decidida, pero tampoco estoy loca. Tengo mucho cuidado con Sabbath, estoy pendiente de sus patas. Estoy...

Devlin movió la cabeza.

—No me estás entendiendo. No estoy hablando solo de Sabbath, sino de ti.

—Y yo te digo que necesito hacer esto.

—Si no consigues llegar al Clasificatorio, ¿qué crees que va a pasar? ¿Qué no habrá más trofeos? ¿Más competiciones? Estás tan obsesionada con las tres semanas que quedan que se te olvida que hay todo un calendario de competiciones deportivas en las que puedes participar. No tienes qué conseguirlo todo a la primera.

—Pero tú eres el que me dijo que no me desanimara, aquel día en la competición. Me hiciste centrarme otra vez después de que Marceau nos dejara por los suelos. ¿Por qué me pides ahora que afloje?

—Porque no tienes buen aspecto.

—Gracias —dijo A. J. hosca y se apartó de él—. Solo porque no estoy guapa crees que no pudo conseguirlo.

—Eso es una tontería y lo sabes. Además, no te estoy diciendo que renuncies, solo que bajes el ritmo.

Sus miradas se encontraron y Devlin confió en haberla convencido, pero cuando A. J. se giró hacia la ventana supo que no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—¿Y qué vas a hacer si decido seguir adelante? —le preguntó por fin.

—Te quiero —dijo Devlin hablando a su espalda—. Y te hice una promesa. No pienso irme a ninguna parte.

Observó cómo A. J. se relajaba.

—No puedo conseguirlo sin ti, Devlin.

—Entonces no me pidas que te mire destruirte sin intervenir.

—Soy mucho más fuerte de lo que piensas.

Se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos. Devlin aceptó su cuerpo y la apretó contra sí, deseando poder protegerla.

En su corazón rezaba porque el esfuerzo por llegar al Clasificatorio no terminara separándolos.

• • •

Regresaron a los establos en tenso silencio y una vez allí intentaron romperlo hablando de cosas sin importancia.

—Hoy te toca el estanque —informó A. J. a Sabbath—. Y esta vez te vas a mojar los cascos.

—¿Vas a intentar meterlo en el agua? —preguntó Devlin.

—Para eso he estado preparándolo. Cuanto más contacto tenga, mejor. Así que va a meter las cuatro patas.

—Pero hace frío. —Devlin calló unos instantes—. Espera, si vas a nadar, creo que tengo lo que necesitas.

—No, por favor —dijo Chester—. Que no saque al monstruo del pantano.

A. J. le miró con curiosidad.

—¿Qué es eso del monstruo del pantano?

—Es bastante indescriptible.

Devlin volvió con los pantalones impermeables de goma más feos y ridículos que A. J. había visto en su vida. Eran enormes, de color verde jaspeado y olían fatal.

—Estás de broma.

—Estos pantalones no son ninguna broma.

—Sí, por supuesto.

—Resulta que están hechos a medida.

—¿De bolsas de basura?

—Luego me darás las gracias —dijo Devlin ofreciéndoselos.

—Bueno, si me obligas...

A. J. los cogió e intentó ponérselos. Era como meterse en una zanja llena de barro.

—Espera, primero tienes que quitarte los zapatos —dijo Devlin—. Son para llevar solo con calcetines.

—Y una venda en los ojos, si hay algún espejo cerca —dijo Chester.

Con un impropio, A. J. se quitó las botas camperas.

—Y perder el sentido del ridículo supongo que también ayuda.

Cuando se subió los pantalones, la cintura de los mismos le llegaba al pecho y tuvo que acortar los tirantes al mínimo. El exceso de goma aleteaba cuando caminaba y hacía un sonido similar al del pescado retorciéndose en el suelo de una lancha.

—Huelen a deportivas usadas —dijo arrugando la nariz.

Chester rio.

—El que los hizo decidió que tenía que ofender por igual a los cinco sentidos. Era lo justo.

—Me siento como el increíble Hulk.

—Ya está bien de bromitas —interrumpió Devlin—. Evitarán que te mojes y eso es lo que importa.

—Venga, pues vamos a ello antes de que me arrepienta.

A. J. cogió el ronzal de Sabbath y se dio cuenta de que este observaba su indumentaria como diciendo: «Estás de broma».

—No empieces —le dijo—. Además, dentro de poco vas a estar tan ocupado poniéndote nervioso que ni te vas a fijar en lo que llevo puesto.

Una vez en el picadero, dejaron suelto al caballo unos minutos. Cuando se hubo tranquilizado, A. J. le enganchó un ramal y lo condujo hacia el agua con cuidado de no usar el brazo malo. Como resultado de todo lo que habían trabajado, consiguió que Sabbath llegara hasta el borde mismo de la ría, pero se negó en redondo a entrar en el agua con ella.

Dieron la vuelta y lo intentaron otra vez. Y otra. Al cabo de un rato el caballo cedió, alargó con cautela una pata y la metió en el agua, donde lo esperaba A. J. Le siguió otra pata, pero el resto del cuerpo se resistía a aquel bautismo de fuego. Con las patas delanteras en el agua, casi todo el peso del cuerpo recaía en las traseras y su imponente musculatura temblaba, dispuesta a contraerse y ayudarlo a retroceder en cuanto el miedo fuera insoportable.

Y pronto fue así.

Con un relincho frenético y una maniobra tan abrupta que sorprendió incluso a A. J., intentó salir del agua. Después de aquello, las cosas no fueron bien. Perdió el equilibrio y en lugar de salir terminó con las cuatro patas dentro de la ría. El movimiento brusco levantó salpicaduras que lo asustaron aún más y empapó a A. J., que luchaba por sujetarlo.

—Creo que ya es suficiente —dijo Devlin desde el cercado.

—No quiero terminar así.

—Estás empapada.

—Gracias por la información —sonrió para compensar por la dureza de sus palabras—, pero tenemos que intentarlo una vez más.

Que resultaron ser varias. Al principio, el caballo se negó a acercarse al obstáculo. Al haber visto confirmado sus peores temores, decidió mantenerse lejos y seco. Pero las palabras cariñosas y la paciencia de A. J. dieron resultado. Se disponía a meter una pata de nuevo en el agua cuando A. J. notó que Devlin se acercaba a ellos y tiró de Sabbath para que descansara un momento; a ella le molestó la interrupción.

—¿Qué? —dijo intentando no tiritar.

—Hay que dejarlo ya.

—Solo una...

—Ni una ni dos. Estás chorreando.

—Pero estamos pro-progresando —dijo A. J. Le castañeteaban los dientes.

—Tienes los labios morados.

—Hacen juego con m-m-mi camiseta.

La expresión de Devlin era decidida. Le decía: «Es tu oportunidad de demostrarme que puedes ser sensata».

—Muy bien —murmuró A. J. Y sacó al caballo del picadero.

• • •

Ya en la casa, desnuda delante del espejo del cuarto de baño, levantó el brazo por encima de la cabeza. Era algo que hacía regularmente, un examen que llevaba a cabo siempre que tenía un rato a solas. Siempre con la esperanza de observar señales de mejoría, una menor rigidez en las articulaciones, menos dolor.

Hizo una mueca y se dio la vuelta. Devlin estaba haciendo la cena en el piso de abajo y le llegaba el olor a salteado de verduras. Entró en la habitación y miró la cama que compartían y recordó todas las veces que habían hecho el amor en ella.

Le vino a la cabeza la conversación mantenida en el cuarto de los trofeos y se le encogió el corazón. Con cada día que pasaba confiaba más y más en su capacidad de seguir adelante físicamente sostenida solo por su voluntad. Y a medida que pasaba el tiempo las mentiras que le decía a Devlin se acumulaban y ponían en peligro su relación. Con un escalofrío de miedo se dio cuenta de todo lo que se jugaba. Si era capaz de soportar el dolor, estaba convencida de poder ocultar su lesión y Devlin nunca sabría por lo que estaba pasando. No tendría que preocuparse. Y tampoco tendrían que discutir sobre los entrenamientos.

Pero ¿y si no lo conseguía? ¿Y si el dolor aumentaba hasta el punto de no dejarla seguir adelante?

Se recogió el pelo y empezó a vestirse.

Tenía la fuerza de voluntad suficiente para llegar al Clasificatorio, se dijo una vez más. Solo necesitaba el aguante.

—¿Te queda mucho? —dijo Devlin desde abajo.

—Ya casi estoy vestida.

—Qué pena.

A. J. sonrió.

Y a continuación se tomó dos analgésicos.



Capítulo 15

Dos semanas más tarde, Sabbath parecía un lenguado esperando el indulto en un tanque de tiburones.

—Te lo digo muy en serio —le decía A. J.—. Venga, no es la primera vez que lo haces.

De pie en los quince centímetros de agua fría como el hielo que había llegado a odiar, tiró una vez más del ramal. Le moqueaba la nariz, no sentía las yemas de los dedos y tenía los pies mojados. Lo que le resultaba un misterio. Por mucho que revisara los pantalones de pesca en busca de agujeros, no encontraba ninguno. Se suponía que eran impermeables, pero los calcetines empapados eran prueba de lo contrario.

«Menuda joya de modelito —pensó—. Feo como un dolor y encima no cumple su función».

El caballo sacó un casco y lo sumergió con expresión de desagrado, como si fuera a quedarse sin él. Lo siguió otro y a continuación Sabbath hizo una pausa para mirar a A. J. y comprobar que iba en serio. Cuando vio que esta se adentraba más en el estanque, el caballo dejó escapar un pesado suspiro y metió las patas traseras. Juntos en el agua, con A. J. acariciándole el cuello y también el ego, el magnífico semental parecía sentirse de lo más desgraciado. Pero al menos no había huido despavorido.

Era el gran paso para el que habían estado trabajando tan duro, pensó A. J. Si es que lo que pretendía era enseñar al caballo a nadar, claro.

Era difícil no sentirse decepcionada a pesar de los progresos conseguidos. Todavía tenían que saltar el obstáculo, y eso les quedaba aún muy lejos.

A. J. estornudó.

De lo que no estaba lejos, en cambio, era de coger una neumonía.

Sacó a Sabbath de la ría y al ver su expresión esperanzada, se ablandó y decidió devolverlo al establo. Estaba sacándolo del picadero cuando llegó Devlin en la camioneta, que había llevado a arreglar. La saludó con la mano y fue a abrir la puerta. Mientras iba a su encuentro, A. J. pensó que entre el ruido que hacían los pantalones gigantes y sus estornudos era como ir acompañada de una orquesta de instrumentos desafinados. Pero los ojos de Devlin eran cálidos y se miró en ellos.

—¿Qué tal ha ido hoy? —preguntó.

—Más o menos igual que siempre. Mucho rato dentro de la ría, pero de saltarla nada. La parte buena es que se va a presentar candidato al equipo olímpico de natación. Con toda el agua que es capaz de desplazar, va a arrasar en los cien metros mariposa.

Caminaron juntos hasta el establo.

—Ya nos veo en el Clasificatorio —dijo A. J.—. En pleno circuito Sabbath se para y empieza a vadear la ría, porque es lo que le hemos enseñado a hacer.

Chester asomó la cabeza por la puerta del guadarnés.

—Pero si son Esther Williams y Fernando Lamas —dijo.

—Más bien los hermanos Marx —murmuró A. J. mientras metía a Sabbath en el box y empezaba a desabrocharle la manta empapada.

—Creo que ha llegado el momento de hacerle saltar —le dijo a Devlin.

—Estoy de acuerdo. Ya le ha perdido el miedo, así que es probable que no se espante.

—Pues mañana lo intentamos.

Devlin le alargó una manta seca, que A. J. puso sobre el lomo del caballo y le sujetó alrededor del vientre. Después salió del box y se soltó los odiados tirantes, aliviada de librarse de los pantalones. Cuando estos cayeron al suelo pensó que parecían tener tantas ganas de perderla de vista como ella a ellos. No podía ni mirarlos.

Devlin la ayudó a desembarazarse de ellos y se fijó en que llevaba los calcetines mojados.

—Cuando yo me los pongo, no me entra agua.

—Debe de ser porque a ti te tienen más cariño. —A. J. fue a colgarlos al guadarnés con la esperanza de no tener que ponérselos nunca más.

Cuando volvió, Devlin y Chester hablaban del estado de los listones del picadero, algunos de los cuales necesitaban una capa de pintura.

—La semana que viene lo hago —dijo Chester—. Antes de que empiece a hacer demasiado frío.

—Buena idea. —Devlin consultó su reloj—. Vamos a cenar, ¿entonces?

—Yo no —respondió Chester con cara de felicidad.

Devlin lo miró suspicaz.

—¿Por qué me miras así, chico?

—Pareces demasiado contento para alguien que se va a quedar sin cenar.

—Es que esta noche tengo bingo.

—Llevas diez años yendo al bingo y antes siempre cenas aquí.

—¿Y?

—Y nunca te he visto así de ilusionado.

—No sé de qué me hablas. ¿Es que no puedo ir a jugarme los cuartos un rato tranquilamente?

Devlin se volvió hacia A. J.

—¿Te puedes creer que vaya a quedarse sin cenar y encima esté contento?

Volvió a mirar a Chester con ojos indulgentes y afectuosos.

—Un momento —dijo—. ¿Qué pasa aquí? ¿No tendrás una cita?

—Y si la tengo, ¿qué?

—¿Me estás diciendo que vas a salir por ahí? ¿Y acompañado?

—Tampoco es ningún milagro. ¿Tan increíble te parece que una dama se sienta atraída por mis encantos únicos y mi elegancia en el vestir?

Devlin rio y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—¡Felicidades! ¿Quién es la afortunada?

—La chica más guapa del mundo, nada menos.

—¿Me estás engañando con Chester? —le preguntó Devlin a A. J.

—Bueno, sabe hacerse querer. Viste conjuntado y se maneja bien con la carretilla.

—Mi chica es Margaret Mead —dijo Chester despacio y saboreando cada sílaba.

—¿Margaret la de la casa de subastas?

—Sip.

—¿Y cuándo vas a traerla a cenar?

—¿Qué pasa? ¿Que quieres pasarle revista, como a las tropas?

—Tengo que mirar qué tal tiene los dientes.

A. J. estornudó de nuevo.

—Mientras os ponéis de acuerdo, yo voy a sumergirme en agua caliente. Que lo pases estupendamente, Chester.

—Ese es el plan.

—¿Y cómo la conociste? —preguntó Devlin una vez A. J. se hubo marchado.

En cuanto entró en la casa A. J. fue directa al cuarto de baño en el piso de arriba. Lo primero que hizo fue quitarse los calcetines porque no soportaba estar con ellos puestos un minuto más. Después subió la calefacción, abrió el grifo de la bañera y empezó a desnudarse. Con los dientes castañeteando y las yemas de los dedos de un alarmante color gris, se preguntó si conseguiría entrar en calor algún día.

Hizo una mueca de dolor cuando le llegó el momento de quitarse el jersey de cuello vuelto, puesto que eso la obligaba a levantar el brazo, y necesitó hacer varias intentonas hasta conseguir sacárselo por la cabeza. Con un gemido de dolor intentó relajar el brazo y evaluar su grado de movilidad. Había pasado mucho tiempo desde la caída, pero no le había mejorado en absoluto. Incluso era posible que lo tuviera peor, si tenía que ser sincera.

Buscó en la bolsa de aseo y sacó las pastillas que se había acostumbrado a tomar con descorazonadora regularidad. El frasco pesaba poco y cuando le quitó la tapa comprobó que estaba casi vacío. Volcó las cápsulas que quedaban en la palma de la mano, se las tragó y tiró el bote a la papelera. Era el segundo que terminaba en una semana y tomó nota mental de comprar dos o tres a la vez cuando fuera a la farmacia.

Mientras esperaba a que se llenara la bañera fue hasta la ventana y miró hacia el

picadero.

«Más vale que consigamos saltar la ría mañana», pensó.

• • •

El día siguiente, después de un concienzudo entrenamiento con las vallas, A. J. hizo girar a Sabbath y lo situó frente a la ría. El brazo le dolía y se preguntó si habría sido buena idea dejar aquel obstáculo para el final. Sabbath siempre estaba más tranquilo cuando la sesión tocaba a su fin, pero el dolor de A. J. era más intenso.

Cogió las riendas con la mano buena y, con disimulo, estiró el brazo malo, intentando relajarlo. El caballo se movía inquieto, levantando arena con los cascos. A. J. apretó los dientes, se colocó en posición y lo azuzó presionando una pierna contra el costado.

Sabbath echó a galopar hacia la ría. A. J. lo notaba cada vez más tenso, pero el animal no se apartó y sus zancadas eran seguras y decididas. Se acercaron al obstáculo a una velocidad adecuada y Sabbath saltó. No fue un salto bonito, ni seguro, ni elegante.

Pero aterrizaron al otro lado sanos y salvos.

A. J. había estado preparada para que Sabbath rehusara saltar y también para terminar en el estanque. En lugar de ello había visto complacida el agua desde el aire.

—¡Muy bien! —gritó Devlin mientras A. J. hacía trotar a Sabbath por el picadero.

Después de dos intentos más, el semental fue capaz de saltar el obstáculo de agua con más confianza y el aterrizaje se volvió más suave. Mientras tiraba de las riendas A. J. se decía a sí misma que debería estar contenta por el triunfo conseguido. O al menos aliviada.

Pero en lugar de ello, estaba entumecida. Sí, claro, había saltado la ría, pensaba, pero aquí en casa y con Devlin y Chester como únicos espectadores. ¿Qué pasaría en el caos del Clasificadorio?

Fue hasta donde estaba Devlin con expresión preocupada.

—Los jueces no van a juzgar el estilo —dijo este—. Solo si saltas el obstáculo.

—Nos quedan solo seis días. Necesitamos entrenar más.

—Eso les pasa a todos los competidores.

—Ya lo sé. —A. J. desmontó y se quitó el casco—. Pero en nuestro caso creo que es especialmente importante.

—Mírame.

A. J. levantó la vista.

—Deberías estar orgullosa. Has hecho un trabajo estupendo.

Notó cómo le acariciaba la mejilla y buscó la palma de su mano con los labios.

—Se te da muy bien lo de dar ánimos —dijo con voz suave.

—Cualquier cosa con tal de hacerte feliz.

El pulgar de Devlin le rozó el labio superior y se detuvo en él. Mientras seguían

hablando del Clasificatorio A. J. recordó la última vez que habían estado los dos solos, juntos. La tarde anterior Devlin se había metido con ella en la bañera y la había provocado y tentado hasta que ella no pudo más e hicieron el amor entre burbujas y aroma a lavanda. Pero eso no había sido todo. Las horas antes de la cena eran un recuerdo brumoso de placer hasta que el hambre y el sonido de sus tripas los obligaron a bajar a la cocina en busca de provisiones. Tenían demasiada prisa para cocinar, así que habían comido fiambre de carne fría y zanahorias crudas, pero les había parecido un verdadero festín.

Lo que demuestra que la pasión es el mejor condimento, pensó. En comparación, la salsa barbacoa era una verdadera birria.

—¿A. J.?

—¿Perdón?

—Un penique por tus pensamientos.

A. J. sonrió.

—Te los doy gratis si los haces realidad otra vez. —Su mirada estaba llena de promesa sexual.

Devlin se acercó a ella mientras su cuerpo emitía señales inequívocas.

—Dímelo. Quiero oírlo de esa dulce boca tuya.

Sabbath movió la cabeza y golpeó el suelo con un casco.

Al ver su expresión de desaprobación, los dos rieron.

—Me odia cuando te distraigo —dijo Devlin mientras salían del picadero.

—Solo quiere que lo mire a él. Todo el tiempo.

—Le entiendo perfectamente.

• • •

Dos días antes del Clasificatorio A. J. fue a la mansión a coger algo de ropa para el evento. Había dejado casi todas sus cosas de competición en su antiguo dormitorio, donde tenía en concreto un par de botas que quería recuperar.

En los días transcurridos desde que Sabbath logró saltar el obstáculo de agua habían hecho nuevos progresos. Los dos habían llegado a un punto en el que podían saltar una ría en un circuito, pero había otros problemas. En cuanto se aproximaban al obstáculo perdían el ritmo y el impulso. Aunque en la primera ronda eso no tenía por qué perjudicarlos, si lograban pasar a la prueba cronometrada podía ser una desventaja.

Y luego estaba su brazo. Le preocupaba, y mucho, ser capaz de aguantar el dolor el día de la competición. Desde el punto de vista de la resistencia, su efectividad a lomos de Sabbath dependería en gran medida del esfuerzo que necesitara hacer por controlarlo y de cuánto dolor fuera capaz de aguantar. Era aquella una ecuación sobre la que le gustaría tener más poder de control. El ibuprofeno solo ayudaba hasta cierto punto y A. J. sabía que esperar una recuperación milagrosa o que Sabbath se

comportara como un perfecto caballero era mucho pedir.

Abrió la puerta de su dormitorio y, durante una fracción de segundo, pensó que se había vuelto loca.

El suelo estaba cubierto de cajas llenas de cualquier manera con los trofeos y distinciones que antes habían colgado de las paredes. Los cajones de su vestidor estaban abiertos igual que bocas mostrando una dentadura a base de pantalones y camisetas. Incluso la cama con dosel había sido saqueada, y los postes, desatornillados y tirados al suelo.

En su desconcierto, A. J. tropezó con una pila de libros y se abrió camino hacia el cuarto de baño, que presentaba un aspecto similar al de la habitación.

Seguía atónita cuando entró en el vestidor, agradecida de que al menos su ropa de competición siguiera allí colgada y sin arrugas. Cogió dos *blazers* y un par de camisas almidonadas y buscó en el rincón las botas que quería. Después lo guardó todo con cuidado dentro de una funda de ropa y subió la cremallera, llevada por la extraña sensación de que sus cosas necesitaban protección.

Luego se sentó en la cama, confusa y preguntándose qué debía hacer.

Lo que, en sí mismo, representaba un cambio.

Hasta hacía poco su primer instinto habría sido salir al pasillo, girar dos veces a la izquierda, una a la derecha y aporrear la puerta del dormitorio de Peter hasta que este contestara o A. J. la sacara de sus goznes a fuerza de golpes. Porque era Peter quien había hecho aquello. Nadie más tendría la desfachatez de echarla de su propio dormitorio.

Pero sentada entre las ruinas de su espacio privado, decidió que no quería ver a Peter. Solo marcharse de allí.

Entonces su hermanastro apareció en la puerta.

—No esperaba verte —dijo y cruzó el umbral. Llevaba su uniforme de costumbre, esta vez color marrón—. Siento el desorden, pero mañana vienen los pintores que he contratado.

En realidad no parecía sentirlo mucho.

—¿Dónde pensabas llevarte mis cosas? ¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Los de mantenimiento lo van a llevar todo al ático. Y no hay nada que contar. Te fuiste por voluntad propia.

—¿Por qué haces esto? —A. J. estaba más intrigada que dolida.

—En realidad es por una cuestión estética. La vista desde esta habitación es mejor que desde la mía, así que me voy a trasladar.

La miró esperando una reacción. A. J. pensó que parecía ansioso.

—Pues que disfrutes del paisaje —dijo y se levantó de la cama y cogió la funda de ropa y las botas—. Desde luego yo lo hice.

Cuando trató de salir, Peter le cortó el paso.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te vas sin más?

—No me apetece quedarme a discutir contigo.

—Pues antes te gustaba.

—¿Así que por eso lo haces? ¿Estabas buscando pelea?

—No, pero suponía que la habría.

Hubo una larga pausa.

—¿Y bien? —inquirió Peter—. ¿No tienes nada que decirme?

—La verdad es que no.

Peter entrecerró los ojos.

—¿Qué te pasa?

—¿Crees que me pasa algo solo porque no quiero discutir?

—Desde luego no pareces la A. J. que conocía y a la que tanto quería —dijo Peter sarcástico.

—Las cosas cambian.

—Ah, ya lo entiendo. Estás expandiendo tus horizontes y eres una mujer nueva. Supongo que McCloud te ha enseñado que hay otras posturas aparte de la del misionero, ¿no?

A. J. hizo una mueca de disgusto.

—Cuando dices cosas como esa me haces daño. De hecho, muchas de nuestras discusiones nos han hecho daño. A los dos.

Peter se calló y a A. J. le pareció ver en su cara un atisbo de algo que no era ni ira ni impaciencia, sino un dolor que se parecía mucho a lo que ella sentía. Decidió aprovechar la oportunidad e intentar hacer las paces.

—Peter, ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo que te gustara de verdad?

—¿Perdona?

—No eres feliz en las caballerizas —dijo A. J. mientras dejaba la bolsa y las botas en el suelo—. Nunca lo has sido.

—Solo porque no crea que la boñiga de caballo sea un perfume no quiere decir que no sea bueno en mi trabajo. ¿O ya se te ha olvidado que tu padre acaba de ascenderme?

—Yo no he dicho que no seas bueno en lo que haces. Solo que me parece una manera horrible de vivir, atrapado en un trabajo que odias.

—¿Qué tiene que ver esto con tu dormitorio? ¡Y no estoy atrapado!

—Tiene que ver y mucho. Pareces infeliz. —A. J. negó con la cabeza—. ¿Sabes lo mucho que me gusta levantarme por las mañanas? Estoy deseando bajar a los establos, a oler el heno y oír el ruido de cascos. Cada día me despierto agradecida por tener la oportunidad de cumplir mi sueño y cada noche cuando me voy a la cama, aunque el trabajo no haya ido todo lo bien que hubiera querido, deseando volverlo a hacer. No me puedo ni imaginar lo que debe de ser trabajar en algo que no te gusta, odiando cada minuto que le dedicas.

Peter resopló y A. J. vio cómo su irritación crecía y después se le escapaba por las

yemas de los dedos a medida que empezaba a revolver monedas en el bolsillo y a tamborilear en la puerta de la habitación.

—No cuela —dijo—. No vas a sacarme una confesión que después puedas utilizar en mi contra. He dirigido las caballerizas de maravilla. He conseguido que esos hámsteres gigantes le den beneficios a tu padre. Es posible que a ti te tenga en un pedestal, pero a mí me tiene en el asiento del conductor, y mi intención es que las cosas sigan así.

—No me interesa dirigir las caballerizas Sutherland. Soy amazona, no empresaria. Además, tú eres muy bueno en tu trabajo.

Su hermano dejó de jugar.

—¿Se puede saber quién te ha convertido en Glinda, la bruja buena? —dijo.

—Digamos que mis prioridades han cambiado. No es que no haya disfrutado tirándome de los pelos contigo todos estos años, en cierta manera. Ha sido doloroso, pero hemos tenido nuestros momentos.

Peter rio un poco.

—Eso sin duda.

—Peter, no sé si algún día seremos amigos, pero lo que sí sé es que estoy preparada para que dejemos de ser enemigos.

Peter la miró largo rato y A. J. supo que estaba reflexionado, sopesando sus palabras y su largo historial de enfrenamiento mutuo.

—Di algo —lo apremió—. Vamos a hablar como dos personas normales, aunque sea por una vez.

Peter paseó la mirada por la habitación, deteniéndose en las cajas que guardaban los trofeos y cintas de A. J.

—Se suponía que cuando me trasladara aquí tú ya te habrías ido.

—Tienes razón. Tenía que haberme llevado mis cosas. Ya no vivo aquí y...

—No. Quiero decir después de la boda.

A. J. frunció el ceño.

—Antes de casarse, mi madre me preguntó qué pensaba de Garrett. A mí me caía muy bien y se lo dije, así que cuando se casaron supuse que lo hacía para darme un padre. Di por hecho que tú te marcharías para que yo pudiera tener lo que me correspondía. Imagina mi sorpresa cuando vine para instalarme y me encontré con que seguías viviendo aquí. Dios, si es que odiaba vivir en la misma casa que tú. Eras la estudiante perfecta, la hija perfecta... Todo en ti era perfecto. Sabías montar a caballo, cantar, escribir... Así que no solo no era hijo único, algo que ya había dado por supuesto, sino que encima tenía que competir con la señorita perfecta.

—Pero tú también eras buen estudiante —dijo A. J. atónita.

—Pero no como tú. Yo nunca he hecho nada tan bien como tú.

—Eso no es verdad. Has dirigido las caballerizas...

—Yo llevo los libros, pero tú las diriges —rio con aspereza—. Tú siempre eres la líder en todo. Me acuerdo de que al principio iba a las caballerizas y me fijaba en

cómo te admiraban todos. Tenías la mitad de años que esos campeones y sin embargo todos sabían que eras especial. Todo el mundo ha sabido siempre que eres especial. Incluso mi madre.

—Tu madre me odia.

—Solo porque Garrett está más enamorado de una mujer muerta que de ella. Mi madre nunca ha sido el verdadero amor de tu padre y nunca lo será.

—Pero llevan juntos mucho tiempo. Sé que la quiere.

—Tu padre solo tiene una habitación en esta casa que sea suya. ¿Y de quién es el retrato que cuelga en la pared? Y en cuanto a ti, eres la viva imagen de tu madre, por lo que nunca podrá competir contigo. Pero eso no le ha impedido usarte para perjudicarme. A veces tengo la sensación de que te quiere más que a mí.

—Peter, tu madre te adora. Siempre está hablando de lo maravilloso que eres.

—En público, sí. En privado, lo más normal es que me machaque, y por lo general usándote a ti de martillo. Esos trofeos —señaló las cajas— me los ha restregado en la cara uno por uno. Me sé de memoria todas tus puntuaciones, tus victorias contra todo pronóstico, tus hazañas. Antes rezaba porque perdieras para no tener que oír la misma cantinela. Mi madre me ha estado comparando contigo desde el día que nos conocimos y por eso te he odiado.

—Pero el éxito de las caballerizas...

—Cada trimestre tengo que ir a verla y repasar con ella las cuentas de Sutherland como en una junta de accionistas. Siempre le ha parecido que este pasatiempo tuyo costaba demasiado caro. Ya sabes cómo es con el dinero. Cuando ella no es la beneficiaria, desconfía. Cada vez que has querido comprar algo, arreos, o cambiar una instalación, me ha vuelto loco. He tenido que justificar hasta el último céntimo que tú te has gastado y no sabes cómo lo he odiado. No soporto tener que defenderte.

—No sabía nada de todo eso.

—Ya lo sé. No te enteras de nada, nunca lo has hecho. Vas por la vida haciendo lo que te interesa y sin reparar en los esfuerzos que tenemos que hacer los demás para que tú logres tus objetivos. Y ahora que te has ido, no sabes lo difícil que se ha vuelto trabajar en los establos. Todos te echan de menos y me culpan a mí, porque saben que soy la razón de que te marcharas. —Hizo una pausa—. Cada día es como caminar por un campo de tiro y yo soy el blanco.

—No pensaba que le hubiera importado a nadie que me hubiera marchado.

—Pues claro que les ha importado. La mitad están enamorados de ti y la otra mitad quiere ser como tú.

—Estás de broma.

—Estoy seguro de que sé más de cómo es tu vida que tú misma.

A. J. lo miró con ojos desorbitados. Estaba asombrada por las declaraciones de Peter y por lo que sus palabras decían de él. Se conocía a sí mismo mejor que lo que siempre había pensado, más de lo que le había creído capaz.

—Nunca pensé que fueras tan... listo.

—Supongo que lo dices como un piropo.

—Sí.

—Pues gracias. —Hubo una larga pausa—. Se te echa mucho de menos en las caballerizas.

—Y me sorprende lo que me cuentas. Quiero decir, que siempre he intentado portarme bien con todo el mundo, pero tampoco me he esforzado por gustar a la gente.

—Siempre has tenido un encanto especial —dijo Peter. Cambió el peso del cuerpo y se recostó contra el quicio de la puerta—. ¿Todos esos hombres con los que has pasado tanto tiempo entrenando? Luego venían a verme para preguntarme qué tenían que hacer para salir contigo.

—Pues ninguno me lo pidió nunca —dijo A. J. recordando todos esos sábados por la noche en soledad—. ¿Qué les decías?

—Muy sencillo —respondió Peter—. Les decía que eras lesbiana.

Hubo un momento de silencio y a continuación los dos se echaron a reír.

—Eso lo explica todo —dijo A. J.

—Hay algo más que deberías saber. Yo fui quien convenció a Garrett de que me hiciera director de las caballerizas. Y me arrepiento. Cuando te marchaste tu padre estaba tristísimo. Mi madre me echaba la culpa de eso y de haber expulsado a una de las Amazonas Estrella de Sutherland. Siento haber presionado así a tu padre, de verdad. Y también siento haberte echado.

—Gracias —dijo A. J. con voz queda—. Me gustaría que hubiéramos tenido esta conversación hace mucho tiempo.

—Sí, a mí también. —Peter paseó la vista por la habitación—. Oye, respecto a tus cosas...

—No te preocupes. Debería haberlas guardado yo cuando me marché. —A. J. cogió su equipo de montar—. Vendré a buscarlas en algún momento.

Peter dio un paso atrás y salió al pasillo.

—Si no te veo antes de la competición, buena suerte. Lo digo en serio.

—Gracias.

Después de un breve silencio incómodo, A. J. se despidió. Mientras se alejaba en coche repasó con optimismo su conversación con Peter. Había sido totalmente inesperada. Y ya era hora de que la tuvieran. Un presagio de que a partir de entonces las cosas irían mejor.

•••

—Entonces, ¿tu hermanastro no es tan horrible como creías?

Devlin se estaba poniendo un pantalón de pijama de franela mientras A. J. se metía en la cama.

—La verdad es que no —contestó y le miró con una media sonrisa.

—¿A qué viene esa sonrisa?

—Ese es el pantalón de pijama que llevabas la noche que vine aquí por primera vez.

Devlin se ajustó la cinturilla y se la ató con decisión sobre su musculoso estómago.

—¿Ah, sí?

—Cuando abriste la puerta me pareciste de lo más *sexy*. Al ver tu cuerpo a la luz de la luna..., casi me derrito.

Los ojos de Devlin se encendieron de deseo.

—¿No me digas? —dijo despacio mientras se colocaba encima de ella.

A. J. asintió, respondiendo a la electricidad que había entre los dos.

—Y me sigues pareciendo *sexy*.

—Pues ¿sabes lo que voy a hacer? —Devlin alargó una mano y le puso un dedo en el labio inferior. A continuación, y con dolorosa lentitud, trazó un camino por su cuello hasta el esternón.

—¿Qué? —preguntó A. J. sin aliento.

Devlin retiró la mano, travieso.

—Que voy al baño a lavarme los dientes. Esa salsa de almejas tenía mucho ajo.

A. J. se echó a reír.

—Y luego voy a volver aquí y voy a empezar a besarte cada milímetro del cuerpo, comenzando por los pies.

Con voz ronca por la excitación, A. J. le pidió que se diera prisa.

Devlin bullía de deseo anticipado cuando cruzó el pasillo hasta el cuarto de baño. Abrió el armario de las medicinas que había encima del lavabo y cogió un tubo de dentífrico casi gastado. Cuando lo apretó y no salió nada, supo que era culpa suya. Llevaba semanas estrujándolo por el centro y ahora estaba tan retorcido y deformado que se negaba a dejar salir su escaso contenido. Con un impropio lo alisó, lo enrolló desde abajo y después de apoyarlo en el lavabo y apretarlo con la palma de la mano, logró exprimir una cantidad ridícula sobre el cepillo.

Se inclinó para tirar el tubo a la papelera y entonces reparó en algo que lo dejó helado. Se agachó y pescó un frasco vacío de antiinflamatorios de entre restos de hilo dental y bolas de pañuelos de papel. Últimamente no hacía más que encontrárselos en la basura. Cuando se dio cuenta de lo aquello significaba, se asustó.

A. J. hojeaba impaciente el último número de *Mundo Ecuestre* cuando llegó Devlin con el frasco vacío.

—¿Qué es esto? —preguntó.

A. J. levantó la vista.

—¿Qué haces revolviendo en mi basura?

—¿Por qué tomas tantas pastillas?

Hubo una pausa.

—Te encuentras un frasco vacío y...

—Este no es el único que me he encontrado. ¿Qué pasa aquí?

—Nada. Y no me mires así. Que yo sepa no es una sustancia ilegal. —Volvió a mirar la revista y pasó una página con brusquedad—. No tiene ningún peligro.

—¿Y por qué tomas tanta?

—Después de entrenar a veces estoy dolorida. No tiene mayor importancia.

—Me parece que me estás mintiendo.

A. J. dejó a un lado la revista.

—No hay nada de qué preocuparse.

Hubo un largo silencio.

—Muy bien —dijo Devlin por fin—. Lo que tú digas.

Se volvió y salió de la habitación. Cuando le oyó bajar las escaleras, A. J. se vino abajo y apoyó la cabeza en las manos.

«Puedo hacerlo —se dijo invadida por un sentimiento de culpa y de frustración—. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

Quedaba muy poco para el Clasificatorio. Menos de cuarenta y ocho horas. Y después podría decirle al mundo que había cogido un caballo que nadie era capaz de controlar y lo había llevado a la competición. Se decía a sí misma que esa hazaña, en sí misma, era un logro del que sentirse orgullosa. Algo que podría presumir de haber conseguido por sí sola. Y esa sensación le compensaría de todo lo demás.

Sin duda.

Para cuando Devlin volvió a la habitación A. J. había apagado la luz y estaba tumbada en su lado de la cama mirando cómo la luz de la luna bañaba el prado situado detrás de la casa. Notó cómo el colchón se hundía cuando Devlin se deslizó entre las sábanas y se sintió aliviada cuando notó que la buscaba. Se dieron la mano.

—Te quiero —susurró Devlin.

—Y yo a ti —respondió ella deseando que el Clasificatorio ya hubiera pasado.



Capítulo 16

CLUB DE CAZA Y POLO BOREALIS, decía el discreto letrero. Las letras eran negras sobre un fondo verde negruzco y por tanto apenas legibles. Debajo, el aviso SOLO SOCIOS, en cambio, se leía perfectamente. La entrada al club hacía juego con el letrero. Las dos columnas de piedra y los setos meticulosamente podados eran de lo más discreto. La garita de seguridad, en cambio, no.

—De vuelta a la tierra de los elegidos —dijo Chester en alusión a lo elitista del club.

Cuando el camión se detuvo en el control, un hombre de semblante arisco vestido con un uniforme verde sobre negro salió a la carretera. Devlin se asomó desde la cabina y le enseñó las credenciales, que fueron cuidadosamente examinadas. Cuando el guarda los estaba dejando pasar vio a A. J. y esbozó una gran sonrisa.

—Pero bueno, ¡hola!

—Buenos días —dijo A. J.—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, estupendamente. Pasad y una buena suerte —les dijo con un gesto de la mano.

—Es increíble lo que consigue una cara bonita —dijo Chester—. Llevo años pasando por esta garita y sintiéndome siempre como un delincuente. Pensaba que ese tipo no sonreía porque le faltaban los dientes delanteros.

—Ser socio tiene sus ventajas —dijo Devlin hablando para sí.

Chester se volvió hacia A. J.

—¿Eres socia de aquí?

—Sí, pero solo vengo a montar muy de vez en cuando.

—Pues tiene mucha fama.

—Pero por los bollos glaseados. La cocina es demasiado elaborada, al estilo inglés, pero la repostería es de primera.

—Yo es que soy más de salado —dijo Chester.

A. J. se obligó a reír y miró de reojo a Devlin. De perfil parecía una estatua, con las bellas facciones muy tensas. Le dolió el corazón de pensar que, aunque estaban sentados juntos, llevaba días echándole de menos. Las cosas no habían ido bien desde que encontró aquel frasco de pastillas vacío. Necesitaba encontrar la manera de

hablar con él sobre lo distante que estaba y explicarle lo mucho que la asustaba su frialdad.

Apartó la vista y volvió a mirar por la ventana. Circulaban colina arriba por un camino de apenas un kilómetro flanqueado por robles. Era muy hermoso y cuando el edificio del club apareció en lo alto de la colina, su aspecto no los decepcionó. Era una estructura imponente, un diseño solemne y majestuoso que rendía homenaje a sus raíces americanas y a la riqueza de sus propietarios. Construido a principios del siglo XVIII, tenía un pórtico de columnas corintias. La parte central se elevaba hasta una altura de tres pisos y de ella arrancaban dos alas laterales en forma de ele. En todas las paredes había grandes ventanales, aberturas enmarcadas por postigos negros que resaltaban contra la madera blanca. Rodeaban el edificio grandes extensiones de cuidado césped.

Detrás del club estaban las caballerizas, los picaderos y *paddocks*, así como una pista de polo, que se usaba cada año para el Clasificatorio. Era una vasta llanura de hierba perfectamente segada cuya lisa superficie rompían ahora varios obstáculos. A uno de los lados había gradas negras y verdes en las que pronto se sentarían socios del club, acostumbrados a los duros asientos, que les gustaban, y público general, al que no le gustaban tanto.

Lo poco confortable de las gradas era una de las maneras que tenía el club de dejar claro que la comodidad de los animales de cuatro patas era más importante que la de los bípedos, con independencia de lo que dijera la pirámide de la evolución. Mientras que las yeguas y sementales disponían de calefacción y agua caliente en los establos, fuera de la casa club la gente tenía que usar unos aseos llenos de corrientes de aire, sin espejos y con unos grifos de los que prácticamente salían estalactitas.

Esta disparidad entre las comodidades de animales y humanos formaba parte de la tradición del lugar y del Clasificatorio. El Borealis era sede de dicha competición desde sus principios, a finales de la década de 1880, pero se trataba de una elección chocante, debido a lo selectivo del club. Que se tratara de una competición abierta, en la que podía participar cualquier jinete profesional siempre que fuera lo bastante temerario como para atreverse con sus antipáticas pistas de competición, resultaba curiosamente democrático, dado que ser aceptado como socio del Borealis era poco menos que imposible.

Otra inconsistencia entre la política de puertas cerradas del club y que fuera sede del Clasificatorio era la atención que despertaba el evento y la consiguiente invasión de gente que no era socia. Durante un día cada año los intrusos irrumpían en el sagrado recinto del Borealis para gran consternación de sus socios, la mayoría de los cuales habrían estado encantados de que las pruebas se celebraran exclusivamente para miembros del club. Demostraban su desagrado asegurándose de que los forasteros eran tratados de la manera menos hospitalaria posible. Con independencia de lo rico o importante que fuera un invitado, tenía denegado el acceso a la casa club. Ello quería decir que un montón de personas bien vestidas, ya de malhumor por lo

poco confortable de las gradas, tenían que usar los aseos cercanos a las caballerizas, una nueva fuente de protestas. Albergaban la sospecha, sin confirmar, pero poderosa no obstante, de que los cuartos de baño de la casa club eran mejores. Por supuesto tenían razón y los socios se lo pasaban en grande viendo a mujeres vestidas de Chanel trotando por el césped de camino a un retrete que no habrían dejado usar a sus jardineros ni de cobertizo.

En la pálida luz de primeras horas de la mañana A. J. comprobó que el público aún no había llegado, pero la prensa sí, y en cantidad. Ya se habían puesto a trabajar fotografiando a los participantes, aún vestidos con ropas de trabajo y frescos, y a socios, muchos de los cuales vestían chaquetas con la insignia del club y miraban con desdén a cualquiera que osara acercárseles. Los miembros del Borealis toleraban esta invasión anual de periodistas con mayor desprecio todavía que el que dedicaban al público general. De existir una manera de negarles por completo el acceso a los cuartos de baño, la habrían puesto en práctica sin dudar.

De todo este menosprecio surgía el estricto sistema de castas por el que se regía el acontecimiento deportivo. Los socios del club estaban arriba del todo porque aquel era su terreno y, si no lo era, su altivo comportamiento bastaba para intimidar a premiados con el Nobel y proletariado por igual. Los caballos ocupaban el segundo puesto del escalafón y gozaban de un estatus que saltaba a la vista cuando se visitaba el interior de los establos y se comprobaba el lujo de que disfrutaban los animales. Los jinetes venían después, seguidos, a gran distancia, de todos los demás. Prueba de ello era que, en una ocasión, después de un torneo especialmente embarrado, se había hecho una excepción a la normativa y se había permitido a los jinetes ducharse en las instalaciones de la casa club.

Se rumoreaba que así era como el resto de invitados se había enterado de que estos cuartos de baño eran mucho mejores.

Detrás de los jinetes —bastante detrás— estaban los propietarios de caballos que no eran socios del club. También sus ostentosas mujeres, chicos de compañía y la variedad de parásitos que pensaban que poniendo un pie en el césped del Borealis estarían más cerca de escalar puestos en la sociedad. La última parada en la carretera a la inferioridad la ocupaba la prensa, pero todos, a excepción de los socios, mentían cuando afirmaban que esta era un incordio. Los participantes del torneo por lo general querían ser entrevistados, sobre todo si ganaban, y los aspirantes a famosos querían ser fotografiados. Para eso se habían puesto aquellos ridículos sombreros.

Puesto que su fotografía ya había salido en un periódico hacía poco y había tenido que sufrir las consecuencias, A. J. coincidía en esta ocasión con los miembros del club en lo referido a la prensa y se irritó cuando vio a fotógrafos y reporteros echar a correr detrás del camión de las caballerizas McCloud. En cuando Devlin aparcó, la bandada de buitres los rodeó y empezaron a dispararse *flashes* igual que fuegos artificiales.

—Será mejor que te prepares —le dijo Devlin antes de abrir la puerta.

—A Sabbath le van a gustar tanto como los herradores —murmuró A. J.

Los reporteros empezaron a asaltarla con preguntas, dardos envenenados que A. J. esquivó mientras se dirigía a la parte trasera del camión a ver a Sabbath. Se preguntaba cómo iba a sacarlo de allí sin que lo afectara todo aquel alboroto, y entonces vio pasar el camión de Sutherland. Igual que una manada de hienas, los periodistas salieron ladrando detrás. A. J. sabía que pronto volverían a por ella, así que tenía que darse prisa.

Sabbath había soportado bien el viaje y se mostró contento cuando A. J. empezó a desatarlo, moviendo las orejas y golpeando el suelo del remolque con los cascos. En cuanto estuvo fuera, sus crines destellando bajo la luz del sol, un fotógrafo dio un grito que provocó una nueva avalancha de atención. A. J. sujetó el roncal con ambas manos y se preparó para que el caballo se encabritara y embistiera contra toda aquella gente.

Pero, en lugar de ello, Sabbath miró a su alrededor con coquetería. Solo le faltó pestañear. Mientras A. J. se recobraba de su sorpresa, el caballo se situó a su lado como si le preocupara que los fotógrafos le sacaran el lado bueno.

—Por favor, Sabbath, que no eres Barbra Streisand —le susurró A. J.

Pero, a fin de cuentas, ¿de qué se quejaba?, pensó mientras Chester le quitaba a Sabbath sus arreos de viaje. Si el caballo quería jugar a ser una estrella de Hollywood, ¿qué tenía de malo? Era preferible a tener que pagar por un montón de cámaras rotas.

Cuando por fin la prensa se dispersó, se volvió en busca de Devlin.

—Ha ido a hacer la inscripción —dijo Chester adelantándose a su pregunta.

A. J. sonrió y trató de concentrarse en el caballo, pero le resultaba imposible. Precisamente ahora, cuando debía estar centrada en el Clasificatorio, en el caballo y en montarlo, su principal preocupación era su relación sentimental. Le aterrorizaba la distancia que se había creado entre Devlin y ella y también cómo se sentiría él, de vuelta al mundo de la competición. Se preguntaba cuándo se arreglarían las cosas entre ellos.

Se sentía acorralada. Una parte de ella quería que pasara el torneo y solucionar los problemas que tenía con Devlin. Pero también la asustaba terriblemente pensar que si esperaba hasta entonces era posible que no quedara nada de su relación. Devlin había estado comportándose de manera muy extraña desde su interrogatorio dos noches antes. Sus palabras, cuando se dirigía a ella, eran deliberadas, escogidas con cuidado para dar impresión de estar manteniendo una conversación normal, pero frías. Y lo que era peor aún, no la había tocado ni la había abrazado por la noche, tampoco le había cogido la mano de camino a los establos. Los pocos besos que le había dado habían sido algo mecánico, meros roces de los labios en la mejilla.

A. J. tenía la sensación de que la había dejado, aunque siguiera allí. La soledad le resultaba insoportable y la única vez que había intentado sacar el tema a colación Devlin se había apresurado a abandonar la habitación, se había refugiado en su

despacho y no había salido hasta entrada la noche. Era como si no quisiera disgustarla antes de la competición, y eso para A. J. era señal de que algo iba mal, muy mal. Quizá incluso de que todo había terminado entre ellos. Para siempre.

Y solo de pensarlo se sentía morir.

Mientras se ocupaba de preparar a Sabbath la atenazó un terror frío que nunca antes había sentido.

• • •

Por su parte, Devlin caminaba aturdido por el recinto entre el público, cada vez más numeroso. Inscribió a A. J. y a Sabbath y revisó el trazado de obstáculos. Le resultaba difícil creer que estaba de vuelta allí y no era el único sorprendido. Cuando pasó junto a otros jinetes fue consciente de sus expresiones de perplejidad y miradas atónitas, que ignoró. Cuando se le acercaron periodistas ávidos de un titular sobre cómo se sentía al volver al mundo de la competición los espantó sin contemplaciones.

Se dio cuenta, con dolorosa ironía, de que nadie sabía en realidad cómo se sentía. Tenían la impresión equivocada. No estaba sufriendo, no pensaba en el pasado.

Su dolor, un dolor que no lo abandonaba un instante, se debía a A. J. La quería más que a nada en el mundo, pero al mismo tiempo se sentía paralizado. Tenía el terrible presagio de que A. J. se precipitaba hacia el desastre y se sentía incapaz de detenerla. Una espantosa parálisis le impedía reaccionar.

Por eso había decidido alejarse de ella y sabía que aquel distanciamiento dolía y confundía a A. J. Veía la tristeza en sus ojos y sufría por ello, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Tenía los nervios a flor de piel y quería evitar a toda costa una nueva discusión. Poner distancia entre los dos era la única manera que se le ocurría de no presionarla más en la víspera de la competición.

Se detuvo en el campo de polo sujetando con firmeza los papeles de la inscripción. Ya había unos cuantos participantes examinando el circuito desde fuera y en compañía de sus preparadores. Devlin los ignoró y trató de concentrarse en la agradable sensación que le producían los rayos de sol en la espalda.

El sol calentaba, pero no lograba derretir el gélido caparazón con el que había decidido proteger sus emociones.

Daba gracias por no sentir nada, pues tenía la impresión de que solo así conseguiría sobrevivir al día que tenía por delante. Se debatía entre el deber y el amor. Entre comportarse como preparador de A. J., y ayudarla en la competición, o como su amante, y cogerlos a ella y al caballo y llevarlos de vuelta a casa.

Se forzó a concentrarse en el circuito de obstáculos y miró hacia la pista. Al principio no vio otra cosa que listones y césped, pero poco a poco empezó a identificar obstáculos y a continuación el recorrido que debían seguir los jinetes. Tal y como era de esperar, el trazado era complicado, con vallas de gran altura situadas muy cerca unas de las otras. Lo compacto del recorrido significaba que había poco

espacio para girar y nada para recuperarse si un participante enfilaba mal un obstáculo o perdía el equilibrio.

Pensó en A. J. y en Sabbath y volvió al camión.

—¿Está bien el caballo? —le preguntó a Chester, que estaba cepillando al animal.

—Parece que sí. Mucho más tranquilo que la otra vez que lo sacamos.

Entonces llegó A. J., que miró a Devlin con atención, ansiosa por leer la expresión de su cara.

—¿Tengo buen número?

—El dieciséis.

—¿Han abierto ya la pista?

—En diez minutos. Podemos ir para allá.

—Vale.

Cuando Devlin se giró para marchar A. J. reparó en su expresión impenetrable y los labios apretados. Juntos caminaron hacia el picadero despertando una curiosidad en la gente que ignoraron lo mejor que pudieron.

—Sabbath parece bastante tranquilo —dijo A. J.

Devlin asintió.

—Y tiene las herraduras perfectas. La que llevaba suelta está más sujeta que una garrapata.

No hubo respuesta.

—Devlin, ¿estás bien?

Cuando tampoco contestó, A. J. le puso una mano en el hombro.

—Por favor, háblame. —Devlin se detuvo de mala gana—. Estos dos días han sido un infierno. Es como si hubiéramos roto. ¿Qué es lo que pasa?

—A. J., ahora no es el momento de hablar de esto. —Devlin miró a su alrededor y vio que la gente los observaba con curiosidad—. Y mucho menos el lugar.

Siguió andando.

A. J. corrió para alcanzarlo y dijo:

—Tiene que ser muy duro para ti volver aquí después de lo que pasó...

Devlin se giró sobre sus talones y la sujetó con firmeza de los brazos.

—A mí lo único que me importa eres tú, ¿te enteras? Me importa un cuerno lo que me pasó hace un año. En lo único que pienso es en ti.

—Y si eso es así, ¿por qué tengo la impresión de que estás a kilómetros de distancia?

—A. J., déjalo, por favor. Vamos a ver la pista.

—¡No! —siseó A. J. intentando no levantar la voz—. Maldita sea, ¿quieres hacer el favor de hablar conmigo?

La expresión de Devlin se tornó dura:

—¿De qué quieres que te hable? ¿Del pésimo aspecto que tienes últimamente? Seguro que no quieres hablar de todas las pastillas que te has estado tomando estas semanas o de lo poco que has dormido. Ya hemos discutido antes sobre todo eso y

aquí estamos, en el Clasificatorio. Nada ha conseguido hacerte cambiar de opinión y gracias a tu obstinación aquí estoy yo, a punto de volverme loco imaginando lo que te pueda pasar cuando salgas a esa pista.

Cuando se dio cuenta de cómo los miraba la gente soltó una palabrota. Después dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, con una expresión derrotada poco habitual en él.

—A. J., no deberíamos hablar de esto ahora. Necesitas concentrarte en la competición, en el caballo y en ti.

—Pero es que no quiero que estés disgustado.

—Entonces, hazme un favor. Olvídate de todo, menos de la carrera. No pienses en nada más. Vas a necesitar mucha concentración para superar esto, y si lo consigues, al menos yo estaré un poco tranquilo. —Se pasó una mano por el pelo—. Por Dios, si ahora debería estar diciéndote que admiro tu fortaleza, tu capacidad de trabajo y tu determinación. Pero creo que me importa más tu salud que tu éxito profesional.

—Devlin, yo...

Los altavoces anunciaron que se abría la pista de competición.

—Venga —dijo Devlin—. Vamos para allá.

—Espera, quiero...

—Quieres ser una campeona, ¿no? —Devlin miró a los otros competidores y preparadores que se dirigían hacia los obstáculos—. Pues entonces hay que ponerse en marcha.

Pero A. J. parecía clavada en el suelo. Buscaba las palabras adecuadas para reconciliarse con Devlin, para tranquilizarlo, una combinación mágica de sílabas que acabaran con sus temores y también con la distancia entre los dos.

Pero esas palabras no tenían sentido, pensó, si estaba decidida a seguir adelante con la competición. Dobló el brazo en un gesto inconsciente.

—¿Estarás ahí cuando esto termine? —le preguntó—. ¿Después de la carrera?

Devlin sonaba exhausto.

—Pues claro.

—Lo que quiero decir es si vas a estar de verdad. —Lo miró a los ojos, interrogante—. Si vas a estar conmigo, no simplemente ahí.

En el largo silencio que siguió, el corazón le latió desbocado.

—Sí —dijo Devlin.

Solo entonces A. J. echó a andar. Devlin la siguió y juntos entraron en la pista. A. J. había visto ya muchos circuitos del Clasificatorio, solo que nunca desde el punto de vista de un participante.

—Desde arriba se ve más fácil —dijo señalando las gradas con un gesto de cabeza.

Devlin esperó a que se le pasara el susto y recordó la primera vez que vio la pista de obstáculos del Clasificatorio a nivel del suelo. Costaba un rato acostumbrarse y A. J. no era la única con expresión de terror. A pesar de lo elevado de la tasa de

inscripción, cada año eran muchos los que renunciaban a competir después de ver el circuito.

A. J. trató de respirar. Había visto vallas tan altas como aquellas y puntos de giro igual de estrechos, aunque nunca juntos en un solo circuito. En total había catorce obstáculos, incluyendo una ría, y presentaban un aspecto de lo más amenazador, pintados en negro y verde, los colores del club.

La carrera empezaba fuerte, con tres *oxers* seguidos, una combinación brutal que aseguraba emoción desde el principio. Para el siguiente obstáculo, una valla larga y de poca altura seguida de un obstáculo vertical muy alto y de dos *oxers* más, era necesario trazar un giro drástico a la izquierda. A continuación, giro a la derecha y un conjunto de obstáculos verticales, una ancha valla de seto y después la ría. Superado esto, los participantes tenían que retroceder para hacer frente a un obstáculo con forma de montículo que caballo y jinete debían superar al que seguía, casi inmediatamente, una valla. Los últimos dos saltos estaban separados por una curva en forma de horquilla.

Aquel circuito hacía honor a la fama de la prueba.

Incluso la superaba, pensó A. J. mirándolo.

Recorrió la pista dos veces con Devlin, repasando las zancadas y los ángulos de salto, así como los tramos más difíciles. La ría no era lo que más la preocupaba, por extraño que pareciera. Daba la casualidad de que estaba configurada de la manera en que habían estado practicando los últimos días. A Sabbath le resultarían familiares la línea recta y el giro a la derecha que debía realizar inmediatamente a continuación. Lo que inquietaba a A. J. era cómo respondería el caballo a las exigencias del circuito en presencia de espectadores.

Para cuando regresaron al camión, el recinto ya estaba lleno y A. J. empezó a ver caras famosas. El desfile de alta costura le hizo pensar en su madrastra y se preguntó dónde estaría su familia. Escudriñó la multitud y enseguida localizó el camión de las caballerizas Sutherland. Había ya gente trabajando, sacando a caballos que A. J. conocía muy bien. De los cerca de treinta participantes inscritos, había tres de Sutherland, incluido Philippe Marceau, una buena representación, sin duda. A. J. parpadeó en la luz del sol y logró ver a un mozo acicalando la yegua ruana de Marceau.

Después miró a Sabbath y pensó: «Ha llegado la hora de la verdad».

Chester le estaba vendando las patas y A. J. comprobó su estado de ánimo. Parecía en forma y no especialmente agresivo. «A ver si sigue así», pensó.

Fue a la cabina del camión, cogió su bolsa y las ropas de exhibición y entró en el remolque a cambiarse, como en la otra ocasión. Cuando salió, Devlin estaba apoyado en la puerta trasera.

—¿Ya estás? —le preguntó tenso y mirándole la mano derecha, que A. J. se había llevado por un momento al cuello antes de dejarla caer al lado del cuerpo.

—Sí.

—¿Qué tal los nervios?

—Estoy más tranquila ahora que me he cambiado.

—¿Necesitas alguna cosa?

A. J. le hizo unas cuantas consultas sobre el circuito y a continuación hablaron sobre los otros participantes y sobre lo tranquilo que parecía Sabbath. Mientras hablaba, Devlin pensó una vez que A. J. era la mujer más hermosa que había visto nunca y posiblemente la única que amaría de verdad. Allí de pie a la luz del sol, bajo aquel cielo de un azul limpio que una vez más le recordaba al de sus ojos, Devlin deseó que las cosas fueran distintas entre los dos. Que no existiera aquella distancia.

Cuando oyeron por los altavoces que los participantes podían entrar ya en la pista de prácticas A. J. cogió el casco y la fusta.

—Vamos a ver si Sabbath sigue igual de tranquilo.

—Espera —dijo Devlin—. Tengo una cosa para ti, para que te dé suerte. —Metió una mano en el bolsillo de la cazadora y sacó un saquito de terciopelo—. Cierra los ojos.

Cuando A. J. obedeció, Devlin sacó el contenido del saquito y se lo acercó al cuello.

—No deberías necesitar abrirlo para saber lo que es —le dijo al oído.

A. J. se palpó el cuello y encontró algo.

Abrió mucho los ojos y vio el diamante de su madre.

—¿Cómo has...?

—Tengo mis recursos.

—Pero esto lo usé para pagar mi deuda contigo.

—Pensé que hoy querrías tenerlo. Lo del dinero lo discutimos luego, si te parece.

A. J. miró la piedra, las facetas que tan bien conocía reflejando la luz.

—Era de mi madre.

—Imaginaba algo así. No llevas joyas, ni siquiera reloj, y en cambio esto no te lo quitabas nunca. No entiendo cómo lo usaste para pagar tu deuda.

—Es la única cosa que he tenido que era de verdad mía.

—Pues ahora lo es otra vez. Y entiendo lo importante que es para ti pagar tus gastos, así que ya se nos ocurrirá algo.

—Gracias —dijo A. J. y se metió el colgante dentro de la camisa. Pero las palabras no bastaban por sí solas para agradecer algo así, de manera que confió que el amor en sus ojos hiciera el resto.

—De nada. —Devlin vaciló un instante y a continuación le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Ten cuidado con esas vallas, ¿de acuerdo?

A. J. le cogió la mano.

—Te lo prometo.

Chester los interrumpió.

—¿Qué numero tenemos?

—El dieciséis de diecisiete —contestó Devlin reacio a apartar los ojos de A. J.—.

Nos vamos a comer las uñas, pero por lo menos nos enteraremos de dónde están las trampas.

—¿Lo ensillo?

Devlin asintió.

Justo entonces llegaron Garrett y Regina abriéndose paso entre la multitud. A. J. pensó que su padre parecía sentirse como en casa entre caballos. Llevaba el jersey con el escudo del club, pantalones negros de lana y una pipa entre los dientes, que despedía un humo aromático cada vez que la chupaba. Su madrastra en cambio lucía el ceño fruncido y un conjunto de Ungaro en tono mandarina. Sus zapatos de seda, a juego con el vestido, ya estaban sucios y tenía el aspecto de alguien que se ha perdido y no está contenta con dónde se encuentra.

A. J. fue a saludarlos y se obligó a sonreír.

—Buenos días a todos —dijo Garrett mirando solo a su hija.

Esta lo abrazó y lo besó en la mejilla.

—Hola, papá.

—¿Estás preparada para esto? —le susurró su padre al oído.

—Creo que sí.

—¿Y él? —señaló a Sabbath con la cabeza.

—El caballo está en estupenda forma física y solo me quiere a mí. Vamos a hacerlo lo mejor que podamos.

—Pase lo que pase, ya sabes que te quiero.

—Lo sé.

A su espalda Regina dijo:

—Cariño, deberíamos ir a sentarnos. —Parecía ansiosa por llevarse de allí a su marido, pero entonces vio algo que capturó su atención—. Ah, mira. Ahí están Winnie y Curt Thorndyke. Es el segundo año que es presidenta del baile de Navidad del club. ¡Winnie!

Se internó entre el gentío todo lo deprisa que le permitían sus tacones mientras su objetivo corría a esconderse en un guadarnés con expresión de completo terror.

Garrett movió la cabeza.

—Regina también te desea lo mejor.

—Gracias.

—Arlington, sé que tienes que empezar con el calentamiento. Solo quería que supieras que estaré apoyándote desde las gradas. Espero que ganes, si es lo que de verdad quieres.

La abrazó de nuevo y A. J. fue consciente de lo mucho que la quería su padre. Cuando este fue hasta Devlin y le estrechó la mano se sintió agradecida. La sensación se prolongó cuando vio a Sabbath, ya listo y ensillado. Se sintió afortunada de haber llegado hasta allí. Después de todo estaban en el Clasificatorio. Iba a competir con su caballo.

¿En cuanto al resultado? Eso estaba en manos del destino. Pero ella iba a hacer lo

que estuviera en su mano, montando mejor que en toda su vida.

Chester le sujetó las riendas y Devlin la ayudó a montar. Sus miradas se encontraron durante un largo instante.

Mientras A. J. se acomodaba en la silla, Chester se dedicó a sermonear a Sabbath.

—Escucha con atención, pedazo de liante. Vamos a hacer un trato. Pórtate bien, recuerda tus modales y te recompensaré con un buen cubo de pienso. Pórtate mal y te vas a pasar un mes a base de hierba seca.

Sabbath parpadeó y soltó un relincho, como si estuviera de acuerdo con el trato.

• • •

El primer jinete en salir a la pista fue descalificado cuando su caballo rehusó saltar el muro. Para cuando habían competido ya ocho participantes, dos más habían sido descalificados por rehusar y tres habían cometido doce faltas.

Toda una escabechina que, sin embargo, era corriente en aquel tipo de pruebas.

En la pista de calentamiento Sabbath se mostró dócil, saltando con maestría y seguridad y poniéndose solo un poco nervioso por la compañía de otros caballos. Parecía estar conforme con las órdenes que le daba A. J., lo que la alivió enormemente, puesto que quería descansar el brazo todo lo que fuera posible. Había tomado antiinflamatorios justo antes de montar y notaba el brazo bastante fuerte, pero cuanto más energía pudiera ahorrar antes de la prueba, mejor.

Mientras practicaba reparó en Philippe Marceau, dando vueltas por el picadero a medio galope con su yegua ruana. Como siempre, estaba más pendiente de sus rivales que del calentamiento y dirigió a A. J. varias miradas de compasión, todas ellas de lo más estudiadas. A. J. se concentró en Sabbath y lo ignoró. Ni siquiera lo vio competir ni se molestó en enterarse de sus resultados cuando terminó.

Antes de que se diera cuenta, Devlin llegó a buscarla y los llevó a ella y a Sabbath a la pista.

—Ojo con el montículo —le dijo—. Es donde están fallando todos.

A. J. asintió.

—No me dejes.

—No voy a ninguna parte.

Oyó su nombre por los altavoces y Sabbath se puso en marcha en cuanto le presionó en los flancos. Agitó la cola color negro e hicieron su entrada en la pista. Desde las gradas, el encargado de la retransmisión hablaba de los logros de A. J. como amazona con acento aristocrático y arrastrando las erres como si fueran pelotas de cróquet.

Fueron hasta la tribuna y A. J. se llevó un dedo al casco a modo de saludo al presidente y otros miembros del jurado. Un minuto después escuchó la señal que indicaba que debía empezar y puso a Sabbath a medio galope. Trazaron un último círculo antes de situarse ante el primer salto, en la línea de salida.

El semental salvó los dos primeros *oxers* con tal elegancia que incluso A. J., concentrada como estaba, escuchó los murmullos de aprobación del público. Cuando llegaron al primer punto de giro, Sabbath no solo no opuso resistencia, sino que pareció leerle el pensamiento y terminaron perfectamente colocados para el siguiente obstáculo. Con una asombrosa combinación de aplomo y energía, saltaron el muro y siguieron adelante.

Entre el público la admiración crecía con cada obstáculo superado. Estaban cautivados por la fortaleza del caballo y la firmeza con que lo controlaba A. J. Desde el palenque, Devlin oía los murmullos de admiración y suspiros de asombro y era consciente de que aquel era un momento histórico. A. J. y Sabbath estaban saltando más rápido y mejor que el resto de los participantes, más de lo nadie habría esperado.

Cuando se aproximaron a la ría A. J. acortó las riendas e hizo que Sabbath fuera más despacio, dándole algo de tiempo para recuperarse. Notaba la vacilación del caballo, una leve tensión de las patas, pero Sabbath no se amedrentó y saltó con sorprendente seguridad, salvando el obstáculo con total limpieza.

Estaba siendo, la gente comentaría después, una ronda histórica.

Hasta que ocurrió lo impensable.

Después de saltar sin problemas los últimos tres obstáculos, Sabbath y A. J. se aproximaron al montículo, formado por una plataforma elevada y una valla. La velocidad y el ángulo eran los correctos y A. J. se sentía segura en la silla. Con los cascos golpeando el suelo, el caballo parecía preparado para salvar el obstáculo. Iban a conseguirlo.

Entonces hubo un súbito fogonazo justo delante de Sabbath. Un fotógrafo, decidido a retratar a la pareja, se había olvidado de apagar el *flash*.

Cegado, el caballo perdió el paso y saltó a un lado. A. J. intentó rectificar la trayectoria ladeándose hacia el lado contrario y tirando de las riendas. Pero iban a demasiada velocidad y pronto estuvieron delante del montículo. Sabbath no tuvo más remedio que saltar desde un ángulo oblicuo y aterrizaron en la hierba completamente desequilibrados.

Para evitar que saltara el obstáculo vertical de cualquiera manera y se lastimara las patas al aterrizar, A. J. tiró con fuerza de las riendas. Pero el esfuerzo fue más de lo que su brazo podía soportar. Un dolor punzante le recorrió el brazo hasta el hombro y se lo inutilizó. Sabbath saltó hacia un lado para sortear la valla, A. J. perdió el equilibrio y los pies se le salieron de los estribos.

Aterrada, notó cómo se deslizaba de la silla y a continuación vio, con la desconcertante sensación de cámara lenta que precede a un accidente, a Sabbath saltando el obstáculo sin ella. Su último pensamiento, antes de tocar el suelo, fue lo hermoso que estaba el caballo surcando el aire.

Después aterrizó en el suelo y perdió el conocimiento.

Los paramédicos corrieron a atenderla y el público guardó silencio, conmocionado. Entonces un suave redoble empezó a elevarse. Comenzó con los

socios del club dando patadas en las gradas y se extendió como una ola de compasión y solidaridad al resto del público. El ruido fue creciendo más y más hasta que todos en el recinto dejaron lo que estaban haciendo con un escalofrío. Aquel sonido, una suerte de ruido estático fúnebre, solo tenía una interpretación posible.

Un jinete se había caído. Y no podía volverse a montar en el caballo.



Capítulo 17

Devlin vio horrorizado cómo A. J. caía del caballo. Saltó la cerca y echó a correr hacia la pista justo detrás de los paramédicos. Mientras estos hacían un examen preliminar y cogían una vía intravenosa, un miedo atroz se apoderó de él. Corrió hacia A. J. y le tomó una mano.

—¿Sabbath? —le preguntó esta.

Devlin se había olvidado del caballo. Se volvió a mirar, pero Chester ya se había hecho cargo de él y lo paseaba despacio.

—Está con Chester.

—¿Se encuentra bien?

Devlin asintió en un intento por tranquilizarla. No bastó.

—¿Y las patas? —A. J. hizo ademán de incorporarse.

Devlin le puso una mano en el hombro y con suavidad la obligó a tumbarse de nuevo. Ni siquiera miró al caballo.

—Va a estar perfectamente.

—¿Te vas a asegurar de que Chester lo tapa bien?

—Te lo prometo.

—Y que le pone el linimento. Ese que huele tan mal...

—El que odian los dos. Ya lo sé.

—¡Arlington! —La voz de Garrett Sutherland se hizo oír entre el caos mientras corría hacia su hija.

Esta murmuraba cosas incomprensibles.

—¿Es usted su marido? —le preguntó a Devlin el paramédico cuando la subían a la ambulancia.

—Yo soy su padre —intervino Garrett—. Voy con ella.

Devlin abrió la boca para discutir, pero antes de que le diera tiempo a decir nada, Garrett ya estaba dentro. Justo cuando cerraban las puertas A. J. se incorporó de la camilla y llamó a Devlin. A este le dio tiempo a decir:

—Te veo allí.

Cuando se marchó la ambulancia sintió como si fuera el fin del mundo. Otra vez.

Entonces notó un fogonazo en la cara que fue como un detonador. Durante la

fracción de segundo que tardó en apagarse el resplandor la conmoción de Devlin se transformó en ira. Le arrebató la cámara al fotógrafo y la tiró al suelo.

—Oye, que me has roto la... —dijo el hombre.

Devlin le sujetó la camisa con los puños y lo acercó hacia sí.

—Cuando encuentre al cabrón que ha disparado ese *flash* le voy a romper algo más que la cámara.

—Tranquilo, chico. —La voz serena de Chester le llegó en el momento justo—. Déjalo. Vamos.

Devlin empujó al hombre.

—Quítate de mi vista.

El fotógrafo no dijo nada más y se limitó a recoger los trozos de cámara y a desaparecer corriendo. El resto de periodistas se mantuvieron alejados.

Devlin se volvió y vio a Chester con Sabbath. Le costaba hilar las palabras.

—¿Cómo tiene las patas?

—Está cojo, de la pata delantera derecha. Pero se pondrá bien.

—Me alegro de no haber mentido, entonces.

Cuando vio que Devlin no se movía, Chester lo agarró por el hombro.

—Eh, chico, mírame.

Devlin lo intentó.

—Te necesita.

—Lo sé.

—Pues ve.

—Y tú, ¿cómo vas a volver a casa con el caballo?

—Yo los llevo —Devlin y Chester se giraron sorprendidos al oír la voz de Peter Conrad—, y podéis usar nuestras instalaciones para el caballo si lo necesitáis. Estoy a vuestra disposición.

—Es muy amable por tu parte —dijo Chester.

—Es importante llevar allí al caballo en cuanto lo haya visto el veterinario. Mañana a primera hora va a necesitar hidroterapia —dijo Devlin.

—Llamaré para que os tengan un box preparado. Sabes que han llevado a A. J. al County, ¿verdad? —le preguntó Peter—. Hay que coger la autopista en dirección sur y...

—Conozco el camino —dijo Devlin.

Peter pareció azorado.

—Pues claro.

Aturdido, Devlin cogió el camión y condujo quince kilómetros hasta el hospital donde había sido tratado el año anterior. Volver al escenario de sus operaciones y su difícil recuperación le resultaba surrealista. Las casualidades de la vida no podían ser tan crueles.

Para cuando localizó a A. J. en urgencias, una traumatóloga le había hecho radiografías y les estaba explicando los resultados a ella y a su padre. Cuando entró

Devlin se interrumpió.

—¡Devlin! —exclamó A. J. con un brazo extendido. Estaba incorporada en la cama y con el brazo malo apoyado en una almohada.

La doctora siguió hablando:

—Tenía usted una fractura mal curada. El fuerte tirón agravó la fisura del hueso, que fue el dolor que sintió antes de caer. Ahora la fractura es compuesta, porque aterrizó sobre el brazo. Vamos a escayolarla, pero en unas seis semanas estará perfectamente.

A. J. gimió.

—Ya veo que es usted una loca de los caballos —dijo la doctora en tono despreocupado mientras garabateaba cosas en la historia de A. J.—. No entiendo cómo ha podido seguir montando teniendo así el brazo. Ha tenido que dolerle muchísimo. ¿Cuándo se lo rompió?

A. J. miró a Devlin y vio cómo sus facciones se tensaban.

—Me caí hace un par de semanas.

La médico levantó la vista, sorprendida.

—¿Ha estado todo ese tiempo montando con el brazo así?

A. J. murmuró algo e intentó cambiar de tema.

—Tiene usted mucho aguante. —La doctora cerró la carpeta metálica con la historia y el chasquido resonó en el silencio tenso que había en la habitación—. Voy por la escayola.

—Arlington —empezó a decir Garrett en cuanto la cortina estuvo corrida—. ¿Cómo has podido ser tan irresponsable?

Una mirada de su hija bastó para que guardara silencio. Su autoridad ya no contaba y lo sabía.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Devlin, ¿la llevas tú a casa?

—Por supuesto.

La despedida de su padre fue algo brusca y apresurada porque A. J. estaba deseando quedarse a solas con Devlin. Cuando así fue le tendió los brazos. Este la abrazó, pero su cuerpo estaba tenso y A. J. sintió miedo.

—Sabbath va a estar bien —dijo Devlin con voz neutra—. Chester va a abrigarlo bien y tu hermanastro nos ha ofrecido las instalaciones de las caballerizas Sutherland para la rehabilitación. Le he dicho que sí.

—¿Devlin?

Este evitó mirarla a los ojos y un terror frío se instaló en el pecho de A. J.

—Devlin, respecto al brazo...

Volvieron la doctora y la enfermera.

Una hora más tarde A. J. salió del hospital escayolada y con el corazón roto.

En el viaje de vuelta Devlin no le dijo una sola palabra. Cuando aparcaron delante de la casa se adelantó para entrar. Estaba oscuro y fue encendiendo las luces una a

una, moviéndose de una habitación a otra igual que un fantasma. A. J. esperó a que terminara con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Devlin, sé que estás enfadado —dijo cuando lo vio salir del comedor.

—No estoy enfadado.

A. J. buscó algún indicio de calidez en su semblante. No encontró ninguno.

—Devlin, siento haberte ocultado lo de la lesión.

—No lo dudo.

—El brazo se me va a curar. Voy a estar perfectamente y Sabbath también.

Podemos volver a entrenar en cuanto...

—Aquí no.

Oír aquellas palabras fue como volver a caerse del caballo.

—¿Qué dices?

—Te dejé participar en el Clasificatorio y lo has hecho. Ahora se acabó.

Con la boca seca A. J. dijo:

—¿Te refieres a que tiene que irse Sabbath?

El tiempo que tardó Devlin en responder le pareció una eternidad.

—No.

El llanto le quemaba los ojos y las lágrimas empezaron a brotar.

—No hablas en serio. No te creo. Esto no puede ser el final.

Esperaba una negativa, un mínimo gesto conciliador, pero no obtuvo ninguna de las dos cosas.

—Me mentiste —dijo Devlin—. Me mentiste deliberadamente sobre tu estado de salud. Una y otra vez. Cada vez que te subías a ese caballo.

—No quería que te preocuparas por mí.

—Cuando hacíamos el amor. Cuando te tenía desnuda, a mi lado, pensaba que nada podría interponerse entre nosotros. Cuando te tenía en mis brazos y me decías que me querías, te creí. Cuando te preguntaba cómo te encontrabas suponía que me decías la verdad.

—Devlin, yo...

—Sabía que algo iba mal, pero estaba tan enamorado... que quería creerte por encima de todo.

A. J. se dio cuenta horrorizada de que había usado un tiempo verbal pasado.

—¿Ya no me quieres?

—Ya no confío en ti. El amor no es posible sin confianza. Y, lo que es peor, tampoco me fío de mí mismo. Esta ha sido la segunda vez que he desoído mis instintos. Cabía esperar que después de lo de Mercy hubiera aprendido la lección.

—Por favor —gimió A. J.—. No me hagas esto. Seguro que hay algo que pueda hacer, que pueda decir...

—Voy a salir —dijo Devlin—. Cuando vuelva te ayudaré a llevar tus cosas a la mansión. Sé que con el brazo así no vas a poder tú sola.

La rodeó, fue hacia la puerta y salió sin volverse a mirarla.

A. J. rompió a sollozar, desgarrada por el dolor y la culpabilidad mientras caía de rodillas en el vestíbulo. Dio rienda suelta a sus emociones y sintió un dolor tan intenso que pensó que se iba a romper en dos.



Capítulo 18

Un mes más tarde Devlin salió de su casa para coger el periódico matutino, que había aterrizado en la hierba cubierta de escarcha y dejó una huella color verde en esta cuando lo levantó. Antes de darse la vuelta para volver a entrar miró al cielo. Nubes grises tapaban el sol y sobre un fondo de cielo desnudo los árboles sin hojas se mecían rígidamente con el viento.

No levantó la vista porque le interesaran los cielos, sino porque quería evitar ver las caballerizas. Y el picadero. Y los *paddocks* y las pistas.

Pero tenerlos cerca lo atormentaba igualmente.

Aunque todo eso iba a cambiar gracias a la llamada telefónica que había hecho el día anterior. El agente inmobiliario se había puesto contentísimo y le había asegurado que la venta, a pesar de lo elevado del precio, sería rápida. Rapidez era lo que Devlin quería, aunque no estaba muy seguro de adónde se iba a mudar. Estaba considerando la posibilidad de marcharse a un lugar muy lejano, física y emocionalmente. Como California. O Hawái. Después de todo, le sobraba el dinero y no tenía raíces en ninguna parte. Era libre de ir adonde quisiera.

O al menos de tomar la decisión de marcharse.

Nada se lo impedía. Nada en absoluto.

El fantasma de su historia de amor con A. J. lo atormentaba día y noche, en las sombras y en la luz. Pensaba en ella todo el tiempo hasta el extremo de la obsesión, intentando entender qué era lo que los había separado. Se sentía traicionado y triste. Más allá del dolor que le provocaba que A. J. le hubiera mentado, estaba también furioso por el hecho de que no hubiera pensado en los riesgos que corría. Competir con un brazo lesionado había sido una temeridad. Peligroso. Podía haber resultado herida de gravedad. Podía haber...

Negó con la cabeza. «Basta», se dijo. Ya le había dado suficientes vueltas al asunto.

Cuando entró la casa cerró la puerta para que no se colara el frío. El fuego que había encendido a las cuatro de la mañana, cuando deambulaba sin rumbo por las habitaciones, se había apagado, pero los rescoldos aún despedían calor. Dejó el periódico en una mesa de café y se sentó a mirar su rojo resplandor. Después de estar

un rato mirando al infinito se contuvo antes de que sus pensamientos se volvieran demasiado angustiosos. Para distraerse abrió el *Herald Globe* en un intento por llenar las horas que aún quedaban del día con algo. Cualquier cosa.

Cuando llegó a la sección de Deportes contuvo el aliento.

Mirándole desde una fotografía de mala resolución, estaba A. J.

Leyó el artículo con una avidez que le resultó dolorosa.

A. J. había decidido no demandar al reportero cuyo *flash* había cegado al caballo. Pero esa no era la noticia sorprendente. También había puesto a Sabbath a la venta. Y se retiraba del mundo de la competición.

Devlin releyó el texto una y otra vez. Competir era la cosa más importante para A. J. ¿Y ahora abandonaba sin más?

Llamó a Chester, que se había marchado con el caballo a los establos Sutherland. Aparte de que era prácticamente el único mozo de cuadra que Sabbath toleraba, ya no había trabajo en los establos McCloud.

—Buenas.

—Ches, dime que no lo va a dejar —exigió Devlin.

No podía creer que la noticia fuera cierta. Después de todo lo que habían conseguido con el semental. Después de todos sus progresos, de todo lo que había sacrificado por competir. Entre otras cosas, su relación.

—Así que has leído el artículo.

—Pero ¿por qué lo hace?

—Ha perdido el interés.

—Pero es muy buena. No me puedo creer que vaya a abandonar ahora. ¿Sigue sin tener bien el brazo?

—El brazo lo tiene perfectamente. Lo que pasa es que ya no le interesa, eso dice. Aunque va a quedarse en Sutherland. Su hermanastro, Peter, se ha ido. A. J. dirige ahora el negocio, pero dice que no va a competir nunca más.

—Pero si le encanta competir. —Devlin negaba con la cabeza, incrédulo—. Y ese caballo. Adora a Sabbath.

—El animal está hecho un alma en pena. Últimamente ni come... Un desastre.

Hubo un largo silencio.

—Ches, si voy a verla, ¿crees que querrá hablar conmigo?

—Depende de lo que vayas a decirle. ¿Quieres que se lo pregunte?

Pero Devlin ya había colgado el teléfono.

•••

Llamaron a la puerta de su despacho y A. J. levantó la vista de su escritorio.

«Su despacho. Su escritorio».

Aquel adjetivo posesivo aún le resultaba extraño. Habían pasado ya un par de semanas, pero seguía sin acostumbrarse a su nuevo trabajo.

—Adelante —dijo.

Un mozo de cuadra asomó la cabeza.

—¿Cuándo viene el veterinario?

—Mañana por la mañana. ¿Qué pasa?

—Sleeping Beauty tiene cólico otra vez.

—Venga ya.

—No ha tocado la comida y está paseando en círculos en el box.

—Pues será mejor que llamemos a su dueño. ¿Está Johnson?

—Está en el picadero, con Juggernaut. Le queda poco.

—Pues cuando termine dile que necesito hablar con él. Si Sleeping Beauty está enferma vamos a tener que cambiar el horario de prácticas para esta tarde.

—Muy bien, jefa.

Cuando se cerró la puerta A. J. se giró en su silla y miró por la ventana los árboles desnudos. Había llegado el invierno. Cuando se levantaba por la mañana había escarcha en el suelo y ya se ponía el anorak dentro de las caballerizas. También estaban usando el picadero cubierto para entrenar.

Decidió ir ella misma a buscar a Johnson, así que se levantó y se puso el abrigo. Con la escayola, vestirse era un proceso incómodo en el que, además, no parecía estar haciendo grandes progresos. Durante las últimas cuatro semanas había llegado a odiar aquel peso muerto y no veía el momento de librarse de él. Más que un incordio físico, era un recordatorio de cosas sobre las que no soportaba pensar.

Tenía la mano en el pomo de la puerta cuando alguien más llamó.

—Johnson, hay que quitar a Sleeping Beauty del horario hoy...

Cuando abrió la puerta se quedó sin respiración.

—Devlin.

Pensó que tenía que ser un sueño.

Durante las primeras semanas después de la separación lo había buscado detrás de cada puerta, en cada timbrado de teléfono, en cada camión que aparecía por las caballerizas. Las continuas decepciones la habían torturado hasta que, por fin, hacía muy poco, se había resignado. Perder la esperanza había sido un golpe terrible, pero al menos ya no sentía el dolor del rechazo a cada momento del día.

Cuando parpadeó y vio que Devlin seguía allí le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Devlin no contestó enseguida. En lugar de ello la miró largamente, despacio, como si quisiera memorizar todas sus facciones.

—He oído que vas a vender a Sabbath.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya no monto y se merece seguir saltando.

—¿Por qué lo dejas?

—¿Has venido hasta aquí solo para interrogarme?

Rezaba porque la respuesta fuera no.

Y la respuesta se hizo esperar.

—He venido a convencerte de que cambies de idea, porque dejar la competición es desperdiciar tu talento. Pero ya que estoy aquí..., se me ocurren un montón de cosas más que decirte.

A. J. le hizo un gesto para que entrara y cerró la puerta.

—Bonito despacho —dijo Devlin.

Mientras Devlin miraba a su alrededor y A. J. esperaba a que hablara, lo observó con avidez. Se movía de un modo que le resultaba tan atractivo... Se fijó además en que se había cortado el pelo. Recordar cómo era pasar los dedos por esos mechones castaños le resultó tan doloroso que tuvo que cerrar los ojos.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó Devlin.

—Parece que la fractura está soldando bien.

—¿Hay algún motivo por el que no puedas montar cuando te quiten la escayola?

—No, pero eso da igual. —A. J. fue hasta su escritorio y se sentó en la silla. Empezó a jugar con un bolígrafo para evitar decirle a Devlin cuánto lo quería.

—¿Y cuándo te la quitan?

La impaciencia pudo más que ella.

—Mira, Devlin, no estoy segura de por qué has venido, pero si no me lo dices pronto voy a empezar a gritar. Me resulta demasiado doloroso estar en la misma habitación que tú, así que cuanto antes terminemos con esto, mejor. ¿Has venido a darme esperanzas o a regodearte en mi desgracia?

Devlin se volvió hacia ella despacio.

—Competir lo era todo para ti y ahora lo dejas. ¿Por qué?

—No puedes competir sin motivación.

—Pero todos tus sueños...

El dolor la hizo saltar.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? ¿Que perderte me ha hecho odiar la profesión que tanto amaba y todo lo que quería demostrar en ella? ¿Que me arrepiento amargamente de no haberte contado lo del brazo? ¿Que me gustaría poder borrar lo que hice? Todo eso es verdad, pero, si no te importa, voy a ahorrarte los detalles. Me gustaría que siguieras en mi vida, pero lo acepto y estoy intentando pasar página. Porque es lo único que puedo hacer. —Movió la cabeza con expresión triste—. Creo que deberías irte.

Pero Devlin no se movió, sino que se quedó allí mirándola fijamente a los ojos y su semblante duro fue dando paso a una expresión tensa y dolorida al mismo tiempo. Al observarlo a A. J. empezó a latirle con fuerza el corazón.

Entonces Devlin fue hasta ella. Cuando le tendió una mano A. J. la miró con curiosidad, incapaz de asimilar aquel gesto. Pero Devlin se inclinó y la abrazó, rodeándola con sus brazos y transportándola a ese cielo que tanto había echado de menos. Sentir sus anchos hombros en contacto con su mejilla, oler el aroma de su

aftershave, notar la fuerza que desprendía su cuerpo... le resultó embriagador. Se puso rígida y rezó por no desmoronarse mientras pensaba que Devlin estaba siendo muy injusto acercándose tanto a ella. Intentó apartarlo.

—Ya me dejaste una vez —le dijo—. Por favor no me hagas pasar por todo eso de nuevo.

Devlin murmuró algo y la apretó más fuerte contra sí.

—Suéltame.

—No puedo —dijo Devlin con voz clara.

El corazón de A. J. le dio un vuelco y se preguntó si le había oído bien.

—¿Qué?

—Que no puedo. No puedo soltarte.

El miedo y la felicidad libraban una batalla en el interior de A. J. Quería creerle desesperadamente, pero la aterrizzaba que volviera a hacerle daño.

—Dios, cómo te he echado de menos —le susurró Devlin con la boca enterrada en su pelo—. Mantenerme alejado ha sido insoportable. Estás en mis sueños, por lo que no puedo dormir. Veo tu sombra en cada rincón de mi casa. He puesto en venta mis establos porque la única manera de no verte era marcharme de aquí. —Su sonrisa era forzada—. Aunque ahora me doy cuenta de no habría sido capaz de irme.

A. J. hizo un esfuerzo por separarse de él.

—Devlin, ¿qué estás diciendo? No tengo fuerzas para leer entre líneas, me duele demasiado.

—Cuando vi el periódico esta mañana no me lo podía creer. Sé cuánto significa para ti competir y de repente ¿lo dejas? Me quedé tan sorprendido que decidí venir a verte y hacerte cambiar de opinión, pero ahora me doy cuenta de que era solo una excusa. —Alargó las manos y cogió las de A. J.—. Cuando supe que me habías estado ocultando lo de la lesión me puse furioso, sobre todo por lo mal que lo habías estado pasando. Y empecé a preguntarme qué otras cosas me estarías ocultando. Tuve la sensación de que no podía confiar en ti. En nosotros. ¿Se puede saber por qué no me contaste lo mal que tenías el brazo?

A. J. trató de explicarse con voz entrecortada.

—Cuando volví a entrenar después de la caída y me di cuenta de que el brazo no se me había curado me dio miedo decírtelo. Me acordaba de la discusión que tuvimos cuando no quise ir al médico. Me preocupaba que me obligaras a renunciar al Clasificatorio.

Devlin movió la cabeza apesadumbrado.

—Siento haber perdido los estribos aquella tarde. Me dejé llevar por mis emociones y fue un error. Pero es que no soportaba verte sufrir.

—Devlin, fue una estupidez por mi parte no contarte la verdad. Me sentía fatal todo el tiempo y no sabes cuánto lo lamento. Pero no te menté sobre nada más, tienes que creerme.

Devlin miró las manos de A. J. buscar su cara y sintió sus dedos acariciándole la

mejilla.

—Te creo.

Hubo un largo silencio y a continuación Devlin dijo:

—No quiero estar sin ti. Te quiero. Necesito que estés en mi vida.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de A. J. y no fue capaz de hablar cuando se abrazaron. Se limitó a aferrarse a Devlin y a jurarse que nunca lo dejaría marchar. Allí muy juntos, pecho contra pecho, cadera contra cadera, sentía latir el corazón de él, notaba cómo el calor de su cuerpo contagiaba el suyo. Cuando percibió su dedo bajo la barbilla, levantó la cara para recibir su beso, una caricia suave y tierna que era toda una declaración de amor.

—No lo vendas —susurró Devlin.

A. J. retrocedió, sorprendida.

—Sabbath es tu caballo. Nadie va a poder montarlo como tú.

—¿Me estás diciendo que debería volver a competir?

—Es lo que de verdad te gusta. Para lo que has nacido.

—Pero ¿cómo vas a...?

No puso terminar la frase porque Devlin la besó. Esta vez el beso fue apasionado y su boca recorrió la de A. J. y buscó su lengua con una avidez a la que ella respondió con deseo febril.

Cuando se separaron Devlin dijo:

—Lo quiero todo de ti. Y eso incluye al caballo y las competiciones. No estoy diciendo que no volveremos a discutir, pero estoy seguro de que encontraremos una manera de solucionarlo. Nuestro amor es lo bastante fuerte, eso sí lo sé.

A. J. cerró los ojos para sobreponerse a la marea de emociones que la invadía. Sentía gratitud, alivio, felicidad. Cuando miró a Devlin le tomó una mano, se la llevó a los labios y la besó antes de hablar.

—Perderte y saber que había sido culpa mía ha sido la cosa más dura que me ha pasado en la vida. —Río con tristeza—. No sé, igual el Clasificatorio me dio lo que necesitaba, después de todo. Aunque no salió como esperaba o como habría querido, siento que me ha hecho madurar. No basta con dejar a mi familia o salir a competir con un caballo espectacular. Si quiero que me tomen en serio tengo que ser yo más seria. Dejar de ser tan impulsiva y temeraria. ¿Estoy diciendo tonterías?

—En absoluto.

La admiración y el respeto en los ojos de Devlin conmovieron a A. J.

—Y estoy dispuesto a ser tu preparador, si es lo que quieres. Creo que hacemos un gran equipo —dijo Devlin.

—Yo también lo creo —dijo A. J. antes de besarlo de nuevo.

• • •

Se casaron dos semanas después en una pequeña iglesia en las colinas de Virginia.

Chester, padrino de Devlin, se puso un esmoquin por primera vez en su vida y le gustó tanto la experiencia que anunció que iba a tirar los pantalones de peto. Margaret le dijo que le querría igual con o sin el fajín de esmoquin. Carter Wessex, la prima de A. J., se tomó un tranquilizante para subirse a un avión por primera vez en diez años y voló a la boda desde las excavaciones arqueológicas en las que trabajaba en aquel momento. La ocasión merecía el mal trago, dijo. Y Garrett acompañó a su hija al altar con expresión alegre, aunque en su interior se sentía triste porque echaba de menos a la madre de A. J. más que nunca.

Peter sorprendió a todos. Después del accidente dejó las caballerizas y la mansión y se instaló en un ático en Nueva York. Lo hizo todo en solo tres días y en cuanto tuvo línea de teléfono contrató a un agente para que lo representara como actor. Tanto la mudanza como la elección del agente resultaron ser acertadas. Le encantaba la vida en la gran ciudad y acababan de contratarlo para hacer de villano en una telenovela cuyo público disfrutaría odiándole. Cuando se lo contó a A. J. le explicó que, aunque el papel de Brock O'Rourke en *Alas del destino* era difícil, después de todo lo que los dos habían pasado, lo iba a bordar.

Durante la boda se sentó en primera fila y, por primera vez, al lado de alguien que no era su madre. La mujer que lo acompañaba era morena, con una sonrisa encantadora y ojos inteligentes. Era banquera de inversiones y conocida en círculos sociales. Peter la había conocido en la inauguración de una exposición. Regina la odió nada más verla.

Iba a ser una pelea justa, le dijo Peter a A. J.

Después de la ceremonia y la recepción en el club Borealis, A. J. y Devlin volvieron al rancho. Para cruzar el umbral con ella en brazos Devlin tuvo que sortear las cajas que contenían sus cosas, que habían llegado el día antes, y después la llevó directamente al dormitorio. Una vez allí le quitó el velo y le fue soltando, uno a uno, los cerca de cien botones en forma de perla que cerraban la espalda del traje de novia que había sido de su madre. Cuando terminó la liberó de los metros de grueso satén y él también se quitó la ropa, de modo que los dos se quedaron desnudos.

—Eres preciosa —le dijo con dulzura besándola en la clavícula. A. J. notó sus brazos rodearle la cintura y apretarla contra sí. Su piel era suave, pero su cuerpo estaba tenso—. Ahora que eres mi mujer solo me falta una cosa para tenerlo todo.

—¿El qué? —preguntó A. J. jadeante.

Devlin se apartó y empezó a quitarle horquillas del pelo, soltando mechones del recogido nupcial.

—Que me digas de una vez qué significan las iniciales A. J.

La risa llenó la habitación.

—¿No lo has leído en la licencia matrimonial?

—Estaba demasiado cegado por el amor. ¿Y bien?

—No te lo vas a creer.

—Ponme a prueba —dijo Devlin mientras la última horquilla caía al suelo.

Hundió las manos en el pelo de A. J. y se lo desplegó alrededor de los hombros.

—Mi primer nombre es Arlington.

—No está mal. Hay palabras mucho peores que empiezan por A. —Su sonrisa era cálida.

A. J. le miró, socarrona.

—Es la ciudad en la que nací.

—Así es fácil de recordar.

—El segundo es Juniper.

Devlin estaba atónito.

—¿Te han puesto nombre de arbusto?

—Es una planta muy hermosa, un arbusto muy resistente.

Devlin reía.

—¿Y por qué te lo pusieron?

—Creo que me concibieron a la sombra de uno.

—Qué bonito.

—La verdad es que nunca he preguntado los detalles.

—Ya me lo imagino.

Los ojos de Devlin recorrieron sus facciones con una expresión de deseo y amor que llenaron a A. J. de felicidad. Cuando notó su mano en la base del cuello, reclamando sus besos, respondió con entusiasmo. La pasión ardió cuando sus cuerpos se fundieron, con el corazón palpitante y el pulso acelerado.

Cuando tuvieron que parar para tomar aliento, Devlin se separó un poco y susurró con los labios muy cerca de los de A. J.:

—Venga de donde venga, A. J. te va muy bien. Es un nombre fuerte para una mujer fuerte.

—Soy más fuerte si estoy contigo —dijo A. J. con dulzura. La lengua de Devlin se deslizó en su boca y gimió de placer aferrándose a su espalda, arañándole la piel con las uñas. Cuando Devlin dejó sus labios y empezó a recorrerle el cuello con la lengua A. J. echó la cabeza atrás y murmuró—: Y pensar que todo empezó con una gorra de béisbol.

Devlin la miró desconcertado antes de inclinarse y besarla en un pecho.

—Si no hubieras cogido mi gorra en la subasta, quién sabe... —Dejó de hablar cuando Devlin empezó a succionarle un pezón erecto.

—Otra cosa —dijo Devlin mientras caía de rodillas y le colocaba las manos en la cintura y después en las caderas.

—¿Qué? —dijo A. J. sin aliento al notar la lengua de él en el vientre.

—Aún no hemos pensado en la luna de miel.

A. J. se separó un poco con los ojos brillantes.

—Ay, no —gimió Devlin—. Esa miradita.

—¿Qué miradita?

—A ver, ¿en qué estás pensando?

—Pues ya que sacas el tema, te diré que hay una subasta en Florida y me han hablado de una yegua...

—Y ahora me vas a decir que se llama Babylon.

—No —dijo A. J. poniendo cara de inocente.

—Déjame adivinar. Tiene mucho genio.

—Igual necesita un poco de trabajo, pero tiene excelentes...

Devlin se levantó y la silenció con un beso poderoso, la lengua en su boca y los brazos rodeando su cuerpo con fuerza.

—Estoy contigo para lo que quieras y para ir adonde quieras. Y eso incluye subastas de caballos en Florida.

A. J. suspiró cuando la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—¿Devlin?

—¿Mmm? —contestó este mientras la dejaba sobre las sábanas.

—Creo que se llama Angel.

Devlin la miró sarcástico.

—Imagínate los potrillos tan maravillosos que podrían tener ella y Sabbath...



JESSICA BIRD, seudónimo de JESSICA ROWLEY PELL BIRD, nació en 1969 en Massachusetts, EE.UU., es la hija de W. Gillette Bird, Jr. y Maxine F. Bird. Empezó a escribir cuando era niña, escribiendo sus pensamientos en sus viejos diarios, así como la invención de historias cortas. El verano antes de ir a la universidad, escribió su primer libro, una novela romántica. Después de eso, ella escribió con regularidad, pero para sí misma. Bird, asistió al Smith College donde se especializó en historia del arte, concentrándose en la época medieval. A continuación, se licenció en Derecho en la Escuela de Leyes de Albany y trabajó en la administración de la salud durante muchos años, incluyendo el Jefe de Estado Mayor en el Beth Israel Deaconess Medical Center en Boston, Massachusetts.

En 2001, Bird se casó con John Neville Blakemore III. Su nuevo esposo la animó a tratar de conseguir un agente en el mercado para sus manuscritos. Ella encontró a un agente, y en 2002 su primera novela, un romance contemporáneo llamado *Salto del Corazón*, fue publicada. Varios años después, Bird inventó un mundo poblado por vampiros y comenzó a escribir un solo título de las novelas de romance paranormal en el marco del seudónimo de J. R. Ward. Estas novelas son una serie, conocida como *la Hermandad de la Daga Negra*.

A Bird, le gusta escribir novelas de la serie que incorporan los personajes de sus libros anteriores. Compara el proceso de creación a una serie de «reuniones con amigos a través de otros amigos». Sus héroes son a menudo los machos alfa, «el más duro, el *cockier*, el más arrogante, el mejor», mientras que las heroínas son inteligentes y fuertes.

Romance Writers of America, otorgó el *Premio Rita* al Mejor Corto Contemporáneo Romance en 2007 por su novela, *El primero*.